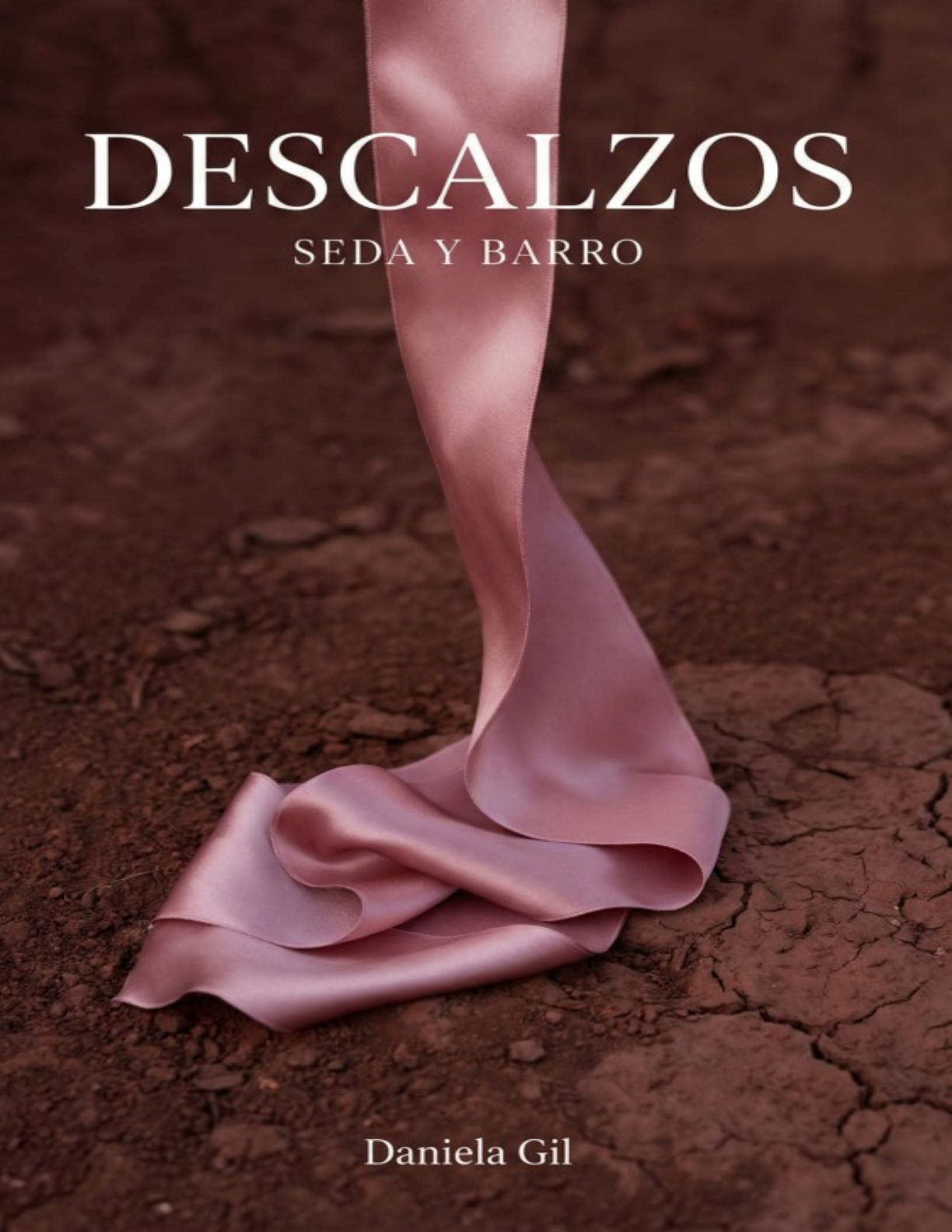
DESCALZOS
SEDA Y BARRO
Daniela Gil

DESCALZOS

SEDA Y BARRO

Daniela Gil

Derechos de autor © 2026 Daniela Gil

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia. Primera edición: Febrero, 2026
Publicado por: Amazon KDP
Diseño de portada: Daniela Gil
Registro de Propiedad Intelectual: En trámite

A Gia y a Bruno.

Hasta la raíz.

El pájaro rompe el cascarón. El huevo es el mundo. El que quiere nacer tiene que romper un mundo.

—HERMANN HESSE, DEMIAN.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor

NOTA DE LA AUTORA

Siempre he sentido demasiado. Durante mucho tiempo, llegué a pensar que estaba rota por eso, que mi intensidad era un defecto de fábrica.

Al igual que Valerie, tuve que atravesar muchos momentos de pérdida de identidad, intentando encajar en moldes —o zapatos que no eran de mi talla— creyendo que eso me llevaría a donde «debería» estar. Hasta que finalmente acepté quién soy y descubrí que mi sensibilidad no era una debilidad, sino un superpoder.

Fue esa misma sensibilidad la que me inspiró a escribir Descalzos: Seda y Barro.

Todo comenzó un día en una cocina, escuchando una canción y sintiéndola tan intensamente que tuve una visión. Quería retratar lo que sentí a los dieciséis años, esa urgencia y ese miedo a crecer. Aunque la historia se fue transformando a medida que Valerie y Damián cobraban vida, mi objetivo siempre fue claro: entregarles un pedazo de lo que me gustaría haber sabido cuando me estaba descubriendo a mí misma.

Este es mi regalo para ustedes: el deseo de que puedan encontrarse a sí mismos a través de cada tormenta. Que dejemos de romantizar la autodestrucción y aprendamos a mirar los grises, porque es allí, y no en la perfección, donde se encuentran las verdaderas riquezas de la vida.

Quiero que recuerden, sobre todas las cosas, que no necesitas estar entero para merecer amor. Y aunque el amor por sí solo no nos salva, creo firmemente que es el motor más fuerte para atrevernos a hacer el trabajo necesario para salvarnos a nosotros mismos.

***Advertencia de Contenido:** Para cuidar tu experiencia de lectura, quiero avisarte que esta historia aborda temas que pueden resultar sensibles, incluyendo: Trastorno de Estrés Postraumático Complejo (TEPT-C), ataques de pánico, duelo, dinámicas familiares disfuncionales, gaslighting y consumo de alcohol como mecanismo de evasión. Por favor, lee con cuidado y prioriza tu bienestar.*

Gracias por darle un hogar a esta historia.

PRÓLOGO

Dicen que la piel es el órgano más extenso del cuerpo humano. Es nuestra frontera, el límite exacto donde terminamos nosotros y empieza el mundo. Es lo que nos protege, lo que nos oculta, lo que nos permite fingir que estamos enteros.

Pero *¿qué sucede cuando la piel ya no es suficiente?*

Hay heridas que no sangran hacia afuera. Hay cicatrices que se tejen con hilos de seda para que nadie note que, debajo, la estructura se está desmoronando. Y hay otras que se cubren con barro, con capas de frialdad y silencio, creyendo que así el pasado no podrá encontrarnos.

Caminamos por la vida envolviendo nuestra esencia en capas de expectativas y miedos, como quien se calza con zapatos de acero para no sentir las piedras del camino, olvidando que el exceso de protección también nos impide sentir el calor de la tierra.

Esta es la historia de dos personas que se creían seguras tras sus muros. Una niña que aprendió a ser perfecta para no ver su propia sombra, y un hombre que se convirtió en piedra para no ser herido por la luz.

En la intersección de sus mundos, en ese espacio donde la seda se rasga y el barro se seca, descubrirán que la única forma de ser salvado es atreverse a estar, por fin, descalzos.

CAPÍTULO 1

Valerie

Los nuevos comienzos son emocionantes, pero también pueden ser aterradores. A muchas personas, la idea de irse lejos de casa y empezar de cero les parece atractiva por la misma razón por la que a mí me parece amenazante: alejarme de todo lo que conocí alguna vez, encontrarme con nuevas personas, nuevas expectativas, no saber si me querrán como soy, si serán buenos, si me harán daño.

Siempre estuve rodeada de personas increíbles, leales, protectoras.

Miro a mi alrededor y veo a cada una de esas personas, las que me han acompañado cada día de mi vida hasta hoy, y siento cómo mi corazón se ensancha de felicidad. Pero al ver a Sophie subir a recibir su diploma, la realidad me golpea y mi corazón se vuelve pequeño, como un globo cuando pierde el aire. Ella me lanza un beso desde el escenario y yo sonrío, pero la certeza de que nos separaremos para ir a universidades distintas se instala en mi mente y mis ojos se llenan de lágrimas.

Nate estaba a mi lado. Su presencia cálida y su perfume, de olor a vainilla y lavanda, me envolvieron. Pronto, quizás, ya ni recordaría a qué olía. La posibilidad del olvido, de convertirme en un recuerdo lejano, se sentía demasiado similar a la muerte. No quería ser un fantasma en la vida de las

personas que han sido lo más real que he conocido. Una lágrima rodó por mi mejilla y se convirtió en un impulso que no pude evitar.

—Prométeme que no te olvidarás de mí —dije, envolviéndolo en un abrazo suplicante que, más que confort, buscaba retenerlo lo más que pudiera.

Él me sostuvo unos segundos y luego me miró confundido.

—No sé qué bicho te picó, pero te prometo que eso me sería humanamente imposible, así lo intentara, Val.

Le creí, porque Nate siempre fue mi mejor amigo. De hecho, el primer recuerdo nítido que tengo del jardín de infancia fue el momento en el que lo conocí.

Mi papá había conseguido una vicepresidencia en la farmacéutica donde trabajaba. Para él, significaba estar más cerca de los socios; para mí, significó dejar mi jardín de infancia y mudarnos a una casa donde los techos eran demasiado altos y las reglas demasiado estrictas.

Al llegar al nuevo jardín estaba aterrada. Entré a la pequeña sala de niños de seis años dando pasos cortos; todo me parecía amenazante. Las miradas, las risas, los juegos… estaba abrumada. La maestra me guio hacia mi nuevo asiento; todos jugaban con plastilina y ella se aseguró de darme un poco también.

Entonces lo escuché:

—¿Quieres hacer formas? —Un niño de apenas un metro diez se acercó a mí con un molde de estrella.

—¡Sí! —respondí alegre. Pero una mano más rápida le arrebató el molde antes de que yo pudiera alcanzarlo.

—Yo también quiero

Era una niña pelirroja y blanca como la leche, con un montón de pecas en su rostro. Yo me paralicé, asustada, pero él no.

—¡Maestra, Kate le quitó el molde a Valerie! —protestó Nate. Kate me lo devolvió de mala gana. El miedo que sentía por este nuevo entorno se apagó.

Desde entonces, Nate y yo nos volvimos inseparables. Tomábamos turnos para empujar al otro en los columpios, para hacer girar el carrusel y siempre nos sentábamos juntos en el sube y baja. Pronto nos dimos cuenta de que, estando juntos, todo era más fácil.

Durante toda nuestra vida habíamos desarrollado esa clase de conexión que no se puede forzar ni fingir. Teníamos risas similares, intereses en común, sabíamos leernos con sólo una mirada y a veces terminábamos la frase del otro. Él me obligaba a ver películas de terror y yo lo obligaba a ver comedias románticas, fantaseando con cómo sería nuestro *meet cute* ideal y haciendo planes ficticios para sobrevivir a los asesinos de las películas.

Ese primer día no había conseguido sólo un molde de plastilina, había conseguido a mi mejor amigo… Y también había decido que las personas pecosas no son de fiar.

El sonido de mi nombre a través de los *speakers* me sacó de mis pensamientos.

La ceremonia de graduación fue el momento en el que mejor comprendí la relatividad del tiempo. Pasaba rápido y lento a la vez. Cada segundo, cada nombre mencionado, cada discurso, se sentía extenuante. Pero cuando llegó mi turno de subir a recibir mi diploma, sentí que atravesaba un agujero de gusano. Una vez que la ceremonia acabó, estaba segura de que todo había durado cinco minutos.

De pronto, sentí cómo la música vibraba a través del suelo de la casa de Sophie, trayéndome de golpe al presente. Un bajo constante resonaba más en el pecho que en los oídos. Este era el epicentro de nuestro universo posgraduación: la gran fiesta del verano, la primera celebración que marcaba el cambio donde el mapa de nuestras vidas se reordenaría por completo. En dos meses, yo estaría en un dormitorio lejos de esta ciudad y la mayoría de las personas que ahora reían junto a la piscina estarían repartidas por todo el país.

La nostalgia era un sabor agridulce que se mezclaba con el cloro y el alcohol.

—¡Val, ven! —Sophie gritaba desde la mesa de bebidas con una sonrisa radiante y una energía que valía por diez personas.

Sophie siempre parecía sacada de una revista y era tan cálida como una tarde de verano. Había llegado a la ciudad hacía dos años, y al verla reconocí en su mirada a esa pequeña yo del jardín de infantes, así que Nate y yo la adoptamos de inmediato. No necesitamos mucho para volvernos inseparables, tanto, que parecía que hubiéramos estudiado juntas toda la vida.

Fuimos caminando, buscándonos la una a la otra y, al acercarnos, me pasó un vaso entre la multitud. El líquido era de un amarillo oscuro y el olor fuerte me hizo fruncir el ceño.

—No tomo, ya sabes.

—Pues empieza hoy —me guiñó un ojo—. Tienes casi dieciocho, te vas a la universidad y esta es nuestra última noche de *high school*. ¡Celebremos! ¿Por favor? —Sonrio tímidamente, haciéndome ojitos de cachorro. Me resistí, pero terminé aceptando. Sophie celebró.

Tomé un sorbo… el sabor ardió y tosí. Miré alrededor, buscando alguna señal, ojos escandalizados, alguien que notara que acababa de hacer algo que no se suponía que hiciera. Pero sólo encontré la sonrisa de Sophie.

—¡Por nuestra amistad! —dijo Sophie chocando nuestros vasos, y desapareció de nuevo entre la multitud.

La sensación era liberadora y emocionante, como si acabara de cruzar una línea invisible.

Busqué con la mirada a Nate. Lo encontré cerca de la piscina, hablando con Charlie. Nuestros ojos se cruzaron y sonrio con ese gesto suyo de siempre, como si el mundo nunca pudiera ser tan complicado como yo lo hacía en mi cabeza. Se despidió de Charlie y vino hacia mí.

—¿Tú? ¿Con un vaso en la mano? —se burló.

—Sophie me obligó —respondí, alzando el vaso—. Dijo que era un rito de iniciación preuniversitario.

—Y tú nunca sabes decirle que no... —rio, e intentó quitármelo. Lo sostuve un segundo más de lo normal, casi como un reto; quizás me gustaba la idea de tener un vaso en la mano. Él me miró un instante a los ojos y luego bajó la vista a mis labios.

—El labial rojo te queda bien —dijo, apenas sonriendo.

Me sonrojé. Me lo había puesto sintiéndome audaz, queriendo jugar con la idea de una nueva Valerie… la universitaria. Pensé que nadie lo notaría, pero ahora sentía cómo el color ardía en mi boca.

—¿Viste que Darla y Davin están saliendo? —comentó Nate, quedándose a mi lado y mirando hacia el otro extremo del patio.

Me quedé en silencio. Jamás imaginé que Darla terminaría la secundaria con pareja. Siempre había sido la chica que evitaba el contacto visual, que respondía con monosílabos y parecía alérgica a cualquier tipo de emoción humana.

—Pues bien por ella —contesté al fin. Si me alegraba, claro, pero empecé a sentir un golpe de presión.

Nate me miró de reojo. Aparté la mirada rápidamente, como siempre que me leía demasiado fácil, pero ya era tarde.

—¿Qué te pasa? —preguntó, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Por qué lo dices? —Intenté sonar despreocupada, pero él me conocía demasiado bien.

—Tienes esa cara… como cuando piensas demasiado y te olvidas de que estoy aquí.

—No es nada —mentí, mirando al frente.

—Val… —Insistió, bajando el tono y mirándome a los ojos —. Te conozco.

Suspiré

—Solo estaba pensando en Darla… en lo rápido que todo cambia.

—¿Por lo de su novio? —preguntó, y asentí.

—Sí. Es raro, ¿no? Me hace sentir que voy de última.

—No hay un orden para eso —respondió con una media sonrisa.

—Lo sé… pero igual me hace sentir como si me estuviera quedando atrás… como si hubiera algo malo conmigo —dije bajito.

La verdad era que me había pasado toda la secundaria fantaseando con cómo sería ese momento en el que alguien me gustara y yo gustarle también: la tensión inicial, los nervios, el primer beso… Fantaseé tanto que me olvidé de vivirlo.

Un nuevo miedo me saludó desde dentro de mi cabeza: llegaría a la universidad sin haber tenido una relación. Dios, llegaría a la universidad sin siquiera haber dado un beso.

—No sé… siento que me perdí algo importante —sentencié mientras me preguntaba: *¿Había sido por fantasear o es que no era lo suficientemente atractiva o interesante?*

Nate guardó silencio unos segundos.

—Tú no estás atrás, ni hay nada malo contigo, Val. Tienes un ritmo distinto, unas expectativas distintas. No has encontrado a alguien que valga la pena y eso está bien.

Al no verme muy convencida, continuó:

—Valerie, escúchame —dijo, colocando sus manos sobre mis hombros y mirándome fijamente mientras alzaba las cejas.

Era la expresión que hacía cuando iba a decir algo muy seriamente.

—Las personas desesperadas terminan tomando decisiones desesperadas. —Hizo una pausa y luego sonrio de medio lado, burlón—. Además, ¿sabes quiénes son Darla y Davin? Tiene sentido que terminen juntos.

Sentí su brazo acomodarse a mi alrededor y acercarme a su cuerpo.

—Si tú no has encontrado a alguien es porque aún no ha llegado alguien tan *cool* como tú.

Sonreí. Eso era lo que Nate hacía mejor que nadie: convertía mis inseguridades en algo soportable. Siempre tenía las palabras exactas para hacerme sentir valiosa.

La verdad es que tenía razón.

—Sí… —respondí dejándome envolver por la seguridad de su cercanía—. La verdadera pregunta aquí es por qué tú estás soltero.

Nate rio.

—En serio —continué. Siempre me pregunté cómo era que Nate no había tenido pareja todavía, siendo él la definición de belleza—. A ver, de mí es fácil entenderlo.

Todos decían que era demasiado idealista, demasiado fantasiosa, y lo era. Había tenido un par de *crushes* fugaces, pero siempre terminaban igual: las mariposas en mi estómago morían envenenadas apenas los conocía mejor. Nadie parecía suficiente.

—Busco una conexión de película, lo sé. Eso ahuyenta a cualquiera que no esté a la altura. Pero tú… —dije levantando mi mentón para mirarlo a los ojos—. Cualquier chica sería afortunada de tenerte.

Lo decía en serio. Nate era el tipo de persona que te entrega atención y cariño sin reservas, alguien que puede hacerte sentir la persona más afortunada del planeta. Y yo, envuelta en el calor de su cuerpo, con el peso de su brazo en mis hombros, me sentía aún más afortunada.

Lo bueno de recibirlo como amiga, era que así nunca me arriesgaría a perderlo.

—Pero yo no quiero a cualquier chica —respondió. Sus ojos clavados en los míos—. Me has envenenado la mente con tus películas románticas.

Yo reí. Al parecer, no era la única fantasiosa.

Vi esa chispa en los ojos de Nate que sólo podía significar que había tenido una pésima idea, que para él era la más maravillosa.

—Ven —dijo, tendiéndome su mano.

No pregunté a dónde. Sólo la tomé.

Me guio hasta el centro de la pista improvisada, donde varios bailaban al ritmo de una canción demasiado alta. Nunca

había sido buena para bailar, y menos delante de otros, pero con Nate era distinto; siempre me sentía segura a su lado.

Reíamos más de lo que nos movíamos, a veces tropezábamos y él me atrapaba con sus brazos, fingiendo que era parte del baile.

—Nunca habías pintado tus labios así —me dijo al oído, su aliento rozando mi cuello. Me encogí de hombros.

—Quiero probar un poco eso de hacer cosas distintas —le respondí mientras seguíamos bailando.

En ese momento alguien me tropezó. Nate me sostuvo de la cintura y, de un instante a otro, quedamos demasiado cerca. Nuestras risas se apagaron poco a poco, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo. Su mano seguía en mi cintura, firme, y yo podía sentir el calor de su piel a través de la tela. Su perfume volvió a inundar mis sentidos. Cerré los ojos apreciando el instante, ese momento antes de que todo cambiara. No existía la universidad, ni la graduación, ni la presión de tener una pareja. Sólo existíamos él y yo, mejores amigos… como siempre.

Una canción más lenta empezó a sonar.

—¡Mírenlos! —gritó Charlie por encima de la música, haciéndome volver a la realidad—. ¡Literalmente la pareja perfecta!

Parecía una emboscada. Estábamos rodeados de todos nuestros amigos.

—Es cierto —añadió Joanne, que bailaba con Charlie—. ¿Por qué siguen fingiendo? ¡Toda la secundaria hemos esperado que esto pase!

Nate y yo reímos, sonrojados por sus comentarios.

—¡Es ahora o nunca! —gritó Steven. Yo viré los ojos; Nate se rio—. ¡Valerie se va!

Nate me hizo dar una vuelta sobre mis pies, intentando disipar la incomodidad.

—¡No se van tan lejos! —corrigió Sophie—. ¡Nate se queda a cuarenta minutos de ella!

Nate y yo nos miramos a los ojos y, en cuestión de segundos, estábamos de regreso en nuestra propia burbuja. No era la primera vez que los escuchábamos especular sobre nuestra amistad, pero esta noche pude notar que sus ojos mostraban un poco de inseguridad.

—Val… —empezó a decir Nate.

Sentí mi corazón acelerarse sin razón alguna, pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra alguien nos empujó al pasar y el momento se rompió.

Reímos, tratando de recuperar el ritmo, pero una ligera tensión extraña había quedado sobre nosotros como una sombra que ninguno se atrevía a nombrar.

Nunca había dudado de nuestra conexión, pero hoy, sin explicación alguna, las palabras de todos comenzaban a cobrar sentido.

Nate y yo… Parecía una locura.

¿Pero y si no?

CAPÍTULO 2

Valerie

Estaba acostada en mi cama una tarde cualquiera de verano, haciendo doom scrolling en Instagram, cuando un mini vlog de Sophie titulado «Uni Reset» captó mi atención. Mostraba todo su proceso de compras para la universidad mientras hablaba a la cámara con una seguridad envidiable.

—Recuerden que el estilo que elegimos es nuestra carta de presentación; puede definir nuestro círculo social y hasta nuestras oportunidades.

Rodé los ojos. Sophie podía ser un poco dramática con esas cosas. La música era suave, lo-fi; la iluminación, perfecta. Sophie aparecía sacando ropa de cajas inmaculadas, doblando suéteres de cachemira en colores neutros y organizando su escritorio con una estética minimalista y brillante. Se veía tan... adulta. Tan en control.

—Todo listo para mi nueva era —decía su voz en off, suave y segura—. Borrón y cuenta nueva.

No le presté mucha atención; de hecho, dejé un comentario genérico con emojis de fuego para ayudarle con el algoritmo y seguí bajando. Hice *scroll* hasta el cansancio, consumiendo vidas ajenas hasta que el aburrimiento me obligó a levantarme.

Con un poco de culpa por haber pasado tanto tiempo sin hacer nada, miré el armario y recordé la limpieza que llevaba tanto tiempo posponiendo. Suspiré. Parecía una tarea titánica, pero no podía seguir huyendo.

Fui al baño a lavarme la cara para recargar energías, pero al levantar la vista, me detuve.

Me encontré mirándome en el espejo por más tiempo del que debería. La verdad es que nunca me había interesado demasiado por mi apariencia; sabía que no era fea, y eso me bastaba para no invertir tiempo en sobre analizarme.

¿Por qué entonces había pasado los últimos quince minutos observando con detenimiento cada poro, cada ángulo, angustiada por lo que mi reflejo definía sobre mí? Observé mi piel pálida, mis ojos azules… Quizás debía teñir mi cabello de rubio, siempre lo he llevado castaño… Cortarlo podría ser menos agresivo, ya estaba cayendo sobre mi cintura. ¿O eran las ondas que me hacían ver más infantil?

Con frustración, abrí mi clóset y observé mi ropa, preguntándome si mi estilo era lo suficientemente maduro para ir a la universidad. Mi habitación estaba en caos. Me acerqué a la montaña de «cosas para llevar» y tomé mi camiseta favorita, esa negra de una banda vieja que Nate me había regalado hacía dos años. La tela era suave, gastada por los cientos de veces que la había usado. Siempre me había sentido yo misma con ella.

Pero hoy, bajo la luz de la tarde, no vi la comodidad. Vi el cuello desbocado. Vi el estampado cuarteado por los lavados. Vi una mancha minúscula de cloro en el dobladillo que nunca me había importado.

De repente, la camiseta me pareció… triste. Desaliñada.

—Borrón y cuenta nueva —murmuré, repitiendo la frase sin darme cuenta.

Tiré la camiseta a la pila de «Donaciones» con una mueca que me sorprendió a mí misma. Seguí con el resto. Los jeans rasgados, los *hoodies* gigantes... todo lo que antes me hacía

sentir segura, ahora me parecía como si perteneciera a una niña que no estaba lista para el mundo real.

Había perdido la noción del tiempo cuando una notificación detuvo la música.

Nate.

¡Lo había olvidado por completo! Habíamos quedado en ir por un helado antes de ir a casa de Sophie. Mi habitación aún era un desastre.

Respondí a su mensaje diciéndole que ya casi salía —una pequeña mentira, pues apenas me empezaría a arreglar—, tomé la ducha más rápida de mi vida y escogí lo primero que encontré en la pequeña selección de ropa que decidí conservar: un top ceñido al cuerpo y unos pantalones anchos a la cadera.

Me solté el cabello y delineé mis ojos apenas un poco. Un cambio sutil, pero un cambio al fin. Empezaba a sentir la determinación de llegar a la universidad siendo una Valerie distinta.

Antes de salir, vi nuevamente la camiseta de Nate en la pila de donación. La tomé en mis manos unos segundos, sintiendo el algodón gastado. Entre tanto caos y esfuerzo no había tenido tiempo para pensar.

Me senté unos segundos sobre la cama con la camiseta en mis manos y de pronto recordé la noche anterior: Nate y yo bailando juntos, su mano en mi cintura, sus ojos verdes sobre los míos, ese atisbo de duda luego de que todos insistieran en nosotros como pareja.

Nunca lo había visto de esa forma y estaba segura de que él tampoco a mí, pero por alguna razón no podía sacarme de la cabeza esa idea… Parecía lógico, casi predestinado.

¿Quién mejor para cuidar mi corazón que él? Conocíamos todo del otro y nos queríamos incondicionalmente. Él sabe que me encierro cuando me hieren, que uso el sarcasmo como escudo, lo importante que es para mí la lealtad…

Siempre he querido tener una relación en la que exista una conexión profunda… ¿Quién más que Nate para ese rol?

Deben estar juntos… tiene sentido. Las voces de todos se mezclaban en mi cabeza.

Se formó un nudo en mi estómago. La idea se había instalado como un parásito.

Quizás no era tan descabellado. Quizás nuestros amigos tenían razón. Quizás por eso no habíamos estado con nadie más, dormidos en nuestra amistad, sin querer dar un paso más, pero tampoco dispuestos a mirar a otras personas.

¿Será que la plastilina, el molde y él defendiéndome de Kate había sido nuestro meet cute*?*

Me levanté de la cama sosteniendo aún la camiseta y esta vez la acomodé en la pila de «indecisa».

Llegué a la heladería sintiéndome nerviosa, una sensación inédita con él. Lo vi al fondo, en nuestro sitio de siempre. No pasó mucho tiempo hasta que nuestras miradas se encontraron; me sonrio, pero su sonrisa duró menos de lo usual. Mi corazón empezó a latir más rápido con cada paso.

Estaba tan concentrada en Nate y en mis propias sensaciones que no me fijé en el mesero que se daba la vuelta con una bandeja, por lo que chocamos torpemente.

—Disculpa… —comencé a decir, pero al reconocer a la persona, mi amabilidad se esfumó. Rodé los ojos.

—¿Puedes fijarte por dónde vas? —respondió él, sacudiéndose el uniforme. Tenía pecas adornando todo su rostro.

—¿Tenías que estar *tú* aquí?

—Algunos de nosotros tenemos que trabajar en verano, princesita —dijo con un tono cargado de sarcasmo—. No todos tenemos el privilegio de andar flotando en las nubes.

—Pues deberías aprender a hacer mejor tu trabajo si tanto lo necesitas ¿no crees? —repliqué, ofendida. Me molestaba lo pequeña que me hacía sentir con solo estar ahí de pie.

Damián me miró fijamente, una mirada dura y seria.

—No tengo ojos en la espalda Valeria —observé como su mandíbula se tensaba— Mejor aprende a fijarte en tu entorno,

no vives realmente en una burbuja, por más que no quieras verlo.

Nate llegó a mi lado antes de que pudiera continuar con el enfrentamiento.

—¡Val! —Dijo, ignorando a Damián por completo—. ¿Vamos?

Mi cara ardía y mi corazón latía con impotencia.

Resoplé. Lo seguí a nuestra mesa mientras veía a Damián desaparecer hacia la zona de empleados con una sacudida de cabeza. Lo que me irritaba de Damián era que para él mi amabilidad no era una virtud, sino un síntoma de mi privilegio. Me irritaba que me obligara a dudar de mi propia bondad; como si su visión gris del mundo fuera la única verdad y mi optimismo solo fuera una venda que él tenía el derecho de arrancarme.

—¡Me hierve la sangre! —exclamé, dejándome caer en la silla—. No entiendo cuál es su problema, tiene un complejo de superioridad que me desespera. *Algunos tenemos que trabajar Valeria* —dije, imitando su voz grave—. Odio que me diga Valeria. Además…

—¿Entonces vinimos a hablar de tu eterno odio hacia Damián? —interrumpió Nate fastidiado.

—Disculpa, no quería incomodarte.

—Está bien. —respondió tratando de disimular su enojo —. Es que no entiendo por qué te molesta tanto. Le das demasiada atención.

—Nate es que Damián…

—Val… ¿en serio?

Suspiré.

—Estás raro —respondí—. ¿Desde cuándo no puedo quejarme de Damián contigo?

—No es eso… —dudó—. Sólo no quiero que te arruine el día.

—Muy tarde —murmuré. Nate rio, aligerando la tensión.

—Eres tierna cuando te molestas.

—No soy tierna. Soy amenazante —fruncí el ceño juguetonamente.

—Mm, sí. Aterradora —rio él. Luego, me miró con más atención—. Oye… tienes algo distinto. ¿Te maquillaste?

Reí, sintiéndome expuesta.

—No tengo nada distinto, Nate, no sé de qué hablas.

—Estás mintiéndome serialmente hoy, Valerie. ¿Estás bien?

—Claro que sí —respondí rápido, desviando el tema—. Ven, sé que tengo que invitarte el helado por llegar tarde.

Pedí uno de chocolate con chispas y él, el de siempre: vainilla con caramelo. Salimos a sentarnos en la plaza, en el mismo banco de siempre, huyendo de la insoportable presencia del rostro pecoso de Damián.

—Sabes que me quedé pensando en lo que dijo Sophie ayer… —soltó, tratando de sonar casual. Mi corazón se detuvo por un instante… ¿qué parte de ayer? —. Sólo estaremos a cuarenta minutos de distancia.

—Sí… —dije. Entonces era esa parte. Sin embargo, no terminaba de entender muy bien por qué hacía ese comentario.

—Lo digo porque el día de la ceremonia de graduación me pediste que no te olvide… —respondió, como si leyera mis pensamientos.

Hizo una pausa, mirando su helado.

—Me parece gracioso, porque no es como que estaremos demasiado lejos, después de todo.

—Ah —reí nerviosamente ante la idea de la cercanía—. Es cierto… supongo que estaba muy emocional.

Me quedé pensando unos segundos, buscando una razón para frenar la cadena de pensamientos impulsados por la posibilidad romántica entre nosotros.

—Pero no lo sé, Nate… —suspiré—. No estaremos tan lejos, pero no es lo mismo que vernos todos los días. Al principio cuarenta minutos no parecen demasiado, pero súmale

conocer a nuevas personas, las clases, los exámenes… al final esos cuarenta minutos se convierten en diez horas.

Nate dejó su helado a un lado y tomó mi mano. Lo miré a los ojos, el contacto visual envió una corriente eléctrica por todo mi cuerpo, se veía más cercano de lo normal, con una mirada que no sabía reconocer en él pero que se parecía demasiado al deseo.

—Vamos a estar bien, Val. Siempre seremos tú y yo.

Mi respiración se entrecortó.

Antes de poder reaccionar a la hipnosis de su mano en la mía, al hechizo de sus ojos verdes y al confort de sus palabras, Nate se inclinó hacia mí.

Mi corazón se aceleró, mientras yo me quedaba inmóvil.

Poco a poco vi su pulgar acercarse a mi boca y, suavemente, borró una mancha de helado que se había quedado en mi comisura.

El contacto fue mínimo, pero suficiente para que se me helara el cuerpo. Él se quedó quieto, con el pulgar suspendido cerca de mi boca, mirándome no como a su amiga, sino como si estuviera descifrando un enigma.

Yo me reí nerviosa, incapaz de sostener tanta tensión, rompí el contacto visual y bajé la mirada.

—Gracias, que torpe —dije, intentando sonar normal, pero mi voz tembló.

Fue apenas un segundo, pero lo reconocí de inmediato; era la misma sensación de la fiesta, sólo que ahora no había nadie más, ni música alta, ni alcohol. Sólo nosotros.

Él se alejó y se concentró en su helado como si nada hubiera pasado. Yo hice lo mismo. Seguí comiendo en silencio, pero dentro de mí las preguntas se multiplicaban.

¿Me lo estaba imaginando? ¿O Nate realmente estaba cambiando la forma en la que me miraba?

De camino a casa de Sophie nos acompañó un silencio que no era incómodo… era denso. Era como si algo que no tenía nombre todavía, estuviera flotando entre los dos como una nota suspendida.

Antes no me pasaba eso. Antes, con Nate, todo era fácil, conocido. Nate siempre había sido mi refugio, pero hoy caminando bajo el atardecer me di cuenta de que, por primera vez, ese refugio empezaba a sentirse diferente.

CAPÍTULO 3

Valerie

Dicen que cuando el cristal de un parabrisas se astilla, puedes seguir conduciendo un tiempo si ignoras la grieta. Pero tarde o temprano, pasas por un bache y el vidrio se desmorona frente a tus ojos.

Mi grieta fue el sabor a chocolate con chispas y la sensación del pulgar de Nate rozando la comisura de mi boca.

Pasé el día siguiente a nuestra cita en la heladería intentando convencerme de que me lo había inventado todo.

Estaba sentada en el suelo de mi habitación, rodeada de cajas de cartón, tratando de concentrarme en qué libros de texto valía la pena llevarme a la universidad. Pero mi mente era una pantalla que solo proyectaba la misma escena en bucle: Nate mirándome no como a la niña que conoció con un molde de estrella en la mano, sino como si yo fuera un territorio nuevo en su mapa, uno que apenas empezaba a trazar.

—Es el idealismo, Valerie —me dije en voz alta, lanzando un libro de cálculo a la pila de «donar»—. Estás tan desesperada por tener una conexión de película que estás proyectando un guion sobre tu mejor amigo.

Pero la mentira no se sostuvo mucho tiempo.

Nate apareció en mi casa esa tarde sin avisar, como hacía desde que teníamos diez años. Entró por la puerta trasera,

saludó a mi mamá con la confianza de un hijo y subió las escaleras de dos en dos. Yo estaba de espaldas cuando escuché el crujido familiar del tercer escalón.

—Traje gomitas de oso. Las verdes, tus favoritas —anunció, dejándose caer en mi cama como si fuera la suya.

Me giré, lista para soltar un comentario sarcástico sobre cómo siempre se comía las rojas antes de llegar, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

Nate llevaba una camiseta gris vieja, la que tenía un pequeño agujero cerca del cuello, y el pelo todavía algo húmedo de la ducha. No había nada distinto en él, era el mismo Nate de siempre, pero, por alguna razón, mi cerebro decidió registrar detalles que antes eran «ruido blanco»: la forma de sus hombros, lo definido de su pecho, la curva en sus bíceps.

Su presencia parecía llenar de repente todo el espacio de la habitación.

Intenté ser la de antes, la «Val de siempre».

—Llegas tarde, ya me comí un paquete de galletas por tu culpa —mentí, volviendo a mi caja.

—Mentirosa. Tienes cara de que no has comido nada más que tus propios pensamientos en todo el día —respondió él, lanzándome una gomita verde que rebotó en mi nariz.

Me reí, y por un segundo, el cristal pareció sanar. La normalidad era un refugio cálido. Nos sentamos en el suelo a organizar mis carpetas, hablando de trivialidades: el clima, lo mucho que Charlie iba a extrañar el equipo de fútbol, los *vlogs* exagerados de Sophie.

—Te quedaste sin cajas —dijo, levantándose del suelo y caminando por la habitación. La caja con la ropa etiquetada «indecisa» estaba abierta y en ella sobresalía la camiseta vieja que Nate me había regalado.

Verla allí fue como estar en la escena de un crimen, donde yo era la culpable. Había dejado la evidencia a plena vista.

—¿Vamos a buscar más? —respondí. Nerviosa, tratando de captar su atención.

—Creo que tengo unas cuantas en casa que no necesitaré —dijo él, paseándose por la habitación—. ¡Mira! Mi franela.

La tomó en sus manos y agradecí a Dios que fuera tan despistado como para no leer la etiqueta de la caja.

—Bien. ¿Vamos? —dije parándome y tomándolo de la mano para arrastrarlo fuera antes de que sus ojos se fijaran más de la cuenta en mis dudas empacadas.

Nate conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios. Yo lo miraba de reojo, intentando descifrar por qué, de pronto, me fijaba en la longitud de sus dedos o en cómo la luz del sol resaltaba el dorado de su cabello.

—¿Vas a poner música o planeas que este silencio sea nuestra nueva personalidad? —bromeó Nate, dándome un golpecito en la rodilla con el dorso de su mano.

El contacto fue breve, apenas un roce, pero sentí cómo el aire se escapaba de mis pulmones. No sentí el golpe juguetón de siempre; fue como si mi piel hubiera desarrollado una sensibilidad especial para registrar cada centímetro de su cercanía.

—Solo buscaba una buena playlist —mentí, concentrándome intensamente en la pantalla de mi teléfono.

—Val... —Dijo mi nombre con esa suavidad que últimamente me ponía los pelos de punta—. Estás muy callada. ¿Hay algo que te esté dando vueltas en la cabeza?

Me tensé. Recordé la fiesta, la duda en sus ojos, su camiseta en mi mano, el nudo en mi estómago y la idea de que nosotros «teníamos sentido». La sangre fluía violentamente a través de mis venas. Recordé su pulgar rozando apenas mis labios. Dios. Tenía que acabar con esto de raíz, enfrentar el elefante en la habitación para que todo volviera a la normalidad.

Busqué coraje refugiándome en lo seguro de nuestra amistad. Seguro ambos nos reiríamos.

—Tengo que admitir que lo que estuvieron diciendo todos, aquella noche… —comencé— no sé… como que… ha sido difícil sacármelo de la cabeza —Nate me miró brevemente, una mirada que no supe descifrar. Odiaba esa novedad, no saber qué estaba pensando—. Sobre todo, cuando Sophie no para de recordármelo ¿sabes? —agregué antes de que mis nervios me delataran y reí para aliviar la tensión.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó él. No se estaba riendo. Su tono era serio, casi vulnerable, similar al que usó cuando me pidió que no me preocupara por la distancia de la universidad.

Me quedé en silencio mientras el auto se detenía en un semáforo en rojo. Nate giró el cuerpo hacia mí, invadiendo mi espacio personal de una forma que nunca me había molestado. Su perfume —ese olor dulce y varonil que recordaba desde siempre— se sintió asfixiante, pero de una forma extrañamente adictiva.

Lo miré y, por un instante, me permití dejar de lado la etiqueta de «mejor amigo». Vi sus labios, los mismos que Nate se había humedecido antes de limpiar la comisura de mis labios.

—Pienso que sería muy fácil —admití en un susurro. Sintiendo cómo mi pulso se aceleraba—. Pienso que nos conocemos tanto que entiendo por qué parece... lógico.

Nate asintió, sin apartar la vista de mis ojos.

—¿Y lo lógico es malo? —preguntó, posando su mano en mi rodilla para acariciarla con su pulgar.

—No —respondí. El aire se sentía espeso, difícil de respirar—. Solo es aterrador. Porque si lo lógico no funciona, no tendría a dónde volver.

El semáforo cambió a verde. Nate volvió a mirar al frente, pero esta vez no retiró su mano de mi rodilla inmediatamente. La dejó allí un segundo más de lo necesario, un peso cálido que se sentía como un ancla y al desaparecer me dejó con la sensación de que era demasiado ligera para permanecer pegada al suelo.

Esa tarde, mientras cargábamos las cajas en el maletero, nuestras manos chocaron varias veces. No se sentía accidental. Era como si estuviéramos aprendiendo un lenguaje nuevo a través del tacto, uno que no necesitaba palabras ni declaraciones.

No estaba muy segura de por qué ahora todo se empezaba a sentir diferente. En qué momento interpreté que Nate había decidido dejar de verme como una amiga y en qué punto mi mente decidió seguirle el juego. Cuando se fue, el silencio de la habitación me resultó insoportable. Me miré en el espejo del tocador y la vi.

Ahí estaba: la grieta en el parabrisas, cruzando toda mi realidad.

CAPÍTULO 4

Valerie

Los días de verano se derretían más rápido que un cubo de hielo sobre el asfalto. Junio se había esfumado en un parpadeo junto con la normalidad de nuestra amistad. No habíamos hablado del tema; era como un acuerdo tácito que comenzó aquella tarde en el carro: una serie de micro-movimientos invisibles para el resto del mundo, pero sísmicos para nosotros.

Empezamos a cruzar pequeños límites, testeando hasta dónde podíamos estirar la cuerda sin que se rompiera.

Miraba fuera de la ventana de mi habitación, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, dejando que los recuerdos de las últimas semanas se reprodujeran en mi mente como una película en cámara lenta.

Hace unas semanas habíamos organizado un pequeño viaje en carretera hacia la playa más cercana. Yo había ido en el auto de Sophie junto con Joanne, mientras los chicos, Charlie y Steven, habían decidido irse juntos en el carro de Nate.

Todo parecía aparentemente normal, habíamos pasado una tarde increíble, jugamos vóley, tomamos el sol y yo… volví a probar alcohol. Se sentía bien, era como si por un momento todas las expectativas y presiones que cargaba sobre mis hombros se esfumaran.

—Nadie nunca había anotado un gol desde esa distancia —decía Charlie. El fuego de la fogata crepitaba entre nosotros. Sophie y yo nos reíamos, cómplices, por la exageración de la historia de Charlie. La sensación de ligereza del alcohol permanecía.

Levanté la mirada y encontré la de Nate del otro lado de las llamas. Mantuve la sonrisa, buscando en sus ojos la misma complicidad de siempre, pero en su lugar encontré una intensidad nueva, una que removía sensaciones que nunca pensé asociar a él.

Mi sonrisa se desvaneció poco a poco mientras sostenía su mirada.

Bien, desvíala. Pensé. Retándolo.

Pero Nate no desvió la mirada.

Las historias seguían a nuestro alrededor, las risas, el sonido de las olas, pero para mí el mundo había dejado de sonar hacía mucho rato. Las brasas calientes de la fogata crujían, el fuego se sentía más fuerte, pero el calor real estaba en ese intercambio silencioso, en la forma en que una media sonrisa tiró de la comisura de sus labios antes de llevar la cerveza a su boca, satisfecho, con un guiño final, destinado solo a mí.

Recordé también cómo una noche estrellada a principios de Julio recibí su invitación al cine. Nada fuera de lo común para nosotros. Nate había elegido una película de terror, como siempre, al saltar en mi asiento asustada por la película, reposé mi mano en la de él. No se rio ni se apartó, la sostuvo durante los noventa minutos restantes y cuando salimos a la luz del lobby, ninguno de los dos dijo una palabra al respecto. Simplemente guardamos el momento en el bolsillo, como un secreto compartido.

Era un testeo constante. Estirábamos la cuerda día tras día, probando hasta dónde podíamos llegar sin sentirnos incómodos o morir de miedo.

Pero fue anoche cuando la cuerda vibró con una fuerza que me asustó.

Eran las doce cuando el teléfono interrumpió el silencio de mi habitación

Contesté con la voz ronca, una mezcla de sueño y esa nueva adrenalina que me acompañaba siempre que él estaba involucrado.

—¿Es un delito que una chica intente dormir temprano en verano? —susurré, enterrando la cara en la almohada.

—No —respondió él, su voz grave y baja al otro lado de la línea—. Pero sí debería serlo cuando estás dando vueltas en la cabeza de alguien más y no lo dejas dormir.

Abrí los ojos en la oscuridad, sintiendo un calor subir por mi cuello.

—¿Perdón? —pregunté, conteniendo el aliento.

—Digo… —Hizo una pausa, y pude escuchar la sonrisa en su voz—. Supongo que habrá alguien que no para de pensar en ti.

Solté el aire. Era su juego favorito últimamente: lanzar la piedra y esconder la mano. Insinuar y luego despistar.

—Hmm, lo dudo —respondí, siguiéndole la corriente—. Creo que Cupido guardó su última flecha del año para Darla y Davin. Yo estoy libre de culpa.

—No lo sé… Aún faltan meses en el año para probar tu hipótesis.

—Supongo.

Se hizo un silencio en la línea. No era incómodo, estaba cargado de todo lo que no decíamos. De todas esas pruebas que habíamos estado haciendo.

—Quiero verte —dijo de la nada, con bastante seriedad.

Mi estómago dio un vuelco. Esto era nuevo. Esto era cruzar otra línea.

—¿Verme? No entiendo… ¿ahora mismo? —respondí tratando de sonar tranquila, pero la verdad mi cabeza iba a mil por hora.

—¿Cenicienta no puede salir después de las doce?

Reí nerviosa.

—Mis padres me matarían si hago ruido.

—Estoy afuera.

Me asomé a la ventana y vi las luces de su auto apagarse frente a mi casa. Mi pulso se aceleró. Bajar a verlo en pijama a la medianoche no era algo que los «mejores amigos» hicieran habitualmente.

—Intentaré no hacer ruido.

Corté la llamada y bajé las escaleras de puntillas, esquivando los escalones que crujían. Al salir, el aire húmedo de la noche me golpeó. Él estaba en el asiento del conductor, con la ventanilla bajada y con el pelo rubio revuelto.

Me acerqué a la ventana y él me miró. Era la mirada más dulce y suave que había visto nunca. Estiró la mano a través de la ventana abierta y rozó mis nudillos con los suyos.

—Solo quería asegurarme de que eras real —susurró.

—¡Valerie!

La voz de mi mamá me arrancó de golpe de mis recuerdos. Parpadeé, desorientada. El auto de Nate y la magia de la madrugada se esfumaron; volvía a estar en mi habitación a plena luz del día.

—Sophie está aquí. ¿Nos haces el honor de bajar de la nube en la que estás?

Carraspeé, sintiendo el calor aún en mis mejillas.

—Sí… sólo… pensaba en la universidad —dije, pasando mis manos sudorosas sobre mis pantalones.

—Ajá —dijo mi madre, claramente no muy convencida, pero se hizo a un lado para dejar pasar a un torbellino rubio.

Sophie entró y chillamos de emoción como si no nos hubiéramos visto en meses.

—Mantengan un tono de voz adecuado —reprendió mi madre— Valerie, tu papá está abajo, en el estudio. No hagas que suba —advirtió mi mamá antes de salir y cerrar la puerta.

Apenas el pestillo hizo clic, Sophie y yo soltamos otro chillido, esta vez ahogado. Saltamos sobre la cama, dejándonos caer sobre el edredón. Sophie se giró hacia mí, apoyando la cabeza en su mano, y me lanzó esa mirada de escáner que solía usar cuando sabía que le ocultaba algo.

—Vale, suéltalo —ordenó—. *Pensaba en la universidad*, sí, claro…

Mordí mi labio inferior para reprimir una sonrisa, pero fue inútil.

—Vino anoche —solté—. A la medianoche.

Sophie abrió los ojos como platos.

—¿A tu casa? ¿Entró? —preguntó en un grito susurrado.

—No, no —reí—. Se quedó en el auto. Solo… quería verme. Dijo que quería asegurarse de que yo fuera real.

Sophie se desplomó dramáticamente sobre la cama, mirando al techo con una sonrisa de satisfacción.

—Lo sabía. Te lo dije, Val. Nate siempre ha sentido cosas por ti. —Se incorporó de golpe, señalándome con un dedo acusador—. Y no te hagas la sorprendida, siempre te lo dije, ustedes son *endgame*. ¿Viste cómo se le notaba a leguas la semana pasada en la piscina de Steven?

—¿Qué pasó en la piscina de Steven? —pregunté, haciéndome la tonta, aunque sabía exactamente a qué se refería.

—¿Que qué pasó? Val, por favor. Casi le arranca la cabeza a Mark. Estaba marcando territorio de una forma tan obvia que casi me dio vergüenza ajena por el pobre chico.

La mención de Mark me hizo cerrar los ojos. Todavía podía sentir el olor a cloro y protector solar de esa tarde en la piscina de Steven. Recordé a Mark tomándome de la cintura, intentando tirarme al agua mientras yo gritaba que me soltara, y entonces, esa sombra.

—Dijo que la soltaras.

La voz de Nate no sonó fuerte, pero cortó el aire como un cuchillo. Mark me soltó al instante, intimidado por el Nate que yo nunca había visto: el de la mandíbula tensa y ojos verdes cargados de una advertencia letal.

—Solo jugábamos, amigo —balbuceó Mark.

—Pues juega con otro —sentenció Nate.

Me pegó a su costado mojado, su mano firme sobre mi brazo creando una barrera entre el mundo y yo. Me dio un

beso en la sien, reclamándome frente a todos, y me susurró: Quédate conmigo.

—Lo recuerdo —dije, sintiendo un cosquilleo en el estómago—. Fue… intenso.

—Fue sexy —corrigió Sophie—. Fue un «ella es mía, aléjate». Val, los chicos no hacen eso por sus «mejores amigas». Hacen eso por la chica que quieren.

Me abracé a una almohada, reprimiendo la esperanza en forma de grito ahogado. Sophie tenía razón. Nate siempre había sido protector, pero esto era diferente. Era primitivo. Y, Dios, me encantaba. Me hacía sentir elegida, valiosa.

Me separé de la almohada y miré a Sophie con timidez.

—Entonces… ¿qué crees que somos ahora? Estoy confundida, ¡no sé hacer esto!

Sophie sonrió con malicia y señaló el calendario colgado en mi pared, donde el próximo sábado estaba marcado con un círculo rojo gigante.

—Tu cumpleaños es en tres días, Val. Tienes la fiesta perfecta, el chico perfecto que ya está actuando como tu novio y, si me haces caso, tendrás el vestido perfecto. —Se inclinó hacia mí, tomando mis manos—. Va a pasar el sábado. Estoy segura. Será tu regalo.

—¿Sophie tomaste algo? No te estoy entendiendo —dije abrumada.

—Vallll —soltó un gruñido— es obvio que Nate está cocinando las cosas poco a poco para hacerlo oficial el sábado. Seguro lo sellan con un beso.

Mi corazón se aceleró. La fiesta. Por supuesto. Todo conducía a eso.

El verano, las miradas, la mano en el cine, el incidente con Mark, la visita de medianoche… todo era el prólogo para mi cumpleaños.

—Tenemos que ir de compras —declaré, saltando de la cama.

Sophie soltó una carcajada triunfal. Yo me llevé los dedos a la boca, pidiéndole que mantuviera el silencio con los ojos

bien abiertos.

—Pensé que nunca lo dirías —dijo, recuperando el tono de confidencialidad—. Vamos a buscarte un vestido que haga que Nate se olvide de cómo respirar.

CAPÍTULO 5

Valerie

El miedo no llegó como un golpe repentino. Llegó como una marea lenta y fría, infiltrándose en la seguridad de mi sala de estar un martes por la tarde cuando Nate vino a casa. No era una «cita». No había tensión de medianoche ni roces de manos. Era simplemente un martes.

La casa estaba vacía, estábamos tirados en la alfombra de mi sala, rodeados de cajas de pizza grasientas, jugando videojuegos. Nate iba ganando, como siempre, y soltó esa carcajada ruidosa y fea que solo sacaba cuando me estaba aplastando en el *Mario Kart.*

—¡Toma eso, perdedora! —gritó, dándome un empujón amistoso en el hombro con su codo.

Me tambaleé y caí sobre los cojines, riéndome.

—Hiciste trampa —me quejé, lanzándole una palomita de maíz que rebotó en su frente.

Él la atrapó en el aire, o lo intentó, y se la comió del suelo. «Regla de los cinco segundos», decía siempre. Me miró con esa familiaridad cómoda, esa facilidad de alguien que ha visto mis peores cortes de pelo, mis gripes con mocos y mis berrinches irracionales.

Y entonces, el miedo me paralizó.

Lo miré y no vi al chico sexy que marcaba territorio en la piscina. Vi a Nate. A mi Nate. Al chico que sabía exactamente

cómo me gustaba la pizza (sin bordes) y que me había sostenido el cabello mientras vomitaba en la feria de sexto grado.

Si cruzábamos la línea este sábado... esto se acababa.

La comodidad de estar en pijamas feos. La libertad de ser asquerosa. La seguridad de saber que, pasara lo que pasara, él estaría ahí. Las amistades como la nuestra eran búnkeres nucleares.

¿Estaba a punto de dinamitar mi búnker por un beso?

Nate estaba estirado a mi lado, tan cerca que su brazo rozaba el mío. Era una cercanía que antes era normal, pero que ahora me robaba el aliento.

—Oye... —Nate dejó el control y frunció el ceño, borrando su sonrisa—. Te fuiste. ¿Estás bien? Tienes esa cara de pánico otra vez.

Sentí un nudo en la garganta.

Quería decirle: Tengo miedo de perderte. Tengo miedo de que, si te beso y no funciona, nunca más podamos estar así, tirados en el suelo comiendo pizza.

Pero no podía decirle eso, porque si se lo decía, hacía real la posibilidad del fracaso.

—Estoy bien —mentí, forzando una sonrisa que sentí temblorosa en mis labios—. Solo... estrés pre-cumpleaños. Ya sabes que me pongo neurótica con los detalles.

Nate me estudió un segundo más, sus ojos verdes buscando la verdad, pero finalmente suspiró y me pasó el control.

—Relájate, Val. Va a ser perfecto. Yo me encargaré de que lo sea.

Su promesa, dicha con tanta seguridad, solo hizo que el nudo se apretara más. Él no tenía miedo. Él no veía lo que estábamos arriesgando. O quizás, él era más valiente que yo.

—Entonces… —dijo él, girando la cabeza para mirarme. Sus ojos verdes estaban brillantes, divertidos—. ¿Tu cumpleaños es el sábado?

—Lo sabes perfectamente —respondí, rodando los ojos, aunque sonreía.

—Lo sé. Solo quería confirmar la fecha límite.

—¿Fecha límite para qué?

Nate se apoyó sobre un codo, acortando la distancia entre nosotros. Su mirada bajó a mi boca un segundo, ese gesto que se había vuelto habitual y que siempre hacía que mi corazón se saltara un latido.

—Para el regalo. Tengo algo planeado. Algo… diferente.

Su voz bajó una octava, el aire en la habitación cambió, ya no era una tarde de amigos; era el preludio de algo enorme y ahora, en lugar de emoción, sentí un terror absoluto.

Miré su cara. Vi la familiaridad de sus lunares, la cicatriz pequeña en su ceja de cuando se cayó de la bici a los siete años. Vi a mi mejor amigo. A mi persona segura.

Si cruzábamos esa línea el sábado… si lo convertíamos en «algo diferente» … nunca podríamos volver a este momento. Si rompíamos, si nos hacíamos daño, perdería las tardes de pizza, las bromas internas, el refugio.

Me aparté bruscamente, como si me hubiera quemado.

—Tengo que estudiar —solté, poniéndome de pie de un salto.

Nate parpadeó, confundido por mi reacción repentina. Se sentó, frunciendo el ceño.

—¿Estudiar? Val, es verano. Ya te graduaste.

—Para la universidad. Quiero adelantar lecturas —mentí. Mi voz sonaba aguda, falsa—. Deberías irte. Necesito concentrarme.

El dolor cruzó su rostro tan rápido que casi me lo pierdo, pero lo vi. Esa confusión herida. Se levantó despacio, tomando sus llaves.

—Vale… —dijo, dudando—. Te escribo luego.

—Sí, ajá —sonreí sin mostrar los dientes—. Adiós.

Cerré la puerta detrás de él y me apoyé contra la madera, respirando como si hubiera corrido un maratón.

Había empezado, el pánico había tomado el control. El miércoles fue una tortura silenciosa. Mi teléfono vibró sobre el escritorio a la hora del almuerzo.

Nate: *¿Sigues en modo estudio nerd? Pasaré por café helado. ¿Te llevo uno?*

Miré la pantalla. Mis dedos flotaron sobre el teclado. Podía decir que sí. Podía dejar que viniera, tomar el café, reírnos y dejar que la corriente nos llevara hacia el sábado. Pero la imagen de perderlo, de arruinar la amistad, se interpuso como un muro.

Borré lo que iba a escribir. Bloqueé el teléfono. No contesté. Dos horas después, otra vibración.

Nate: *¿Todo bien?*

Lo dejé en visto. Sentí una náusea física al hacerlo, como si estuviera traicionando mi propia naturaleza, pero me convencí de que era necesario. *Necesito enfriar esto*, pensé. Si bajo la temperatura, quizás podamos salvar la amistad antes de que el romance la destruya.

El jueves fue el golpe final. Nuestra noche sagrada de películas. A las cinco de la tarde, mi teléfono sonó. Era una llamada de él. Lo dejé sonar hasta que saltó al buzón de voz. Inmediatamente, escribí un mensaje, mis manos temblando.

Yo: *No puedo hoy. Tengo que organizar mi playlist para la fiesta. Lo siento.*

Nate no era tonto. Sabía que mi *playlist* estaba lista desde junio. La respuesta llegó al instante, y fue tan fría que me hizo doler el pecho.

Nate: *Ok.*

Sin emojis. Sin bromas. Solo dos letras que confirmaban que mi estrategia estaba funcionando: estaba enfriando las cosas. Y se sentía horrible.

CAPÍTULO 6

Valerie

Sábado por la noche. El silencio de mi teléfono pesaba más que cualquier notificación. Estaba sentada frente al tocador, con una bata de seda resbalando por mis hombros, mirando mi reflejo pálido mientras Sophie terminaba de alisar mi cabello.

La música ya retumbaba en el piso de abajo; el bajo hacía vibrar los frascos de perfume sobre mi mesa. La fiesta había empezado sin mí, y yo seguía aquí arriba, paralizada por el terror de haber cometido el peor error estratégico de mi vida.

—Te estás quedando calva de tanto que te halas el pelo, Val —me regañó Sophie, apartando mi mano de mi cabeza—. ¿Quieres decirme qué te pasa? Llevas dos días actuando como si te dirigieras al patíbulo en lugar de a tu cumpleaños.

Suspiré, un sonido tembloroso que delató mis ganas de llorar.

—Creo que lo arruiné, Soph.

Sophie dejó la plancha sobre la mesa y giró mi silla para que la mirara de frente. Su expresión pasó de concentrada a preocupada en un segundo.

—¿Arruinaste qué? El maquillaje está perfecto, el vestido es increíble y la fiesta está llena.

—No hablo de la fiesta. Hablo de Nate.

La mención de su nombre hizo que el nudo en mi estómago se apretara.

Miré hacia mi teléfono, que seguía mudo sobre la cama.

—Nate no me ha escrito un «feliz cumpleaños», ni un «te veo luego». Nada. —dije, desesperada—. Y no puedo culparlo. Yo…

Había levantado un muro de hielo entre nosotros justo cuando el verano estaba en su punto más cálido. Sophie me miraba confundida.

La confesión salió como un torrente.

—Lo he estado evitando. Desde el martes. Me dio un ataque de pánico, Sophie. Me di cuenta de que, si cruzamos la línea esta noche, pierdo mi red de seguridad. Si sale mal, pierdo a mi mejor amigo.

Sophie me miró con compasión, pero no me interrumpió.

—Así que hice lo único que sé hacer cuando tengo miedo: huir —continué, la voz quebrándose—. Me alejé. Fui fría con él. Pensé que, si ponía un poco de distancia, podría… no sé, «desenamorarnos». Bajar la intensidad para proteger la amistad.

—¿Y funcionó? —preguntó Sophie suavemente.

Negué con la cabeza, sintiendo las lágrimas picar en mis ojos.

—No. Solo logré que todo se sintiera raro. Ahora no sé si va a venir a la fiesta pensando que somos «casi algo» o pensando que lo odio. —Me cubrí la cara con las manos—. Siento que rompí ambas cosas, Soph. Arruiné el romance siendo una cobarde, y arruiné la amistad siendo una mala amiga. Me quedé sin nada.

El silencio se instaló en la habitación, solo roto por la música amortiguada que subía desde el jardín. Me sentía la persona más estúpida del mundo. Había querido proteger mi búnker y, en el proceso, había echado la llave al mar con Nate afuera.

Sophie me miró en silencio unos segundos, procesando la información. Luego, suspiró y se arrodilló frente a mí, tomando

mis manos heladas.

—Eres una idiota, Valerie.

Solté una risa acuosa.

—Lo sé.

—Pero eres una idiota con suerte. —Sophie apretó mis manos—. Escúchame bien, Valerie —dijo, con ese tono firme que usaba cuando yo necesitaba un golpe de realidad—. No has arruinado nada todavía. Nate te conoce. Te conoce mejor que nadie. Sabe que eres una sobre pensadora y sabe que te asustan los cambios. A nadie se le pasa el amor en 48 horas. Probablemente no está enojado; está confundido. Y herido.

La palabra «herido» fue una puñalada.

—Lo sé —susurré.

—Pero la noche no ha terminado. De hecho, ni siquiera ha empezado para ti. —Sophie se levantó y caminó hacia el armario, sacando un vestido verde esmeralda. La tela brilló bajo la luz, hipnótica—. Tienes dos opciones ahora mismo. Puedes quedarte aquí, llorando y confirmando que lo arruinaste todo… o puedes ponerte este vestido, bajar esas escaleras y arreglarlo.

La miré, sintiendo al miedo batallar con la esperanza.

—¿Y si ya no quiere intentarlo? ¿Y si mi distancia lo alejó para siempre?

—Entonces bajas y lo arreglas —sentenció Sophie, tendiéndome el vestido—. Pero no puedes hacerlo escondida en tu habitación. Si tienes miedo de perder a tu mejor amigo, ve y demuéstrale que sigues ahí. Y si quieres al chico… bueno, ve y demuéstrale que valió la pena esperarte estos días de locura.

Sophie insistió, sacudiendo la tela suave frente a mí.

—Como dije, tienes dos opciones —insistió suavemente—. Quedarte aquí llorando sobre la leche derramada, o ponerte este vestido, bajar esas escaleras y recordarle a Nate por qué lleva todo el verano mirándote como si fueras la única chica en el mundo.

Miré el vestido en manos de Sophie, no era solo una prenda de ropa; era una armadura. Era la decisión de dejar de huir.

Me puse de pie, secándome la única lágrima que se había escapado con el dorso de la mano. Sophie tenía razón. Ya no podía deshacer los últimos días, pero podía decidir cómo terminaría esta noche.

—Hagamos esto —dije, con la voz un poco más firme.

Sophie sonrió, triunfante.

—Esa es mi chica. Ahora, vamos a hacer que Nate se olvide de que alguna vez existieron esos días de silencio.

Mientras me subía el cierre y me miraba al espejo, no veía a la Val de los jeans rasgados, las camisetas y el mejor amigo, la tela se ajustaba a mi cuerpo de una forma que me hacía sentir como una extraña en mi propia piel. Y entonces, vi a la Val que se queda con el chico. Vi a una chica que estaba aterrorizada, sí. Pero también vi a alguien que ya estaba harta de vivir en la orilla segura.

Estaba lista para jugármelo todo.

Sophie me dio un último retoque de labial rojo —el mismo que Nate había notado en la graduación— y me dedicó una sonrisa triunfal.

—Estás lista —sentenció ella—. Ahora baja y recupera a tu chico.

Mis manos temblaban mientras tomaba mi teléfono de la cama; seguía mudo, un recordatorio constante de las cuarenta y ocho horas de silencio que yo misma había provocado.

El miedo a haber dinamitado mi búnker nuclear por un impulso romántico seguía ahí en mi pecho, pero la necesidad de ver a Nate era más fuerte que el pánico a perderlo.

Abrí la puerta y el sonido del bajo que vibraba en el suelo desde temprano se transformó en un estruendo real. El aire de los pasillos olía a una mezcla de perfume caro, alcohol y ese calor pegajoso típico de las noches de julio.

Bajé las escaleras, cada paso que daba se sentía pesado y con cada uno sentía las miradas de las personas que ya

llenaban la sala y el jardín. Escuché murmullos, risas, algunos «feliz cumpleaños» y el choque de vasos, pero mis ojos solo buscaban una cosa: una melena rubia revuelta y unos ojos verdes que me conocían mejor que nadie.

Crucé la sala esquivando a Charlie y Steven, que gritaban algo sobre un brindis, y salí al patio. La iluminación de la piscina creaba reflejos azulados en las caras de todos. Entonces lo vi.

Nate estaba cerca de la mesa de bebidas, de espaldas a mí, hablando con alguien. Llevaba una camisa oscura que resaltaba los músculos de su espalda, esa misma estructura física que mi cerebro había empezado a registrar como «ruidosa» semanas atrás. Me detuve a unos metros, con el corazón golpeando con tanta fuerza que temí que el vestido se rasgara.

¿Cómo se supone que saludas a tu mejor amigo después de ignorarlo dos días? ¿Cómo pretendes que nada ha cambiado cuando llevas puesto un vestido que grita que todo lo ha hecho?

Como si sintiera mi mirada, Nate se giró.

Su conversación murió en el acto. La media sonrisa que tenía en el rostro se desvaneció, reemplazada por una expresión de asombro absoluto que rápidamente se tornó en algo más denso, algo herido pero hambriento. Me miró de arriba abajo, recorriendo cada centímetro de esta armadura que Sophie había ayudado a crear, y por un segundo, la frialdad de su último mensaje de texto pareció evaporarse en el calor de la noche.

—Val —dijo mi nombre, y su voz fue lo único que pude escuchar por encima de la música alta.

Caminó hacia mí, acortando la distancia que yo misma había ensanchado, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, su presencia me envolvió por completo, recordándome por qué siempre habíamos sido «él y yo».

—Feliz cumpleaños, perdedora —susurró, pero no había burla en su tono. Solo una tensión que amenazaba con romper

la cuerda de una vez por todas.

—¡Hermosa! —escuché a una voz exclamar detrás nuestro —. Feliz cumpleaños —Joanne me abrazó. Miro a Nate, luego a mí y como si pudiera sentir la tensión entre nosotros agregó: —. Perdón ¿interrumpo algo?

—¡No! —respondí más pronto y entusiasta de lo que quería. Miré a Nate preocupada.

—En absoluto Joanne —respondió él— Voy por unos tragos, Val es toda tuya.

A penas y escuché a Joanne decime lo hermosa que estaba, posé para algunas *selfies*, pero mi cabeza estaba en una espiral. Todo se sentía demasiado frágil y temía pisar el bache que haría que todo se desmoronara.

—Felicidades, Val —la voz de un chico de la secundaria me sacó de mi trance. Se acercó más de lo necesario, su brazo rozando el mío mientras me entregaba un vaso con un líquido rosa dulce. —Te ves... increíble. En serio.

Le sonreí, sintiendo una chispa de adrenalina.

—Gracias, Rob —respondí, bajando la vista a mi vaso. Sabía que Nate estaba viendo. Podía sentir su tensión desde el otro lado de la piscina.

Y no me había equivocado. En poco tiempo una mano firme se cerró sobre mi brazo, un contacto posesivo que ya había experimentado antes, con Mark, en la piscina de Steven.

—Valerie —dijo Nate. Su voz era baja, cargada de una dureza que me hizo temblar—. Ven conmigo.

Lo seguí hacia la zona más oscura del jardín, donde la música se convertía en un zumbido sordo. En cuanto nos alejamos, me solté de su agarre. No estaba segura si estaba disfrutando ese lado impredecible y casi controlador de Nate.

—¿Oye te pasa algo? —pregunté. Molesta por la forma en la que me tomó del brazo.

—¿A ti te pasa algo? —respondió él, claramente refiriéndose a los días que pasé evitándolo. Sentí mi cuerpo tensarse, tenía miedo de lo que había provocado en él, pero la

indignación por su posesividad barata le ganó al miedo por un instante.

—No tenías por qué tomarme de esa manera para traerme hasta aquí —respondí.

—No me gustó como te miraba Rob —respondió él, dando un paso hacia mi espacio personal. Sus ojos verdes estaban oscuros, nublados por algo que parecía celos, pero se sentía como propiedad.

—¿Y desde cuándo te importa tanto cómo me perciben los demás? —dije, desafiante. Dispuesta a acabar con esto de una vez por todas.

El aire entre nosotros estaba cargado, una cuerda estirada hasta su límite absoluto.

—¿Por qué me estuviste evitando toda esta semana? —respondió él. Un pequeño atisbo de dolor cruzó por sus ojos. Me desarmó. No tenía moral para reclamarle nada cuando yo había actuado de forma impulsiva y estúpida estos días.

Pensé en qué decirle, cómo hacer que las cosas estuvieran bien entre nosotros, pero no sabía cómo.

Mi voz salió como un susurro

—Tengo miedo, Nate.

Bajé la vista, incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Miedo de qué? —respondió él. Reuní el valor necesario para mirarlo nuevamente.

—De nosotros Nate… —comencé— de esta nueva forma de vernos, de sentir que podría perderte en algún momento si me dejo llevar por todo esto —la verdad escapó de mis labios antes de que pudiera detenerla.

—Val… —Nate dudó por un segundo, tomó aire y dio un paso atrás— los chicos realmente lograron meterse en tu cabeza —rio, una risa que se sintió como si un cuchillo helado estuviera amenazando mi garganta— No tienes nada de qué preocuparte.

—No entiendo… —respondí con la respiración agitada.

—Ya te lo dije una vez en la heladería Val… —interrumpió — nunca vas a perderme. Siempre seremos tú y yo, mejores

amigos, como siempre.

Me quedé congelada bajo la sombra de los árboles, con el vaso de líquido rosa temblando ligeramente en mi mano. Sus palabras se clavaron en mi pecho con una precisión quirúrgica, mucho más dolorosa que si me hubiera gritado.

—Mejores amigos —repetí, y mi voz sonó pequeña, extraña para la chica que se miraba con determinación en el espejo minutos atrás.

Esas no eran las palabras que esperaba escuchar. Mi corazón se aceleró, mi mente daba vueltas. Miré el vaso de alcohol, no lo había probado aún, no podía estar borracha, pero se sentía como si lo estuviera.

—Sí, Val. —Nate suspiró, y esa calidez de «mejor amigo» regresó a su rostro, pero ahora se sentía como una pared de concreto entre nosotros—. Sophie, Charlie, todos han estado presionando con lo de la «pareja perfecta» desde la graduación. Creo que el estrés de la mudanza y la fiesta te está haciendo ver cosas donde no las hay, no hay razones para que tengas miedo.

Quería gritarle. Quería recordarle cómo me miró en el auto, cómo su pulgar se demoró en mi comisura, cómo su voz bajó una octava cuando habló de un regalo «diferente».

Pero no pude.

Si él estaba decidiendo que nada de eso ocurrió, yo no podía ser la única que sostuviera la verdad sin parecer una loca.

—Tienes razón —mentí, sintiendo cómo el labial rojo me pesaba como si fuera plomo. Forcé una risa seca—. Es el alcohol. Y Sophie. Ya sabes cómo es ella.

Nate pareció relajarse, pero sus ojos verdes seguían escaneándome, buscando algo que ya no le iba a dar.

—Exacto. —Me dio un apretón amistoso en el hombro, el mismo gesto de todos los martes de pizza, ignorando que hace un momento me había tomado con una posesividad que no tenía nada de amistosa—. Disfruta tu fiesta. Te ves increíble, Val. En serio. Disculpa si te hice sentir incómoda —se rascó la

parte de atrás de su cabeza— Rob realmente me parece muy *sus*. Sólo intento protegerte, como siempre.

Se dio la vuelta y caminó de regreso hacia la luz de la piscina, dejándome sola en la oscuridad. El bajo de la música seguía retumbando, pero para mí, el sonido era el de mi propio búnker sellándose herméticamente.

Me sentía ridícula. El vestido verde, mi pelo queriendo volver a sus ondas con la humedad, la confesión susurrada... todo se sentía como un disfraz de alguien que no existía.

Bebí un largo trago del vaso rosa. El alcohol me quemó la garganta.

Puedo jurar que sentí el dolor de la cuerda aflojándose como un latigazo en el dorso de mi mano, como si la persona que sostenía el otro lado la hubiera soltado sin previo aviso. Estaba segura de que era Nate quien la sostenía, pero ahora solo podía verme a mí misma sosteniendo ambas puntas.

CAPÍTULO 7

Valerie

Sentí el escozor en los párpados, esa presión familiar antes del desborde, pero encontré un atajo: el fondo del vaso.

Tomé otro sorbo y observé la fiesta que continuaba, ajena a que se me había roto el mundo en la mitad y no sabía qué camino tomar ahora.

¿Me lo inventé todo?

Tomé otro sorbo para procesar ese pensamiento.

Cada trago era una quemadura necesaria para anestesiar la punzada en el pecho y de confundir el mareo. Prefería que el mundo girara por el vodka y no por los remolinos en mi mente.

Puedo con esto, me dije a mí misma. Es mi fiesta. Pensé en Rob y en cómo me miraba, en Mark y su coqueteo torpe interrumpido por Nate.

Recordé mi reflejo en el espejo, la chica del vestido verde.

Suspiré y vacié el vaso de un trago. Convertí la mueca del alcohol quemando mi garganta en mi mejor sonrisa y me lancé a la multitud.

Necesitaba olvidar lo que acababa de pasar.

—¡Vamos, cumpleañera! —gritó Sophie, ajena a todo. Envidié su ignorancia, pero me propuse imitarla.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la música como nunca. El líquido rosa ya no sabía a azúcar; sabía a anestesia. Me moví al centro de la pista, donde el aire era escaso y el calor

humano sofocante. Alguien me agarró de la cintura y me dejé llevar, girando hasta que las luces de la piscina se convirtieron en líneas de neón borrosas.

—¡Esa es la actitud, Val! —gritó alguien cerca de mi oído.

Solté una carcajada estridente que me raspó la garganta.

—¡Es mi noche! —respondí, levantando un nuevo vaso de alcohol como un trofeo.

Me obligué a bailar más rápido, a cantar las canciones que no me gustaban, a abrazar a gente con la que apenas hablaba en clase. Pero incluso entre las manos de extraños que me daban esa falsa sensación de seguridad, mis ojos cometían la traición de buscar a Nate y cada vez que lo hacían encontraban el vacío o, peor aún, su espalda alejándose.

Me tomé fotos con cualquier persona que me pidiera una, congelando una sonrisa de plástico que se desvanecía en cuanto el *flash* se apagaba, dejándome con los músculos de la cara doloridos por el esfuerzo de fingir que no me estaba muriendo por dentro.

Busqué a Nate otra vez. Vi una camisa oscura cerca de la barra y mi corazón se detuvo... pero cuando el chico se giró, era solo un amigo de Steven. La decepción me golpeó con la fuerza de un puñetazo físico, mareándome más que el vodka.

El aire allí dentro ya no era aire; era una sopa densa y caliente, una mezcla nauseabunda de vodka barato derramado en el suelo, sudor ajeno y perfumes de diseñador demasiado dulces que se me pegaba a la garganta y me revolvía el estómago.

Tragué saliva, luchando contra la arcada que me subió por el esófago, y me obligué a seguir moviéndome.

Fue entonces cuando el tiempo decidió reírse de mí, estirando los segundos hasta convertirlos en horas.

La música ya no era ritmo, era ruido. Un martilleo constante en mi sien que se burlaba de mí: no fue real, no fue real, no fue real.

Cuerpos húmedos chocaban con el mío, robándome el oxígeno, atrapándome en una marea de calor pegajoso que me

hacía sentir sucia, como si la desesperación se me estuviera saliendo por los poros. Escapé buscando otro trago con el que seguir nublando mi realidad.

—Val, basta. Estás temblando. —Sophie me tomó del brazo, su voz una nota de cordura en medio del ruido—. Vámonos arriba.

—No pasa nada, Soph —respondí, soltándome con una sonrisa que me dolió en las mejillas. Mi pelo, perfectamente alisado horas antes, empezaba a sentirse pesado, como una peluca que ya no quería usar.

Mis ojos, traicioneros por instinto, lo encontraron cerca de la salida del patio. El mundo seguía girando a velocidad normal —la gente bailaba, las luces parpadeaban—, pero Nate se movía en una burbuja de cámara lenta que me permitía registrar cada detalle de su huida.

No se estaba marchando como alguien que acababa de poner el mundo de alguien patas arriba. No había hombros tensos ni pasos apresurados. Se detuvo junto a Charlie, quien sostenía dos cervezas y se reía de algo que dijo Steven. Nate le puso una mano en el hombro, un gesto casual, sólido, de camaradería masculina. Le dijo algo breve. Charlie asintió y le dio una palmada en la espalda.

¿Cómo?, pensé, sintiendo que el suelo se inclinaba bajo mis tacones. *¿Cómo puedes hablar del clima o despedirte educadamente cuando acabas de decirme que me inventé todo lo que sentía?*

Nate se apartó del grupo y, justo antes de cruzar el umbral de la puerta corrediza de cristal, hizo ese gesto. Ese maldito gesto. Se pasó la mano por el cabello rubio, echándolo hacia atrás con un suspiro cansado, el mismo movimiento que hacía después de un examen difícil o cuando terminábamos una partida larga de videojuegos. Era un gesto de alivio. De «tarea cumplida».

Mírame, le rogué mentalmente, clavando mis uñas en la palma de mi mano. Gírate. Busca mis ojos. Demuéstrame que no estoy loca.

Contuve la respiración, esperando ese último vistazo, esa conexión final que validara mi dolor.

Pero no lo hizo.

Nate deslizó la puerta de cristal, dio un paso hacia la seguridad del interior de la casa y desapareció sin mirar atrás ni una sola vez.

El aire se volvió sólido.

La puerta se cerró, silenciando el mundo exterior para él, dejándome a mí atrapada en el ruido. No hubo despedida. No hubo un último «feliz cumpleaños». Simplemente se llevó su presencia, su perfume y mi dignidad, y siguió caminando como si nada hubiera pasado.

La graduación, el helado, la intimidad de su mano sobre mi rodilla, su carro frente a mi casa a medianoche. Todos los recuerdos me vinieron de golpe, pero ahora no se sentían como una película romántica; se sentían como una alucinación febril.

No pude haberlo imaginado todo.

Mi armadura se desmoronó.

Me alejé a tropezones hacia la zona oscura cerca de los setos, donde el frío de la noche de julio no era suficiente para apagar el incendio en mi garganta. Mis rodillas cedieron, no por el alcohol, sino por el peso insoportable de entender que el búnker ya no existía; él lo había desmantelado y se había llevado los planos.

—Se te corrió el labial, princesita.

No era la voz de Nate. Era una voz más grave, con un rastro de acento que cortó el aire como un cuchillo. Levanté la vista borrosa y vi a Damián apoyado contra un árbol, observando mi colapso con una mezcla de fastidio y una curiosidad oscura.

No me tendió la mano. Se limitó a exhalar una nube de humo que desapareció en la oscuridad.

—Tanta tragedia por un chico que no sabe ni cómo sostenerte —murmuró, y en sus ojos vi por primera vez que mi «fin del mundo» era, para él, sólo un espectáculo patético.

La rabia me dio un impulso de energía.

—¿Qué puedes saber tú de sostener, Damián? —escupí, tratando de incorporarme torpemente, tambaleándome sobre mis tacones—. Solo eres un cliché con acento, Damián. Tu misterio no es profundidad, es sólo otra forma de esconder que no tienes nada. Todas podrán morir por ti, pero... —Se me trabó la lengua, pero lo señalé con el dedo—. Conmigo no funciona. Puedo ver quién eres realmente. No eres nada.

Damián sonrió torcidamente, una mueca lenta y peligrosa. Se separó del árbol y se acercó a mí, dejando que la luz de la piscina iluminara ese rostro pecoso que, de alguna forma, me parecía más aterrador que atractivo.

—Yo no necesito vivir de apariencias, Valeria —contestó, bajando la voz hasta convertirla en un susurro áspero—. Y si realmente me interesaras, estarías de rodillas como hace unos segundos… pero por las razones correctas.

El aire se escapó de mis pulmones. La insinuación fue tan vulgar, tan directa y eléctrica que me dejó muda.

Quise responder, quise abofetearlo, pero mi cerebro estaba exhausto. Antes de que pudiera formular un pensamiento coherente, Damián ya se había dado la vuelta, desapareciendo en la oscuridad y dejándome sola en el frío de la noche, que ahora, inexplicablemente, me calaba hasta los huesos.

CAPÍTULO 8

Nathan

Siempre me he considerado una persona común, con una vida sencilla, fácil, tranquila, predecible. Mi vida era como una repetición de eventos constantes, mismo equipo, mismos jugadores, mismas jugadas.

Nunca había deseado que eso cambiara. Hay una especie de seguridad en lo esperado, en saber que después del martes viene el miércoles y que la pizza siempre sabe igual.

Pero con la graduación me di cuenta de que la vida tiene la mala costumbre de no pedir permiso. Cada día que pasaba y se acercaba la ceremonia de graduación era un paso más hacia lo desconocido.

Mentiría si digo que eso no me ponía los nervios de punta.

Un día pensé que implosionaría pensando en todo lo que estaba por perder, hasta que un *rant* en las historias de Sophie me detuvo el dedo en la pantalla.

—A veces pareciera que nuestras vidas se basan sólo en lo que conocemos, en nuestras rutinas… —decía acostada en su cama—. ...en quienes conocemos ahora mismo, en quienes somos ahora mismo. ¿Pero no es algo claustrofóbico pensar que todo se limita a tu vecindario? Nuestra vida también se basa en el cambio. ¿Realmente estás viviendo o sólo estás en inercia?

Quise burlarme. Quise pasar la historia. Pero la pregunta se quedó rebotando en mi cabeza: *¿Realmente he vivido o sólo he ocupado un espacio?*

Al llegar la graduación, los nervios se habían convertido en una expectativa ansiosa. ¿Cuál sería mi nueva rutina? ¿Hasta dónde se expandiría mi vecindario?

Jamás admitiría que una historia de *Instagram* me causó una crisis existencial. Bueno… tal vez a Valerie.

Valerie ha estado en mi vida desde que tengo memoria. Un día llegó al mismo jardín de infancia donde yo iba y desde entonces no pude apartarla de mi lado, aunque intentara. Si yo iba a la derecha, ella iba conmigo; si yo corría, ella corría. Fue extraño al principio, pero poco a poco me fui acostumbrando a que estuviera a mi lado.

Habíamos pasado tanto tiempo juntos que imaginarme lejos de ella era como imaginar estar sin mi brazo derecho. Me gustaba el lugar que ocupaba en mi mundo y no quería que eso cambiara.

Como si pudiera leer mis pensamientos, se abrazó a mí y me suplicó que no la olvide. Sabía que eso sería imposible. Pero ahora me sentía en una tensión extraña entre querer abrazar el cambio y querer aferrarme a esto.

Sin embargo, con cada nueva cosa que sucedía, parecía que el cambio sería lo único inevitable. Como esa noche después de la graduación, cuando la vi con el vaso en la mano.

Mi primer instinto fue ir a quitárselo; un vaso rojo en la mano de Valerie parecía demasiado fuera de lugar. Nunca fue el tipo de chica que se emborrachaba en una fiesta.

Resistí el impulso gracias a que Charlie no paraba de hablar sobre a cuántas chicas conquistaría en la universidad, pero también gracias a él noté que el vaso no era lo único rojo en Valerie.

—*Wow*, eso sí que es diferente —dijo dándome unas ligeras palmadas en el hombro. Seguí su mirada y noté que miraba a Valerie—. ¿No te das cuenta? —rio—. Si no te

conociera, pensaría que no jugamos para el mismo equipo. Mírala, Nate. Dime que ese labial rojo no te enciende.

Fruncí el ceño. Nunca había visto a Valerie de esa manera. Para mí, Valerie era pijamas y películas de terror.

—Te lo digo, Nate —insistió Charlie, bajando la voz—. El minuto que Valerie pise la universidad, se va a encontrar a tipos peores que yo. Ellos no van a esperar para hacer un movimiento, y ella no tendrá a su guardaespaldas Nate para alejarlos.

Solté una risa que casi no escapa de mis labios, más como un bufido.

Valerie era… distinta. Siempre lo había sido. No porque intentara serlo, sino porque simplemente lo era. Tenía una manera de reír que hacía que el resto del mundo sonara como un mal chiste, una forma de mirar que parecía atravesarte y dejarte desnudo. Era lista, divertida y formaba parte de esa seguridad que me hacía temer al cambio.

—Valerie puede defenderse sola, amigo, y sé que nunca se fijaría en tipos como tú —respondí burlón. Pero si era así… ¿por qué sentía mi mandíbula tensarse?

Miré hacia Valerie una vez más y su mirada encontró la mía. Sonreí. Era mi mejor amiga, es así de simple. Ningún labial rojo haría que pensara lo contrario.

—Mejor ve a cazar a alguna de tus víctimas —le dije a Charlie para deshacerme de él.

—Con mucho gusto —respondió con cierta satisfacción.

Comencé a caminar hacia Valerie. Tomé su vaso en un intento torpe de cuidarla, pero ella lo sostuvo un segundo más, desafiante. Ese movimiento inesperado me hizo reparar nuevamente en su labial. Era como si Valerie estuviera tomando pequeños pasos en una nueva dirección. Los miré un segundo de más y sentí el piso desaparecer bajo mis pies: todo lo que conocía como seguro estaba a punto de cambiar. De hecho, ya había empezado a hacerlo.

—El labial rojo te queda bien —dije, apenas sonriendo, intentando sacarme esos estúpidos pensamientos de cambios

de la cabeza. Comencé a hablarle sobre cualquier cosa, pero Valerie se había perdido en sus pensamientos y yo no quería perderme de nuevo en los míos.

—¿Qué te pasa? —pregunté ansiosamente.

Ella no lo notó y esta vez estaba agradecido por ello; no tenía ganas de explicarle lo que pasaba por mi mente. Me concentré en escucharla, agradecido de poder poner mi atención en otra cosa. Hablar con Valerie era seguro, siempre sabía qué decirle, no era complicado. Animado por esa sensación de normalidad que sentía al hablar con Val, la invité a bailar.

—Nunca habías pintado tus labios así —le dije al oído, de forma casual, intentando iniciar una conversación.

—Quiero probar un poco eso de hacer cosas distintas —me respondió mientras seguíamos bailando.

Pero ahí estaba otra vez. Era como si ahora cualquier cosa que viera, escuchara o pensara tuviera el mismo subtexto. Era como si la vida me presentara la palabra CAMBIOS en luces de neón, led y vallas gigantes.

Miré a Valerie; el azul conocido de sus ojos contrastaba con el rojo de la incertidumbre.

Mientras bailábamos y escuchábamos los mismos comentarios de siempre sobre cómo deberíamos estar juntos, se me ocurrió una idea descabellada.

¿Intentar algo entre nosotros sería un punto medio entre abrazar el cambio y mantener las cosas como siempre? Sería como llevarme un pedacito de seguridad a una etapa llena de incertidumbre.

No era difícil imaginarlo. Charlie tenía razón después de todo… el labial rojo sí que invitaba. Y el hecho de que no estaríamos tan lejos el uno del otro hacía que la idea no sonara tan descabellada.

Por eso, cuando Valerie me confesó en el auto que ella también le daba vueltas a esa noche y que le parecía «lógico», la idea se terminó de instalar en mi mente y sin decirle nada al respecto empecé a tomar cartas en el asunto.

Empecé a mirarla de una forma en la que nunca la había mirado.

La observaba hablar con tanta naturalidad, con esa inocencia y amabilidad, y su risa, su sello personal… de repente no podía imaginarme pasar ningún día sin oírla.

Pero desde que empezó a cambiar —el maquillaje, la ropa, esa decisión estúpida de comenzar a tomar— sentí que el mundo la estaba mirando por primera vez. Y me aterró la idea de que, si no hacía algo rápido, alguien iba a anotar un gol en mi propio campo.

Necesitaba protegerla. Quería que siguiera siendo mi Val.

Era una parte de mí que desconocía. Con Valerie siempre tuve un instinto protector, fraternal. Pero desde que pensé en esa jugada de estar juntos, se sentía diferente… se sentía urgente, más visceral.

Por eso, cuando vi a Mark sostenerla en sus brazos en la piscina, pegando su cuerpo mojado al de ella, algo se apoderó de mí. Sentí mi corazón latir en mis oídos, calientes de rabia, y entonces entendí lo que tantas veces vi en nuestros jueves de películas cuando Valerie elegía una de romance y el protagonista se da cuenta que la chica que siempre había estado ahí podía dejar de estarlo en cualquier momento.

No podía perderla.

Sabía que ella tampoco quería perderme a mí. Así que empecé a aumentar la apuesta. Cada pequeño gesto que cambiaba entre nosotros era el despliegue de lo que sería mi jugada maestra: la solución definitiva a lo que ambos temíamos

O así lo creía… hasta ese martes.

CAPÍTULO 9

Nathan

Nunca había estado enamorado antes, realmente estaba apegado a mi normalidad, cuando hablo de ser rutinario me refiero hasta en ese sentido. Nunca había tenido una novia, nunca me había gustado nadie lo suficiente, esa normalidad funcionaba para mí. Tenía lo que necesitaba, amigos para divertirme, una familia estable, suficiente dinero para no tener que preocuparme y a Valerie, la persona con la que siempre he tenido una conexión más profunda.

Sin embargo, sabía que, si quería que las cosas con Valerie evolucionaran, debía esforzarme. Tenía que salir de la *friendzone* y darle el tipo de conexión que sé que ella desea. Así que, desde hace unas semanas, estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer: contacto visual prolongado, contacto físico intencional… Se sentía bien. Correcto. Seguro.

Era algo que Charlie me había enseñado cuando le confesé, medio en broma medio en serio, que Valerie y yo teníamos sentido.

—Debes dejarla pensando en si realmente es coqueteo o si se lo está imaginando —me aconsejó—. Así alimentas la tensión.

Estaba funcionando. Veía cómo se sonrojaba, cómo me sostenía la mirada.

Luego de varios acercamientos ya me resultaba natural.

Una noche de verano dando vueltas en la cama sin poder dormir pensé en Valerie… No me explicaba por qué no habíamos intentado esto antes, era guapa, lista, graciosa, me conocía como nadie. Mientras más lo pensaba, más tenía sentido.

Me encontré sonriendo mientras pensaba en ella y mi corazón se aceleró. Realmente estaba pasando, esto es real, estoy por convertir en novia a mi mejor amiga.

Era el plan perfecto: llevarme mi lugar seguro conmigo a la universidad.

Sin pensarlo, tomé las llaves de mi auto y salí. Era medianoche, pero necesitaba verla. La llamé. Escuchar su voz medio dormida pero emocionada por la llamada era todo lo que necesitaba, ahí estaba el fruto de lo que había venido trabajando.

La vi acercarse a mi auto en pijama, hermosa en su sencillez, no alcancé a decirle demasiado, porque a los pocos segundos, la luz de la ventana de sus padres se encendió.

—Será mejor que vuelvas adentro —le dije, acariciando su mano suavemente con mi pulgar—. No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

Yo tenía claro lo que debía hacer: besarla.

Quería esperar a su cumpleaños para hacerlo especial. La conocía lo suficiente para saber qué tipo de cosas necesitaba en una pareja romántica y quería darle justo eso.

Pero entonces llegó ese maldito martes. El día que me echó de su casa con la excusa patética de que necesitada estudiar, vi algo en sus ojos que no había calculado: pánico. Era un error en el sistema. Vi cómo, la jugada que yo creía ganadora era la que nos estaba hundiendo.

Vi cómo la idea con la que ambos habíamos coqueteado desde la noche de la graduación parecía ser la peor decisión. Por primera vez, me sentí como un extraño en su casa.

Intenté ignorarlo. Pensé que si continuaba lo que había comenzado a lo mejor ella se sentiría segura nuevamente. Pero

mis intentos de acercarme nuevamente sólo aumentaron la distancia entre nosotros.

El jueves, nuestra noche sagrada, fue la confirmación. Su mensaje fue un bloque de hielo: *No puedo hoy.*

Y entonces lo vi con una claridad aterradora: así se sentiría si lo intentábamos y fallábamos. Si cruzábamos la línea y salía mal, este rechazo duraría para siempre.

Perdería las tardes de pizza, las bromas, la confianza, la mirada de la única persona que me conoce de verdad. Valerie se alejó porque tenía miedo, lo sé. Pero al alejarse, me mostró el futuro. Me mostró lo que pasa cuando rompemos el equilibrio. No iba a permitir que eso sucediera.

Me sentí como un estúpido, había tenido la peor idea del mundo y había arrastrado a Valerie con ella. Nunca se me ocurrió que mi intento por mantener la seguridad entre nosotros podría ser lo mismo que la rompiera.

Tenía que cambiar la jugada.

Nada podía suceder esa noche.

Nada.

Con esa convicción taladrándome el cerebro, conduje hasta su fiesta el sábado. Me repetí el plan una y otra vez: Entra, saluda, sé el mejor amigo de siempre, sonríe, haz como si nada hubiera pasado.

El plan casi se fue al infierno en el segundo en que volteé a verla.

Llevaba un vestido verde que la hacía ver… mayor. Distinta. Y ese labial rojo. Todo el aire salió de mis pulmones. No se veía como la niña con la que compartía el almuerzo; se veía como una mujer que estaba a punto de dejarme atrás.

Feliz cumpleaños, perdedora, le dije, y recé para que mi voz sonara normal.

Entonces apareció Joanne, y luego el resto de la gente, y me vi empujado a la banca. Intenté mantener la distancia, intenté aferrarme a mi decisión de «solo amigos», pero entonces vi a Rob.

Vi cómo se le acercaba. Vi su mano en el brazo de Valerie. Vi cómo ella le sonreía —una sonrisa brillante que no era para mí— y sentí un hueco en el estómago. No eran celos lo que sentía; era pánico. Puro y simple pánico.

Sentí que me estaba reemplazando en tiempo real.

La estoy perdiendo, pensé. Si no hago algo ahora, se va a ir con él, o con cualquier otro, y yo me voy a quedar siendo una anécdota de su infancia. Todos mis esfuerzos por tratar de mantener la normalidad y la seguridad habrían sido en vano.

Sin darme cuenta de lo que hacía me acerqué a ella impulsivamente. Necesitaba alejarla de ahí. Mi mano se cerró sobre su brazo como quien se aferra a un salvavidas.

La llevé a la zona oscura del jardín, lejos del ruido, donde pudiéramos ser solo nosotros dos y poder arreglar todo esto.

Valerie estaba molesta, indignada por cómo la había tomado para apartarla de allí, discutimos sobre Rob y cuando no pude sostener la discusión sin revelar demasiado mis sentimientos la desvié hacia mi molestia. Fue una finta defensiva para poder mantener mi jugada.

—¿Por qué me estuviste evitando toda esta semana? —Pregunté, claramente herido por su distancia.

—Tengo miedo, Nate —susurró ella, y su confesión me desarmó por completo. No porque no lo supiera ya, sino por su honestidad.

—¿Miedo de qué? —respondí. Sabía de lo que hablaba, pero necesitaba escucharlo antes de responder cualquier cosa.

—De nosotros Nate… de esta nueva forma de vernos, de sentir que podría perderte en algún momento si me dejo llevar por todo esto.

Verla así, tan vulnerable, hizo que todas mis defensas cayeran. Estuve a punto de mandarlo todo al diablo y simplemente besarla, pero entonces, el recuerdo de estos últimos días me golpeó como un balde de agua helada.

Su frialdad. Su silencio. El «No puedo hoy».

Si la besaba ahora, impulsado por la emoción del momento, y mañana ella se arrepentía... la perdería para

siempre. Valerie se alejó de mí solo por la idea de nosotros. Si lo hacíamos realidad y salía mal, ella correría en la dirección opuesta y nunca más volvería.

Yo no sobreviviría a eso. Prefería tenerla como amiga a no tenerla en absoluto.

Tuve que mentirle. Le dije que no había razón para tener miedo, que ella y yo siempre estaríamos bien, que siempre seríamos mejores amigos. Pude ver la confusión en su mirada.

Era obvio que habíamos estado comportándonos como algo más que mejores amigos, pero habían sido cosas tan sutiles que podía simplemente mentir y decir que nada había cambiado. Le dije que quizás su miedo era porque los demás le estaban metiendo ideas en la cabeza.

Vi cómo la luz se apagaba en sus ojos, vi cómo se encogía de vergüenza, pero yo sabía que era lo mejor. Nos estaba protegiendo.

Traté de hablarle con la suavidad de siempre, como su mejor amigo, para tranquilizarla y luego me di la vuelta antes de que pudiera arrepentirme.

Caminé hacia la casa sintiendo su mirada en mi espalda, quemándome.

Debería haberme ido en ese mismo instante. Debería haber subido a mi auto y acelerado, intentando que la distancia física me ayudara a olvidar todo este desastre. Pero no lo hice. Mi instinto masoquista me llevó directo a la barra improvisada en la cocina, donde me serví un trago que bajó ardiendo en mi garganta, y me quedé allí, anclado en los costados de la fiesta.

Las horas siguientes fueron una tortura lenta y borrosa.

Desde mi posición, vi cómo Valerie salía de la oscuridad del jardín. Por un momento, pensé que subiría a su cuarto a llorar, y una parte de mí deseó que lo hiciera para poder ir tras ella. Pero no. Se dirigió directo a la pista de baile.

Todo se veía como una película muda de terror. La vi beber un vaso tras otro con una sed que no era física, sino emocional. La vi reírse demasiado fuerte, moverse demasiado

rápido, abrazar a desconocidos con una energía frenética que gritaba auxilio.

—Valerie está encendida hoy, ¿eh? —comentó Steven, apareciendo a mi lado con una cerveza y siguiendo mi mirada hacia el torbellino verde en el centro de la pista—. Nunca la había visto así.

Sentí un nudo en el estómago. Steven veía a una cumpleañera eufórica; yo veía la rigidez en su mandíbula y unos ojos vidriosos que no paraban de buscar a los míos.

—Sí —murmuré, apretando el vaso en mi mano un poco más fuerte de lo que pretendía—. Nunca.

Entonces la vi con Rob otra vez. Él la agarró de la cintura en medio de la pista. Ella no se apartó. Se dejó llevar, girando entre las luces de neón, riéndose de algo que él le dijo al oído.

Esto es lo que quería, ¿no?, me dije a mí mismo con crueldad. Querías salvar la amistad. Bueno, ahí la tienes.

Me tragué la bilis. Ya estaba hecho, no tenía razón para quedarme allí. Me abrí paso entre la gente, buscando la salida. En la puerta me topé con Charlie.

—¿Ya te vas? —preguntó.

—Sí, estoy muerto. Mañana hablamos —le dije, poniéndole la mano en el hombro. Mi voz sonó normal. Aterradoramente normal.

Me pasé la mano por el pelo, exhausto, pero satisfecho, y crucé el umbral. Cerré la puerta de cristal tras de mí. No miré atrás. No podía. Porque sabía que, si me giraba y la veía sola en la oscuridad, me dolería demasiado.

Había ejecutado el plan. Había salvado la amistad. El mundo volvía a ser seguro.

Entonces, ¿por qué la satisfacción de hace unos segundos se comenzaba a convertir en la certeza de que acababa de perderlo todo?

CAPÍTULO 10

Valerie

No quería despertar, pero sentía que había un niño corriendo mientras tocaba un tambor dentro de mi cabeza. Intenté abrir los ojos, pero los rayos del sol se sintieron como un ataque personal, así que los cerré de golpe. Mi saliva estaba pesada y el sabor de mi boca era algo metálico y amargo que nunca había probado. Hacer el intento de tragar hizo que mi estómago se revolviera, amenazando con expulsar todo lo que había metido allí ayer.

Ayer.

El recuerdo me golpeó antes que la náusea. Mi cabeza no era lo único que dolía; mi pecho se sentía pesado, como si una roca de diez kilos estuviera aplastando mi corazón.

Poco a poco abrí los ojos nuevamente, solo para ver una silueta parada frente a mí.

Sophie.

—¿Val? ¿Estás despierta? —agradecí que estuviera frente a mí, bloqueando el sol. Asentí con la cabeza y me arrepentí al instante. El niño del tambor se molestó por el movimiento y golpeó las paredes de mi cráneo con furia.

—Iré por un vaso con agua —susurró ella al ver mi mueca de dolor.

Me incorporé poco a poco, sintiendo que mis vértebras estaban hechas de cristal. ¿Cómo puede la gente hacer esto

todos los fines de semana?

Cuando Sophie volvió, ya había logrado sentarme al borde de la cama con los pies tocando el suelo frío.

—Qué noche la de anoche —comentó, dándome el vaso, pero su intento de sonar animada murió al ver mi cara—. ¿Está todo bien?

No estaba preparada para enfrentar la verdad. No estaba lista para decir en voz alta que mi mejor amigo no sólo no me besó, sino que me había inventado todo. Decirlo lo haría real.

—Todo bien, Sophie. Ya hablaremos ¿sí? —le dije. Mi voz sonó ronca, rota. Realmente no quería que sintiera pena por mí —. Solo quiero estar sola. Necesito procesar mi resaca primero.

Sophie me estudió un segundo, captando la mentira, pero asintió y pasó su mano por mi cabeza con suavidad.

—Llama si me necesitas, ¿vale?

En sus ojos había preocupación, pero respetó mi barrera. Sin decir una palabra más, salió y cerró la puerta tras ella.

El silencio cayó sobre la habitación, y mis ojos se fueron directo al vestido esmeralda tirado sobre la silla del tocador. Brillaba bajo el sol, burlándose de mí.

—Soy una estúpida —dije en voz alta.

Caminé hacia el vestido arrastrando los pies. Lo tomé en mis manos; la tela era suave, costosa, prometedora. Lo observé por unos segundos, recordando a la chica que se miró al espejo anoche creyendo que podía comerse el mundo, y lo lancé al suelo con un gruñido de rabia.

Era el testamento de una chica consumida por la locura. La acumulación de malas lecturas a situaciones mundanas que terminaron en psicosis.

Tengo que recuperar a mi mejor amigo, pensé. Esa chica del vestido verde arruinó todo.

Fui a la caja de «indecisa» y saqué la camiseta vieja que Nate me había regalado. Me la puse. El algodón gastado olía a detergente barato y a tiempo, a seguridad.

Quizás el problema era querer cambiar. Debía volver a ser la de antes, así todo estaría bien.

Con la camiseta puesta, tomé mi celular. La pantalla era un caos de notificaciones: comentarios en Instagram, etiquetas en fotos, menciones... pero ninguno era de Nate.

Suspiré, sintiendo el vacío en el estómago.

Me sentía pegajosa. Tenía el rímel corrido bajo los ojos y el cabello era un nido de pájaros. No soportaba verme así, así que me metí a la ducha. Dejé que el agua caliente golpeara mi espalda, pero incluso bajo el chorro, y después con el cabello mojado goteando sobre la camiseta de Nate que me volví a poner al salir, la ansiedad no se iba.

Tenía ganas de escribirle. Decirle algo. Pero ¿qué?

Un ruido de motor me distrajo. Miré por la ventana: mis padres. Habían llegado de su escapada de fin de semana. Habían decidido no pasar mi cumpleaños conmigo porque papá «no tolera los ruidos fuertes ni a mis amigos».

Agradecí la distracción, por cruel que fuera, y bajé.

La casa olía a productos de limpieza. Un equipo de extraños se encargaba de borrar el desastre de la noche anterior. Mis padres entraron al recibidor. Ninguno se acercó para abrazarme. Ninguno dijo «feliz cumpleaños».

Pude ver por su mandíbula tensa que mi padre estaba furioso.

—Dijiste que sería una reunión pequeña, Valerie —soltó, mirando una mancha en la alfombra que los limpiadores aún no sacaban.

—Vamos, John, es su cumpleaños, nuestra niña cumplió dieciocho —intervino mamá, ofreciéndome una sonrisa nerviosa, tratando de ser el escudo que nunca lograba ser.

—No interrumpas —dijo, sin mirarla, alzando su voz lo suficiente para opacar la de mi mamá.

Mamá dio un pequeño brinco y sus ojos se abrieron como platos, alerta. Papá nos dedicó una mirada de decepción que nos abarcó a ambas y se fue directo a su estudio, cerrando la puerta con un golpe seco que resonó en toda la casa.

Mi madre se quedó allí, con la cara colorada de vergüenza. Apenas me sonrió, una mueca triste, y se alejó en

silencio hacia su habitación.

Me quedé parada en medio de la sala, enfrentando un silencio tenso, solo interrumpido por el ruido de la aspiradora de los trabajadores, que evitaban mirarme a los ojos por lástima o incomodidad.

Las ganas de llorar se acumularon en mi garganta, cerrándome el paso del aire. Realmente necesitaba a mi mejor amigo.

La soledad de esta casa era fría y se hacía sentir con fuerza.

Suspiré y me di la vuelta para huir a mi cuarto, pero al mirar a través del ventanal gigante que daba a la piscina, lo vi.

Damián. Estaba de pie en el borde, con las manos en los bolsillos, mirando el agua.

Realmente no puedo lidiar con esto ahora, pensé.

Salí, arrastrando mi cansancio, sin energía para pelear, pero dispuesta a echarlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Mi voz salió plana, sin fuerza.

Damián se giró. Llevaba gafas de sol, ocultando esos ojos cafés que nunca perdían la oportunidad de juzgarme.

—Toqué la puerta principal y nadie abrió, así que di la vuelta.

—¿Qué haces aquí? —repetí.

—Creo que anoche perdí mi billetera. Quería saber si la habías visto.

Lo miré de arriba abajo con desconfianza. Se veía tranquilo, demasiado entero para alguien que seguramente bebió tanto como yo. Me pregunté si habría escuchado el grito de mi padre.

—Quizás los de limpieza la hayan visto —respondí, resignada, rindiéndome antes de siquiera intentar ser hostil—. Espera aquí.

Entré, pregunté al equipo, encontré la billetera de cuero gastado sobre una mesa y volví a salir. Se la tendí.

—Gracias, Valeria —dijo él al tomarla.

Que me llamara Valeria siempre me ponía los nervios de punta, pero no tuve fuerzas para corregirlo.

Sin decir más, se dio la vuelta y se alejó por el jardín lateral.

Me senté en el borde de la piscina, derrotada, y metí los pies en el agua fría. Era la conversación más civilizada que habíamos tenido en la vida, probablemente porque yo estaba demasiado rota para ser mordaz.

Entonces, la pantalla de mi teléfono se iluminó en mi mano.

Nate: *¿Todo bien?*

Mi corazón dio un vuelco violento. El mundo dejó de girar un segundo. ¿A qué se refería? ¿A nosotros? ¿A la resaca? ¿A que me vio triste? ¿A mis padres?

Por más que quisiera que todo volviera a la normalidad, el dolor estaba ahí, latente.

No podía hacer esto sola.

Marqué el número de Sophie.

—¿Val?

—Lo siento —sollocé apenas escuché su voz—. Siento haberte echado de esa manera.

—Valerie, no estás llorando así por haberme echado.

—No —admití, rompiéndome—. Fue un desastre, Soph. Nate y yo. Me dijo que me lo había imaginado todo. Me dijo que sólo éramos mejores amigos. Abrí mi corazón y me dejó con él en la mano —continué, ahogando el llanto—. Ahora quiero que todo vuelva a ser como antes, pero no tengo idea de cómo hacerlo.

—Por Dios, Val… —su tono cambió de preocupación a furia—. Debiste decirme algo anoche. Voy a ir a su casa y…

—¡No! —la detuve, limpiándome la nariz con el dorso de la mano—. No quiero que toques el tema con él. No quiero crear tensiones innecesarias.

—Pero, Val, él te lastimó…

—No. ¿Sabes qué? —la interrumpí, la desesperación por arreglarlo era lo único tomando el control de mi cerebro—.

Tiene razón. Vi cosas donde no las había, ¿sabes? Nate no me heriría de esta forma a propósito. Seguramente fui yo, con el alcohol y la presión de la graduación… —admití, sintiendo un alivio amargo. Necesitaba que fuera mi culpa; era el único precio que estaba dispuesta a pagar para no perderlo.

Escuché el silencio escéptico de Sophie en la otra línea. Sabía que no me creía.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella finalmente, con suavidad.

Tomé una respiración profunda, temblorosa. Miré el agua de la piscina.

—Simplemente voy a olvidarme de que alguna vez creí que algo podía pasar entre nosotros. Enterraré el tema para siempre y recuperaré a mi mejor amigo.

—¿Estás segura?

—Sí. Gracias por escucharme, amiga. Por favor, no hables de esto con nadie. No soportaría la vergüenza de que alguien sepa que confundí todo.

—Yo no creo que hayas confundido nada, pero…

—Sophie… debo irme, ¿sí? Confío en ti.

—Vale —respondió ella, resignada.

Corté la llamada. Abrí el chat de Nate. Mis dedos temblaron, pero escribí rápido, antes de que el orgullo pudiera detenerme.

Yo: *Todo bien. Anoche desapareciste, ¿cómo estás hoy?*

Enviado.

Todo va a estar bien, me dije a mí misma, apretando el teléfono contra mi pecho. Solo fue un malentendido. Todo va a volver a ser como antes.

Pero en el fondo, mientras el sol me quemaba la piel y la resaca martillaba mi cabeza, la sensación de que algo no encajaba acariciaba mi certeza.

CAPÍTULO 11

Damián

Fui a la fiesta de Valerie contra mi voluntad. Le debía un favor a un amigo y me pidió ser su chófer designado esa noche.

Sin el alcohol como amortiguador social, decidí quedarme lo más lejos posible de conversaciones estúpidas. Estaba en los árboles cercanos a la piscina, estaba más oscuro allí, más seguro.

Estaba por encender un cigarrillo, cuando un pequeño show privado se empezó a desarrollar ante mis ojos.

Era Valeria con su *Golden Retriever,* Nate.

No podía escuchar muy bien lo que sucedía, pero se veía como una discusión acalorada. La gente decía que eran mejores amigos, pero la escenita que yo estaba presenciando no parecía muy amistosa, parecía una ruptura con todas las letras.

Y a juzgar por cómo terminó Valeria unas horas después, no estaba tan equivocado.

Estaba tirada en el jardín, con su maquillaje corrido, en su propia fiesta de cumpleaños. Era patético.

Por más que Valerie y yo nos odiáramos, fue imposible no decirle algo, debía hacerle saber que podían verla.

—Se te corrió el labial, princesita —dije. Exhalando una bola de humo de cigarro—. Tanta tragedia por un chico que no

sabe ni cómo sostenerte.

Tenía la esperanza de que entendiera que no valía la pena llegar a ese estado por un chico. Fue estúpido de mi parte, pura debilidad humana.

Agradecí que me devolviera el golpe. El insulto era terreno seguro; el confort, en cambio, habría sido peligroso. No sé qué habría hecho si me hubiera mirado buscando consuelo en lugar de rabia.

La escuché despotricar contra mí.

Estaba plenamente consciente de cómo me percibían los demás. Sobre todo, las chicas.

La fachada era real, sí, pero no era algo que hubiera construido a propósito. Yo no elegí ser percibido de esta manera, ni me levanté un día decidiendo actuar para parecer el «chico rudo» o «misterioso» de turno.

Pero tengo que admitir que esa imagen me era útil. No porque no hubiera nada detrás, como ella me acusó, sino porque había demasiado. Sentía tanto que ni yo mismo podía manejarlo.

Su comentario me descolocó porque fue capaz de reconocer la fachada que todos alababan. Pero en lugar de sentir curiosidad o esa atracción barata que suelo provocar —cosas que sé manejar—, sentí su desprecio.

Me tomó desprevenido. Y me dio miedo.

No podía dejar que lo notara, porque si miraba demasiado cerca, se daría cuenta de que su juicio estaba equivocado. Prefería mil veces que pensara que soy un cascarón vacío a que viera la verdad: que soy un desastre a punto de desbordarse.

Por eso le respondí así. Por eso fui cruel.

Pero apenas las palabras salieron de mi boca, sentí asco. Tuve que huir de allí antes de arruinarlo todo pidiéndole disculpas.

Disculpas que, me recordé a mí mismo, ella ni siquiera se merecía.

Valerie encarnaba todo lo opuesto a lo que soy. Cada vez que nuestros mundos chocaban, terminaba más convencido de que jamás podría pertenecer al suyo.

No es complejo de inferioridad, ni siquiera es odio. Es la simple y llana verdad de que yo no tengo el lujo de ser tan ingenuo. Yo no puedo permitirme ser ciego ante la realidad. Mientras Valerie llora porque su mejor amigo es un idiota, hay chicas que lloran porque no pueden ir a la universidad que desean, o porque tienen que matarse en un trabajo de mierda para ayudar a su familia. Y eso es sólo la punta del iceberg.

Acercarme a ella era como entrar a un mundo rosa y empalagoso. Bonito, sí, pero irreal. Una burbuja que, al menor inconveniente, se reventaría.

Tal y como la vi reventar hacía unas horas.

Podrán llamarme cínico, pero la verdad es que el drama innecesario me lo salto hasta en las películas.

Sin embargo… hubo algo en su quiebre. Algo en su rímel corrido y en la forma en la que buscó los restos de su dignidad para enfrentarme, que me hace preguntarme si mi juicio es igual al de ella: parcialmente errado, parcialmente incompleto.

El día siguiente noté que mi billetera no estaba.

La había perdido anoche. O quizás no. Quizás sabía exactamente dónde podía estar, pero admitirlo significaba admitir que tenía que volver a la escena del crimen.

No quería ir a casa de Valerie. No debía ir. Pero la verdad es que la curiosidad me picaba debajo de la piel como una alergia. Tenía un poco de morbo imaginármela atravesando su primera resaca real, sin su «mejor amigo» ahí para sostenerle el cabello o decirle lo especial que es. Quería ver qué quedaba de la princesa cuando se le caía la corona. Sabía que mi presencia le molestaría, y tengo que admitir que eso me divertía aún más.

Aplasté la cola del cigarrillo con mi pie y salí de mi casa. Llegué a la entrada de la suya, pero antes de que mis nudillos tocaran la madera, las voces me detuvieron.

Un grito. Un reclamo masculino. Y luego, el sonido inconfundible de un portazo que hizo vibrar los cristales.

Me quedé quieto, con la mano suspendida en el aire. Eso no estaba en el guion. En el guion de la vida perfecta de Valerie, los padres no gritan y las puertas no se azotan.

No toqué. Pero tampoco me fui.

Rodeé la casa hacia el jardín, diciéndome a mí mismo que solo estaba buscando una ruta alternativa, pensando en mi siguiente movimiento.

Iba a irme, resignado, decidiendo que el espectáculo no valía la pena, cuando ella me vio a través del vidrio.

Salió. Se veía miserable. Pálida, ojerosa, derrotada. Y por primera vez, no sentí ganas de burlarme.

Me dio la billetera. Fue un intercambio rápido, frío, civilizado.

Salí de su casa con el cuero gastado en la mano y una sensación extraña en el estómago, una mezcla de decepción y algo más pesado que no supe identificar. Abrí la billetera mientras caminaba hacia mi auto.

Vacía.

No tenía dinero, ni tarjetas, ni nada de valor allí dentro. Lo sabía antes de venir. Cerré la billetera de un golpe y la tiré al asiento del copiloto con frustración.

¿Por qué demonios había manejado hasta acá solo por esto?

Encendí el motor y dejé que el humo del último cigarrillo llenara la cabina. Mientras me alejaba de su casa perfecta y sus gritos de cristal roto, me di cuenta de que ella acababa de descubrir lo que yo sabía desde siempre: que la seguridad es una mentira que solo los que tienen suerte se pueden creer.

CAPÍTULO 12

Valerie

Nada estaba bien. Nuestros mensajes se sentían forzados, como si cada palabra pesara una tonelada. A veces Nate demoraba horas en responder, y cuando lo hacía, sus respuestas eran distintas. Lejanas. Traté de no pensar demasiado en eso, de justificarlo con el estrés de la universidad o la resaca emocional, pero el jueves, cuando canceló nuestra tarde de películas con una excusa terrible, supe que el daño era real.

—Te digo, Sophie, lo arruiné todo. Confundí las cosas y ahora Nate está raro. Quizás tiene miedo de que yo sienta cosas por él —le dije el viernes. Estábamos en su casa, solo nosotras dos por el momento.

—¿Y no es así? —preguntó ella, arqueando una ceja.

—¡No! —exclamé, quizás demasiado rápido—. Vamos... Soph. Literalmente fueron sólo unos pensamientos tontos que tomaron control sobre mí, pero realmente….

—¡Hola! —la voz de Nate resonó desde el recibidor, cortando mi frase como un cuchillo.

Mi corazón se paró. Era la primera vez que escuchaba su voz desde mi cumpleaños.

Nate entró a la cocina. Sophie se tensó a mi lado.

—Hola, Nathan —dijo ella, cortante.

Nate la miró extrañado, frunciendo el ceño. Nunca le decimos su nombre completo a menos que esté en problemas.

—El dolor de cabeza te tiene de mal humor, Soph —intervine rápido, tratando de desviar la atención y que no sospechara que era por nosotros. Ella rodó los ojos, pero no dijo más. Me giré hacia él y forcé los músculos de mi cara—. Hola, Nate.

—Hola, Val…

Nuestras miradas se cruzaron un milisegundo, cargadas de todo lo que no decíamos, pero ninguno de los dos fue capaz de sostenerla. Él miró al suelo; yo miré mi vaso.

—¿Hay alguien con vida? —la voz de Charlie rompió el hielo.

—Estamos en la cocina —respondió Nate, alejándose casi corriendo para buscarlo.

Miré a Sophie con una mirada suplicante.

—Por favor… —empecé.

—Sí, sí, sí… está bien. Me comportaré —bufó ella.

—¿Desde cuándo tú te comportas? —dijo Charlie, entrando a la cocina con su típica sonrisa de suficiencia.

—¡Valerie! —exclamó Steven, apareciendo detrás con Nate—. Oye, quizás deberías cumplir años todos los fines de semana, ¿no? Esa fiesta estuvo increíble.

Yo solté una risa incómoda, apretando el borde de la encimera.

—Opino lo mismo, pero a la próxima dile a Rob que deje algo de atención para los demás —bromeó Charlie, dándome un guiño.

Sentí que me encogía. Nate se aclaró la garganta.

—Bueno… ¿jugamos? —intervino él. Lo miré de reojo, tratando de descifrar si había algún rastro de celos en su voz, alguna señal de que le importaba. Pero me obligué a detenerme. Deja de fantasear, Valerie.

Las horas siguientes fueron una actuación digna de un Oscar, no solo por mi parte, sino por la de todos.

Nos acomodamos en la alfombra del salón de Sophie, rodeados de botellas de cerveza vacías y bolsas de papas fritas. Steven sacó un mazo de cartas y sugirió jugar «Presidente», lo que inevitablemente derivó en gritos, acusaciones de trampa y carcajadas que hacían vibrar las ventanas.

—¡Eso es trampa, Steven! —gritó Sophie, lanzándole una almohada—. ¡Vi cómo te guardabas el as!

—Es estrategia, Soph, búscalo en el diccionario —respondió él, esquivando el golpe.

Yo me reí. Una risa real, que salió de mi garganta sin pedir permiso. Miré a Nate, que estaba sentado al otro lado del círculo. Él también se estaba riendo, con la cabeza echada hacia atrás, esa risa grave y familiar que siempre me hacía sentir en casa. En un momento, nuestras miradas se cruzaron en medio del caos.

Nate alzó su botella y me dedicó esa media sonrisa que siempre había sido mi código de 'todo está bien'. Por un segundo, el ruido de los gritos de Sophie y las bromas de Charlie se desvaneció, y solo quedó ese gesto familiar. Me aferré a ese momento como quien intenta atrapar humo con las manos, convenciéndome de que nuestra amistad era una estructura imposible de derribar.

¿Lo ves?, me dije a mí misma, sintiendo que el aire volvía a mis pulmones. Eres una dramática. Todo está bien. Seguimos siendo nosotros.

La tensión de la semana comenzó a disiparse, reemplazada por la calidez del alcohol y la familiaridad de nuestro grupo. Me permití relajar los hombros. Me permití creer que el abismo que sentí en mi cumpleaños había sido solo un bache en el camino.

—Se acabaron las frías —anunció Charlie, sacudiendo su botella vacía y rompiendo mi burbuja de paz. Se puso de pie y le dio una palmada en el hombro a Nate—. Acompáñame al búnker de provisiones, soldado. Necesito ayuda para cargar.

—Qué flojo eres —bromeó Nate, pero se levantó de un salto—. Ya venimos. No empiecen sin nosotros.

Ambos desaparecieron por el pasillo hacia la cocina.

Steven y Sophie se enzarzaron en una discusión sobre las reglas del juego, y yo aproveché el momento de calma. Me sentía… esperanzada. Quería ir con ellos. Quería ser parte de la broma, quería pararme al lado de Nate frente al refrigerador y pasarle las cervezas como habíamos hecho mil veces antes. Quería confirmar que la normalidad era absoluta.

—Voy a ver si necesitan ayuda con los snacks —les dije a los chicos, poniéndome de pie.

Caminé por el pasillo, sintiéndome ligera, tarareando la canción que sonaba de fondo. Mis pies descalzos no hacían ruido sobre la madera.

La luz de la cocina se derramaba sobre el pasillo. Iba a entrar con una broma en la punta de la lengua, algo sobre cómo tardaban tanto, pero las voces se volvieron claras justo antes de que cruzara el umbral. Me detuve en seco, pegada a la pared, no por intención de espiar, sino porque el tono de Charlie no era el de alguien buscando cervezas.

—¿Qué onda con Valerie? —preguntó Charlie. Había una curiosidad morbosa en su voz que me heló la sangre—. ¿Funcionaron los truquitos que te enseñé?

Nate soltó una risa. Una risa corta, seca, masculina. Mi corazón dio un vuelco violento.

—Sí… sí funcionaron —respondió él.

El mundo se detuvo. Mis manos empezaron a temblar.

—¿Entonces? ¿Se besaron? —curioseó Charlie.

Hubo una pausa. Imaginé a Nate negando con la cabeza.

—Decidí no avanzar —confesó Nate. Su voz sonaba fanfarrona, distinta a la del chico que me consolaba cuando lloraba—. Valerie… no es mi tipo. Es más como un hermano.

Sentí como si me hubieran arrancado el aire de los pulmones.

—Hubiera apostado mi dinero a que funcionarían, pero al menos ahora ya lo sabes —dijo Charlie, riendo—. Lo bueno de

ser sutil como te enseñé es que no te ensucias las manos. Pruebas y si no funciona, no hay drama.

—Sí, *bro*… exacto.

Las náuseas subieron por mi garganta como ácido. Mis dedos perdieron la fuerza. La botella de cerveza que sostenía se resbaló de mi mano.

El sonido del vidrio estallando contra el suelo rompió el aire como un disparo.

Nate se giró de golpe. Me encontró allí, pálida, temblando, con los pies rodeados de cristales rotos y cerveza espumosa. Vi el terror llenar sus ojos al instante. La máscara de «chico *cool*» se le cayó al suelo junto con mi botella. Charlie estaba detrás de él, mirándome con sorpresa y una pizca de culpa.

Nate dio un paso rápido, olvidando a Charlie, olvidando sus planes y su estúpida finta de superioridad.

—¡Cuidado! —exclamó, agachándose instintivamente para intentar apartar los pedazos de vidrio que rodeaban mis pies descalzos—. Val, quédate quieta, deja que yo lo recoja... te vas a cortar.

Verlo ahí, de rodillas frente a mí, tratando de protegerme de unos cristales cuando acababa de destrozarme la vida con sus palabras, me provocó una náusea violenta. Era el Nathan de siempre, el que me cuidaba de los golpes, el que me defendía de Kate, pero ahora me parecía un extraño. Un extraño cruel que pretendía curar un rasguño mientras me apuñalaba el corazón.

Me aparté de un tirón, ignorando el pinchazo agudo en mi talón y el rastro de sangre que empezaba a manchar la madera. Sus manos se quedaron suspendidas en el aire, vacías, rodeadas de restos de vidrio y de una amistad que ya no existía.

—No me toques —susurré, y la frialdad de mi propia voz me asustó.

Nate abrió la boca para decir algo, intentó ponerse de pie para alcanzarme, pero yo me di la vuelta y corrí.

Salí de la casa de Sophie hiperventilando. Mi cabeza daba vueltas. Todo había sido cierto. Nate había jugado conmigo. Me hizo creer que estaba loca, me lo negó todo, me hizo sentir culpable por sentir algo que él provocó deliberadamente con sus «truquitos».

—¡Valerie, hablemos! —escuché la voz de Nate detrás de mí, acercándose desde la puerta.

Me giré, sintiendo una furia que nunca había experimentado.

—¡Ni se te ocurra acercarte! —grité. Mis ojos lo miraban y no reconocían a la persona que tenían enfrente. Ese no era mi mejor amigo. Ese era un extraño cruel—. ¡Vete, Nathan!

—Por favor… yo solo… —comenzó a caminar hacia mí, con las manos levantadas.

—¡NO!

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo y salió Sophie. Su rostro era una máscara de piedra.

—Nathan —dijo ella. Su voz era baja, pero letal. Él detuvo sus pasos y se volteó a verla—. Es mejor que te vayas.

En este punto, Steven y Charlie también habían salido, luciendo confundidos y avergonzados.

—Todos —añadió Sophie, mirándolos a ellos también.

Mi respiración estaba entrecortada, al borde del colapso. Mis manos temblaban violentamente. Sin decir una palabra más, los tres chicos empezaron a caminar hacia sus autos en silencio.

Nate se detuvo antes de abrir la puerta de su coche. Se giró para verme una última vez. Sus ojos buscaban los míos, suplicando un perdón que yo no tenía para darle.

Negué con la cabeza, lenta y dolorosamente. Se acabó.

Vi los autos salir de la calle y, solo cuando las luces rojas se perdieron en la esquina, sentí que mis piernas cedían. Sophie me atrapó antes de que tocara el suelo. Me dejé caer en ella, y todo el llanto retenido, la humillación y el dolor del corazón roto finalmente explotaron.

Sophie me sostenía con fuerza, pero yo no sentía sus brazos. Solo sentía el ardor en mi talón, donde un trozo de vidrio se había quedado clavado. Era una herida pequeña, física, pero se sentía como el único recordatorio real de que los últimos doce años no habían sido más que un prólogo para esta humillación. Nathan me había cuidado de todos los monstruos de las películas, solo para terminar siendo él quien apagara las luces y me dejara sola en medio de la sala vacía.

CAPÍTULO 13

Valerie

El dolor era físico. Comenzaba con una punzada en el corazón que se extendía por mis venas como un veneno, enviando una corriente helada hacia mis muñecas hasta desvanecerse en las palmas de mis manos.

Permanecía inmóvil en mi cama, con las rodillas encogidas dentro de una camiseta vieja y gigante. No sabía que fuera humanamente posible derramar tantas lágrimas. Siempre que pensaba que ya había sido suficiente, que me había vaciado, el llanto volvía con más fuerza, de la peor forma posible.

Repasaba en mi mente cada momento del verano, torturándome, preguntándome cómo pudo ocurrir algo así. Trataba de entenderlo, buscando algún gesto perdido, alguna conversación que hubiera pasado por alto y que me pudiera haber advertido que Nate estaba jugando conmigo. Como si eso sirviera de algo. Como si pudiera viajar al pasado y salvarme.

Me sentía débil, con un hueco en el estómago que pesaba cien kilos, si es que eso tiene sentido.

Pasé dos noches viendo cómo el sol aparecía por mi ventana y se volvía a esconder. No me moví ni un centímetro. Al tercer día, Sophie apareció en mi habitación sin avisar.

No dije ni una palabra y ella tampoco. Se acercó, subiéndose a la cama para abrazarme, y dejé caer mi cabeza

sobre su hombro.

—Esto es peor que una decepción amorosa —le dije. Escuchar mi propia voz me extrañó; sonaba rasposa, ajena, oxidada por el desuso—. ¿Entiendes que la persona en la que más confiaba en el mundo se burló de mí? Me manipuló Soph. Jugó con mis sentimientos y cuando se dio cuenta que no me quería me desechó, haciéndome creer que estaba loca.

—Lo sé, Val. Es una mierda —respondió ella suavemente —. ¿Has hablado con él?

Negué con la cabeza contra su ropa.

—Nathan está muerto para mí y yo estoy muerta para él —contesté. Sentí mi corazón contraerse al decirlo, pero me obligué a enterrar ese sentimiento. No podía tener piedad con alguien que no la tuvo conmigo.

—Sé que lo que te hizo es bastante jodido, Val, y quizás me odies por lo que voy a decir…

—Entonces no lo digas —la interrumpí.

—Val, tienes que hablar con él —insistió Sophie.

—No —dije, levantándome de la cama con las piernas temblorosas—. Soph, entiende que ya no puedo confiar en sus palabras.

—Yo lo sé, Valerie. Pero Nathan es tu mejor amigo. ¿De qué? ¿Doce años?

Mis ojos se aguaron nuevamente ante el recordatorio.

—Con más razón —dije, y mi voz se quebró. Ahogué un sollozo—. Pudo haber pensado en esos doce años antes de mentirme, manipularme y hacerme creer que me lo había imaginado todo. ¡El día de mi cumpleaños!

Sin poder contenerlo más, el llanto se escapó de nuevo, acompañado de un sollozo que me hizo arquear el cuerpo. Me dejé caer sobre el colchón, derrotada. Sophie se quedó ahí, acariciándome el cabello en silencio.

—Bien, Val. Respetaré que quieras mantener distancia por ahora.

—No. Para siempre —respondí, sentándome de golpe, con una energía repentina nacida de la rabia.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Sophie, evaluándome —. No has salido de este cuarto, ¿verdad? Apuesto a que ni siquiera has comido.

Se levantó y corrió las cortinas de un tirón, dejando que el sol inundara la habitación. Me sentí como un vampiro expuesto a la luz; los rayos eran demasiado fuertes, agresivos.

—Bien, Val. Si Nathan está muerto para ti, entonces haremos lo que se suele hacer con los muertos: tres días de duelo. Ya pasaron. Es momento de empezar a poner la mierda en su sitio.

Asentí. Estaba cansada de estas cuatro paredes. Estaba cansada de llorar. Entré al baño para lavarme la cara. Me apoyé en el lavabo y levanté la vista hacia el espejo.

Lo que vi me dio náuseas.

No era por los ojos hinchados o la nariz roja. Era por lo que representaba la chica del reflejo. Vi su cabello largo, ese que había cuidado con mascarillas caras y cepillado cien veces cada noche porque a Nate le gustaba enrollárselo en los dedos cuando veíamos películas. Vi su camiseta suave, de un color pastel inofensivo. Vi la suavidad en sus facciones, esa expresión de eterna espera, de «chica buena» que perdona, que aguanta, que está ahí incondicionalmente.

Esa chica era patética.

Esa chica había sido el producto de años de una amistad que al final la traicionó. Nathan había tomado a esa chica, la había masticado y la había escupido frente a sus amigos para ganar puntos de masculinidad.

—Val... —dijo Sophie, entrando cautelosamente al baño.

—Mírala —dije, mi voz sonando ronca y extraña—. Mírala, Sophie. Es tan estúpida.

—No eres estúpida, eres buena —intentó corregir ella.

—No. Soy dócil —escupí la palabra como si fuera veneno —. He pasado mi vida siendo dócil. Siendo la mejor amiga perfecta, la hija perfecta, la chica que no da problemas. ¿Y de qué me sirvió? Para que se burlaran de mí en mi propia cara.

Me miré fijamente en el espejo, sosteniendo la mirada de esa desconocida.

—Pero se acabó.

Sophie se quedó congelada y antes de que pudiera reaccionar, le pedí un momento a solas para tomar una ducha. Necesitaba quitarme de encima el dolor, quería ver cómo se iba por el desagüe junto con la suciedad de estos días.

Una vez que salí, tomé lo primero que encontré en mi clóset —algo que no fuera pastel— y acepté salir a comer.

El día estaba extrañamente agradable; el calor no era sofocante y una pequeña brisa me golpeaba el rostro. Respiré profundo, sintiendo el sol en mi piel. Ya no me sentía un vampiro, aunque probablemente mi cara decía lo contrario.

Notaba cómo me miraban las personas. En otra ocasión me hubiera encogido, me hubiera hecho pequeña o hubiera deseado esconderme. Esta vez no. Les sostenía la mirada hasta el final, desafiante. Tenía que desarrollar una piel más dura si no quería volver a sufrir de esta manera.

Comí despacio, obligando a mi estómago a acostumbrarse a recibir alimento otra vez.

Al regresar a casa, lo primero que hice fue tomar un marcador grueso y escribir «DONAR» en todas las cajas de ropa que tenía empacadas. Marqué incluso las que pensaba conservar y liquidé la pila de «indecisas».

No quería ver ni un solo rastro de la Valerie que fue tan fácil de engañar.

Al terminar, me vi en el espejo como lo había hecho antes, ya no me sentía tan rota. Ya estaba tomando cartas en el asunto, pero, aun así, había algo insoportable en ese reflejo y sabía exactamente lo que era.

Esa noche dormí más tranquila. Era como si mi cerebro, por fin, tuviera la ruta perfecta para escapar.

CAPÍTULO 14

Valerie

Me miré al espejo y, por un segundo, no reconocí a la chica que me devolvía la mirada. El peso que solía sentir sobre los hombros ya no estaba. Mi cabello, ese que Nate solía enredar en sus dedos, ese que yo cuidaba obsesivamente porque a él le gustaba largo, ya no existía. Ahora, las puntas rozaban apenas mi barbilla en un corte Bob afilado y preciso.

Solté una risa corta, sin humor.

—Vaya cliché —le dije a mi reflejo.

Era la escena típica de cualquier película de ruptura: chica con el corazón roto se corta el pelo para «cerrar ciclos». Me sentí ridícula por caer en el estereotipo, pero mientras pasaba los dedos por mi nuca desnuda, sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

Ese cliché existía por una razón: funcionaba.

Me daba la sensación de estar en control. De haber tomado una decisión que no dependía de la aprobación de nadie, mucho menos de la de Nate.

Miré hacia la esquina de la habitación. El rosa me daba náuseas.

No era una metáfora. Literalmente, mirar el suéter pastel que colgaba de mi armario como un regalo de mi mamá para irme a la universidad me revolvió el estómago. Me recordaba a una versión de mí misma que era patética, ingenua y débil.

Una chica que creía en las «conexiones cósmicas», en el destino y en que, si eras lo suficientemente buena amiga, el chico se daría cuenta y te amaría.

Basura. Todo era basura.

Metí el suéter en la bolsa negra de consorcio donde ya descansaba toda mi «ropa de transición». El vestido verde esmeralda, los tops que compré pensando en qué diría él, los tacones que no sabía usar. Todo eso había sido un disfraz. Un intento patético de evolucionar para gustarle a alguien más.

Pero esta nueva Valerie, la del espejo… ella no era un disfraz. Era lo más real que había visto en mucho tiempo.

Cerré la bolsa con un nudo doble, asegurándome de asfixiar bien a la vieja Valerie ahí dentro. La dejé en una esquina, como un cadáver del que me ocuparía después, y salí de mi habitación.

Había perdido la cuenta de cuántos días habían pasado desde que vi la máscara de Nate caerse en la cocina de Sophie. Sólo sé que fueron días llenos de silencio absoluto. No respondí sus mensajes, no atendí sus llamadas. Simplemente... dejé de existir para él.

En ese tiempo me había concentrado en adelantar lecturas para la universidad, una de ellas fue Romeo y Julieta. Me burlé de mí misma, no podía creer lo que solía pensar sobre ellos. Para mí era la historia más romántica del universo, trágica, pero de amor verdadero. Ahora lo veía muy diferente. Tomé el libro en mis manos y lo lancé a la basura.

—¡Debes tener más mano dura Anne! —escuché a mi papá gritar desde abajo. Me reí para mis adentros. Seguramente ya había visto el resumen de su cuenta.

¿Cuál es el punto de tener dinero si no lo puedo gastar? Ese fue mi pensamiento antes de tomar su tarjeta e irme de compras. No era frivolidad, era supervivencia. ¿Con qué vestiría si acababa de donar mi clóset entero?

A lo que escuché los gritos cesar, tomé las llaves y me subí a mi auto. Al llegar a casa de Sophie, entré sin tocar, como siempre. Subí las escaleras de dos en dos, sintiendo el aire

fresco en mi nuca. Era una sensación extraña, fantasma, pero me hacía sentir ligera. Aerodinámica.

Empujé la puerta de su habitación.

—Hola, preciosa —dije en voz alta, lanzando las llaves sobre su cama—. ¿Me prestas tu chaqueta de cuero?

El sonido de la cadena del inodoro se escuchó y, segundos después, Sophie salió del baño secándose las manos.

—Claro, está en el... —su frase murió en su garganta cuando levantó la vista y me vio.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Santa mierda, Valerie! —gritó, llevándose las manos a la boca—. Tu pelo...

Me pasé una mano por las puntas afiladas de mi nuevo corte.

—¿Muy drástico? —pregunté, sin un ápice de inseguridad.

—Te ves... —Sophie me rodeó, analizándome como si fuera una obra de arte moderna o un arma cargada—. Te ves increíble. Pero, *wow*. ¿Estás segura de que estás bien?

—Nunca he estado mejor —caminé hacia su armario y saqué la chaqueta de cuero negra—. Esta noche es la última fiesta antes de la universidad, Soph. Es hora de abrazar los cambios, ¿no?

Sophie sonrió, una sonrisa cómplice pero con un toque de preocupación.

—Vamos a quemar la ciudad —sentencié.

La fiesta era un caos de cuerpos sudorosos, bajos retumbando y el olor dulzón del alcohol barato. La vieja Valerie habría estado buscando a Nate con la mirada, ansiosa por saber si él la estaba mirando.

La nueva Valerie fue directa a la barra, pidió un trago fuerte y le dio la espalda a la multitud. No me importaba quién estaba. No me importaba el amor. El amor era un invento de marketing para vender películas y chocolates. Yo solo quería ruido para callar mi cabeza.

—Vaya, vaya.

Esa voz.

Me giré lentamente, con el vaso en la mano, y me encontré con Damián.

Llevaba una camiseta negra básica y esa expresión de aburrimiento perpetuo, pero sus ojos se clavaron en mí de una forma distinta, que no supe distinguir. Su mirada bajó a mi cuello descubierto y volvió a subir a mi corte de pelo.

Su típica sonrisa cínica curvó sus labios.

—Corte de pelo y chaqueta de cuero —dijo, negando con la cabeza—. Eres un cliché con patas, Valeria. ¿Qué sigue? ¿Vas a empezar a escribir poesía oscura?

Sentí el impulso habitual de defenderme, de gritarle, de justificarme. Pero entonces recordé que su opinión no me importaba. Nada me importaba.

Le di un sorbo largo a mi bebida, sosteniendo su mirada sin parpadear.

—Al menos yo cambio de vestuario, Damián —repliqué con voz fría, plana—. Tú sigues llevando el mismo disfraz de «chico misterioso que odia el mundo» de siempre. ¿No te da calor con tanto ego encima?

Su sonrisa flaqueó. Solo un milímetro. La sorpresa cruzó sus ojos. Esperaba a la Valerie reactiva, la que se ofendía. Pero ya no la tendría; yo misma me estaba encargando de asfixiarla, poco a poco.

—Veo que las tijeras también cortaron tu paciencia —murmuró, dando un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal.

—No, solo cortaron mi interés por las estupideces —me terminé el trago de un golpe y dejé el vaso con fuerza sobre la barra—. Si me disculpas, voy a buscar más alcohol. Tu conversación me está dejando sobria.

Me di la media vuelta y me alejé, sintiendo su mirada quemándome la nuca desnuda. No miré atrás.

Sentía una especie de adrenalina recorrer mi cuerpo. Era como si estuviera desbloqueando un superpoder. Y entonces, lo vi.

Nate.

Sentí una punzada en el pecho, pero me obligué a ignorarla.

Vamos Valerie. Él no es nadie.

La adrenalina seguía corriendo en mis venas, así que, aprovechando esa nueva sensación de seguridad, caminé directamente hacia él. Lo vi tensarse, esperando quizás un grito o un llanto. Pero en lugar de eso, lo fulminé con la mirada, recorriendo su cuerpo de arriba abajo con fría indiferencia, y seguí de largo para encontrar a Sophie.

Comenzamos a bailar al ritmo de la música. Era distinto a mi fiesta de cumpleaños; ahora me sentía en control. Mientras bailaba con Sophie, sentí que cada movimiento era un centímetro más de distancia entre la chica que fui y la que estaba naciendo. Nate me miraba desde las sombras, pero su mirada ya no era un ancla; era solo ruido de fondo. Por primera vez, el futuro no se sentía como una amenaza, sino como un lienzo en blanco que yo misma iba a rasgar.

CAPÍTULO 15

Damián

El campus olía a dinero viejo y a césped recién cortado. De ese tipo de césped que probablemente cortan con tijeras de plata una vez al día.

Bajé mi bolso del maletero del autobús. Era todo lo que traía. Una mochila con mi laptop (que rezaba para que aguantara un semestre más) y una maleta de deporte con mi ropa. A mi alrededor, los autos de lujo se amontonaban en la entrada de los dormitorios, descargando neveras ejecutivas, televisores de pantalla plana y suficientes cajas de ropa para vestir a un país pequeño.

Apreté la mandíbula y me eché la mochila al hombro.

No perteneces aquí, susurró esa voz molesta en mi cabeza. *Tengo una beca, me lo gané*, le respondí, obligándome a caminar con la cabeza alta.

La Universidad no era un lugar para estudiar; era un club social con biblioteca. Mi plan era simple: entrar, mantener mis notas perfectas para no perder la financiación, ignorar a los idiotas con apellidos compuestos y salir con mi título. Cero dramas. Cero distracciones.

Caminé hacia el edificio de Humanidades para confirmar mi horario. Iba esquivando grupos de chicas que gritaban emocionadas y chicos que se saludaban con apretones de

manos secretos, cuando una mancha oscura en medio de tanto color pastel cruzó mi campo de visión.

Me detuve.

Estaba sentada en una banca de piedra, sola, con una pierna cruzada sobre la otra y una libreta en la mano.

Valeria.

Casi no la reconocí. El cabello largo de princesa de Disney había desaparecido, reemplazado por ese corte filoso que había visto en aquella fiesta. No había ni rastro de los colores pasteles ni de esa aura de «chica dulce que hornea galletas» que solía irradiar.

Así que el look *de la fiesta no había sido un disfraz de despedida,* pensé. El corte afilado enmarcaba una expresión que habría congelado el infierno. Llevaba botas militares y esa actitud de «no te acerques» que había estrenado hace unos días.

Se veía… sólida. Como si hubiera cambiado su estructura ósea por acero.

Fruncí el ceño. Sabía que había tenido un verano de mierda —la escena en su piscina y los gritos de su padre eran difíciles de olvidar—, pero no esperaba que se hubiera reiniciado el sistema operativo por completo.

Una chica rubia se le acercó, probablemente una de esas amigas ruidosas de su círculo. Esperé ver la sonrisa complaciente de siempre, esa amabilidad forzada que Valerie usaba con todo el mundo.

En su lugar, ni siquiera levantó la vista de su libreta. Dijo algo corto, sin mover un músculo de la cara. Algo que hizo que la rubia retrocediera con cara de ofendida y se marchara indignada.

Sentí el eco de su voz en mi nuca: *Tu conversación me está dejando sobria.*

Solté una risa corta por la nariz*. Vaya*, pensé, retomando mi camino antes de que me viera. *Parece que a la princesa le salieron espinas. Y lo peor es que parecen estar bien afiladas*.

Esto iba a ser interesante.

Seguí caminando hasta los dormitorios. Edificio C. Tercer piso. Habitación 304.

Metí la llave en la cerradura, rezando para que mi compañero de cuarto no estuviera ahí. No tenía energía social para presentarme, fingir agrado y responder la inevitable pregunta de «¿y tú de dónde eres?» que siempre terminaba con una mirada de condescendencia cuando decía el nombre de mi barrio.

Giré el pomo y empujé.

La habitación estaba vacía de gente, pero llena de... cosas.

El lado derecho ya había sido colonizado. Había posters de bandas indie enmarcados (¿quién enmarca posters en la universidad?), una configuración de *gaming* con tres monitores que costaba más que el auto de mi madre, y ropa de marca tirada sobre la cama como si el dueño esperara que una mucama mágica apareciera a doblarla.

El aire olía a colonia cara y a encierro.

Miré mi lado de la habitación: una cama con el colchón desnudo, un escritorio vacío y un armario pequeño.

—Hogar, dulce hogar —murmuré con ironía al ver el lado vacío y estéril que me tocaba habitar.

Tiré mi bolso sobre el colchón y solté el aire que no sabía que estaba reteniendo. Me sentía como un intruso en mi propia vida. Como si en cualquier momento alguien fuera a entrar y decirme que hubo un error administrativo y que debía volver a casa.

Casa.

Saqué el teléfono del bolsillo. La pantalla tenía una grieta en la esquina superior derecha que me negaba a arreglar porque el táctil aún funcionaba. Tenía tres mensajes perdidos de mi madre preguntando si ya había llegado.

Suspiré, sentándome en el borde de la cama, y abrí la cámara. Odiaba las fotos, pero sabía que ella necesitaba esto para dormir tranquila.

Puse mi mejor cara de «todo está bajo control», esa media sonrisa que no llega a los ojos pero que engaña a las madres, y tomé la *selfie* con la pared blanca de fondo para que no se viera el desorden de mi compañero millonario.

Yo: *Llegué, ma. El campus es gigante. Ya estoy en el dormitorio. [Foto adjunta]*

La respuesta llegó en menos de un minuto. Mi madre escribía rápido, probablemente aprovechando un descanso en el trabajo.

Mamá: *¡Mírate! Qué guapo mi universitario* 💔 *Aquí te extrañamos.*

Seguido de eso, llegó una foto. Eran ellos. Mi mamá sosteniendo el teléfono con el brazo estirado, mi hermano Leo haciendo muecas detrás de ella tratando de parecer rudo, y la pequeña Marianne sonriendo con esa inocencia y uno de los dientes frontales faltante.

El fondo de la foto era la cocina de casa. Los azulejos desparejos, la luz amarillenta, el desorden acogedor de una cena a medio hacer.

Sentí un peso en el estómago. Estaba aquí por y para ellos. Verlos en esa cocina pequeña me recordaba por qué no podía darme el lujo de fallar.

El teléfono vibró una última vez.

Mamá: *Tu papá está muy orgulloso de ti, hijo. Échale ganas.*

Me quedé mirando la pantalla hasta que se bloqueó y mi propio reflejo oscuro me devolvió la mirada.

Tu papá está orgulloso.

Tragué grueso. No había margen de error. No podía distraerme con fiestas, ni con dramas adolescentes, ni con chicas ricas con chaquetas de cuero que jugaban a ser rebeldes porque estaban aburridas. Ellas tenían red de seguridad. Si yo caía, no había nadie abajo para atraparme.

Tiré el teléfono sobre la almohada y me froté la cara con las manos, borrando cualquier rastro de duda.

—A echarle ganas —susurré al aire vacío.

Me levanté y empecé a desempacar. Tenía que convertir esta trinchera en algo parecido a un hogar antes de que llegara mi compañero y el circo comenzara de verdad.

Terminé de doblar mi última camiseta y la puse en el estante vacío. Al lado, el aroma de la colonia cara de mi compañero seguía flotando, recordándome que para él esto era un comienzo, pero para mí era una misión de rescate.

Miré el teléfono nuevamente, guardando la imagen de mi cocina desordenada como un amuleto, y me preparé para la guerra.

Si Valerie quería jugar a ser de acero, bien por ella. Yo no tenía opción; yo ya había nacido siendo de piedra.

CAPÍTULO 16

Valerie

El auditorio de «Introducción a la Narrativa Universal» estaba helado. Me ajusté la chaqueta, agradeciendo su peso sobre mis hombros y a Sophie por habérmela regalado. A mi alrededor, el zumbido de cien estudiantes de primer año llenaba el aire. Había demasiada energía, demasiadas sonrisas nerviosas, demasiadas mochilas nuevas y expectativas ridículas sobre lo que serían «los mejores años de nuestras vidas».

Yo me senté en la última fila, en la esquina más oscura, lejos del centro de atención.

Saqué mi cuaderno y un bolígrafo negro.

El profesor entró. Era un hombre de unos cincuenta años con una bufanda ridícula (¿en septiembre?) y aires de grandeza. Se paró frente al podio y escribió una sola palabra en la pizarra con letras gigantes:

CONFLICTO.

—Todas las grandes historias nacen de aquí —dijo, su voz resonando en el silencio repentino—. Sin conflicto, no hay trama. Sin dolor, no hay transformación. El ser humano es adicto a ver a otros sufrir para encontrar sentido a su propia existencia.

Rodé los ojos. Genial. Un profesor dramático. Justo lo que necesitaba.

—Hablemos de Romeo y Julieta —continuó—. El clásico por excelencia. ¿Alguien podría decirme cuál es el tema central de la obra?

Una chica en la primera fila, con un suéter rosa que me recordó dolorosamente a mí misma, levantó la mano disparada.

—El amor verdadero, profesor. Es la historia de cómo el amor vence al odio.

Sentí una risa ácida subir por mi garganta. No pude contenerla. Fue un sonido bajo, pero en el silencio del aula, se escuchó lo suficiente.

El profesor me buscó con la mirada.

—¿La señorita del fondo tiene una opinión diferente?

Sentí las miradas de todos girarse hacia mí. Podía con esto, me sabía la historia de pies a cabeza.

—No es una historia de amor, es una estafa. —Mi voz resonó más fuerte de lo que pretendía, pero no me detuve—. Nos venden la idea de que la intensidad justifica el desastre, pero en la vida real, Romeo y Julieta no son héroes trágicos; son solo dos personas egoístas que dejaron un rastro de cadáveres porque creyeron que su «conexión» era más importante que la realidad. No es romántico, es daños colaterales.

Un silencio incómodo llenó la sala. La chica de rosa en la primera fila me miró horrorizada, como si acabara de insultar a su madre.

—¿Daños colaterales? —el profesor arqueó una ceja, intrigado, garabateando algo en su libreta—. Vaya. Una perspectiva… pragmática. Un poco cínica, quizás, pero válida. ¿Alguien quiere refutar a su compañera?

—Yo.

Esa voz, grave, rasposa, inconfundible.

Me tensé antes de girar la cabeza. Tres filas más abajo, a mi derecha, una mano se alzó.

Damián.

No lo había visto entrar. Estaba recostado en su silla con esa misma postura de desinterés que yo intentaba imitar, pero con una naturalidad que a mí me costaba esfuerzo fingir. Llevaba una camiseta gris gastada que contrastaba violentamente con las camisas perfectamente planchadas de los chicos a su alrededor.

Se giró y me miró. No había sorpresa en sus ojos, solo un brillo oscuro de desafío.

—¿Cuál es su argumento? —preguntó el profesor, encantado con el conflicto.

Damián no apartó la vista de mí mientras hablaba.

—La compañera tiene razón en que no es una historia de amor rosa —dijo, su voz llenando el espacio sin esfuerzo—. Pero llamarlo «estafa» o «egoísmo» es hablar desde el privilegio. Romeo y Julieta no murieron por capricho. Murieron porque vivían en un entorno hostil que no les dejaba otra opción.

Hizo una pausa, y su sonrisa se volvió afilada, dirigida únicamente a mí.

—Es fácil juzgar el «desastre» desde la comodidad de un asiento en la última fila, llamándolos egoístas por aferrarse a lo único real que tenían. Pero a veces, el cinismo es solo un disfraz para la gente que tiene miedo de admitir que, en el lugar de ellos, no habrían tenido el valor de quemarse.

El aire entre nosotros crepitó.

No estaba hablando de Shakespeare. Estaba hablando de mí. Me estaba diciendo que mi «nueva actitud» de chaqueta de cuero era tan falsa como el final feliz que yo criticaba. Me estaba llamando cobarde.

El profesor miró de uno a otro, frotándose las manos.

—Excelente —dijo, rompiendo la tensión—. Parece que este semestre no será aburrido. ¿Sus nombres?

—Damián.

—Valerie.

Dijimos nuestros nombres al mismo tiempo, sin dejar de mirarnos, como si estuviéramos marcando el inicio de una

guerra.

Salí furiosa de la clase, empujando la puerta pesada con el hombro. Lo que más quería era alejarme de todo, empezar de nuevo, ser una anónima en un mar de desconocidos. Y ahora resulta que tendría a la eterna piedra en mis zapatos una vez más por los próximos cinco años.

Mis pasos golpeaban el pasillo con fuerza, marcando un ritmo agresivo. Izquierda, derecha, aléjate, olvídalo.

—No sabía que corrías tan rápido con esas plataformas —dijo una voz a mis espaldas, cargada de esa ironía perezosa que me erizaba la piel.

Apreté los dientes y aceleré el paso, pero sus piernas eran más largas. En dos segundos, Damián se puso a mi lado, caminando con una calma irritante, como si estuviéramos dando un paseo dominical y yo no estuviera echando humo por las orejas.

—Vete al diablo, Damián —escupí sin mirarlo.

—¿Esa es tu nueva frase de cabecera? —preguntó—. Porque «amor verdadero» ya no está en tu vocabulario, ¿verdad?

Me detuve en seco, girándome tan rápido que mi mochila casi lo golpea. Él se detuvo también, metiendo las manos en los bolsillos de sus jeans desgastados, mirándome con esa superioridad tranquila.

—¿Qué haces aquí? —exigí saber. Mi voz resonó en el pasillo, haciendo que un par de estudiantes se giraran—. ¿Me estás siguiendo? ¿O es que te aburriste de servir helados y decidiste venir a jugar al intelectual?

Fue un golpe bajo. Lo supe apenas lo dije. Clasista, cruel y defensivo.

Damián no se inmutó. Ni siquiera parpadeó. Solo hubo una ligera tensión en su mandíbula.

—Beca académica completa —respondió con voz neutra —. No es que necesites saberlo, pero resulta que tengo cerebro, Valeria. No solo ego, como tú crees.

Sentí una punzada de vergüenza, pero la aplasté bajo capas de orgullo.

—Bien por ti. Disfrútala lejos de mí.

Me di la vuelta para seguir caminando, pero su siguiente frase me clavó al suelo.

—Te estás esforzando demasiado.

Me giré de nuevo, entrecerrando los ojos.

—¿Disculpa?

Damián dio un paso hacia mí, acortando la distancia. El olor de su colonia, a madera, a limpio y masculino invadió mi espacio personal.

—Ese numerito en la clase —dijo, bajando la voz para que solo yo lo escuchara—. La chaqueta de cuero, el discurso de «el amor es para estúpidos», la mirada de chica mala. Puedes engañar al profesor, que probablemente está encantado con tener a una alumna «oscura y misteriosa». Puedes engañar a esos novatos que no te conocen.

Se inclinó un poco más, su rostro quedando a centímetros del mío. Pude ver esas pecas extrañas para un chico castaño y las motas doradas en sus ojos café brillando con burla.

—Pero yo te vi llorar con rímel corrido en el borde de una piscina hace unas semanas porque tu amiguito te rompió el corazón. Así que ahórrate el teatro conmigo, Valeria. Sé que debajo de esa chaqueta sigues siendo la misma chica que cree en cuentos de hadas, solo que ahora estás haciendo un berrinche porque el príncipe te salió rana.

Me quedé helada. La ira me subió por el cuello, caliente y violenta, mezclada con el pánico de ser descubierta.

—No tienes ni idea de quién soy —siseé, clavándole el dedo índice en el pecho duro.

Él miró mi dedo, luego me miró a los ojos y sonrió. Una sonrisa ladeada, peligrosa.

—No. Pero tengo cinco años para averiguarlo. Y por lo que veo, va a ser muy divertido ver cuánto aguantas con ese disfraz antes de que te empiece a picar.

Antes de que pudiera responderle, se dio la media vuelta y siguió caminando por el pasillo, perdiéndose entre la multitud de estudiantes, dejándome allí parada, temblando de furia. Miré mi dedo, el que todavía recordaba la dureza de su pecho tras la camiseta gastada, y me di cuenta de que Nate me había roto el corazón, pero Damián acababa de hacer algo mucho más peligroso: *me había visto.*

CAPÍTULO 17

Damián

Dos semanas. Ese era el tiempo que llevábamos en la Universidad y ya habíamos establecido una rutina sólida: ignorarnos mutuamente con una precisión quirúrgica.

Si ella entraba a la cafetería, yo salía. Si yo llegaba a la biblioteca y la veía en una mesa, me iba al piso de arriba. En las clases compartidas (que desgraciadamente eran tres, incluyendo el tronco común de Psicología), nos sentábamos en extremos opuestos del aula, como dos polos magnéticos que se repelen.

Era agotador, pero necesario.

Me ajusté la mochila al hombro y corrí hacia el Edificio B. Llegaba tarde a Fundamentos de la Psicología I. Mi turno en la cafetería del campus se había alargado porque a un novato se le cayó la máquina de granizados y tuve que quedarme a limpiar el desastre pegajoso.

Oliendo a lejía y con el humor de un perro rabioso, entré al aula por la puerta trasera.

El profesor Evans, un tipo joven que intentaba ser demasiado *cool* sentándose sobre el escritorio, ya había empezado.

—...entonces, Freud diría que no hay accidentes —estaba diciendo—. Todo lapsus, todo olvido, tiene una raíz en el inconsciente.

Busqué un asiento vacío. El aula estaba llena. Solo quedaba una silla disponible.

Por supuesto.

Justo al lado de *ella*.

Valerie estaba sentada cerca de la ventana, con su uniforme de guerra habitual: botas negras, delineador afilado y esa postura rígida de quien espera un ataque. Tenía el cuaderno abierto y tomaba apuntes con una caligrafía perfecta, casi agresiva.

Caminé por el pasillo, sintiendo las miradas de algunos compañeros. Dejé caer mi mochila en el suelo y me senté a su lado.

Ella no se giró. Ni siquiera parpadeó. Pero vi cómo sus nudillos se ponían blancos al apretar el bolígrafo.

—Llegas tarde —susurró sin mirarme.

—Tuve que salvar al mundo de una inundación de jarabe de frambuesa —respondí en voz baja, sacando mi cuaderno—. No todos vivimos de la tarjeta de crédito de papá.

Esperé el contraataque. El insulto. La mirada de desprecio.

Pero ella no respondió. Simplemente siguió escribiendo. Me incliné un poco para ver qué escribía. No eran solo notas de la clase. En los márgenes de su hoja había pequeños dibujos. Ojos. Cientos de ojos dibujados con tinta negra, mirando en todas direcciones.

Un escalofrío extraño me recorrió la espalda.

—Bien —dijo el profesor Evans, aplaudiendo para llamar la atención—. Hablemos de los mecanismos de defensa. ¿Quién puede explicarme qué es la Formación Reactiva?

El silencio reinó en la clase. Era un concepto que apenas venía en la lectura sugerida del capítulo 4, la cual nadie había leído. Nadie excepto yo, claro.

Levanté la mano, listo para deslumbrar y ganar mis puntos de participación, pero una voz a mi lado se me adelantó.

—Es cuando una persona siente un impulso o emoción que considera inaceptable, y para ocultarlo, actúa de manera exageradamente opuesta —dijo Valerie. Su voz fue clara, tranquila.

Bajé la mano, sorprendido. Me giré para mirarla.

—Excelente —dijo el profesor, asintiendo—. ¿Podría darme un ejemplo, señorita...?

—Valerie. Y sí. —Ella giró la cabeza lentamente y, por primera vez en dos semanas, clavó sus ojos en los míos. Había algo oscuro en su mirada, algo roto y desafiante a la vez—. Por ejemplo: alguien que se siente profundamente inseguro y vulnerable, pero que actúa con arrogancia y cinismo para que nadie note lo asustado que está en realidad.

La clase entera pensó que era un ejemplo académico brillante. Yo supe que era un disparo directo al pecho.

Me sostuvo la mirada un segundo más, dejándome saber que ella también podía jugar a psicoanalizarme, y luego volvió a mirar al frente con una leve sonrisa de satisfacción. Me recosté en mi silla, aturdido. Touché*, princesa.*

Tal vez, solo tal vez, subestimarla había sido mi primer error.

Esa misma noche, el destino —o más bien, la falta de opciones sociales en este campus pretencioso— me hizo romper una de mis reglas: nada de fiestas.

Era una fiesta en la fraternidad Sigma-No-Sé-Qué. Yo solo había ido porque mi compañero de cuarto, un tipo llamado Brad que resultó ser menos idiota de lo que parecía, me insistió en que había «barra libre de verdad» y no el ponche aguado de siempre. Y, honestamente, después de la clase de psicología y el turno en la cafetería, necesitaba alcohol gratis.

El lugar estaba a reventar. La música estaba tan alta que sentía el bajo vibrando en mis muelas. Después de media hora de esquivar cuerpos sudorosos y fingir que me interesaba la conversación sobre el mercado de valores de un grupo de estudiantes de Economía, busqué una salida.

Encontré la puerta trasera que daba a un patio medio oscuro, donde el aire era un poco más respirable, aunque apestaba a tabaco.

Me recosté contra la baranda de ladrillo, saqué un cigarrillo y busqué mi encendedor. No estaba. Mierda. Seguramente se lo quedó Brad.

—¿Buscas esto?

Me giré. Valerie estaba a unos metros, sentada en el muro bajo de piedra, balanceando sus botas militares. En una mano tenía un vaso rojo y en la otra, un encendedor plateado que brilló bajo la luz de la luna.

—Me persigues, Valeria —dije, acercándome—. Voy a empezar a pensar que estás obsesionada conmigo.

—No te des tanta importancia —respondió ella, lanzándome el encendedor. Lo atrapé en el aire—. Solo busco los lugares donde no haya gente gritando estupideces. Resulta que tú tienes el mismo instinto antisocial.

Encendí el cigarrillo, protegí la llama con la mano y le devolví el encendedor. Ella encendió el suyo propio con una naturalidad que me hizo arquear una ceja. Inhaló profundamente y soltó el humo hacia el cielo estrellado.

—¿Desde cuándo fumas? —pregunté, observando cómo sostenía el cigarro. No parecía una pose. Parecía un hábito.

Ella se encogió de hombros, sin mirarme.

—Desde que descubrí que ayuda a que la gente no se te acerque tanto. El humo crea… distancia.

—Poético —burlé—. Y cancerígeno.

—Tienes un cigarrillo en la mano, Damián. Supéralo.

Solté una risa. No pude evitarlo. En ese momento, un chico totalmente borracho salió tropezando de la casa, gritando «¡¿Quién se comió mi pizza?!» con una angustia existencial digna de una tragedia griega, antes de caer de bruces sobre un arbusto.

—Ese va a tener una mañana interesante —comenté seco —. Ahí va la futura élite financiera del país.

Valerie soltó una carcajada.

No fue la risa ácida de la clase. Fue una risa real, ronca, que le sacudió los hombros y le arrugó la nariz. Por un segundo, la máscara de «chica de acero pulido» se agrietó y vi a alguien genuinamente divertido debajo.

Me quedé mirándola, un poco sorprendido. Se veía… bien cuando se reía. Joder, se veía guapa.

Ella notó mi mirada y la risa se fue apagando poco a poco, reemplazada por una incomodidad repentina. Carraspeó y volvió a llevarse el cigarro a la boca, recuperando su postura defensiva.

—Hoy estuviste… interesante —dije, rompiendo el silencio antes de que se volviera extraño. Decidí tantear el terreno, ver si podía desestabilizarla de nuevo—. En clase, digo.

—Gracias —respondió cautelosa.

—No, en serio. —Le di una calada a mi cigarro y la miré de reojo—. Me sorprendiste. Tienes una mente afilada. Es impresionante lo rápido que captas conceptos complejos… para alguien que probablemente pasó todo el *high school* preocupada por qué tono de rosa combinaba con sus zapatos.

Ahí estaba. El cumplido envuelto en veneno. Quería ver si saltaba. Quería ver si podía obtener un poco de la Valerie que solía conocer.

Ella se quedó quieta un momento. Tiró la colilla al suelo y la aplastó con la suela de su bota militar, girando el pie con lentitud, como si estuviera aplastando algo más que tabaco.

Luego, levantó la vista y me clavó esos ojos oscuros, brillando con una inteligencia fría.

—Cuidado, Damián —dijo suavemente, acercándose un paso a mí—. Si admites que soy lista, tendrías que admitir que tu prejuicio de «chico pobre vs. niña rica tonta» está equivocado. Y si te quito tu papel de víctima incomprendida… ¿qué te queda?

Mi boca se abrió ligeramente para responder, pero no salió nada.

—Buenas noches —remató ella.

Me quitó el vaso rojo de la mano, reemplazándolo con el de ella que estaba vacío. Le dio un trago a mi propia bebida mirándome a los ojos y se dio la media vuelta, entrando de nuevo al caos de la fiesta.

Me quedé allí, solo en el patio, con el humo del cigarro y la palabra en la boca. Sonreí, negando con la cabeza.

Uno a uno, Valeria. Uno a uno.

Miré el vaso vacío que me había dejado en la mano, todavía frío por el hielo y con un rastro apenas perceptible de su presencia. Por primera vez en mi vida, no estaba seguro de si quería que la guerra terminara, o si estaba deseando que llegara la siguiente clase solo para ver por dónde vendría su siguiente disparo.

CAPÍTULO 18

Valerie

El domingo por la mañana, mi habitación era un santuario de silencio y luz solar, hasta que la cara de Sophie llenó la pantalla de mi laptop.

—¡Tienes que ver al chico de la fraternidad Delta! —chilló ella, acercando el teléfono a su cara para que viera un pixelado borroso en una foto—. Se llama Mike, estudia Derecho y tiene unos brazos que… *uff*.

Me reí, removiendo mi café instantáneo.

—Se ve… simpático —concedí, aunque en realidad solo veía una mancha con gorra.

—Simpático es lo que se les dice a los feos, Valerie —me regañó—. Pero bueno, basta de mí. Cuéntame de tu sombra.

Rodé los ojos, dejándome caer en el respaldo de la silla.

—Si te refieres a Damián, sigue siendo tan molesto como una piedra en el zapato.

—Una piedra muy guapa —bromeó Sophie.

—Una piedra, Sophie. Punto. Es arrogante, cínico y parece disfrutar llevándome la contraria en cada oportunidad que tiene. Es como si su único propósito en la vida fuera probar que soy una farsa.

—Quizás le gusta lo que ve y no sabe cómo manejarlo —sugirió.

—O quizás es simplemente un idiota con complejos de superioridad —corté yo—. No le busques tres pies al gato.

Sophie suspiró, dándose por vencida con el tema Damián. Hubo un pequeño silencio en la línea, de esos que preceden a las preguntas que nadie quiere hacer pero que están flotando en el aire.

—Oye, Val… —su tono cambió, se volvió más suave, cauteloso—. ¿Has sabido algo de Nate?

Sentí como si la temperatura de la habitación hubiera bajado diez grados de golpe. Mi mano se tensó alrededor de la taza de café.

—No —dije seca.

—Es que me escribió ayer. Preguntó por ti. Dijo que te extraña y que…

—No quiero saberlo, Sophie —la interrumpí, mi voz sonando más dura de lo que pretendía—. No me importa si me extraña, si está arrepentido o si se metió a monje tibetano. Nate ya no existe para mí.

—Val, solo creo que quizás deberías escucharlo…

—Tengo que irme —mentí, cerrando la laptop de golpe sin despedirme.

Me quedé mirando la nada. El corazón me latía con fuerza en los oídos. La mención de su nombre era suficiente para hacerme sentir náuseas. Mentiroso. Manipulador.

Me levanté y tiré el café por el fregadero. Ya no necesitaba la energía, podía sobrevivir al domingo con el odio como motor.

Dos días después, el mal humor seguía pegado a mí como una segunda piel.

Estaba sentada en la clase de «Metodología de la Investigación», intentando concentrarme, pero mi mente seguía volviendo a la conversación con Sophie. Y, para empeorar las cosas, un aroma familiar flotaba en el aire.

Odiaba admitirlo, pero, aunque yo le había dicho a Damián que «el humo crea distancia», su colonia parecía no haber recibido el memorándum. Ese olor a madera y tabaco

barato se colaba en mi espacio personal, recordándome que él estaba sentado tres filas atrás, probablemente juzgándome en silencio.

—La psicología no es solo teoría —dijo la profesora Miller con su voz monótona, sacándome de mis pensamientos—. Es observación. Por eso, para su evaluación parcial, realizarán un trabajo de campo en duplas.

El salón se llenó de murmullos. Yo me tensé. Odiaba los trabajos en grupo. Odiaba depender de la incompetencia ajena.

—Y antes de que empiecen a buscar a sus amigos —añadió la profesora, alzando una hoja de papel—, yo ya he seleccionado las parejas para asegurar la diversidad de perfiles.

Mierda.

Empezó a leer la lista. Nombres iban y venían. Yo tamborileaba los dedos sobre la mesa, impaciente, rezando para que me tocara con alguien invisible y mudo.

—...Sarah Jenkins con Michael Ross. Damián... —hizo una pausa para ajustar sus gafas— Damián Vargas con Valerie Dalton.

El universo tenía un sentido del humor retorcido y cruel.

No me giré. Me negué a darle la satisfacción de ver mi cara de fastidio. Pero sentí su presencia detrás de mí. Podía sentir su sonrisa burlona quemándome la nuca.

—El trabajo consiste en una «Observación Naturalista» —continuó la profesora—. Deben ir a un lugar público, elegir un sujeto y realizar un perfil conductual detallado durante dos horas. Quiero hipótesis basadas en la conducta no verbal. Tienen una semana.

Cuando la clase terminó, recogí mis cosas con lentitud, esperando que él se hubiera ido o que un rayo lo hubiera partido en el sitio. Ninguna de las dos cosas pasó.

—Así que, Dalton y Vargas —dijo con su voz grave justo a mi lado.

Cerré los ojos un segundo, pidiendo paciencia a un Dios en el que ya no creía, y me giré.

Damián estaba allí, con la mochila colgada de un hombro y una expresión de falsa inocencia que no engañaba a nadie.

—No te hagas ilusiones —le advertí, colgándome mi bolso y empezando a caminar hacia la salida—. Hacemos el trabajo, sacamos una A, y volvemos a ignorarnos.

—Me parece un plan excelente, socia. —Me siguió el paso con facilidad—. ¿Tu número? Para coordinar, no para enviarte poemas, tranquila.

Me detuve en medio del pasillo y le dicté mi número a regañadientes. Él me hizo una llamada perdida para que yo tuviera el suyo.

—¿Biblioteca? —sugirió él, guardando el teléfono.

—No. La profesora dijo «lugar público con flujo de gente». La biblioteca es para muertos vivientes. —Lo pensé un momento—. El parque del pueblo, mañana a las 4:00 PM. Hay suficientes raros ahí para analizar.

—El parque del pueblo —repitió él, y por un momento, su mirada bajó a mis labios antes de volver a mis ojos con ese brillo desafiante—. Perfecto. Lleva tu cuaderno de dibujos, Dalton. Quizás encuentres inspiración entre tanto «raro».

Se dio la media vuelta y se fue, dejándome allí parada con el teléfono en la mano y con la certeza de que tendría nuevo material para quejarme por una eternidad.

Guardé mi teléfono con un movimiento brusco, sintiendo el peso del número de Damián como si fuera un secreto que no quería tener. La profesora Miller quería que analizáramos la conducta ajena, pero el verdadero experimento iba a ser sobrevivir dos horas sentada junto a él.

CAPÍTULO 19

Damián

Llegué al parque a las 3:55 PM. La puntualidad es un hábito de la gente que no puede permitirse perder nada: ni dinero, ni el autobús, ni el tiempo.

Me senté en una banca de hierro forjado, un poco alejada del camino principal, y la busqué. No fue difícil encontrarla. Valerie no era el tipo de persona que se mezclaba con el fondo, por mucho que ahora vistiera de negro funerario.

Estaba sentada en el borde de una fuente seca, con las piernas cruzadas y el cuaderno de dibujo sobre las rodillas. El viento de otoño le movía el cabello corto, ese corte afilado que le daba un aire de Juana de Arco moderna a punto de quemar algo.

Me tomé un momento para observarla antes de acercarme.

Estaba frunciendo el ceño, mordiendo la tapa de su bolígrafo con una intensidad casi violenta. No parecía una estudiante relajada en un parque; parecía una estratega planeando una invasión.

Me acerqué con cautela, metiendo las manos en los bolsillos.

—Si sigues mordiendo eso, vas a necesitar un dentista —dije cuando estuve a unos pasos.

Valerie dio un pequeño salto, pero se recuperó rápido. Se quitó el bolígrafo de la boca y me lanzó una mirada asesina.

—Llegas cinco minutos antes —acusó, cerrando su cuaderno de golpe.

—Y tú diez. —Me senté a su lado, manteniendo una distancia prudente—. ¿Ansiosa por trabajar conmigo, Dalton?

—Ansiosa por terminar esto y perderte de vista, Vargas —replicó ella, mi apellido sonaba divertido en su boca. Abrió su mochila para sacar una hoja de evaluación—. Vamos al grano. Necesitamos un sujeto.

Miramos a nuestro alrededor. El parque estaba lleno de clichés: parejas besándose (descartadas por aburridas), gente paseando perros que costaban más que mi matrícula (descartados por irritantes) y niños gritando.

—Aquel —dijo Valerie, señalando discretamente con la barbilla.

Seguí su mirada.

En una banca solitaria, bajo la sombra de un roble, había un hombre de unos cuarenta años. Llevaba un traje gris, corbata aflojada y estaba mirando su teléfono con una expresión de pura miseria.

—Bien —dije, sacando mi propio cuaderno—. El «Sujeto A». Empieza tú. ¿Qué ves?

Valerie entrecerró los ojos, asumiendo su papel de psicoanalista forense.

—Lenguaje corporal cerrado —empezó, su voz tomando un tono clínico—. Hombros tensos, mirada evasiva incluso hacia la pantalla. Se toca la nariz repetidamente, un gesto clásico de ansiedad o engaño. —Hizo una pausa—. Está ocultando algo.

—¿Como qué? —pregunté, escribiendo sus observaciones.

—Infidelidad —soltó ella sin dudarlo—. Mira cómo revisa el teléfono y luego mira a su alrededor. Tiene miedo de que lo vean. Probablemente acaba de enviar un mensaje para cancelar una cita o para mentirle a su esposa sobre dónde

está. Es un narcisista que ha sido acorralado. Está calculando cómo manipular la situación para salir impune.

Me giré para mirarla. Su perfil estaba tenso, sus ojos brillaban con un resentimiento que no tenía nada que ver con el pobre tipo del banco.

—Interesante teoría —dije suavemente—. Pero te estás perdiendo los detalles importantes.

Valerie me miró, ofendida.

—Ah, ¿sí? Ilumíname, Freud.

—Mira sus zapatos —señalé—. Son de marca, pero están desgastados en las suelas y sucios de polvo. Ese tipo no bajó de un taxi; caminó mucho para llegar aquí. Mira su mano izquierda: no tiene anillo, pero tiene la marca blanca de bronceado donde solía haber uno. Y no está «mirando a su alrededor» con miedo; está buscando algo. Específicamente, está mirando hacia el edificio corporativo que se ve a través de los árboles.

Valerie siguió mi explicación, frunciendo el ceño.

—¿Y tu diagnóstico es...?

—Despido —dije—. O quiebra. Ese traje es viejo, probablemente lo único caro que le queda. Vendió el anillo o se divorció hace poco por problemas de dinero. No está enviando mensajes a una amante; está revisando su cuenta bancaria o esperando un correo de una entrevista que no llega. No es un narcisista manipulador, Valeria. Es un tipo desesperado que no sabe cómo volver a casa y decir que fracasó.

Hubo un silencio pesado entre nosotros. El viento sopló, arrastrando hojas secas por el suelo de cemento.

Valerie miró al hombre, luego a mí, y luego volvió a mirar al hombre. Su mandíbula se tensó.

—Tú ves tragedia económica en todas partes —dijo ella a la defensiva.

—Y tú ves traición y mentiras en todas partes —repliqué, sosteniéndole la mirada—. Estamos proyectando, Dalton. Ambos.

Ella se puso rígida. Sabía que le había dado en el clavo.

—Yo me baso en micro expresiones —insistió, pero su voz había perdido fuerza.

—Te basas en tu experiencia —corregí—. Ves a un hombre ansioso y asumes que es un patán porque eso es lo que conoces. Yo veo a un hombre con los zapatos sucios y asumo que está quebrado porque... bueno, porque sé lo que cuesta mantener las apariencias.

Valerie se quedó callada. Por primera vez, no tuvo una respuesta mordaz. Bajó la vista a su cuaderno, trazando una línea nerviosa en el margen.

—Anota las dos hipótesis —murmuró finalmente, sin mirarme—. «Sujeto muestra signos de estrés agudo. Posibles causas: conflicto interpersonal severo o crisis financiera».

Sonreí levemente. Era una tregua.

—Anotado.

Pasamos la siguiente hora en un silencio casi cómodo, observando al hombre y tomando notas. Empezó a atardecer y el aire se puso frío. Vi a Valerie frotarse los brazos disimuladamente a través de su suéter oscuro.

—Deberíamos irnos —dije, cerrando mi cuaderno—. Ya tenemos suficiente para inventar el resto.

Ella asintió y se puso de pie, pero al hacerlo, su cuaderno de dibujo se deslizó de su regazo y cayó al suelo, abierto.

Me agaché por instinto para recogerlo antes que ella.

—¡No! —exclamó, intentando arrebatármelo.

Pero fue tarde. Mis ojos captaron el dibujo en la página abierta antes de que pudiera cerrarlo.

No eran ojos esta vez.

Era un retrato. Un boceto rápido, hecho a carboncillo, de un chico recostado contra una pared de ladrillos, fumando, con una expresión de aburrimiento cínico.

Era yo.

Me quedé congelado, con el cuaderno en la mano. Valerie me lo arrancó de un tirón, sus mejillas teñidas de un rojo furioso que contrastaba con su ropa negra.

—No significa nada —escupió rápido, abrazando el cuaderno contra su pecho como un escudo—. Solo estaba practicando sombras. Tienes... tienes una estructura ósea fácil de dibujar. Es solo técnica.

Me levanté, mirándola. El corazón me latía más rápido de lo normal.

—Claro —dije, y mi voz salió más ronca de lo que pretendía—. Solo técnica.

Ella me sostuvo la mirada, desafiante, pero había pánico en sus ojos. Pánico de haber sido vista. El mismo pánico que sentí cuando, borracha en su cumpleaños, señaló mi fachada y el miedo a que vieran lo que había detrás, que, según ella, era nada.

—Nos vemos en clase, Vargas.

Y sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó casi corriendo por el camino del parque, huyendo de mí y, probablemente, de ella misma.

Vi su figura alejarse y me pasé una mano por el pelo, soltando una risa incrédula.

Definitivamente, esto se estaba poniendo peligroso.

—Estructura ósea fácil de dibujar —repetí, probando las palabras—. Sí, claro.

Me quedé mirando el espacio vacío donde antes estaba ella, sintiendo el frío del metal de la banca contra mis manos. Valerie decía que solo era técnica, pero yo sabía leer las sombras. En ese dibujo no solo había líneas y carboncillo; había horas de observación, de fijarse en cómo fruncía el ceño o cómo sostenía el cigarrillo. Ella me había diseccionado con la misma precisión con la que yo la analizaba a ella. Y lo peor no era que me hubiera dibujado; lo peor era que me gustaba la forma en que ella me veía.

CAPÍTULO 20

Valerie

Si existiera una asignatura llamada «Cómo cavar tu propia tumba social», yo tendría matrícula de honor.

Llevaba veinticuatro horas evitando el edificio de Humanidades, la cafetería y cualquier superficie reflectante que me recordara mi propia estupidez.

—Es solo un dibujo, Valerie —dijo la voz de Sophie a través de los altavoces de mi laptop. La tenía en videollamada a pantalla completa mientras yo caminaba de un lado a otro de mi habitación como un animal enjaulado—. Los artistas dibujan cosas interesantes todo el tiempo. Cuencos de frutas, caballos, chicos con mandíbulas marcadas... es lo mismo.

Me detuve frente a la cámara y la fulminé con la mirada.

—No es lo mismo, Soph. Él no es un cuenco de frutas. Es Damián. Es el ser más arrogante del planeta y ahora tiene la prueba física de que me paso el tiempo mirándole la cara.

—Bueno, es que tiene una cara muy mirable —replicó ella, limándose las uñas al otro lado de la pantalla—. Y tú tienes ojos. Dos más dos son cuatro, amiga.

Gruñí y me tiré en la silla del escritorio, cubriéndome la cara con las manos.

—Le dije que era por su «estructura ósea». Que era solo técnica.

Sophie soltó una carcajada que se distorsionó por la mala conexión del dormitorio.

—¿«Estructura ósea»? —se burló—. Dios mío, Val. Eso es peor que decirle «me gustas». Es como decirle «te he estudiado milimétricamente». Estás muerta.

—Oficialmente muerta —admití, mirando el techo—. Pero mi funeral tendrá que esperar, porque tengo clase de Metodología en una hora y tenemos que entregar el informe.

Entré al aula con la cabeza baja, usando los mechones cortos de mi cabello como cortina, y me fui directa a mi asiento.

Damián ya estaba ahí.

Por supuesto que estaba. Con su puntualidad irritante de «gente que no pierde el tiempo».

—Buenos días, Da Vinci —susurró cuando me senté a su lado.

Sentí el calor subirme a las mejillas, pero me obligué a mantener la cara de póker, sacando mis libros con movimientos bruscos.

—Cállate, Vargas. ¿Trajiste el informe limpio?

Él deslizó una carpeta azul sobre la mesa. Sin decir nada más. Sin burlas crueles, sin comentarios sobre mi sonrojo. Solo trabajo. Eso me descolocó más que cualquier insulto.

La profesora Miller entró y empezó a llamar a las parejas.

Cuando llegó nuestro turno, nos pusimos de pie. Yo sentía que las rodillas me temblaban un poco. Odiaba hablar en público casi tanto como odiaba a Damián.

—Bien —dijo la profesora, ajustándose las gafas—. ¿Cuál fue su hipótesis sobre el sujeto?

Abrí la boca para hablar, para soltar mi teoría sobre el narcisista infiel, pero Damián habló primero.

—Nuestra hipótesis es mixta, profesora —dijo con voz firme—. Observamos signos de estrés agudo que podrían derivar de dos vertientes: una crisis financiera severa o un conflicto interpersonal oculto.

Lo miré de reojo, sorprendida. Había incluido mi teoría. No la había descartado como «proyección traumática». La había validado frente a la clase.

—El sujeto mostraba incongruencias entre su vestimenta y su calzado —continuó Damián—, lo que sugiere una pérdida reciente de estatus económico. Sin embargo... —hizo una pausa y me miró, cediéndome la palabra.

Entendí el gesto. Era un pase.

Carraspeé y tomé el relevo.

—Sin embargo, su lenguaje corporal denotaba culpa y miedo a ser observado, lo que sugiere que está ocultando su situación a su entorno cercano. La combinación de ambos factores —miré a Damián, y él asintió levemente— nos lleva a concluir que el sujeto está atravesando un duelo por la pérdida de su identidad social y laboral, y se encuentra en una fase de negación activa.

La profesora Miller nos miró en silencio durante unos segundos eternos.

—Brillante —dijo finalmente, escribiendo una nota en su libreta—. Un análisis multidimensional. Muy buen trabajo de síntesis. Pueden sentarse.

Me dejé caer en la silla, soltando el aire. Lo habíamos logrado. Y, contra todo pronóstico, habíamos funcionado bien.

—«Duelo por la pérdida de identidad social» —susurró Damián a mi lado—. Eso sonó muy profesional para alguien que solo quería llamarlo patán.

—Y «crisis financiera severa» sonó muy elegante para alguien que solo quería llamarlo quebrado —repliqué en un susurro.

Damián sonrió. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero real.

—Hacemos buen equipo, Dalton. Cuando no intentas matarme con la mirada o dibujarme en secreto.

Le di un codazo por debajo de la mesa. Él se rio por lo bajo.

La clase terminó y salimos al pasillo. Por primera vez en semanas, no sentía la urgencia de huir de él. Había una tregua extraña flotando entre nosotros, una especie de respeto mutuo nacido de la competencia.

—Oye —dijo él, acomodándose la mochila—. Mi compañero de cuarto va a hacer una fiesta de Halloween el viernes. Nada de fraternidades, algo más... local. Si quieres ir a analizar borrachos con «fines académicos», estás invitada.

Me detuve, sorprendida. ¿Damián Vargas invitándome a una fiesta?

Iba a responderle con algún comentario sarcástico, iba a decirle que tenía planes mejores, pero una figura al final del pasillo me heló la sangre.

Estaba recostado contra la pared del pasillo, con esa chaqueta de mezclilla que yo le había regalado y esa sonrisa de niño bueno que solía derretirme y que ahora me daba ganas de vomitar. Pero no era el mismo realmente, también tenía ojeras profundas bajo los ojos y los hombros caídos, como si el peso del mundo se le hubiera venido encima.

El mundo se detuvo. El ruido de los estudiantes desapareció. Solo quedó el zumbido en mis oídos.

Damián, al ver que me había quedado pálida y rígida como una estatua, siguió mi mirada.

Nate levantó la vista y me vio. Sus ojos se iluminaron, no con alegría, sino con una mezcla de alivio y dolor.

—Valerie —susurró. Su voz sonó rota incluso a la distancia.

Empezó a caminar hacia mí, vacilante, como un perro que sabe que ha hecho algo terrible y teme que lo echen a patadas.

—Val... —dijo al llegar frente a mí. Me miró, recorriendo mi ropa, mi cabello corto, mis botas. Hizo una mueca de dolor, como si no reconociera a la chica que tenía enfrente—. Necesitamos hablar. Por favor. He venido hasta aquí solo para explicarte todo. Te lo debo.

Sentí que me faltaba el aire. Mi armadura de cuero, mi cinismo, todo pareció volverse de papel frente a su vulnerabilidad.

Sentí una presencia a mi lado. Damián.

Él no se interpuso. No sacó el pecho ni marcó territorio. Simplemente se quedó allí, sólido, observando la escena con sus ojos oscuros analizando cada detalle: las manos temblorosas de Nate, mi palidez, el pánico en mi mirada.

Damián sabía quién era él. No necesitó preguntar.

—¿Valerie? —mi nombre pronunciado correctamente viniendo de su voz sonó extraño. Su tono era tranquilo, un ancla en medio de la tormenta. Me miró solo a mí, ignorando a Nate—. ¿Estás bien?

Miré a Nate, que me observaba con ojos suplicantes, prometiendo respuestas, prometiendo redención.

Luego miré a Damián, que esperaba mi respuesta sin presionarme, pero con la mochila lista para irnos si yo daba la señal.

—¿Nos vamos? —añadió Damián, ofreciéndome una salida. Simple. Directa.

Mi corazón latía desbocado.

Tenía dos opciones: quedarme y escuchar lo que Nate tenía para decir y arriesgarme a que me mintiera nuevamente, o darme la vuelta y huir con el chico que me desafiaba a ser fuerte.

Abrí la boca, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

CAPÍTULO 21

Valerie

El pasillo de la universidad se había convertido en un campo de batalla silencioso. A mi izquierda, la seguridad desafiante de Damián. A mi derecha, la vulnerabilidad conocida de Nate.

Damián simplemente arqueó una ceja, esperando, leyéndome con esa habilidad afinada que había demostrado en el parque. Su mirada decía: «Aquí tienes la salida. Tú decides si la tomas o si vuelves a la jaula».

Irse con él sería fácil. Sería la victoria definitiva. Darme la media vuelta y dejar a Nate plantado sería el final de película perfecto.

Pero la vida real no es una película. Y si me iba ahora, Nate seguiría siendo un fantasma persiguiéndome. Recordé la voz de Damián ayer: *Ves traición y mentiras en todas partes. Estamos proyectando.*

Si quería dejar de proyectar a Nate en el resto del mundo, tenía que enfrentarlo. Tenía que verlo de cerca, diseccionarlo bajo la luz fría de la realidad, y comprobar si el monstruo era real o si solo era un chico asustado.

Tomé aire y me giré levemente hacia Nate.

Damián captó el movimiento al instante.

No dijo nada. No hubo un resoplido dramático ni un giro de ojos. Solo vi cómo se tensaban los músculos de su

mandíbula. Sus ojos perdieron ese brillo de complicidad que habíamos compartido en clase y se volvieron opacos, cerrados. Muros arriba.

Me sostuvo la mirada un segundo más, el suficiente para que yo sintiera la decepción quemándome la piel, y luego se dio la media vuelta. Pasó por al lado de Nate sin siquiera mirarlo, como si fuera invisible, y se alejó por el pasillo con sus pasos largos y decididos.

Sentí un vacío extraño en el estómago al verlo irse, como si me hubieran quitado el aire acondicionado en un día de calor infernal, pero me obligué a girarme hacia Nate.

—Tienes diez minutos —le dije. Mi voz salió fría, irreconocible para mis propios oídos.

Nate asintió frenéticamente, pareciendo aliviado de que no le hubiera gritado. Se pasó una mano por el cabello, nervioso, y miró por encima de mi hombro hacia donde Damián había desaparecido.

—¿Ese era Damián? —preguntó, con un tono que mezclaba incredulidad y un rastro patético de celos—. ¿Ahora son amigos?

Lo miré, analizando su reacción. Hace unos meses, esa pregunta me habría hecho sentir importante, deseada. Ahora solo me parecía irrelevante.

—Eso no es asunto tuyo, Nate —corté—. Dijiste que querías hablar. Habla.

Él tragó grueso y nos sentamos en un banco de madera del pasillo. Mantuvo una distancia respetuosa, retorciéndose las manos en el regazo. Esas manos que yo solía sostener. Ahora me parecían manos de extraño.

—Lo siento —empezó, y su voz se quebró—. Sé que decir esto no arregla nada, pero... Val, he sido un imbécil. Todo el verano... no sabía qué hacer. Me asusté.

—¿Te asustaste? —repetí, inexpresiva.

—Sí. Esa semana antes de tu cumpleaños, en la que me ignoraste por completo, me mostró lo que pasaría si fallábamos. En tu cumpleaños... cuando dijiste que sentías

cosas por mí, entré en pánico. Quería besarte, en serio, pero recordé que, si cruzábamos esa línea y salía mal, te perdería para siempre. Pensé que perdería a mi mejor amiga. Así que... traté de poner distancia. Traté de hacerte creer que no era real para proteger lo que teníamos.

Lo miré, analizándolo como al sujeto del parque. Lenguaje corporal encogido. Miedo al cambio. Era coherente, pero cobarde.

—Me hiciste dudar de mi cordura, Nate —dije, y me sorprendió lo tranquila que sonaba—. Me dijiste que me lo había inventado. Eso no es proteger. Eso es *gaslighting*. Eso es cruel.

Nate se cubrió la cara con las manos, desesperado.

—Lo sé. Soy un cobarde. Lo sé. Pero te extraño, Val. Extraño a mi mejor amiga. Extraño llamarte y contarte mis cosas. Extraño que me escuches. Estos meses han sido un infierno. Nadie me entiende como tú. Nadie me apoya como tú.

Y ahí estaba. La verdad. *Nadie me apoya como tú.*

No dijo «te extraño a ti». Dijo «extraño cómo me haces sentir». Extrañaba su red de seguridad. Extrañaba a la chica que siempre estaba ahí para aplaudirle, para validarlo, para decirle que era especial.

Lo miré y, por primera vez en años, no vi al amor de mi vida, tampoco a mi mejor amigo. Vi a un chico inmaduro que necesitaba una madre, no una pareja.

La epifanía fue tan fuerte que casi me reí.

—No me extrañas a mí, Nate —dije, poniéndome de pie.

—¿Qué? Claro que sí, yo...

—No. Extrañas tener a alguien que te adore incondicionalmente. Extrañas la comodidad. Pero yo ya no soy esa persona. —Me señalé a mí misma—. Esa chica que vivía para validarte se quedó en el verano.

Nate se levantó también, intentando acercarse, invadiendo mi espacio.

—Val, por favor. Puedo cambiar. Podemos volver a ser como antes. Olvida lo que pasó. Empecemos de cero. Tú y yo

contra el mundo, ¿recuerdas?

Negué con la cabeza, sintiendo una paz extraña, ligera.

—No quiero volver a ser como antes. Me gusta quien soy ahora. Y la Valerie de ahora no necesita a un mejor amigo que le miente para «protegerse» a sí mismo.

—Lo sé Val, lo siento. De verdad. Pero por favor, hemos sido amigos durante algo más de doce años. ¿No crees que merezco la oportunidad de redimirme?

Me quedé helada, considerando las palabras que salían de sus labios.

—No —negué con la cabeza, mirándolo con tristeza—. Rompiste la confianza, Nate. No se puede construir una relación sobre cimientos rotos. Me hiciste creer que estaba loca por cobardía.

La cara de Nate cayó. El rechazo lo golpeó físicamente.

—Entonces... ¿eso es todo? —preguntó con la voz ahogada—. ¿Me vas a sacar de tu vida para siempre? Val, por favor... Déjame recuperar a mi amiga. Dame la oportunidad de demostrarte que puedo ser mejor. No me cierres la puerta en la cara.

Lo miré. Vi sus ojos rojos, su desesperación real. Y aunque quería ser de hielo y decirle que se pudriera, una parte de mí, la parte que había compartido toda una vida con él, dudó.

Odiaba lo que me hizo. Pero odiarlo a él se sentía antinatural.

—No lo sé, Nate —suspiré, frotándome las sienes—. Definitivamente no puedo ser tu «mejor amiga» ahora mismo. No confío en ti.

—Lo entiendo. Me ganaré esa confianza. Solo... no me digas «adiós» definitivo. Dime «hasta luego».

Hubo un silencio largo. El pasillo se sentía demasiado grande.

—Está bien —cedí—. No es un adiós definitivo. Pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado. No esperes que vuelva a ser tu porrista incondicional.

Nate asintió rápido, aferrándose a esa pequeña victoria como un náufrago a una tabla.

—Lo sé. Gracias, Val. Gracias —intentó envolverme en un abrazo. Yo me alejé, pero él me acercó hacia su torso, donde permanecí inmóvil unos segundos, con los brazos colgando a cada costado.

Necesitaba irme. Necesitaba aire.

—Tengo que irme —dije alejándome de él impulsivamente.

—¿Te escribo luego?

—No fuerces las cosas, Nate —le advertí, y me di la media vuelta.

Caminé hacia la salida sintiendo el peso de su mirada en mi espalda. No me sentí liberada. Me sentí confundida, pesada y extrañamente triste.

Salí al aire fresco de la tarde y me abracé a mí misma.

Había dejado que el mismo chico que me rompió el corazón se quedara en el umbral de mi vida.

¿Había sido piedad o debilidad? No lo sabía.

Caminé rápidamente por el campus, solo quería llegar a mi habitación y quitarme las botas de combate, literal y figurativamente. Pero al llegar, lo primero que hice fue preguntarme si esta identidad de chica dura que intentaba llevar era realmente tan fuerte como yo creía, o si por dentro seguía siendo la misma chica que no sabía decir adiós.

Cerré la puerta con el mismo nudo doble que le había hecho a la bolsa de mi ropa vieja. Nate se había quedado con un 'hasta luego' colgando de los labios, y yo me había quedado con la sospecha de que, por mucho que afilara mi cabello y mi mirada, el pasado siempre encontraría una grieta por donde filtrarse.

Miré mi cuaderno sobre el escritorio y, por un segundo, deseé que Damián estuviera allí para decirme algo cínico que me obligara a ser fuerte de nuevo. Pero la habitación estaba en silencio, y el silencio, a veces, es la respuesta más difícil de procesar.

CAPÍTULO 22

Valerie

Por más que intentara dormir, no podía sacarme la mirada triste y vacía de Nate de la cabeza. Me daba pena, y me daba aún más rabia de que me diera pena.

Ahogué un sollozo en mi almohada, tratando de no despertar a mi compañera de cuarto. Las imágenes de nosotros juntos se empezaron a apilar una por una, sin ningún tipo de orden o contemplación. ¿Cómo había sido posible que la persona en la que más confiaba, la que más me cuidaba, me hubiera hecho tanto daño?

Escuchar su «porqué» hizo que me doliera aún más. Si simplemente hubiera sido un patán que jugó con mis sentimientos sería más fácil odiarlo, pero saber que era mi mejor amigo aterrado, con miedo de perderme tomando una decisión estúpida, me hacía sentir una empatía traicionera por él.

Aunque no creyera que la mereciera. Estaba dividida; una parte de mí lo entendía, lo extrañaba y quería perdonarlo, pero otra me recordaba que él no tuvo consideración, me mintió, me manipuló y me hizo creer que estaba loca porque no tuvo la valentía suficiente de ser honesto.

Cuando amaneció, sentí que apenas habían pasado minutos. Miré mi rostro en el espejo del baño; mis ojos estaban rojos e hinchados. Ardían.

—Qué cara… —dijo Louise viéndome salir del baño con su taza de café en la mano.

Yo viré los ojos y me dejé caer en la cama. Sentí cómo un pequeño tarrito golpeaba mi pierna.

—Créeme, tus ojeras lo van a agradecer.

Miré el tarrito con escepticismo. Era una crema.

—No lo necesito, gracias —dije devolviéndoselo con desgano.

—Valerie… llevamos casi dos meses viviendo juntas, odiarse entre mujeres está pasado de moda.

—No… Louise… —suspiré sintiéndome una idiota, pasándome las manos por la cara—. No es que te odie… Yo… supongo que no he sido muy amable.

—Tranquila. A veces la vida golpea demasiado duro. Sólo acepta las ayudas que te lanza —me volvió a ofrecer la crema, dejándola en mi mesa de luz—. No todo es una mierda.

Con eso salió de la habitación, dejándome con mi pesadez y una crema antiojeras.

Me quedé mirando el pequeño envase blanco en mi mano durante un largo minuto.

Louise tenía razón. Odiar al mundo requiera demasiada energía, y yo ya había gastado toda mi reserva en el pasillo de Humanidades ayer.

—Acepta las ayudas —susurré para mí misma, repitiendo sus palabras.

Me levanté y me di una ducha larga, dejando que el agua caliente intentara aflojar el nudo que seguía instalado en mi pecho. No funcionó del todo, pero al menos me quitó la sensación de suciedad emocional que me había dejado la conversación con Nate.

El resto del día pasó en una nebulosa gris. Fui a clases, tomé apuntes automáticos y caminé por el campus sin dirección alguna.

Terminé por inercia en la cafetería. Damián estaba allí, limpiando una mesa, yo pasé cerca para salir. Normalmente,

habría habido una mirada, un desafío, una ceja alzada. Esta vez, nada.

Ni siquiera me ignoró deliberadamente; simplemente actuó como si yo fuera parte del mobiliario. Había una pared invisible entre nosotros, un cambio de energía palpable. No sentí la extraña tregua de ayer, pero tampoco el desprecio que siempre me había profesado. Nada.

Seguro se sentía satisfecho, pensando que siempre tuvo razón, que no había cambiado en lo absoluto. Que había recibido a Nate con los brazos abiertos y que se había acabado el circo que él suponía que estaba recreando.

Que piense lo que quiera, me dije, apretando la correa de mi bolso. Su opinión no me importa.

Pero la indiferencia dolía más que el odio.

Al día siguiente, la resaca emocional seguía ahí, instalada en mis huesos, pero ahora venía acompañada de una irritación sorda.

Entré a la clase de Psicología y me fui directo a mi asiento habitual. Damián ya estaba ahí, por supuesto. No me saludó. No hizo ningún comentario sobre mi cara de cansancio. Simplemente siguió mirando al frente, girando un bolígrafo entre sus dedos con esa destreza nerviosa que tenía.

La profesora entró con su energía habitual y escribió una palabra en la pizarra:

REGRESIÓN.

—A menudo, cuando los seres humanos enfrentan situaciones de estrés extremo o trauma, tienden a retroceder —explicó, paseándose por el aula—. Buscan la seguridad de comportamientos antiguos, incluso si esos comportamientos son dañinos. ¿Alguien puede darme un ejemplo?

El silencio reinó en la clase por unos segundos.

—Volver a una relación que ya superaste —dijo una voz grave a mi lado.

Me quedé inmóvil. No me giré, pero sentí cómo cada músculo de mi espalda se tensaba.

Damián ni siquiera me estaba mirando. Tenía la vista fija en la profesora, pero sus palabras llevaban una carga específica, un veneno dirigido.

—Excelente ejemplo, Damián —dijo la profesora—. ¿Podrías elaborar?

Él se recostó en su silla, con esa arrogancia relajada que me sacaba de quicio.

—Es el miedo a lo desconocido. La gente dice que quiere cambiar, que quiere ser diferente, pero en cuanto las cosas se ponen difíciles... corren de vuelta a lo que conocen. A su zona de confort. —Hizo una pausa, y aunque no giró la cabeza, sentí el peso de su atención periférica sobre mí—. Es patético, en realidad. Prefieren la seguridad de una mentira conocida que el riesgo de una verdad nueva.

El comentario se clavó debajo de mi piel como una astilla infectada.

Sabía que hablaba de mí. Me estaba llamando cobarde. Me estaba llamando predecible. Estaba asumiendo que mi conversación con Nate había terminado en reconciliación y que yo había vuelto a mi «jaula».

Mi instinto fue saltar. Quería girarme y gritarle que no tenía ni idea, que yo había mandado a Nate al diablo, que estaba sola y rota precisamente por ser valiente. Quería soltarle una frase mordaz que le borrara esa suficiencia de la cara.

Pero no lo hice.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula y mantuve la vista fija en la pizarra. No le iba a dar el gusto. Si él quería creer que yo era una niña rica y débil que no sabe estar sola, que lo creyera. Reaccionar sería admitir que su opinión me importaba. Y no me importaba.

Lo detesté en silencio, observándolo por el rabillo del ojo, decidiendo que no le seguiría la corriente. Los dos podíamos jugar al juego de la indiferencia.

La clase terminó y salí de allí antes que nadie, con el comentario de Damián rebotando en mi cráneo: *Es patético, en*

realidad.

Llegué a la habitación hirviendo de una rabia fría. No era tristeza, era pura indignación. ¿Quién se creía él para juzgar mis decisiones? ¿Quién se creía para escribir mi historia?

Louise estaba probándose unas alas de hada frente al espejo cuando entré tirando la mochila sobre mi cama.

—*Wow*, alguien tuvo un mal día… otra vez —comentó ella, ajustándose una antena con purpurina.

—Solo es un idiota con complejo de superioridad —mascullé, quitándome las botas.

—Bueno, pues ignora al idiota. Hoy es viernes de Halloween. —Louise se giró hacia mí, sonriendo—. Hay una fiesta. Dicen que va a estar buena. Deberías venir. Te hará bien salir de esta cueva.

Me quedé quieta. ¿Sería la misma fiesta de la que Damián había hablado?

—¿Es de una fraternidad? —pregunté, tratando de no ser demasiado obvia. Louise negó con la cabeza.

—Un chico del campus… mm… ¿Brad? —mencionó su nombre para ver si yo lo conocía— quizás conozcas a su compañero de cuarto, estudia psicología. Tiene un nombre… ¿Daniel? Ay, no lo sé.

—Damián —respondí.

—Ajá. Mi amiga está obsesionada —viró los ojos con una sonrisita— la verdad es que si no tuviera novio quizás también me habría fijado en él.

—Qué asco —murmuré.

—¿Cómo?

—Que qué dato —dije. Louise me miró confundida, pero siguió aplicándose labial frente al espejo.

Esa era la fiesta a la que me invitó antes de verme con Nate, Damián estaría allí. Probablemente bebiendo su cerveza barata, observando a todos desde una esquina con superioridad, seguro de que yo estaba en casa llorando o cenando con Nate.

Realmente cree que me conoce. Pensé. *Pues está realmente equivocado.*

La sed de venganza se apoderó de mí.

Quería entrar en esa fiesta y romperle los esquemas. Quería que me viera y se tuviera que tragar sus palabras sobre la «zona de confort». Quería demostrarle que no tenía ni la más mínima idea de quién era Valerie.

Me levanté de la cama y caminé hacia mi armario.

—¿Sabes qué, Louise? —dije, y mi voz sonó peligrosamente tranquila—. Tienes razón. Voy a ir.

Louise aplaudió emocionada.

—¡Esa es la actitud! ¿De qué te vas a disfrazar? ¿Tengo que prestarte alas?

Sonreí.

—No necesito alas —respondí, sacando una camisa blanca de botones—. Voy a ser alguien que no le tiene miedo a una sobredosis de realidad.

Esta noche, Mia Wallace iba a salir a jugar.

CAPÍTULO 23

Damián

Odiaba el desperdicio. Era algo visceral, casi físico. Ver a un idiota vestido de plátano derramar medio vaso de cerveza en el suelo mientras se reía, o ver bandejas de comida intacta siendo usadas como proyectiles en una guerra de comida improvisada, me revolvía el estómago.

En mi casa, tirar comida era un pecado capital. Aquí, era entretenimiento de viernes por la noche.

Me apoyé contra la pared más lejana de la cocina, mi trinchera habitual, con una lata de refresco caliente en la mano que llevaba fingiendo beber desde hace media hora. Mi trabajo era simple: vigilar que nadie rompiera nada demasiado caro de mi compañero de cuarto, Brad, y asegurarme de que la policía no tuviera razones para entrar.

No deberías estar aquí, me recordó mi consciencia. Deberías estar estudiando para el parcial de Neuroanatomía.

Pero mis ojos, traicioneros, seguían escaneando la puerta de entrada.

Sabía que ella no vendría. Lo había dejado claro en la clase de hoy con mi comentario sobre la «regresión». Valerie estaba seguramente en algún restaurante caro, sosteniendo la mano de su novio rubio, celebrando que habían vuelto a su burbuja perfecta.

Yo tenía razón. Siempre tenía razón sobre este tipo de gente. Son predecibles.

Entonces, ¿por qué me molestaba tanto? ¿Por qué sentía este ardor en el pecho que se parecía sospechosamente a la decepción?

Porque odio a los hipócritas, me respondí. *Odio a la gente que juega a ser profunda y termina siendo superficial.*

En ese momento, la puerta se abrió y el ruido de la fiesta pareció bajar de volumen, o quizás fue solo que mi cerebro desconectó el audio para centrarse en el video.

Entró sola.

No llevaba el suéter rosa, ni el vestido de princesa, ni siquiera la ropa negra de «luto» de los últimos días.

Llevaba una camisa blanca de hombre, desabrochada lo suficiente para ser un problema y lo bastante cerrada para ser un misterio. Pantalones negros recortados. Y ese corte de pelo afilado que enmarcaba una cara pálida, labios rojos como una herida abierta y... ¿eso era sangre falsa en la nariz?

Mia Wallace.

La esposa del gánster. La mujer que baila con la muerte por aburrimiento. La chica del desastre inminente.

Sentí un golpe seco en las costillas. Se veía jodidamente espectacular. Y jodidamente peligrosa.

Valerie se quedó parada en el umbral, con esa postura de «mírame y sufre», escaneando la sala con una frialdad que helaba la sangre. Sus ojos oscuros barrieron la multitud de disfraces ridículos hasta que, inevitablemente, chocaron con los míos al otro lado de la habitación.

Esperé que desviara la mirada. Esperé que se sintiera incómoda.

No lo hizo.

Me sostuvo la mirada, arqueando una ceja pintada con precisión, y luego, con una lentitud deliberada, sonrió. No fue una sonrisa amable. Fue una declaración de guerra.

¿Sorprendido?, pareció decirme sin mover los labios.

Luego, rompió el contacto visual como si yo no importara y se lanzó a la multitud.

Me quedé clavado en mi sitio, sintiendo cómo la irritación y la curiosidad peleaban a muerte en mi cerebro.

La observé durante la siguiente hora. No podía dejar de hacerlo. Era como ver un accidente de tráfico en cámara lenta. Valerie Dalton, la chica que analizaba micro expresiones en el parque, se había transformado en el alma de la fiesta.

La vi bailar con un tipo disfrazado de Drácula. La vi reírse —una risa fuerte, performativa— con un grupo de chicas vestidas de animadoras. La vi aceptar tragos, brindar al aire y moverse con una soltura que gritaba «estoy fuera de mi zona de confort, ¿lo ves?».

—Se está esforzando demasiado —murmuré, apretando una lata de aluminio hasta abollarla.

Quería que me importara una mierda. Quería darme la media vuelta, irme a mi habitación y dejar que la «princesa» jugara a ser la chica mala. Pero mis pies estaban clavados al suelo y mis ojos seguían rastreando su camisa blanca entre la marea de gente.

Ella sabía que la miraba. De vez en cuando, me lanzaba una mirada fugaz, cargada de veneno, antes de volver a sonreírle a algún idiota que intentaba impresionarla.

Estás jugando con fuego, Valeria.

Y entonces, el fuego quemó.

Ella estaba cerca de la barra improvisada. Un tipo —alto, disfrazado de gladiador, con demasiados músculos y claramente demasiadas copas encima— la tenía acorralada contra la mesa.

Al principio parecía un coqueteo normal. Valerie se reía, inclinaba la cabeza. Estaba en control. O eso creía ella.

Pero luego vi cómo el lenguaje corporal del tipo cambiaba. Se inclinó demasiado. Invadió su espacio. Puso una mano en la cintura de ella, no con suavidad, sino con posesión.

Vi a Valerie tensarse. Vi cómo su sonrisa flaqueaba. Le dijo algo, probablemente un «no» educado, e intentó

apartarse.

El gladiador no se movió. Al contrario, se acercó más, bloqueándole el paso con el brazo, susurrándole algo al oído que hizo que ella retrocediera, chocando con la mesa.

Mi radar de peligro, ese que desarrollé en calles mucho más peligrosas que esta sala de estar con alfombra, se disparó al máximo.

Valerie puso una mano en el pecho del tipo y lo empujó. No fue un empujón fuerte, pero fue firme. Un límite claro.

El tipo se rio y le agarró la muñeca.

Eso fue todo.

No lo pensé. No analicé las consecuencias. Simplemente me moví.

Crucé la sala esquivando cuerpos sudorosos con la precisión de un fantasma. No iba a golpearlo. Golpear a un idiota borracho en una fiesta era la forma más rápida de perder mi beca y terminar con una denuncia. Yo no peleaba con los puños a menos que fuera de vida o muerte; yo peleaba con la mente.

Llegué hasta ellos justo cuando el tipo tiraba de ella hacia él.

Me deslicé por detrás de Valerie, invadiendo su espacio personal, pero sin tocarla de forma agresiva. Pasé mi brazo por encima de sus hombros, creando una barrera de carne y hueso entre ella y el gladiador, y la pegué contra mi costado con firmeza.

Sentí cómo se ponía rígida bajo mi toque, sorprendida, lista para atacarme a mí también.

—Hola, *amor* —dije, con una voz suave, casi aburrida, pero lo suficientemente alta para que el tipo me escuchara—. Te estuve buscando toda la noche.

El gladiador parpadeó, confundido por mi aparición repentina. Me miró, evaluando la amenaza. Yo no le devolví una mirada agresiva; le di una mirada tranquila, plana, la mirada de alguien que está aburrido de la situación y que no tiene tiempo para estupideces.

—¿Quién eres tú? —balbuceó el tipo, soltando la muñeca de Valerie.

No respondí. Apreté el hombro de Valerie, indicándole que se moviera.

—Vamos, cariño. Brad está preguntando por ti.

Ella, para mi sorpresa (y alivio), no protestó. Entendió la jugada. Se dejó guiar, apoyando su peso contra mí mientras nos alejábamos del idiota y nos dirigíamos hacia la puerta corrediza que daba al patio trasero.

Caminamos juntos, mi brazo sobre sus hombros como un escudo pesado, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la tela fina de su camisa. Olía a perfume caro, a alcohol y a esa energía eléctrica que siempre la rodeaba.

En cuanto cruzamos el umbral y el aire frío de la noche nos golpeó, la magia se rompió.

Valerie se sacudió mi brazo de encima como si quemara y dio dos pasos rápidos para alejarse de mí. Se giró, con el pelo revuelto y los ojos echando chispas.

—¡No necesitaba que me salvaras! —espetó, respirando agitada—. Lo tenía controlado.

Me apoyé contra la pared de ladrillo, encendiendo un cigarrillo con manos que —me molestó notar— temblaban ligeramente por la adrenalina contenida.

—Sí, se veía muy controlado —dije con sarcasmo, exhalando el humo hacia el cielo—. Especialmente la parte en la que él te agarraba como si fueras su propiedad.

—¡Estaba a punto de darle un rodillazo en la entrepierna! —gritó ella, aunque bajó la voz cuando vio que un par de personas nos miraban desde el jardín.

—Y luego él te habría empujado, tú habrías caído sobre la mesa de cristal, se habría roto, habrían llamado a la policía y adiós fiesta —respondí calmado—. De nada, por cierto.

Ella apretó los puños a los costados. Se veía furiosa, despeinada y, desgraciadamente, increíblemente viva.

—Eres insoportable, Vargas. —Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio con esa valentía estúpida que tenía—.

¿Qué pasó con ignorarnos? ¿Qué pasó con que soy «patética»?

—Lo eres —admití, mirándola a los ojos—. Eres patética intentando demostrarle al mundo que eres mala. Pero prefiero verte siendo patética que verte en problemas con un idiota de fraternidad que no entiende un «no».

Valerie se quedó callada un segundo, procesando mis palabras. La línea de sangre falsa en su nariz la hacía ver como si acabara de salir de una pelea real.

—No lo hice para demostrarle nada al mundo —dijo ella, con voz más baja y peligrosa—. Lo hice para demostrártelo a ti.

Me reí. Una risa corta y seca.

—¿A mí? —Di una calada al cigarro y me acerqué un paso, rompiendo la distancia de seguridad.

La brasa de mi cigarrillo era lo único que brillaba entre nosotros, marcando la distancia de apenas unos centímetros que nos separaba. Valerie no se movió; no retrocedió ante mi cercanía ni bajó la mirada. Al contrario, se inclinó más, desafiándome a dar el siguiente paso. Había venido a demostrarme que no le tenía miedo a la realidad, pero mientras la sangre falsa manchaba el blanco de su camisa, me di cuenta de que el verdadero peligro no era el idiota del disfraz de gladiador. El verdadero peligro era ella, y el hecho de que yo estaba empezando a disfrutar de las quemaduras.

—Felicidades, Mia Wallace. Tienes toda mi atención. ¿Ahora qué vas a hacer con ella?

CAPÍTULO 24

Valerie

Felicidades, Mia Wallace. Tienes toda mi atención. ¿Ahora qué vas a hacer con ella? Abrí la boca para darle una respuesta mordaz, algo digno de la mujer fatal que fingía ser. Pero en lugar de palabras, lo que subió por mi garganta fue una náusea violenta y ácida.

El mundo dio un vuelco. El alcohol, la falta de comida y la adrenalina se mezclaron en una bomba de tiempo que decidió explotar en el peor momento posible.

—Vomitar —logré articular, antes de que el instinto me ganara.

Damián abrió los ojos con sorpresa, pero no fue lo suficientemente rápido.

Yo había logrado voltear la cara hacia un lado, intentando salvar un poco de dignidad, pero debido a nuestra cercanía, el desastre fue inevitable. Damián miró sus zapatos, asqueado. Vi cómo el líquido manchaba sus botas gastadas y el bajo de sus jeans.

Vi cómo intentó decir algo, seguramente una protesta o un insulto merecido. Pero su expresión de asco se transformó en puro pánico cuando mis rodillas cedieron. Sentí mis piernas desvanecerse, volviéndose de gelatina, y el suelo acercarse peligrosamente a mi cara.

Pero nunca toqué el cemento. Unos brazos fuertes me sostuvieron antes del impacto, y luego todo se fue a negro.

Lo siguiente que vi fue un techo desconocido.

Parpadeé, confundida. Estaba en una habitación pequeña, con dos camas. Yo estaba acostada en una de ellas, tapada con una manta gris que olía a jabón barato. Se parecía a la configuración de mi habitación, pero definitivamente no lo era. El lado opuesto era un caos de posters y tecnología cara; el lado en el que yo estaba era austeridad absoluta.

—Valerie, por Dios, estás viva.

Me giré hacia la voz. Damián estaba sentado en una silla giratoria, inclinándose hacia mí con los codos en las rodillas. Su cara estaba lavada, pero seguía pálido.

Me tomó un segundo procesarlo. Era la segunda vez que escuchaba mi nombre pronunciado correctamente salir de su boca. No «Valeria» con desdén. Valerie.

—Las personas pecosas no son de fiar —murmuré, mi lengua sintiéndose pesada y mi mente desorientada, conectando sus pecas con un recuerdo lejano.

Damián frunció el ceño, confundido.

—¿Cómo? Valerie, ¿cuántos dedos ves? —levantó dos dedos frente a mi cara.

—Por Dios, Damián, déjame en paz —gemí, cubriéndome los ojos con el antebrazo—. Todo da vueltas, no puedo contar.

Escuché un suspiro de alivio, seguido de una risa corta.

—Bien. Ahí está. Supongo que si tienes energía para putearme no estás tan mal.

Se levantó y escuché el sonido de agua vertiéndose.

—Toma —dijo, regresando con un vaso de plástico.

Sentí cómo me bordeaba con su brazo para ayudarme a sentarme. Su contacto era firme, pero sorprendentemente cuidadoso, como si temiera que me rompiera. Con una mano temblorosa tomé el vaso y le di un sorbo. El agua fría fue una bendición.

Entonces, el recuerdo del vómito me golpeó como un ladrillo. Mis ojos se abrieron de golpe y miré hacia sus pies. Se

había cambiado los zapatos y el pantalón.

Cerré los ojos, avergonzada, deseando que la tierra me tragara ahí mismo. Mia Wallace no vomitaba en los zapatos del chico que odiaba.

—¿Estás bien? —preguntó. Su voz había perdido el filo sarcástico; sonaba suave, casi cálida.

Asentí, recobrando poco a poco la razón, aunque mis mejillas ardían.

—Creo que… no comí bien —admití en voz baja.

—Yo creo que no soportas el alcohol —respondió él, sentándose en el borde de la cama, a una distancia prudente.

La habitación estaba iluminada solo por una lámpara de lectura en su mesita de noche, creando una atmósfera íntima, dorada. Todo olía a él. A madera, a humo, a esa colonia que intentaba ignorar en clase.

Recordé su cercanía en el patio. *«Tienes toda mi atención».*

Mi corazón se aceleró, y no por la resaca. Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente. La tensión volvió, pero esta vez no era de guerra. Era de... curiosidad. Él me miraba sin su escudo de cinismo, analizándome como si fuera un acertijo que acababa de cambiar de forma.

Cuando iba a comenzar a decir algo, quizás una disculpa, la puerta de la habitación se abrió de golpe.

—¡Brad, eres un animal! —chilló una voz femenina entre risas.

Brad, el compañero de cuarto, entró tropezando mientras besaba apasionadamente a una chica disfrazada de gata.

Al vernos —yo en la cama de Damián, despeinada y pálida; Damián sentado al borde mirándonos mutuamente—, Brad se detuvo en seco y puso los ojos como platos.

—Mierda, Damián, lo siento —se pasó la mano por la cabeza, visiblemente incómodo—. La próxima cierra con llave, amigo.

—¡No! —dijimos Damián y yo al unísono, saltando (o intentándolo en mi caso) a la defensiva.

—Mierda... Bueno, supongo que todos tienen gustos particulares, yo solo... —Brad miró mi maquillaje corrido y la línea de sangre falsa e hizo una mueca—. No juzgo.

Me quedé muda, sintiendo cómo mi cara pasaba del pálido al rojo tomate en un segundo.

—No, Brad, no es de esa forma —interrumpió Damián, poniéndose de pie y lanzándole una mirada fulminante a su compañero.

—No… —dije, incómoda, deslizando las piernas fuera de la cama—. Ya nos íbamos, ¿cierto?

Me puse de pie, pero el mundo se inclinó hacia la izquierda. Me tambaleé. Damián estuvo ahí en un reflejo, agarrándome del brazo para estabilizarme. Su mano era cálida sobre mi piel fría. Pero apenas recuperé el equilibrio, él retiró su mano rápidamente, como si mi piel quemara.

—Todo tuyo —le dijo Damián a Brad, dándole unas palmaditas secas en el hombro mientras me guiaba hacia la salida. La chica gato nos sonrió apenada.

Damián cerró la puerta detrás de nosotros, dejándonos en el pasillo, donde la música de la fiesta se escuchaba amortiguada.

—Gracias —dije, mirando al suelo—. Por... todo. Creo que es mejor que me vaya.

Di un paso hacia la escalera.

—No puedes —respondió él. Su voz grave resonó en el pasillo vacío.

Lo miré confundida.

—¿Qué?

—Tienes que comer algo, Valeria —dijo, cruzándose de brazos. Su tono era serio, casi severo—. No puedo dejarte ir así. Si algo te pasa...

—Ya —respondí, rodando los ojos—. Eres un dramático. Estoy bien.

Él soltó una risa incrédula.

—Vomitaste en mis botas favoritas y te desmayaste en mis brazos. Eso no es «estar bien». —Dio un paso hacia mí, y

su expresión se oscureció un poco—. No me digas que tampoco comes. Que eres de esas que piensan que la comida es opcional.

Lo fulminé con la mirada. Sabía por dónde iba. Otra vez juzgándome.

—Ya, ya, tranquila —dijo él, levantando las manos en señal de paz, aunque había una sonrisa tirando de la comisura de sus labios—. No quiero que te comas una vaca para demostrarme lo contrario. Solo... una hamburguesa. O algo que absorba ese veneno barato que tomaste.

Sin poder evitarlo, una risa irónica escapó de mis labios. Era absurdo. Estábamos discutiendo sobre mi dieta en un pasillo a las dos de la mañana.

—Nos vemos, Vargas —agregué, negando con la cabeza y dándome la vuelta para irme. No iba a comer con él. Eso sería... una cita. Y esto no era una cita.

—Valeria —dijo él.

Sentí su mano rodear mi muñeca, deteniéndome. No fue un agarre fuerte, fue... una petición.

Me giré. Me miraba con una intensidad que me hacía querer correr y quedarme al mismo tiempo.

—Al menos déjame acompañarte a tu habitación —dijo. No sonó como una orden esta vez. Sonó como si realmente lo necesitara para estar tranquilo.

Miré su mano en mi muñeca, luego sus ojos cafés con esas motas doradas bajo la luz fluorescente del pasillo.

Vacilé unos segundos. Mi orgullo me decía que me soltara. Mi sentido común me decía que aceptara.

—Está bien —suspiré—. Pero si te burlas de mi vómito una vez más, te vomito el otro par de zapatos.

Damián viró los ojos.

—Trato hecho.

Caminamos por el pasillo en silencio, y por primera vez, el peso de su presencia no se sentía como una amenaza.

Sus zapatos nuevos golpeaban el suelo con un ritmo constante que, extrañamente, me ayudaba a mantener el

equilibrio mejor que cualquier baranda. Mientras bajábamos las escaleras, me di cuenta de que él estaba proyectando algo, una amabilidad que no encajaba con su discurso de chico rudo. Tal vez Louise tenía razón y la vida me estaba lanzando una ayuda; solo esperaba que, al aceptarla, no estuviera abriendo una puerta que luego no supiera cómo cerrar.

CAPÍTULO 25

Parte I — Damián

El trayecto hacia el dormitorio de Valerie era de unos quince minutos. Al salir del edificio, el aire frío de la noche nos golpeó como un sorbo de realidad.

La miré de reojo. Caminaba a mi lado con la estabilidad de un cervatillo recién nacido, luchando por mantener la línea recta. Bajé la vista a mis propias botas; me las había cambiado, sí, pero la sensación del desastre seguía ahí.

Dios, pensé. *Mírate, Damián. Esto es realmente patético.*

Fruncí el ceño, irritado conmigo mismo. En ese momento, Valerie dio un mal paso y casi se dobla el tobillo. Logró estabilizarse ella misma soltando una risita nerviosa por su propia torpeza, pero por alguna razón, ese sonido me puso los nervios de punta.

—¿Puedes fijarte por dónde vas? —espeté. El aire, que hasta ahora había sido ligero, se tornó denso de golpe.

—Nunca dejas de ser un imbécil, ¿verdad? —preguntó ella, pero su voz no sonaba realmente molesta. Estaba suave, nublada por el remanente del alcohol y... ¿era eso gratitud?

La voz en mi cabeza se encendió como una alarma.

Imbécil, eso es lo que eres, Vargas. Dijimos nada de fiestas, nada de niñas ricas jugando a ser malas, y mírate. Aquí estás, escoltándola como un perrito faldero. Vaya orgullo.

Aceleré el paso, tratando de dejar esos pensamientos atrás, o al menos, de caminar más rápido que mi propia conciencia.

No podía dejarla venir sola. Estoy haciendo lo correcto, intenté negociar. *Sigue diciéndote eso y verás cómo terminas siendo simplemente el guardaespaldas de una niña mimada que no sabe cuidarse sola.*

Mi corazón se aceleró tan solo de pensarlo. Ya había gastado demasiado tiempo y energía en Valerie Dalton. Al principio fue divertido, un juego intelectual, pero esto... esto se sentía peligroso. Ya era hora de reenfocarme. No podía dejar que sus dramas púrpuras me arrastraran con ella al fondo.

—Aquí estamos —dije, cuando llegamos frente a su edificio. Mi voz salió seca, desinteresada. Debía marcar un límite. Una línea en la arena que le recordara a ella —y sobre todo a mí mismo— que no pensaba jugar este papel.

Valerie se detuvo y me miró. Sus ojos azules tenían un brillo diferente bajo la luz de las farolas; uno que no veía hace mucho. Era casi como ver a la princesita antes de las espinas. Vaciló antes de hablar, evitando mi mirada por un segundo, hasta que finalmente lo soltó.

—Gracias por acompañarme —dijo suavemente, mirando al suelo y luego hacia un costado.

Era el momento. Tenía que romper esto antes de que se solidificara.

—No te acostumbres —dije.

Ella frunció el ceño, confundida por mi tono.

—Tú fuiste el que insistió, Damián. Yo no te obligué a nada —respondió, poniéndose a la defensiva.

—Es lo que cualquier ser humano decente haría, Valeria —di un paso atrás, poniendo distancia física—. Solo no esperes que me comporte como tu guardaespaldas personal. No soy Nate.

Pude ver el momento exacto en el que el brillo de sus ojos se apagó. Fue como apagar una vela con los dedos. Su expresión cambió de gratitud a algo gélido, devolviéndome una

mirada escalofriante. Me miró de arriba abajo con desprecio absoluto.

—Claramente, no lo eres —dijo, dando un paso hacia mí, invadiendo peligrosamente mi espacio personal—. Nunca podría formar un vínculo de ese estilo con alguien como tú.

—Tienes razón, Valeria —respondí sin alejarme, sosteniendo el duelo—. En eso coincidimos. Sería imposible para mí conectar con alguien que no tiene ni idea de quién es.

Comencé a caminar, sintiendo cómo mi hombro rozaba el de ella a propósito. El contacto no fue suave; fue una colisión eléctrica, fría y cortante.

—¡Al menos yo tengo la oportunidad de descubrirlo! —me gritó a la espalda, haciendo que me detuviera en seco—. ¡De ti ya sé todo lo que necesito saber! Y no es demasiado.

Estaba listo para continuar caminando, para ignorarla, pero ella lanzó el último dardo.

—Acéptalo, Damián. Tú también eres un cliché. Y seguramente es todo lo que serás en tu vida.

Me volteé, listo para el combate, con la réplica ardiendo en la punta de la lengua. Pero lo único que encontré fue la puerta del edificio cerrándose en mi cara.

Me quedé allí, solo en la acera, con las orejas calientes y los puños apretados, sintiendo una impotencia infinita. Valerie jamás podría comprender quién soy. Y aunque antes estaba seguro de que eso era lo mejor, ahora, por alguna estúpida razón, dolía.

Parte II — Valerie

Al salir de su dormitorio me dejé abrazar por la noche. Me sentía extrañamente ligera, casi optimista. A pesar del

vómito y la vergüenza, sentí seguridad, que era lo más cercano a la felicidad de lo que había estado en mucho tiempo.

Caminábamos uno al lado del otro, perdidos en nuestros pensamientos. El silencio nunca me incomodó; siempre creí que había una especie de intimidad en compartir un espacio sin necesidad de llenarlo con ruido.

Miré a Damián de reojo. Iba con el ceño fruncido, mirando al frente. Esta vez, su intensidad me parecía casi graciosa en lugar de irritante. Me distraje mirándole el perfil y no calculé bien mi siguiente paso. Casi me doblo el tobillo, pero logré estabilizarme rápidamente. Una risa escapó de mis labios.

Hacía tiempo que no me permitía simplemente ser, reír por una torpeza, sin calcular cada movimiento.

—¿Puedes fijarte por dónde vas?

La voz de Damián sonó dura, exasperada. Como un latigazo. La noche ligera empezó a sentirse más sombría de golpe. Sin embargo, una parte de mí seguía en esa extraña nube rosa, negándose a bajar.

—Nunca dejas de ser un imbécil, ¿verdad? —dije, intentando devolverle el mismo tono de broma, pero sin éxito. Él no estaba bromeando.

Estábamos por llegar a mi habitación y vi cómo empezaba a acelerar el paso, como si quisiera deshacerse de mí. *Qué extraño eres, Damián Vargas*, pensé. No tenía idea de por qué estaba actuando así.

Llegamos frente a mi puerta. Me detuve y lo miré; sus ojos cafés, que hace un momento en su habitación me habían sostenido con una suavidad inédita, ahora eran dos muros impenetrables.

—Gracias por acompañarme —dije, bajando la vista, sintiendo un calor tímido en el pecho.

—No te acostumbres —soltó.

Su voz no fue solo seca; fue un corte limpio.

Fruncí el ceño, la nube rosa empezando a deshilacharse por los bordes.

—Tú fuiste el que insistió, Damián. Yo no te obligué a nada.

—Es lo que cualquier ser humano decente haría, Valeria —respondió él, dando un paso atrás como si mi cercanía le diera asco—. Solo no esperes que me comporte como tu guardaespaldas. No soy Nate.

El nombre golpeó mi pecho como un proyectil físico.

En un segundo, la calidez del agua fría que me había dado y la seguridad de su mano en mi brazo se transformaron en una burla grotesca. Él sabía. Él sabía lo que ese nombre significaba. Y estaba usando mi mayor herida para recordarme mi lugar.

Lo miré de arriba abajo con un desprecio que me nació desde las entrañas, sepultando cualquier rastro de gratitud.

—Claramente, no lo eres —respondí, dando un paso hacia él, desafiándolo—. Nunca podría formar un vínculo de ese estilo con alguien como tú.

Damián no retrocedió. Al contrario, se mantuvo firme, su presencia invadiendo mi aire de una forma que ahora se sentía hostil.

—Tienes razón, Valeria. En eso coincidimos. Sería imposible para mí conectar con alguien que no tiene idea de quién es.

Sentí el roce de su hombro al pasar junto a mí para irse. Fue una fricción eléctrica y gélida que me erizó la piel. Él ya se estaba alejando, dándome la espalda, acostumbrado a tener la última palabra la mayoría del tiempo.

—¡Al menos yo tengo la oportunidad de descubrirlo! —le grité a su espalda, haciendo que se detuviera en seco—. ¡De ti ya sé todo lo que necesito saber! Y no es demasiado. —Tomé aire y disparé a matar—: ¡Acéptalo, Damián, tú también eres un cliché y seguramente es todo lo que serás en la vida!

No esperé a ver su reacción. Entré al edificio y cerré la puerta con un estruendo que pareció sacudir los cimientos del vestíbulo, dejando el eco de mis palabras —y las suyas— flotando en el aire nocturno.

Subí a mi habitación con los pulmones ardiéndome como si hubiera corrido un maratón en lugar de haber caminado quince minutos.

El silencio de la habitación me golpeó al entrar. Era un silencio denso, cargado del olor a crema antiojeras y laca para el cabello. Me miré las manos; estaban temblando, pero no de frío, sino de una rabia líquida que se me estaba filtrando por las costuras.

—Imbécil —susurré al aire vacío.

Caminé hacia el espejo del tocador. La luz fluorescente era despiadada. Mia Wallace me devolvía la mirada con la sangre falsa seca bajo la nariz y el labial rojo corrido en una comisura. Me veía exactamente como Damián me había descrito: como un berrinche con patas. Un desastre.

Tomé un algodón y me froté la cara con una violencia innecesaria. El rojo se extendió por mis mejillas como una herida real.

¿Quién era yo?

Nate quería a su «persona segura», a la Valerie que lo escuchaba y lo sostenía mientras él la manipulaba por cobardía. Damián quería a su «sujeto de estudio», a la niña rica y predecible a la que podía psicoanalizar para sentirse superior desde su trinchera de resentimiento.

—No eres nada —repetí las palabras que le había gritado una vez a Damián en mi jardín. Pero esta vez no sonaron como un insulto hacia él, sino como un diagnóstico para mí.

Me quité la chaqueta de cuero de Sophie y la tiré al suelo. Me quité la camisa blanca. Me quedé allí, en ropa interior, frente a un espejo que no me daba respuestas. La tristeza empezando a sustituir a la rabia. Mi pelo corto y afilado ya no se sentía como una liberación, sino como otra marca de guerra. Cada centímetro de mi cuerpo parecía estar definido por la reacción hacia un hombre.

El teléfono vibró sobre la mesa de luz, rompiendo el silencio. La pantalla se iluminó.

Nate: *Hola Val. Espero no molestar… sólo quería desearte buenas noches. Te extraño.*

Sentí una náusea nueva, diferente a la del alcohol. Era una mezcla de poder y asco.

Podía llamarlo. Podía dejar que me consolara, que me dijera que todo iba a estar bien y volver a la jaula de algodón donde todo era seguro y predecible. Damián tenía razón; sería tan fácil regresar.

O podía elegir el incendio. Dejar que la realidad me quemara la garganta hasta que no quedara rastro de la niña buena que solía ser.

Fui al cajón de Louise y saqué la botella de tequila que ella guardaba para las «emergencias». No busqué un vaso. No busqué limón ni sal. No busqué anestesia.

Si Damián quería ver un cliché de autodestrucción, le daría la función completa. Y si Nate quería ver a su dulce mejor amiga, tendría que buscarla entre los escombros.

Bebí un trago largo, directo de la botella, sintiendo el fuego bajar por mi garganta, borrando el olor a madera y humo que Damián había dejado impregnado en mis sentidos.

Mañana me dolería el alma, pero esta noche, la farsa iba a quemar el escenario hasta los cimientos.

CAPÍTULO 26

Sophie

Ver cómo a tu amiga le rompen el corazón es doloroso. Quisieras poder cargar un poco de ese dolor para que no le pese tanto, y de paso, golpearle la cara al idiota que lo causó.

Pero hay un dolor diferente, uno más impotente y silencioso: ver cómo la persona que conocías se va desdibujando mientras intenta sobrevivir a su herida.

Había sido paciente. Tenía la esperanza de que, poco a poco, Valerie encontrara el camino de regreso a sí misma. No había más que pudiera hacer que acompañarla en su proceso, aunque eso significara dejar mis propias necesidades en pausa y tragarme mi frustración.

Durante semanas, mi único trabajo había sido estar allí. Escucharla despotricar contra Nathan, contra el amor, y contra su propia ingenuidad. Había visto nacer a esta «nueva Valerie», la del cabello cortante y la visión cínica del mundo.

Sabía que estaba de luto. Entendía que una parte de ella debía morir para sobrevivir al colapso de su identidad, que se había apoyado demasiado en el papel de «la mejor amiga de Nate».

Pero entenderlo no hacía que dejara de doler. Yo también necesitaba a mi mejor amiga, y a veces sentía que la había perdido a ella también.

Por eso, cuando empezó la universidad y me contó sobre sus roces con Damián, sentí una chispa de esperanza perversa. Quizás esa era la fricción que Valerie necesitaba para olvidarse de Nate y de esa idea necia de matar su antiguo yo. Nada mejor que un viejo enemigo para recordarte quién eres en realidad.

Sentía que poco a poco salía de su caparazón, así que, armada de optimismo, decidí caerle de sorpresa en la universidad ese sábado. Llevaba café, *bagels* y provisiones para la resaca, asumiendo que habrían salido la noche anterior.

Lo que nunca imaginé fue encontrar su cama vacía y a su compañera de cuarto mirándome con una mezcla de diversión y lástima.

—No sabes —dijo la rubia, Louise, mientras se pintaba las uñas—. Llegué de una fiesta y la encontré desmayada en el suelo, en ropa interior.

Mi corazón se desplomó hasta mi estómago.

—¡Se bajó una botella de tequila ella sola! —Louise señaló la botella vacía en el escritorio con una risita incrédula—. ¡Mi botella de emergencia! Sí que es una salvaje tu amiga.

La miré, sintiendo una oleada de irritación. Lo que para ella era una anécdota divertida de fin de semana, para mí era una bandera roja gigante ondeando en medio de un huracán.

—¿Sabes dónde está? —pregunté impaciente.

—Llamé a emergencias del campus porque no despertaba —dijo la rubia—. Dijeron que tenía pulso, pero estaba muy deshidratada, así que se la llevaron al Centro Médico de la Universidad para ponerle una vía. Menos mal, porque no quería que vomitara en la alfombra.

Salí a buscarla lo más rápido que pude. La encontré en una cama al fondo. Estaba pálida, ojerosa, con rastros de rímel y sangre falsa mal limpiada bajo la nariz. En su brazo, una vía intravenosa le pasaba suero gota a gota. Se veía pequeña. Rota.

Al verme, sus ojos se llenaron de lágrimas instantáneas. Sentí una pena inmensa, pero inmediatamente después, sentí

rabia.

—Val… —dije acercándome. Mi tono no salió dulce; salió cargado de una decepción que no pude ocultar.

—¿Qué haces aquí? —respondió ella, tratando de contener el llanto y fallando.

—Bueno… te aseguro que este no era mi plan de sábado por la mañana —contesté, cruzándome de brazos al pie de la cama.

—Tampoco el mío.

—¿Quieres explicarme cómo sucedió esto?

Ella negó con la cabeza y miró hacia la ventana.

Mi frustración, contenida durante meses de ser la amiga comprensiva, empezó a desbordarse.

—Valerie… —comencé, pero ella me cortó.

—Sophie, por favor —espetó, con esa nueva dureza que usaba como escudo—. No necesito un maldito sermón ahora.

Respiré profundo, sintiendo cómo sus palabras se clavaban en mi pecho.

—Créeme, Valerie, lo que menos necesito yo es convertirme en la madre de mi mejor amiga —respondí secamente—. Solo dime si esto es parte de tu nueva personalidad. Si el coma etílico es el nuevo «corte *Bob*».

—Es que no lo entiendes… —empezó, la voz temblándole.

—No, Val. Sí que lo entiendo, ¿ok? —la interrumpí, dando un paso hacia la camilla—. Siempre lo he hecho. He entendido tu dolor, tu rabia, tu luto. Pero nada justifica que te pongas en peligro físico de esta manera. Y mucho menos justifica que me trates como basura cuando todo lo que he hecho es sostenerte mientras te caes.

Valerie apartó la mirada, avergonzada, incapaz de sostenerme el juicio.

—Discúlpame si no quiero quedarme a mirar y aplaudir cómo mi mejor amiga se destruye a sí misma en un intento patético de escapar de sus emociones.

El silencio que siguió fue pesado. Incapaz de sostener la conversación sin romper en llanto yo misma, di media vuelta y

salí de la enfermería.

Caminé por el campus sin rumbo fijo, tratando de drenar la adrenalina y la tristeza. El aire frío de otoño me golpeaba la cara, pero no lograba enfriar mi cabeza.

Fue entonces cuando vi una cara familiar caminando en dirección contraria.

—Damián —dije. Mi voz sonó más sombría de lo que pretendía.

Él se detuvo, sorprendido. Llevaba una sudadera gris y parecía cansado.

—Hola, Sophie —respondió con una mirada esquiva que no supe leer.

Valerie y él habían sido enemigos desde antes de que yo llegara a sus vidas. Nunca supe el origen exacto de su guerra, pero en lo que a mí respectaba, nunca tuve motivos personales para odiarlo; mi distancia era simplemente un acto de lealtad tácita hacia mi amiga.

Estábamos por seguir cada uno su camino —un saludo incómodo era suficiente— cuando un grupo de chicos pasó cerca y uno le gritó:

—¡Buena fiesta, becado!

Damián apretó la mandíbula, ignorándolos, pero el comentario encendió una bombilla en mi cabeza. Él había estado en la fiesta. Él sabía.

—Damián, espera —dije antes de que pudiera alejarse.

Él se detuvo y soltó un suspiro impaciente antes de girarse para encararme.

—¿Sabes qué le pasó a Valerie anoche? —pregunté directa.

Sus hombros se tensaron visiblemente. Su mirada se endureció, pasando de la indiferencia a algo más defensivo.

—¿De qué? —frunció el ceño, claramente incómodo—. Lo mismo de siempre, Sophie. Cree que engaña a las personas con su actitud de «chica oscura» y mala, pero solo es la misma niña mimada de siempre haciendo berrinche.

La sangre me hirvió. No por mí, sino por la injusticia de su tono. Hablaba de ella como si fuera un capricho, no una persona sufriendo.

—Oye, Damián… —di un paso hacia él, obligándolo a mirarme—. Crees que eres un chico muy rudo y profundo por la vida que te tocó, ¿no?

Él entrecerró los ojos.

—No quiero desestimar tu dolor —continué, mi voz firme —, pero el hecho de que te haya tocado difícil no te da el derecho de subestimar el sufrimiento de los demás. Eso no te hace superior, Damián. Te hace un patán.

Sus ojos me escanearon de arriba abajo, sorprendido.

—No hace falta estudiar psicología para comprender que tu propia realidad te ha dejado ciego ante las que no se parecen a la tuya—le solté, manteniendo el contacto visual—. Haces exactamente lo mismo que le criticas a estos niños mimados.

El golpe aterrizó. Lo vi en la forma en que desvió la mirada por una fracción de segundo.

—Nadie ha muerto de un corazón roto, Sophie — respondió él. Su voz fue seca, pero noté que había perdido un poco de su filo habitual.

Solté una risa incrédula.

—¿Realmente estás prestando atención a tus clases? —lo miré a los ojos—. Te falta profundidad para alguien que presume ser tan complicado. Esto no se trata solo de un corazón roto. Se trata de perder quién eres. Y pensé que tú, de entre todas las personas, sabrías algo sobre la pérdida.

Damián se quedó callado y yo tampoco esperé su respuesta. Continué caminando, dejándolo allí plantado con mis palabras. No tenía por qué darle explicaciones que él no se había molestado en buscar. Tampoco era mi lugar salvarlo a él de su propia ignorancia. Ya tenía suficiente intentando salvar a Valerie.

Caminé hacia la salida del campus, sintiendo el frío de octubre colarse por mi chaqueta. Había dejado a Valerie

llorando en una camilla y a Damián cuestionando su propia superioridad moral.

No me sentía como una heroína; me sentía como alguien que acababa de romper los últimos restos de una farsa que ya no nos servía a ninguno. Porque a veces, querer a alguien no significa sostenerle la mano mientras salta al abismo, sino ser la persona que tiene el valor de decirle que el fondo está más cerca de lo que cree.

CAPÍTULO 27

Damián

Me quedé parado en medio de la acera mucho tiempo después de que Sophie desapareciera tras la esquina del edificio de Ciencias.

Haces exactamente lo mismo que le criticas a estos niños mimados.

La frase se repetía en mi cabeza con el ritmo molesto de una gotera. Quise sacudírmela. Quise decirme que ella era igual que su amiga: una chica privilegiada que cree que tener sentimientos es un gran acontecimiento.

Pero no pude.

Porque la otra frase, la que soltó al final como una granada de mano sin seguro, había detonado algo en mi pecho que llevaba años blindado tras capas de cinismo y estudio obsesivo.

Pensé que tú, de entre todas las personas, sabrías algo sobre la pérdida.

El viento frío de otoño me golpeó la cara, pero por un segundo, mi cuerpo dejó de sentir el frío de la ciudad universitaria.

De repente, sentí calor. Un calor húmedo, asfixiante, pegajoso. El olor a hojas podridas y tierra mojada llenó mis pulmones, borrando el aroma a café del campus.

Cerré los ojos y el suelo bajo mis botas de combate dejó de ser concreto. Se sintió blando. Inestable.

El recuerdo intentó subir por mi garganta como bilis. No eran imágenes claras, eran sensaciones. El peso de una mochila que me cortaba los hombros. El zumbido constante de insectos que no te dejaban pensar. La espalda de Leo delante de mí, la única guía en un verde infinito que parecía querer tragarnos vivos.

Y el silencio.

Ese silencio terrible cuando alguien se queda atrás.

Mi mente viajó peligrosamente cerca de ese momento. El momento donde la familia dejó de ser cuatro para ser tres. Sentí el pánico de ese niño de diez años, el grito ahogado, la mano de mi madre apretando la mía con una fuerza que dolía...

—¡No! —dije en voz alta, abriendo los ojos de golpe.

Mi cerebro cerró la compuerta con un portazo violento.

Respiré hondo, una, dos veces, forzando al aire frío a entrar en mis pulmones para disipar el calor fantasma del Darién. Mi corazón latía desbocado, golpeando contra mis costillas como un animal enjaulado.

No vamos a ir ahí, me ordené a mí mismo. Esa puerta está cerrada con llave.

Me pasé una mano por la cara, notando el sudor frío en mi frente. Odié a Sophie en ese momento. La odié por tener la audacia de usar mi historia —una historia que ella apenas conocía por rumores— para ganar una discusión sobre su amiga borracha.

¿Qué sabía ella de pérdidas? Perder a un novio no es cruzar una selva. Perder la «identidad» no es dejar tu país con lo que llevas puesto.

—Ridículo —mascullé, retomando el paso hacia la biblioteca. Necesitaba estudiar. Necesitaba volver a mi zona de control.

Pero mis pies pesaban.

La rabia inicial se fue enfriando, dejando paso a una incomodidad pegajosa.

Te ha dejado ciego ante las que no se parecen a la tuya.

Maldita sea.

Intenté concentrarme en la Neuroanatomía, pero la imagen de Valerie se superponía. No la Valerie altanera de la fiesta. Sino la chica que vi tambalearse anoche. La chica que vomitó y pidió perdón.

Si lo que la gente comentaba en el campus era verdad, si Valerie era la chica que estaba en el Centro Médico conectada a un suero por intentar ahogar sus penas en tequila... eso no era un berrinche. Eso era autodestrucción. Y la autodestrucción es el lenguaje universal de los que quieren dejar de sentir.

Yo me blindé con libros y odio. Ella se estaba blindando con alcohol y vacío.

Me detuve en seco en medio del camino.

No quería ir. Mi instinto me gritaba que me alejara, que no me involucrara en dramas ajenos, que siguiera enfocado en mi beca. Pero la curiosidad —y quizás, solo quizás, una pizca de culpa que no lograba tragarme— me hizo cambiar de dirección.

Tenía que verla. No para salvarla. No para ser su amigo. Necesitaba comprobar si detrás de la máscara de Mia Wallace había grietas reales, o si todo esto seguía siendo un juego de niños ricos aburridos.

Caminé hacia el Centro Médico con las manos hundidas en los bolsillos, enojado conmigo mismo por estar allí.

Entré en la sala de espera. Olía a antiséptico. La recepcionista ni siquiera levantó la vista.

—Solo familiares —dijo automáticamente.

—Soy su compañero de laboratorio —mentí con fluidez, usando mi mejor tono de «estudiante becado responsable»—. Tengo sus apuntes de Neuroanatomía. Si no se los doy, reprobará el lunes. Y créame, no quiere lidiar con ella si reprueba.

La mujer me miró por encima de sus gafas, evaluándome. Mi ropa, mi actitud seria.

—Habitación 3. Cinco minutos. Y si la enfermera te saca, yo no te vi entrar.

Asentí, sin dar las gracias, y caminé por el pasillo.

Llegué a la puerta número 3. Estaba entreabierta.

Desde el umbral, la vi.

Se veía... gris. Esa era la única palabra. La chica que solía brillar en colores pasteles y que luego intentó brillar en negro y rojo, ahora parecía haberse desteñido. Tenía los ojos cerrados y la piel casi traslúcida bajo la luz fluorescente. El suero goteaba con un ritmo constante.

Me quedé en la puerta, observándola con los brazos cruzados, manteniendo una distancia segura.

No sentí una revelación mágica. No sentí que mi corazón se derritiera.

Sentí resistencia.

Me molestaba verla así. Me molestaba porque validaba las palabras de Sophie. Esa no era la cara de alguien que finge. Esa era la cara de alguien que ha corrido hasta que sus piernas fallaron.

Recordé la sensación de querer rendirse. De querer tirarse en el barro y no dar un paso más. Yo no pude hacerlo porque Leo me obligó a seguir. Valerie, al parecer, no tenía a nadie que la obligara a seguir, solo gente que le aplaudía el espectáculo o gente como yo, que la criticaba desde la grada.

—Eres un desastre, Dalton —susurré desde la puerta, tan bajo que ella no podría oírme.

No era un insulto. Esta vez, sonaba más como un reconocimiento. Una bienvenida al club de los rotos.

Me quedé allí un minuto más, debatiéndome entre entrar o irme. La parte de mí que sobrevivió a la selva me decía que huyera de la debilidad. Pero la parte de mí que recordaba lo que era estar solo en un lugar extraño... esa parte me mantuvo anclado al marco de la puerta.

—¿Es familiar? —preguntó una enfermera al verme.

—Ya me iba —respondí, mirando hacia Valerie una última vez antes de salir de allí.

Caminé de vuelta al dormitorio, sintiendo que cada paso sobre el concreto limpio del campus era un insulto a la memoria que todavía manchaba mi mente. Quizás yo también estaba ciego. Quizás me había acostumbrado tanto a mirar mi propia tragedia que olvidé que el dolor no necesita una selva para ser real; a veces, basta con una habitación vacía y un silencio que nadie se atreve a llenar.

CAPÍTULO 28

Valerie

El sueño no fue reparador. Fue más bien un apagón del sistema que duró lo que parecieron segundos, aunque el reloj en la pared decía que había pasado casi una hora desde que Sophie salió furiosa de la habitación.

Abrí los ojos y el dolor de cabeza seguía ahí, martilleando mis sienes con cada latido. La boca me sabía a ceniza y metal.

Me acomodé en la cama, sintiendo el tirón de la vía intravenosa en mi mano. Con una punzada de vergüenza más aguda que la resaca, supe que había decepcionado a la única persona que había estado a mi lado incondicionalmente.

Cerré los ojos con fuerza, intentando bloquear la luz fluorescente, pero los recuerdos de la noche anterior se proyectaron en mis párpados como una película de terror.

El tequila. El baile ridículo frente al espejo. La sensación de poder falso.

Y antes de eso... Damián.

Damián tenía razón. Dios, Damián tenía razón en todo.

Quería demostrarle que era fuerte, que tenía el control, y había terminado siendo la niña rica que no sabe beber y que necesita que la salven.

Si él me viera ahora, se reiría. O peor, me miraría con esa indiferencia gélida que dolía más que cualquier insulto.

«Patética», diría. Y esta vez, no tendría cómo defenderme. Porque lo era.

La puerta se abrió con un chirrido suave.

Me tensé, esperando a la enfermera, pero era Sophie otra vez.

Entró con los ojos rojos e hinchados, pero ya no tenía esa expresión de furia fría de hace un rato. Ahora parecía cansada, resignada. Traía dos vasos de café en la mano y una bolsa de papel.

Hubo un silencio terrible. No el silencio cómodo de nuestra amistad de años, sino un silencio denso, cargado de todas las palabras que nos habíamos gritado (y las que no).

—Soph... —intenté decir. Mi voz salió rota.

Ella no sonrió. Dejó los cafés en la mesita de noche, evitando mi mirada, y se sentó en la silla de plástico naranja que había movido cerca de la cama.

—La enfermera dice que ya estás hidratada —dijo. Su tono era plano, pero ya no había agresividad—. Te darán el alta en cuanto termine esa bolsa de suero.

—Lo siento —susurré. Las lágrimas picaron en mis ojos, traicioneras—. Lo que te dije antes... no quería...

—Lo sé —me cortó Sophie, suspirando. Se frotó la cara con las manos—. Y yo siento haberte gritado. No debí decirte lo de tu «nueva personalidad» así. Estaba asustada, Val.

Miré el suero goteando. Gota. Gota. Gota.

—Me siento una idiota —admití, mirando mis manos. La vía intravenosa era una prueba física de mi fracaso.

—No eres una idiota. Estás perdida —dijo Sophie suavemente, mirándome por fin a los ojos—. Y te juro que quiero ayudarte a encontrarte, Val. Pero no puedo hacerlo si tú te vas a empeñar en borrarte del mapa.

Asentí, tragándome el nudo en la garganta.

—¿Alguien más sabe? —pregunté, con el terror repentino de que mi humillación fuera pública.

Sophie vaciló un segundo. Sus ojos hicieron un movimiento extraño, como si quisiera mirar hacia la puerta,

pero se detuvo.

—No… hay rumores —dijo finalmente—. Pero solo Louise y yo sabemos que eres tú.

Solté el aire, aliviada.

Al menos Damián no sabía. Si él supiera que terminé aquí después de nuestra pelea, su victoria sería absoluta.

—Ten —Sophie sacó un *bagel* de la bolsa de papel y me lo tendió—. Come algo. Debes tener algo en el estómago antes de que te den el alta.

Tomé el *bagel* con manos temblorosas.

—Gracias, Soph. Por todo.

Ella asintió y le dio un sorbo a su café, mirando hacia la nada.

—Vamos a superar esto, Val —dijo, aunque su voz sonaba lejana—. Pero tienes que prometerme una cosa.

—Lo que sea.

—Deja de intentar matar a la vieja Valerie. —Me miró con una intensidad que me hizo sentir pequeña—. A mí me caía bien esa chica. Y creo que a ti también, aunque ahora la odies. No puedes construir nada sólido sobre un cementerio.

Mordí el *bagel* para no tener que responder, porque sabía que tenía razón, pero aún no estaba lista para aceptarlo.

Me acomodé en la almohada, sintiendo el dolor físico y moral calarme hasta los huesos. La Valerie de chaqueta de cuero se sentía muy lejos ahora. Aquí, bajo estas luces blancas y con migas de pan en las sábanas, solo quedaba yo. Y tenía mucho trabajo por hacer.

CAPÍTULO 29

Parte I — Valerie

Salí del Centro Médico con una receta para vitaminas, un folleto sobre el consumo responsable de alcohol que me dieron como si fuera una criminal en rehabilitación, y una notificación amarilla que pesaba más que mi mochila.

«Presentarse en la oficina del decanato. Inmediato.»

Sophie me acompañó hasta la salida en un silencio cargado de una tregua frágil. Se detuvo frente a su auto, con las llaves en la mano.

—Descansa, Val —me dijo, apretándome el hombro con una mezcla de cariño y agotamiento—. Mañana será otro día.

Asentí sin mucha convicción y caminé hacia mi dormitorio bajo la luz naranja del atardecer de sábado. Al entrar, me recibió el vacío; Louise no estaba, probablemente aprovechando sus últimas horas de libertad del fin de semana.

Me senté en el borde de mi cama y el silencio de la habitación se volvió ensordecedor. Por primera vez, sentí un miedo que no conocía: un terror frío al darme cuenta de que, por intentar probarle a Damián que no era una «niña mimada», casi termino siendo un cadáver en un pasillo. Todo mi esfuerzo por ser diferente, por ser fuerte, se sentía ahora como una casa de cartón bajo la lluvia.

El domingo por la mañana, la vibración de mi teléfono sobre la madera me hizo saltar.

Era Nate.

Vacilé antes de contestarle. Mi dedo flotó sobre el botón rojo, tentado a ignorarlo. Pero recordé lo que dijo Sophie. Recordé también sus disculpas, la promesa del *hasta luego* y el último mensaje que me dejó antes del desastre.

Contesté.

—¡Val! —La familiaridad de su voz fue reconfortante, como ponerse un suéter viejo—. No supe nada de ti desde el viernes en la noche. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Nate. Solo... me sentí mal y me dormí temprano —mentí. Odié la fluidez con la que la falsedad salió de mi boca, tan natural como respirar.

—Valerie… podemos haber estado peleados, pero aún sé reconocer cuándo me estás mintiendo.

Sentí una leve sonrisa formarse en mis labios, seguida de inmediato por una tensión en los hombros. Mi cuerpo rechazaba esa intimidad automática.

—Bien, no tienes que contarme nada —continuó él, suavizando el tono—. Me alegra escuchar tu voz.

Dudé unos segundos al otro lado de la línea. El nudo en mi estómago se apretó.

—A mí también —admití.

Y era verdad. De alguna manera me sentí acompañada, pero al mismo tiempo sentía como si mi piel quisiera repeler sus palabras. Era la extraña sensación de necesitar un abrazo y, a la vez, querer salir corriendo.

—Bien… no quiero quitarte demasiado tiempo, solo quería confirmar que estuvieras viva. Adiós, Val.

Colgué el teléfono sin saber muy bien qué sentía. ¿Alivio? ¿Culpa? ¿Nostalgia?

El hambre me sacó de la habitación. Caminé hacia la cafetería, arrastrando los pies. Al llegar, escaneé las mesas con una ansiedad creciente, buscando algo sin saber muy bien qué. O a quién.

Mis ojos recorrieron las mesas habituales. Los chicos de fútbol. El grupo de teatro. Los de ciencias.

Nada.

Una punzada de decepción me golpeó el pecho, absurda y aguda. Eso que no sabía que buscaba tenía nombre y apellido, y unos ojos cafés que solían mirarme con desprecio y que, extrañamente, ahora necesitaba ver, aunque fuera para confirmar que seguía siendo el villano de mi historia.

Pero Damián no estaba allí.

Parte II — Damián

El domingo fue un campo minado.

Desde que ese recuerdo me golpeó frente al edificio de Ciencias, mi cuerpo había vuelto a un estado de alerta primitivo. Dormí apenas dos horas, atrapado en una pesadilla recurrente que solía tener hace años y que creía haber superado.

El sueño siempre empieza igual: con una canción lejana, una melodía que no sé si es producto de mi imaginación o un eco de mi infancia. Me encuentro en un vasto campo, verde, verdísimo. Soy un niño otra vez. Estoy corriendo, riendo, libre, sintiendo cómo el viento roza mi cara. Soy feliz.

Pero tropiezo. Caigo. Y el pasto ya no es verde. Ni siquiera es pasto.

Es barro.

Está húmedo, caliente, y huele a podrido. Intento levantarme, pero no puedo. El barro me succiona las rodillas, las manos. No me lo puedo sacar de las uñas por más que rasguñe. El corazón que latía con la emoción de correr ahora late con pánico y me paraliza. Empiezo a llorar, gritando un nombre que no sale de mi garganta...

Desperté de golpe, muerto de miedo y con la sábana empapada de sudor, con el eco de mi propio grito ahogado en

la garganta.

Brad roncaba como un cerdo en la cama de al lado, ajeno a mi guerra interna. Me senté en la oscuridad, tratando de convencer a mi cerebro de que estábamos a salvo, de que no había selva, solo una residencia universitaria en Estados Unidos.

Recordé la técnica que me recomendó la consejera del grupo de apoyo de inmigrantes al que mi mamá nos obligó a ir al principio.

5-4-3-2-1.

Cinco cosas que puedas ver: La luz del reloj despertador. El poster de Brad. Mi mochila en el suelo. La ventana. Mis propias manos.

Las imágenes se superponían: el sueño, la consejera, mi realidad.

Cuatro cosas que puedas tocar: La sábana áspera. La pared fría. La madera de la cama. Mi cicatriz en la rodilla.

Tres cosas que puedas oír: Los ronquidos de Brad. El viento afuera. Mi propia respiración agitada.

Dos cosas que puedas oler: Desodorante barato. Humedad.

Una cosa que puedas saborear: El miedo metálico en mi boca.

Estoy bien. Estoy en la universidad. Estoy bien.

El resto del día evité la cafetería y cualquier lugar donde hubiera demasiada gente respirando sobre mi cuello. Me refugié en un rincón olvidado de la biblioteca, el más oscuro y silencioso que encontré.

Intenté estudiar, pero las letras de Neuroanatomía bailaban frente a mis ojos, burlándose de mi falta de concentración.

Mi teléfono vibró sobre la mesa, rompiendo el silencio: una videollamada de mi madre.

—Hola, ma.

—¿Todo bien, hijo? No he sabido de ti en días —dijo ella al instante, con ese radar maternal que siempre me ponía

contra las cuerdas.

—Mucho estudio, ma. No te preocupes —respondí, tragando grueso mientras miraba mi propio reflejo en la grieta de la pantalla. Me veía ojeroso, pálido.

—Damián, mi amor, sabes que estoy aquí para ti —dijo, su voz suavizándose. Su rostro pixelado denotaba una preocupación que me hizo sentir culpable.

—Lo sé. De verdad, estoy bien —insistí, forzando una sonrisa—. Solo son los parciales.

Ella pareció vacilar un segundo, escrutando mi cara a través de la mala conexión, pero al final cedió con un suspiro.

—¿Vendrás a casa para Acción de Gracias? Tu hermana pregunta por ti todos los días.

—No me lo perdería por nada —contesté, y esta vez la sonrisa fue real. La idea de ver a mi hermana pequeña, la prueba viviente de que sobrevivimos, fue el primer alivio real del día.

—Bien. Te amo, hijo.

—Te amo, ma.

Colgué y me quedé mirando la pantalla negra. Intenté concentrarme otra vez en los diagramas del sistema nervioso, buscando en la lógica de la Neuroanatomía un refugio contra mis propios fantasmas.

Bajé la vista a mis manos sobre la mesa de madera. Estaban limpias, impecables bajo la luz fluorescente, pero por un segundo, juraría que sentí el frío del barro metiéndoseme de nuevo bajo las uñas.

Allí, rodeado de gente y de libros, me di cuenta de que la técnica del 5-4-3-2-1 servía para recordarme dónde estaba mi cuerpo, pero no decía ni una palabra sobre cómo traer de vuelta a mi mente.

Me incliné sobre los apuntes, decidido a enterrarme en el origen de los músculos, pero justo cuando creía haber recuperado el hilo, mi mente se fue hacia el único lugar donde no había querido dejarla entrar.

Pensé en Valerie.

Pensé en su vulnerabilidad en la cama del hospital. Pensé en cómo ella también parecía estar cubierta de un barro invisible que mi resentimiento y mis prejuicios me habían llevado a ignorar. Y me di cuenta, con una incomodidad creciente, que ella se estaba convirtiendo en la única variable que ni mi estudio obsesivo lograba silenciar.

CAPÍTULO 30

Valerie

El lunes por la mañana, la oficina del decanato olía a café, papeleo y a juicios silenciosos. Estaba sentada en una silla rígida frente al escritorio de la Sra. Gable, una mujer con gafas de montura gruesa y una expresión de permanente decepción. Sostuvo mi expediente como si fuera un pañal sucio.

—Señorita Dalton —dijo, sin levantar la vista del papel—. Ingreso al Centro Médico por intoxicación etílica severa. Sábado, 5:00 AM. Nivel de alcohol en sangre: 0.28.

Sentí que la cara me ardía. Escucharlo en voz alta, reducido a números y horas, sonaba mucho peor que en mi cabeza.

—Fue un error —murmuré, pasando mis manos sudorosas sobre la tela suave de mi pantalón deportivo—. No volverá a pasar.

La Sra. Gable se quitó las gafas y me miró. Sus ojos eran grises y cansados.

—Eso espero. Porque según las normas de conducta del campus, esto es motivo de suspensión temporal.

El aire se me atoró en la garganta. ¿Suspensión? Mis padres me matarían. No, peor: me llevarían de vuelta a casa y me encerrarían de por vida o hasta que tuviera treinta años. No podía volver a esa caricatura de hogar.

—Por favor —dije, y odié lo desesperada que soné—. Es mi primer semestre. Mis notas son buenas. Solo... tuve una mala noche.

La mujer suspiró y cerró la carpeta.

—Teniendo en cuenta que es su primera infracción y que su compañera de cuarto actuó rápido, el Decano ha autorizado una alternativa a la suspensión.

Me aferré a los bordes de la silla.

—¿Cuál?

—Sus notas son increíbles, pero no queremos que termines en una morgue. Esta es una advertencia formal. Si vuelves a aparecer en un reporte de este tipo, el comité de disciplina revisará tu permanencia en el campus —Empujó una tarjeta hacia mí—. Dos sesiones por semana con el Dr. Aris. Si falta a una sola, procesamos la suspensión. ¿Entendido?

Tomé la tarjeta como si fuera una sentencia de cárcel.

—Entendido.

Salí de la oficina sintiéndome más pequeña que nunca. Me sentía estúpida. Agradecí haberme vestido con sudadera y pantalones deportivos. La chaqueta y las botas de combate se sentirían como un disfraz. Me había convertido en la chica problemática que necesitaba supervisión adulta para no autodestruirse. Y eso, definitivamente, no estaba en mis planes.

Caminé hacia el edificio de Ciencias para la clase de Neuroanatomía. Llegué justo a tiempo, con la tarjeta del consejero ardiendo en mi bolsillo.

Entré al aula y mi mirada buscó instintivamente el lugar de siempre.

Damián ya estaba ahí.

Estaba sentado en su banco habitual, con la espalda recta y la cabeza gacha sobre sus apuntes. Llevaba una camiseta negra que dejaba ver la tensión en sus hombros.

Caminé por el pasillo central. Verlo allí, hizo que mi cara se enrojeciera de rabia. Mi corazón se aceleró, preparándome para fulminarlo con la mirada o devolverle cualquier insulto o

comentario sarcástico sobre mi aspecto demacrado o mi elección de atuendo de hoy.

Pero no levantó la vista. En un segundo toda esa tensión acumulada en mi cuerpo se cayó, dejando una sensación extraña de vacío que me estremeció.

Me senté dos bancos más atrás de lo habitual, incapaz de soportar su cercanía sin el escudo de mi falsa confianza.

La clase comenzó. El profesor hablaba sobre el sistema límbico y la respuesta de lucha o huida. Yo intentaba tomar notas, pero mi mano temblaba levemente.

Un chico en la fila delantera se levantó para ir al baño y, en su torpeza, tiró su pesado libro de tapa dura al suelo.

El sonido fue seco y fuerte.

¡BAM!

La reacción de Damián fue instantánea y violenta.

Lo vi saltar en su asiento como si le hubiera pasado corriente. Se giró hacia el sonido con una rapidez aterradora, los ojos desorbitados, las manos aferradas al borde de la mesa con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Su pecho subía y bajaba en una respiración agitada, casi animal.

El resto de la clase se rio nerviosamente o ignoró el ruido. El chico recogió su libro murmurando una disculpa.

Pero Damián no se relajó.

Se quedó rígido, escaneando el aula como si buscara una amenaza, como si esperara que el techo se desplomara sobre nosotros.

Desde mi asiento, vi el perfil de su cara. Estaba pálido. Y en sus ojos no había el brillo intelectual de siempre. Había miedo. Un miedo puro, crudo, que no encajaba con el chico arrogante que se burlaba de mis dramas.

Nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo.

Él se dio cuenta de que lo estaba mirando. De que había visto su pánico.

Inmediatamente, su máscara apareció de nuevo. Endureció la mandíbula, se giró hacia el frente y clavó la vista

en la pizarra, volviéndose una estatua de hielo.

Fruncí el ceño, confundida.

¿Qué fue eso?

Sostuve la tarjeta del Dr. Aris en el bolsillo, sintiendo el borde afilado del cartón contra mi palma. Damián seguía mirando a la pizarra, fingiendo que su corazón no estaba intentando escapar de su pecho, pero yo ya lo había visto. Había visto al niño asustado detrás de la armadura de becado brillante. Por semanas me había preguntado qué buscaba en él cada vez que lo dibujaba, y ahora lo sabía: no era su estructura ósea lo que me fascinaba, sino la forma en que sus grietas parecían encajar perfectamente con las mías.

El profesor seguía hablando de la respuesta de huida, pero mientras miraba a Damián, me di cuenta de que ambos estábamos corriendo, solo que en direcciones opuestas.

CAPÍTULO 31

Damián

Salí del aula sintiendo que me faltaba el aire. Maldita sea. Caminé rápido por el pasillo, esquivando gente, buscando la salida más cercana. Mis manos seguían temblando. El sonido del libro al caer todavía resonaba en mis oídos, pero mi cerebro estúpido no lo había registrado como «libro». Lo había registrado como «tiro». O como «árbol cayendo». O como «final».

Me metí en el primer baño vacío que encontré y me eché agua fría en la cara.

Me miré al espejo. Mis pupilas estaban dilatadas.

—Contrólate —me siseé a mí mismo—. Estás a salvo. Es un puto libro.

Pero lo que más me jodía no era el susto. Era que ella lo había visto.

Sentí su mirada clavada en mi nuca desde que entró al salón. La había evitado a toda costa, porque verla me recordaba al Centro Médico, me recordaba a su fragilidad, y me recordaba que yo la había empujado al precipicio. No sabía relacionarme con Valerie sin ser un idiota, y eso era lo último que ella necesitaba ahora.

Pero cuando ese libro cayó y mi cuerpo reaccionó solo... me giré y la vi.

Me estaba mirando con esos ojos azules enormes, no con burla, sino con... ¿curiosidad? ¿Preocupación?

Suspiré, exasperado.

No necesitaba su lástima. Y definitivamente no necesitaba que intentara jugar a la psicóloga conmigo, tratando de descifrar por qué un ruido fuerte me convierte en una estatua de sal.

Una cosa era entender que ella sufría; lo había visto en el hospital, lo había validado. Pero otra muy distinta —y peligrosamente ingenua— era creer que ella podría entender esto.

Valerie estaba lidiando con el vacío de un corazón roto y una identidad perdida. Yo estaba lidiando con fantasmas que olían a humedad y muerte.

Si la dejaba acercarse, si permitía que esa curiosidad en sus ojos azules se convirtiera en preguntas, tarde o temprano se toparía con el muro. Y yo no era Nate.

Cuando se lo dije aquella noche, no lo dije sólo para herirla. La verdad es que yo no tengo la paciencia ni suavidad para explicarle que hay lugares en el mundo donde la vida no vale nada.

Me sequé la cara con papel áspero, frotando hasta que la piel se enrojeció.

Yo era un campo minado. Ella apenas estaba aprendiendo a caminar de nuevo después de su propia explosión. Si se acercaba demasiado, si intentaba «arreglarme» o «entenderme», le explotaría en la cara. Y ya había tenido suficiente culpa viendo cómo terminaba conectada a un suero.

Distancia. Pensé, mientras veía mi reflejo ojeroso en el espejo*. Es lo único que funciona*.

Lo mejor para los dos era volver a como era antes. O al menos, mantenernos en esa zona gris donde no nos odiamos, pero tampoco nos hablamos. Así ella podía sanar sus heridas, y yo podía seguir manteniendo mis cicatrices bien ocultas bajo la manga.

Me acomodé la mochila al hombro, respiré hondo, subiendo el puente levadizo de mi indiferencia.

No volvería a clase hoy. Necesitaba aire. Necesitaba ruido real, no el silencio tenso de un aula donde un libro cayendo suena como el fin del mundo.

Caminé hacia la salida sin mirar atrás, decidido a que mi empatía por Valerie Dalton se quedara encerrada en esa habitación de hospital, como un secreto que nunca debe salir a la luz. Estábamos mejor así: cada uno en su orilla, a salvo del naufragio del otro.

Salí del edificio y el sol de mediodía me cegó por un segundo, obligándome a bajar la cabeza. Valerie creía que yo era un cliché, y tal vez tenía razón; era un cliché, el cliché del superviviente que no sabe cómo vivir sin estar en guardia. Ella buscaba respuestas en mis ojos, pero lo que no entendía es que en mi orilla no hay explicaciones, solo cicatrices que se vuelven a abrir con el sonido de un libro contra el suelo. Me hundí las manos en los bolsillos y seguí caminando, alejándome de la única persona que había empezado a hacerme sentir que, quizás, no era tan invisible como yo pensaba.

CAPÍTULO 32

Valerie

La sala de espera del Dr. Aris no se parecía en nada a la oficina gris y deprimente del decanato. Olía a té de menta y tenía sillones demasiado blandos que parecían diseñados para tragarse tu dignidad.

Me hundí en uno de ellos, moviendo el pie con nerviosismo.

—¿Valerie? —La puerta se abrió y un hombre joven, de unos treinta y tantos años, asomó la cabeza. No llevaba bata blanca, sino un suéter de lana y jeans. Tenía una barba cuidada y una mirada tranquila que inmediatamente me puso a la defensiva.

Me levanté, arrastrando mi mochila como un escudo.

—Dr. Aris —saludé con un movimiento de cabeza.

—Solo Theo, por favor. «Doctor» me hace sentir que debería estar operando a alguien. Pasa.

Entré en su consultorio. Estaba lleno de libros, plantas que crecían desordenadas y una ventana grande que daba a los árboles del campus. Me senté en el sofá frente a él, cruzando los brazos y las piernas.

Theo se sentó en su silla, abrió una libreta y luego la cerró, dejándola sobre la mesa.

—Bien, Valerie. Aquí dice que el Decano te envió por un incidente con alcohol. —Me miró sin juzgar—. Pero el Decano

envía a mucha gente. La pregunta es: ¿por qué crees tú que estás aquí?

—Porque me emborraché y casi vomito en la alfombra de mi compañera —respondí con mi mejor tono de indiferencia—. Fue una estupidez. No volverá a pasar. ¿Podemos firmar la tarjeta de asistencia y ya?

Theo sonrió levemente.

—Podríamos. Pero tenemos cuarenta y cinco minutos. Y me pagan por escuchar, no solo por firmar. —Se reclinó—. Cuéntame sobre el «casi».

—¿Qué?

—Dijiste «casi vomito». Pero el informe médico dice que te encontraron inconsciente. Eso no es un «casi», Valerie. Eso es un apagón. —Su voz seguía siendo suave, pero sus palabras eran precisas—. ¿Qué estabas tratando de apagar?

Apreté la mandíbula. Odiaba esto. Odiaba que un extraño intentara escarbar en mi cerebro.

—Estaba celebrando —mentí.

—¿Sola? ¿Un viernes por la noche?

—Me gusta mi propia compañía.

—A mí también me gusta la mía —concedió él—. Pero generalmente no necesito una botella entera de tequila para soportarla.

El comentario me golpeó. Desvié la mirada hacia la ventana.

—Mira, Theo... —empecé, con sarcasmo—. No soy una alcohólica. Solo estoy pasando por una... transición.

—¿Una transición de qué a qué?

—De ser una idiota ingenua a ser alguien más fuerte.

Theo asintió, como si eso tuviera todo el sentido del mundo.

—Ya veo. Y esa «nueva persona» que es «más fuerte» ... ¿por qué necesita anestesia para existir?

Me quedé callada. No tenía una respuesta inteligente para eso. El silencio se estiró entre nosotros, incómodo y pesado, hasta que él finalmente habló.

—No tienes que contestar hoy. Pero piénsalo. Si el cambio fuera real, Valerie, no dolería tanto.

Salí de la sesión sintiéndome peor que cuando entré. Me sentía expuesta, despellejada.

El resto de la semana fue un ejercicio de invisibilidad.

En la universidad, Damián y yo perfeccionamos el arte de ignorarnos. Después del incidente del libro en clase de Neuroanatomía, él había levantado un muro de hielo.

Llegaba justo cuando empezaba la clase y se iba antes de que el profesor terminara la última frase. Se sentaba lejos, con la capucha de la sudadera puesta, aislado en su propia burbuja de silencio.

Yo lo miraba de reojo, buscando alguna señal, algún rastro del chico que me llevó en brazos a su dormitorio o del que me despreciaba por ser una niña rica con disfraz. Pero no había nada. Solo una espalda tensa y una mirada vacía que atravesaba las paredes.

Me sentía sola. Sophie estaba ocupada con sus propios exámenes y, aunque seguíamos bien, la tensión del fin de semana pasado había dejado una pequeña grieta que debía esforzarme en reparar.

Y en medio de ese desierto emocional, empezó a llover.

Gotas pequeñas. Inofensivas.

Lunes, 8:30 PM.

Nate: *[Imagen adjunta: Un meme de un gato cayéndose de un sofá]*

Nate: *Me acordé de ti y tu dignidad el día de tu cumpleaños número 10.*

Lo vi y solté una risa involuntaria. No pude evitarlo. Era un chiste interno de hace una década.

Yo: *Idiota.*

Miércoles, 2:15 PM.

Nate: *Vi que abrieron una panadería nueva cerca del campus. Tienen esos muffins de arándanos que te gustan. Si no estás a dieta de «chica mala», deberías probarlos.*

Yo: *La chica mala también come, Nate.*

Nate: *Anotado. La chica mala necesita azúcar.*

Eran mensajes seguros. No hablaba de «nosotros», no hablaba de sentimientos, no pedía perdón. Solo estaba ahí. Siendo Nate. Siendo el chico que conocía mis gustos, mis chistes y mi historia.

Era cómodo. Era fácil. Y después de una semana de ser psicoanalizada por Theo y congelada por Damián, «fácil» sonaba como la gloria.

El viernes llegó con una lluvia torrencial que coincidía con mi estado de ánimo. Estaba tirada en mi cama, con los libros de Neuroanatomía abiertos pero ignorados, escuchando el silencio del pasillo. Louise se había ido a casa de su novio.

Mi teléfono vibró.

Nate: *Viernes lluvioso. Nivel de aburrimiento: Crítico.*

Nate: *Tengo la cura. Pizza de pepperoni (extra-queso, sin bordes), Mario Kart y yo dejándome ganar para que te sientas superior.*

Nate: *¿Qué dices, Val? Sin presiones. Solo dos viejos amigos y una pizza.*

Me quedé mirando la pantalla.

Sabía que no debía. Una voz en mi cabeza —que sonaba sospechosamente parecida a la de Damián— me decía que esto era un retroceso.

Pero miré a mi alrededor. La habitación vacía. La lluvia golpeando la ventana. La tarjeta de Theo sobre el escritorio burlándose de mí.

Estaba cansada de pelear. Estaba cansada de ser fuerte, de ser compleja, de ser «la chica que madura a golpes». Sólo quería, por una maldita noche, ser Valerie. La Valerie que se reía, que comía pizza sin culpa y que tenía a alguien al lado que la conocía.

Mis dedos se movieron antes de que pudiera arrepentirme.

Yo: *Trae la pizza. Pero si crees que me tienes que dejar ganar en Mario Kart, sigues tan delirante como siempre.*

Nate: *Llego en poco tiempo.*

Bloqueé el teléfono y solté un suspiro largo. Se sentía como rendirse, sí. Pero también se sentía como llegar a casa. Y esa noche, bajo la lluvia, mi casa de cartón se sentía demasiado fría para habitarla sola.

CAPÍTULO 33

Valerie

El golpe en la puerta fue rítmico. Toc, toc-toc, toc. Nuestra clave secreta desde los doce años. Me levanté de la cama, alisándome la sudadera gigante que llevaba puesta. Sentí un aleteo nervioso en el estómago. Era... anticipación. Como cuando sabes que vas a ver tu película favorita por décima vez. Sabes cómo termina, pero te gusta la comodidad de no tener sorpresas.

Abrí la puerta.

Nate estaba allí, empapado por la lluvia, sosteniendo dos cajas de pizza en una mano y su mochila colgada del hombro. Su cabello rubio goteaba sobre su frente.

—Servicio de rescate para viernes lluviosos —anunció, levantando las cajas como un trofeo.

El olor a pepperoni caliente y orégano inundó el pasillo, borrando el olor a antiséptico que parecía haberse quedado pegado a mi nariz toda la semana.

—Llegas un minuto tarde —dije, haciéndome a un lado.

—El tráfico de pepperoni estaba terrible.

Entró y, sin pensarlo, dejó las pizzas en el escritorio y se giró para abrazarme. Fue un abrazo automático. Sus brazos rodearon mi cintura y mi cabeza encajó perfectamente en el hueco de su cuello. Olía a lluvia y a ese detergente de ropa que su madre siempre encargaba.

Cerré los ojos un segundo. Se sentía seguro. Se sentía sólido. Durante unos instantes, el hospital, el Decano, Theo y Damián dejaron de existir. Solo éramos Nate y Val, como siempre debió ser.

—Te extrañé, Val —murmuró contra mi pelo.

Me tensé levemente, pero me obligué a relajarme.

—Yo también —respondí. Y era verdad. Extrañaba esto. Extrañaba no tener que estar en guardia.

Nos separamos y la dinámica de siempre tomó el control. Fue como si alguien hubiera presionado el botón de *play* en una vieja cinta de vídeo.

Nate conectó la consola al televisor mientras yo servía la pizza. Hablamos de cosas triviales: el clima horrible, lo mala que era la comida de la cafetería, los chismes de gente de nuestra ciudad natal que veíamos en Instagram.

—¿Viste que Jessica se tiñó de rubio? —dijo Nate, con la boca llena—. Se ve fatal.

—Nate, no seas malo —me reí, pasándole una servilleta.

—Solo digo la verdad. Tú eres la única que puede hacer cambios radicales y verse bien. —Señaló mi corte *Bob* con una rebanada de pizza—. Al principio me asustó, no te voy a mentir. Pero ahora... te da un aire interesante. Como de espía rusa.

—¿Espía rusa? —arqué una ceja.

—Sí. Letal, pero con estilo.

Me reí, pero la risa no me llegó a los ojos. Letal. Si supiera que mi «letalidad» consistía en desmayarme en pasillos y llorar en consultorios...

Nos sentamos en el suelo, hombro con hombro, con los controles en la mano.

—Mario Kart. Senda Arcoíris. Sin piedad —desafió él.

—Estás muerto.

Jugamos durante horas. La habitación se llenó de los sonidos electrónicos del juego, de sus gritos indignados cuando le lanzaba un caparazón azul, y de mis risas cuando él se caía por el borde de la pista.

Era divertido. Genuinamente divertido.

Pero entonces, en una pausa entre carreras, el silencio se coló.

—Oye —dijo Nate, mirando la pantalla de selección de personaje—. En serio, me alegra que estemos haciendo esto. Odiaba estar peleados. Se sentía...

—Antinatural —dijimos al unísono. Un escalofrío me recorrió la espalda. Había olvidado lo sincronizados que solíamos estar.

—Ha sido un semestre difícil —respondí, jugando con el joystick para aliviar la tensión que se había formado.

—Pero ya pasó, ¿no? —Nate se giró hacia mí, con una expresión esperanzada—. Quiero decir, ya sacaste la rebeldía de tu sistema. El corte de pelo, la ropa negra, la amistad con ese tipo raro que siempre has odiado...

Me detuve. El nombre de Damián no se mencionó, pero flotó en el aire como un gas tóxico.

—Damián no es «un tipo raro» —dije, sintiendo una punzada defensiva que no pude controlar.

Nate rodó los ojos, pero con una sonrisa, restándole importancia.

—Como sea. El punto es que te veo mejor. Más tú. Más... relajada.

Lo miré. Me estaba viendo comer pizza y reírme de un videojuego, y su conclusión era que «ya se me había pasado». Que mi crisis de identidad, mi terapia y mi dolor eran solo una fase de rebeldía adolescente que ya había caducado.

Quise decirle que no estaba «mejor». Quise contarle sobre la sesión con Theo, sobre cómo me sentía despellejada. Quise contarle sobre el pánico en los ojos de Damián cuando cayó el libro y cómo eso me había hecho sentir menos sola que todas sus bromas.

Abrí la boca para compartir algo real.

—Nate, la verdad es que...

—¡Shh! —me interrumpió él, dándome un empujoncito con el hombro y seleccionando la siguiente pista—. Nada de

cosas pesadas hoy, Val. Esta es la noche de regreso. Pizza, juegos, risas. Divirtámonos ¿Sí?

Cerré la boca.

—Tienes razón… —sonreí—. Solo diversión.

La carrera comenzó. Nate gritaba y se reía, totalmente inmerso en el juego.

Yo miraba la pantalla, pero mis dedos se movían por memoria muscular.

Nada de cosas pesadas.

La pizza en mi estómago se sintió como plomo. La risa de Nate, que hace una hora me parecía reconfortante, ahora me sonaba... lejana.

Lo miré de reojo. Se veía feliz. Se veía exactamente igual que hace tres meses. Igual que hace tres años.

Seguí jugando. Seguí riéndome en los momentos correctos. Le gané la carrera y le hice una broma sobre su falta de habilidad.

Pero me sentía como una actriz en una obra que ya ha representado demasiadas veces. Me sabía el guion de memoria, pero ya no sentía el personaje.

A la medianoche, Nate se levantó para irse.

—Esto fue genial —dijo en la puerta, con los ojos brillantes—. Tenemos que hacerlo todos los viernes. Como en los viejos tiempos.

Me dio un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios. Sentí un nudo en mi estómago.

—Descansa, Val.

—Adiós, Nate.

Cerré la puerta y puse el cerrojo.

Miré las cajas de pizza vacías y los controles tirados en el suelo.

Había sido una noche perfecta. Una noche de mejores amigos. Una noche que la vieja Valerie habría atesorado.

Pero yo me sentía agotada.

Nate se fue creyendo que había recuperado a su mejor amiga, sin notar que me había dejado más sola de lo que me

encontró. Él quería «nada de cosas pesadas», mientras que Damián, con toda su hostilidad y sus silencios, era el único que me había obligado a cargar con mi propio peso.

Miré los controles tirados en el suelo y entendí la diferencia: Nate me amaba cuando yo era invisible para mí misma; Damián me veía, incluso cuando yo quería desaparecer. Y lo que más me aterraba no era que Nate me hubiera besado la mejilla, sino que yo hubiera deseado que esta noche hubiera sido con el chico que me odia por ser real, y no con el que me adora por ser un recuerdo.

CAPÍTULO 34

Nathan

Salí del edificio de dormitorios de chicas sintiéndome como si acabara de ganar el Super Bowl, aunque en realidad había perdido tres carreras seguidas en Mario Kart.

La lluvia había parado, respiré hondo, llenando mis pulmones de aire frío y victoria.

—Lo sabía —murmuré para mí mismo, metiendo las manos en los bolsillos de mi chaqueta—. Sabía que ella seguía ahí.

Durante semanas, había estado caminando sobre cáscaras de huevo, aterrorizado de que hubiera perdido a Valerie para siempre. De que esa chica con ropa negra y mirada asesina que me habló en el pasillo fuera la nueva realidad. De que nuestro «nosotros» se hubiera esfumado por mi estupidez en la fiesta.

Pero esta noche... esta noche había sido la prueba de que me equivocaba.

Valerie se rio de mis chistes. Comió pizza con pepperoni. Jugó videojuegos y me insultó con cariño cuando le tiré el caparazón azul.

Probablemente solo necesitaba relajarse, volver a su zona de confort. Y yo era su zona de confort.

Siempre lo he sido.

Caminé hacia mi auto con el paso ligero. Me esperaban 45 minutos de regreso a mi universidad.

*Solo necesitaba tiempo, p*ensé, esquivando un charco. *Tiempo para sacar esa rebeldía del sistema.*

Sabía que volvería a ser ella misma, aunque ahora lleve ese horrible corte de pelo, al final del día, Valerie es Valerie. Le gustan las cosas simples, le gusta reírse, le gusta que la cuiden. Y nadie la cuida mejor que yo.

Saqué mi teléfono y abrí nuestra conversación. La última foto que le envié del meme del gato seguía ahí. Sonreí.

Ya estábamos bien. Ya habíamos pasado la tormenta. Ahora solo tenía que ser paciente. Seguir trayendo pizzas, seguir haciéndola reír, seguir recordándole quién es ella realmente, antes de que se pusiera ese disfraz de *femme fatale.*

Poco a poco, ella se daría cuenta de que no necesitamos cosas pesadas ni dramas existenciales. Solo necesitamos ser Nate y Val.

Entré en el auto y suspiré al tomar al volante.

—Descansa, Val —susurré al aire nocturno—. Ya volvimos.

Y con esa certeza reconfortante, encendí el motor y comencé mi viaje de regreso, con la sensación de victoria que me dejaba el haber recuperado mi lugar seguro. Apreté el volante con una sonrisa, viendo cómo las luces de la carretera se fundían en un rastro borroso de neón. Mañana ella se despertaría siendo mi Val otra vez, y yo estaría ahí para asegurarme de que nunca volviera a perderse.

CAPÍTULO 35

Valerie

Los días se escurrían entre mis dedos como arena fría, llevándose consigo las hojas de los árboles y mi paciencia.

Mi vida se había convertido en una obra de teatro perfectamente coreografiada en dos actos.

Acto Uno: La Estudiante Modelo.

Iba a clases, tomaba apuntes compulsivos (evitando a toda costa mirar la nuca tensa de Damián tres filas adelante) y cumplía religiosamente con mis citas en la oficina de Bienestar Estudiantil.

Acto Dos: La Mejor Amiga Regresa.

Nate cumplió su promesa. Venía cada viernes, y a veces los martes si no tenía entrenamiento. Traía comida, traía chismes de nuestro pueblo y traía esa energía inagotable de *Golden Retriever* que solía encantarme.

Y yo... yo actuaba.

Me reía de sus chistes. Me mordía la lengua cuando quería hablar de algo «intenso» como el existencialismo o los mecanismos de defensa de Freud, y lo cambiaba por comentarios seguros sobre las ganas de ir a casa o algún meme nuevo.

—Te ves cansada —me dijo Theo una tarde de noviembre.

Estaba hundida en el sillón de su consultorio, mirando cómo las gotas de lluvia golpeaban la ventana.

—Son los parciales —mentí por costumbre.

Theo arqueó una ceja. Ya no necesitaba decir nada; su silencio era un detector de mentiras muy eficaz.

Suspiré, derrotada. Ya no quería llevar máscaras. Sentía que estaba en un limbo donde no era la Valerie fuerte que pensaba haber construido, pero tampoco era la Valerie que había intentado asfixiar en una bolsa negra llena de ropa vieja.

—Me siento perdida —admití, jugando con un hilo suelto de mi suéter—. Imagínate esto: un día despiertas, seguro, cómodo. Te vistes con tu ropa habitual y te diriges a meterte en la mente de alumnos inocentes por diversión. Todo es predecible y eso te gusta.

Theo me miró atentamente, intrigado, cruzando las manos sobre su libreta.

—Pero entonces... —comencé a sentir cómo mi corazón se aceleraba y mi respiración se entrecortaba— abres la oficina y te encuentras con tu paciente habitual mirándote extraño, diciendo que tú no eres su psicólogo. Crees que es un mal chiste, pero miras a tu alrededor y no ves tu título perfectamente enmarcado. Entonces notas que la oficina ni siquiera está como tú la habías ordenado. Despiertas ante la realidad de que todo lo que creías era una mentira. ¿Qué crees que pasaría?

—Colapsaría, probablemente —contestó él con suavidad.

Tragué grueso. Sentía cómo poco a poco mis ojos se inyectaban de lágrimas contenidas.

—Pero tu instinto de supervivencia no te dejaría quedarte allí por mucho tiempo —continué, la voz temblándome—. Así que buscas un hilo de cordura que te ayude a salir de ese hoyo. Golpeado, asustado y agotado, decides entonces abrir otro consultorio, buscar nuevos clientes. Pero no puede ser igual que antes, porque todo te recordaría a ese episodio donde tu vida se puso de cabeza. Así que decides experimentar, no sé... ¿con psicoanálisis?

Theo asintió, dejándome saber que entendía cada capa de mi analogía. Mis manos temblaron. Una lágrima solitaria rodó

por mi mejilla.

—Y entonces... —mi voz se quebró—. Descubres que no sirves para el psicoanálisis.

—Fracaso —completó él.

Lo miré, mi pecho subía y bajaba violentamente, y las lágrimas ya venían como un río. Tomé una bocanada de aire temblorosa y me limpié la cara con el dorso de la mano.

—No sé cómo volver atrás. Lo estoy intentando con Nate, de verdad, pero es... agotador. Y volver a ponerme la chaqueta de cuero no se siente empoderante. Se siente ridículo. Como un disfraz de Halloween que duró demasiado.

—Hay una metáfora que uso a veces —dijo Theo, dejando el bolígrafo sobre la mesa—. Imagina que tienes un par de zapatos favoritos. Los usaste todos los días en la secundaria. Eran cómodos, te hacían sentir rápida, segura.

Asentí, visualizando mis viejas *Converse*.

—Pero luego creciste. Tu pie cambió. Quizás el arco se levantó, o simplemente te hiciste más alta. Y ahora, cuando intentas ponerte esos zapatos...

—Me salen ampollas —terminé la frase por él.

—Exacto. No es culpa del zapato. El zapato sigue siendo un buen zapato. Y no es culpa de tu pie por crecer. —Theo me miró con esa calma que a veces me exasperaba y a veces me salvaba—. El problema es que sigues intentando caminar con ellos porque te da miedo andar descalza. Entonces crees que cualquier zapato servirá; te pruebas unos nuevos y te das cuenta de que calzan, pero te agotan porque la suela no es cómoda.

Se inclinó hacia adelante.

—Valerie, la respuesta no es volver a usar los zapatos que ya no te quedan, ni quedarte con los que te hacen daño solo porque sientes que calzan. A veces hay que caminar descalzos, hasta encontrar el par de zapatos adecuado.

Salí de la sesión con la idea rebotando en mi cráneo: Debo aprender a andar descalza.

Caminé hacia la biblioteca para estudiar, buscando refugio en el silencio. Al entrar, lo vi.

Damián estaba en una mesa del fondo, rodeado de torres de libros. Se veía terrible. Tenía ojeras marcadas y esa palidez de quien no ha visto el sol en días. Estaba subrayando algo con furia, completamente absorto.

Me detuve detrás de una estantería, observándolo desde la seguridad de las sombras.

Nate siempre me decía lo «bien» que me veía. Me halagaba, me protegía, me envolvía en algodón de azúcar. Nate amaba a la chica que yo solía ser y se negaba a aceptar que esa chica ya no existía.

Damián, en cambio, me desafiaba.

Damián solía despreciarme, sí, pero al menos me veía a mí. Aunque me vistiera de «princesa» o de Mia Wallace, sus ojos siempre parecían encontrar la verdad incómoda debajo del disfraz. Y en este momento, prefería mil veces su desprecio honesto que la adoración ciega de Nate.

Damián levantó la vista de golpe, como si hubiera sentido mi mirada quemándole la nuca. Sus ojos oscuros conectaron con los míos a través de la sala.

Mi corazón dio un vuelco. Quise desviar la mirada, pero me quedé esperando... algo. Alguna señal de burla, o quizás una invitación a tregua.

Pero él simplemente sostuvo mi mirada por dos segundos, inexpresivo, y luego volvió a bajar la vista a su libro.

El mensaje fue claro: *Sigue tu camino, Valeria*.

Sentí una punzada de dolor, pero extrañamente, también sentí alivio. No hubo sonrisas falsas. No hubo actuaciones. Solo dos personas rotas reconociéndose en la distancia y respetando el espacio del otro.

Esa noche, cuando Nate me llamó para planear el fin de semana de Acción de Gracias, sentí que el zapato ya no solo me apretaba. Sentí que me estaba cortando la circulación.

—Mi mamá quiere que vengas a cenar el jueves —dijo Nate, emocionado—. Va a hacer su famoso pastel de nuez.

Tragué grueso.

—Claro —dije, y mi voz sonó tan fina como el cristal—. Ahí estaré.

Noté nuevamente mi cansancio. Me di cuenta de que estar con él requería un esfuerzo: *tenía que editarme*. Tenía que recortar las partes de mí que eran «pesadas», las partes que dolían, las partes complejas, para poder encajar en la versión de Valerie que él quería ver. La Valerie fácil. La Valerie que comía pizza y no tenía problemas.

Mientras me quitaba las zapatillas, pensaba en la sesión de hoy con Theo.

Miré mis pies descalzos sobre la alfombra.

Esos zapatos viejos y cómodos que tanto extrañaba... ya no me servían. Me estaban sacando ampollas. Y por más que quisiera volver a usarlos, ya no podía obligar a mis pies a encogerse de nuevo.

Theo tenía razón. Tenía miedo de andar descalza. Pero había llegado la hora de intentarlo, aunque el suelo estuviera frío.

Suspiré.

Iba a ser un Día de Acción de Gracias muy largo.

CAPÍTULO 36

Valerie

Había dejado todo para última hora. Las maletas, los boletos… ¡Mierda! Los boletos. Mi corazón cayó a mi estómago. Entré rápidamente en mi computador.

—Dime que no están agotados por favor, dime que no están agotados. —Revisé con una búsqueda violenta cada aerolínea: nada.

Mierda.

Miré fuera de la ventana de mi habitación, buscando en la calle alguna idea que me llevara a casa. La idea no me agradaba para nada, pero quedarme encerrada en la universidad el día de Acción de Gracias sería más incómodo que viajar unas horas en autobús.

Llegué a la estación sintiéndome perdida, con mis maletas en mano, tratando de atravesar la marea de personas que intentaban tomar un bus a su destino.

Miré mi teléfono para ver la hora; quería calcular en cuánto tiempo podía llegar a casa si tomaba el siguiente bus. Mientras avanzaba, viendo la pantalla de mi teléfono, tropecé con alguien, haciendo que ambos teléfonos cayeran al suelo.

Me agaché rápidamente para recogerlos. Tomé el mío y el de la persona con la que había chocado. Tenía la pantalla astillada en una esquina.

—Toma… Lo siento —entregué su teléfono y me quedé helada al ver una cara pecosa devolviéndome la mirada.

Damián suspiró.

—Gracias —dijo secamente, tomando su teléfono de mi mano.

—Oye, se te ha roto la pantalla, si quieres puedo… —Antes de terminar la frase me interrumpió.

—Ya estaba así, no te preocupes —se acomodó el bolso en su hombro—. Nos vemos.

Continuó con su camino, dejándome helada en medio de la estación.

Había algo diferente en Damián. No era solo indiferencia. Podía reconocerlo como lo reconocía cada vez que me miraba en el espejo por estos días: cansancio.

Pero no del tipo que se cura tomando una siesta o dando una caminata. Mi corazón se encogió. Damián no era el tipo de chico que se angustiaría por algo superficial. Aunque odiaba admitirlo, sabía que lo había juzgado mal.

Ya no creía que su fachada fuera una forma de esconder lo vacío que estaba. En realidad, su ego era un perro guardián que cuidaba ferozmente lo que se encontraba detrás.

Hacía que el personaje que yo había adoptado recientemente, y que creía que era letal, se sintiera como un chihuahua asustado ladrando a través de una reja.

Lo que sea que ese perro estuviera guardando, lo estaba destruyendo, solo que de una manera lenta y dolorosa.

Subí al autobús. Damián ya estaba ocupando el puesto del pasillo, junto a una ancianita que miraba la tarde nublada fuera de la ventana. Pasé a su lado conteniendo la respiración, con la mochila apretada contra el pecho. Temía que cualquier movimiento brusco o algún sonido inesperado molestara al animal que ya estaba claramente alterado.

Busqué mi puesto en los asientos de atrás y me dejé caer contra el vinilo frío.

El motor rugió y el viaje comenzó.

Durante las cuatro horas de carretera, mis ojos se desviaron inevitablemente hacia la parte delantera del autobús. Veía la nuca de Damián, inmóvil. No sacó un libro. No sacó el celular. Simplemente se quedó mirando hacia el frente, rígido, como si estuviera haciendo guardia en lugar de viajando a casa.

Cuando llegamos a la terminal de nuestro pueblo, la marea de gente nos separó. Lo busqué instintivamente con la mirada entre las maletas y los abrazos de reencuentro, pero se había esfumado. Damián tenía un talento especial para desaparecer.

Tomé un taxi a casa.

La casa estaba oscura. Mis padres habían decidido pasar las vacaciones en Europa («Un viaje de negocios que se convirtió en placer», según el mensaje de texto de mi madre), así que me recibieron el silencio y las sábanas cubriendo los muebles.

Dejé las maletas en la entrada y caminé hacia el jardín trasero.

El agua de la piscina brillaba bajo la luz de la luna, quieta, perfecta.

Me senté en el borde, abrazando mis rodillas y encendí un cigarrillo, esperando que el humo creara distancia entre mis recuerdos y yo. Aquí fue donde Nate y yo recibimos clases de natación. Aquí fue donde Sophie y yo planeamos nuestro futuro universitario mientras tomábamos limonada rosa. Aquí fue donde Damián me encontró aquella noche, que ahora parece tan lejana, como el primer testigo de que mi burbuja —como él la llamaba— se acababa de reventar.

Todo el escenario seguía igual. La misma piscina, los mismos árboles, el mismo pueblo. Pero la actriz principal ya no se sabía el guion.

Me sentí como un fantasma rondando mi propia vida.

El jueves llegó con una presión en el pecho que confundí con hambre, pero que sabía que era pánico.

Hurgué mi ropa en busca de cualquier prenda que no se sintiera como un disfraz.

Busqué al fondo del armario. Encontré unos pantalones de tela oscuros, elegantes pero cómodos, y una blusa blanca de seda que tenía una caída suave.

Me paré frente al espejo de cuerpo entero.

Mi cabello estaba en esa fase incómoda, creciendo, perdiendo la forma afilada del *Bob* pero sin llegar a ser largo. Me pasé los dedos por las puntas.

—Es lo que hay —le dije a mi reflejo.

Bajé la mano de mi cabello y me miré a los ojos. No había rastro de Mia Wallace ni de la princesa que solía ser; solo quedaba una chica con una blusa de seda y una vía intravenosa invisible que todavía le pasaba la realidad gota a gota. Salí de casa y el aire del pueblo me olió a recuerdos que ya no quería tocar. Caminé hacia la casa de los padres de Nate sabiendo que, aunque la mesa estuviera llena, yo iba a cenar con el vacío que Damián me había dejado en la estación y que Nate no iba a saber cómo llenar.

La cena en casa de los Miller fue una tortura disfrazada de banquete. La casa olía a canela, pavo y expectativas. La madre de Nate me abrazó tan fuerte que casi me saca el aire.

—¡Mírate! —exclamó, tomándome la cara entre las manos —. Estás preciosa, Val. Un poco delgada, quizás, pero nada que mi pastel no arregle. Nate no ha dejado de hablar de que por fin recuperaron el juicio.

Forcé una sonrisa que me dolió en las mejillas.

—Gracias, Sra. Miller.

Me sentaron al lado de Nate. Él estaba radiante. Me servía vino, me pasaba el pan, me tomaba la mano sobre el mantel blanco cada cinco minutos.

—Por nosotros —susurró en mi oído, chocando su copa con la mía—. Y por que todo vuelva a la normalidad.

El cristal tintineó.

Ese sonido. Ese pequeño ***clinc*** fue lo que rompió el dique.

Miré a Nate. Miré a sus padres sonriendo con aprobación. Miré el plato de porcelana perfecto.

Normalidad.

Ellos esperaban que yo encogiera mis pies para que cupieran en los zapatos viejos. Es normal, no los juzgo, solemos querer aferrarnos a lo conocido. Pero para eso tendría que olvidar el dolor, la terapia, el miedo, la confusión.

Sentí que me ahogaba. El aire caliente de la casa, las risas, la mano de Nate sudorosa sobre la mía...

—Necesito aire —dije de golpe, poniéndome de pie tan rápido que la silla chilló contra el suelo.

—¿Val? ¿Estás bien? —preguntó Nate, preocupado.

—Sí, solo... un poco de aire.

Salí al porche delantero. El frío de noviembre me golpeó la cara, limpiando la neblina de la calefacción. Respiré hondo, una, dos, tres veces.

La puerta se abrió detrás de mí.

—¿Val?

Nate salió, cerrando la puerta tras de sí, amortiguando el ruido de la cena. Se acercó a mí con esa expresión de cachorro confundido que solía desarmarme.

Lo miré. Ahí estaba. Mi mejor amigo. Mi lugar seguro.

Y supe, con una certeza que me caló hasta los huesos, que, si me quedaba, lo odiaría. Lo odiaría por hacerme fingir, y me odiaría a mí misma por mentirle.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? ¿Fue la comida? Tengo pizza arriba, por si el pavo...

—No puedo hacer esto —dije. Mi voz salió firme, sin temblar. La luna era testigo de la disolución de una historia que ella misma vio nacer.

Nate se detuvo. Su sonrisa vaciló.

—¿Hacer qué? ¿La cena? Podemos irnos si quieres, podemos ir a ver una película... tengo El Imperio Contraataca, tu favorita...

—No, Nate. —Lo miré a los ojos—. No puedo hacer esto. Nosotros.

El silencio que siguió fue más pesado que doce años de historia.

—Pensé que me habías perdonado —dijo él, con la voz rota.

—Sí, te perdoné, Nate. Te lo juro. No es una cuestión de rencor o algo que tú puedas arreglar. Solo…

Busqué las palabras. Las palabras de Theo. Las palabras de mi propia alma.

—No eres tú. Soy yo —dijo— ¿es eso no? El cliché que vimos miles de veces cuando escogías tus películas románticas —. Sonrió con tristeza. Estaba usando el cliché más grande del mundo, pero sabiendo que por primera vez era cierto.

—Ya no quepo aquí, Nate —respondí, con pena.

—No, no eres la misma —acusó él, pero no con rabia. Con derrota— Has cambiado.

Lo miré. En sus ojos había rastros de dolor, pero sobre todo comprensión. Como cuando alguien finalmente acepta una verdad incómoda, dolorosa, pero necesaria.

Le ofrecí una ligera sonrisa. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Odiaba cómo últimamente eso parecía ser una constante.

—No. No lo soy. Y tú te mereces a alguien a quien no le aprieten los zapatos.

Me abracé a Nate como muchas veces antes. La diferencia era que antes buscaba refugio, pero ahora ya no necesitaba ir al búnker. Esta vez lo abracé como si estuviera abrazando a mi pasado para finalmente dejarlo ir, como debí hacerlo en la ceremonia de graduación.

Él me devolvió el abrazo, fuerte, desesperado por un segundo, y luego me soltó.

—Espero en un futuro poder encontrar un lugar en tu nueva vida —dijo, secándose una lágrima furiosa con el dorso de la mano.

Asentí.

—Solo necesito la oportunidad de crearla.

Nate sonrió. Una sonrisa genuina, triste pero real. La imagen que necesitaba llevarme como recuerdo de doce años de amistad.

—Cuídate, Val.

—Adiós, Nate.

Me di la vuelta y bajé los escalones del porche.

El frío de la noche calaba mis huesos, pero no me importó. Escuché la puerta de su casa cerrarse tras de mí con un clic suave.

Como si fuera un sonido hipnótico, sentí cómo de mis hombros se caía una tonelada de peso que no sabía que había estado cargando.

Caminé sola por la calle oscura de mi infancia. No tenía a Nate. No tenía padres en casa. No tenía plan.

Me senté sobre una acera, tomé mis pies y los despojé de sus zapatos. Estaba descalza sobre el asfalto frío. Y por primera vez en meses, podía respirar.

Una vez en casa tomé una taza de chocolate caliente, me puse unos pijamas y, con mis pies limpios, me envolví en el calor de mis sábanas. Encendí el computador. Y luego de mucho tiempo, me permití mirar mi película favorita, sin importar que fuera un romance irreal.

Dejé mi mente descansar viendo *Ten Things I Hate About You* hasta que me quedé dormida con los créditos finales.

Era la primera vez que estaba realmente sola. Con el corazón roto, sin sistema de apoyo y nada para distraerme de mi realidad. Ni alcohol, ni Damián.

Y se sentía... correcto.

CAPÍTULO 37

Valerie

Al día siguiente la presión de los finales empezaba a rondar en mi cabeza. Con el incidente del casi coma etílico pesando sobre mis hombros, debía tener un desempeño excepcional para quitarme la mirada del decanato de encima y quizás… Librarme de las tediosas sesiones con Theo.

Reí para mis adentros, la verdad, no estaban siendo tan tediosas. Y quién sabe, quizás estaban hasta funcionando de verdad. A juzgar por lo que había sucedido ayer, parece que Theo estaba haciendo bien su trabajo. Algo que jamás habría de admitirle a la cara.

Miré el reloj. Mi barriga rugía con furia.

Debes comer algo, Valeria.

Fruncí el ceño. Mi mente había adoptado esta irritante forma de comunicarme las cosas a las que sabía que aplicaría resistencia.

Mi teléfono sonó. Era Sophie. Sentí como el ánimo me subió, agradecida de que alguien pudiera sacarme de mi cabeza antes de que empezara a discutir con ella.

—¡Estoy afuera! —escuché la voz eléctrica de mi mejor amiga del otro lado de la línea. Abrí los ojos como plato y corrí con emoción a la entrada. Al vernos gritamos, como solíamos hacerlo cada vez que nos veíamos, así hubieran pasado menos de 24 horas.

Sólo que ahora, los gritos de emoción estaban justificados por una ausencia mucho más profunda.

—¡Me dijiste que no vendrías! —le reproché, feliz de que no hubiera sido cierto.

—¡Sorpresa perra! —respondió. Ambas reímos en un abrazo reconfortante.

—Tengo cosas que contarte —le dije. Sus ojos brillaron ante la mención de una buena taza de té.

—Yo también —respondió vivazmente— ¿almorzamos?

Fuimos a Nonna's, nuestro café de siempre en el centro del pueblo. El lugar olía a pan recién horneado y a café quemado, una mezcla que para nosotras olía a hogar.

Nos sentamos en la mesa de la esquina, la misma donde habíamos llorado por notas de exámenes y reído por chismes de la secundaria. Pero esta vez, la conversación tenía un peso diferente.

Pedimos dos cafés helados y una orden de papas fritas para compartir (nuestra dieta básica desde los quince años).

—Bien —dijo Sophie, clavando una papa frita en el kétchup como si fuera una lanza—. Habla. Tu mensaje de texto de anoche fue críptico y alarmante. «¿Se acabó?» ¿Qué significa eso?

Respiré hondo, jugando con la condensación de mi vaso.

—Significa que se acabó, Soph. De verdad. —Levanté la vista y la miré a los ojos—. No más autodestrucción. No más dramas. Ayer… decidí alejarme de Nate por completo.

Sophie soltó la papa frita. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, pero no vi sorpresa en ellos. Vi alivio.

—¿Definitivamente? ¿Sin «vamos a ver qué pasa»?

—Definitivamente. —Me recosté en la silla, sintiendo esa ligereza en los hombros otra vez—. Le dije que ya no era la misma. Le dije que mis zapatos viejos ya no me servían.

—¿Tus zapatos? —Sophie arqueó una ceja, confundida.

Le conté todo. Le hablé de las sesiones con Theo, de cómo me hizo ver que mi incomodidad no era falta de amor, sino falta de encaje. Le hablé de la metáfora de los zapatos y

las ampollas. Le hablé de cómo intenté fingir con Nate durante semanas, editándome, recortándome, hasta que sentí que me asfixiaba en mi propia piel.

—*Wow* —murmuró Sophie, sonriendo con orgullo—. Theo suena intenso. Y efectivo. Me gusta este Theo.

—Es irritante —corregí, aunque no pude evitar sonreír—. Pero tiene razón. No puedo caminar descalza para siempre, pero tampoco puedo ponerme los zapatos de Nate y mucho menos los del disfraz que creé para huir de él.

—¿Y Damián? —preguntó ella, bajando la voz, como si invocar su nombre pudiera hacerlo aparecer.

Mi sonrisa se desvaneció un poco.

—Damián es... un caso aparte. —Le conté sobre el incidente del libro en clase, su ataque de ansiedad, y cómo me ha estado ignorando sistemáticamente desde entonces. También le conté sobre el encuentro en la estación de autobuses y el viaje en silencio—. Está levantando muros, Soph. Muros enormes. Y creo que es porque yo vi algo que no debía ver.

—O él lo vio en ti —concluyó ella, como si guardara una pieza de información importante.

La miré confundida, sin entender muy bien a lo que se refería. Ella tomó su café inocentemente. Suspiré, a veces Sophie decía cosas sin sentido.

—Pero ya no me importa si me ignora o me odia —continué— Ya no estoy tratando de impresionarlo ni de pelear con él. Solo... espero que esté bien. Se veía realmente mal en el autobús.

Sophie me observó en silencio durante un momento, con esa mirada analítica que a veces me hacía sentir desnuda. Luego, extendió su mano sobre la mesa y apretó la mía.

—Estoy muy orgullosa de ti, Val. De verdad. Hace dos meses estabas colapsando en una fiesta por un mensaje de texto, considerando volver a los brazos de quien te lastimó y hoy estás aquí, eligiéndote a ti misma por encima de la comodidad. Eso es... enorme.

Sentí un nudo en la garganta.

—Gracias por no dejarme caer, Soph. Incluso cuando fui una idiota.

—Para eso estamos. —Apretó mi mano una última vez y luego se recostó, tomando un sorbo largo de su café.

Hubo un silencio cómodo. Pero noté algo. Sophie estaba removiendo el hielo de su vaso con el sorbete, una y otra vez. Un tic nervioso que no veía desde que esperaba los resultados de admisión a la universidad.

—Bien, ahora te toca —dije, señalándola con una papa frita—. Dijiste que tenías cosas que contarme. Y a juzgar por cómo estás torturando a ese pobre hielo, es algo grande.

Sophie se mordió el labio inferior. Un rubor suave subió por sus mejillas, algo totalmente inusual en la siempre compuesta Sophie.

—Sí... bueno. Es que... —vaciló, mirándome con cautela —. No te lo había dicho porque tú estabas pasando por el infierno con Nate y tu crisis existencial, y me parecía egoísta hablar de algo... bueno.

Me incliné hacia adelante, intrigada.

—¿Bueno? Soph, necesito «bueno» en mi vida desesperadamente. ¿Qué pasa?

Ella tomó aire.

—Estoy saliendo con alguien.

Parpadeé, sorprendida. Sophie no era de las que tenían citas casuales. Ella era exigente, centrada, casi inalcanzable.

—¿Alguien? ¿Quién? ¿Es de tu facultad?

—No. Es de Arquitectura. Se llama Les... —Una sonrisa tímida, casi tonta, se dibujó en su rostro—. Nos conocimos en la biblioteca hace dos meses. Me ayudó a encontrar un libro de arte que estaba mal archivado y... bueno, una cosa llevó a la otra.

—¿Dos meses? —exclamé, fingiendo indignación—. ¿Sophie, estás con alguien desde hace dos meses y no me dijiste?

—¡No es oficial! —se apresuró a aclarar, aunque su sonrisa la delataba—. Pero... vamos en serio. Es increíble, Val. Es una persona tranquila, inteligente, le gusta escuchar mis divagaciones sobre arte... Y cocina.

La miré. Realmente la miré.

Estaba radiante. Había un brillo en sus ojos que no había notado porque estaba demasiado ocupada mirándome el ombligo y lamiéndome mis propias heridas.

Me sentí una pésima amiga por un segundo, pero luego, esa sensación fue reemplazada por una alegría genuina.

—Enséñame una foto. Ahora mismo.

Sophie sacó su teléfono con manos temblorosas y me mostró una foto en Instagram. Les era hermosa. Tenía el cabello desordenado en rulos, gafas de pasta y una sonrisa amable. En la foto, ambas estaban comiendo helado, y Sophie se veía... feliz. Relajada.

—Soph... —dije, devolviéndole el teléfono—. Se ven increíbles.

—¿No estás molesta? —preguntó ella, con un hilo de voz —. Por no contarte.

—¿Molesta? —Me reí, negando con la cabeza—. Sophie, estoy feliz de que al menos una de nosotras tenga una vida amorosa funcional. Me encanta Les, y ni siquiera la conozco. Me encanta que te haga sonreír así.

Sophie soltó el aire que contenía y su sonrisa se ensanchó.

—Gracias, Val. Moría por contarte. Era horrible tener algo tan bonito y sentir que tenía que esconderlo.

—Se acabaron los secretos —prometí, levantando mi vaso de café para un brindis improvisado—. Por Les. Y por los zapatos que funcionan.

—Por los zapatos cómodos que sé que encontrarás —dijo Soph, chocando su vaso con el mío.

Nos quedamos allí un rato más, riendo y hablando de Les, de Nate, de Theo y de la vida y salimos de Nonna’s caminando bajo un sol que empezaba a esconderse, pero esta vez el

atardecer no se sentía como el final de algo, sino como un respiro. Sophie iba a mi lado, hablando de cualquier tontería, y por primera vez en meses, no tuve que editar mi risa ni morder mi lengua.

Nate seguía en mi agenda y Damián seguía siendo un muro de silencios en la universidad, pero mientras apretaba la mano de mi mejor amiga, entendí que Theo tenía razón: caminar descalza dolía al principio, pero era la única forma de sentir que el suelo que pisaba era, finalmente, el mío.

CAPÍTULO 38

Nathan

Todo estaba listo. Revisé la lista mental por quinta vez. La pizza de pepperoni sin bordes (porque odiaba la masa seca). Check. La maratón de películas de Star Wars cargada en el proyector (aunque ella siempre se quejaba de los Ewoks, sabía que le encantaba acurrucarse mientras yo explicaba las batallas). Check. El control de la consola cargado para cuando se aburriera de las películas y quisiera que le diera una paliza en Mario Kart. Check.

Miré la habitación. Estaba igual que siempre. Los *posters*, la cama deshecha «estratégicamente», la iluminación tenue. Era una cápsula del tiempo. Era nuestro santuario.

—Esta noche —me dije a mí mismo, ajustándome la camisa frente al espejo—. Esta noche será especial.

Había pasado semanas en el purgatorio. Semanas de intentar reparar el daño que le hice, de verla caminar con esa nueva frialdad que no reconocía. Pero Valerie había vuelto a casa. Y «casa» significaba nosotros.

Mi madre gritó desde la cocina:

—¡Nate! ¡Valerie ya llegó! ¡Baja a recibirla!

Bajé las escaleras de dos en dos, con esa energía nerviosa que solía tener antes de los momentos importantes.

Cuando la vi en la entrada, sentí un alivio tan grande que casi me mareo. Ahí estaba. Llevaba unos pantalones oscuros y

una blusa de seda blanca que la hacía ver... diferente. Más adulta. Más seria. Pero era ella. Mi Val.

—¡Mírate! —decía mi madre, asfixiándola con un abrazo —. Estás preciosa, Val.

Valerie sonrió. Pero algo en su sonrisa me hizo frenar en seco. No le llegaba a los ojos. Era una sonrisa tensa, educada. La sonrisa que le das a un pariente lejano en Navidad, no a la persona que te ha visto crecer.

—Hola, Val —dije, acercándome.

—Hola, Nate.

Nos sentamos a cenar. Yo intenté llenar los silencios. Le serví vino. Le pasé el pan. Le tomé la mano sobre el mantel.

Su mano estaba fría. Y quieta. No me apretó de vuelta.

—Por nosotros —susurré, chocando mi copa con la suya —. Y por que todo vuelva a la normalidad.

Clinc.

El sonido fue agudo. Y en ese instante, vi cómo algo se rompía en su cara.

No fue rabia. Fue pánico.

Valerie miró alrededor de la mesa como si estuviera atrapada en una jaula. Miró a mis padres, miró el pavo perfecto, me miró a mí. Y por primera vez en toda la noche, vi a la verdadera Valerie.

Y no me gustó lo que vi.

Porque me estaba mirando como si yo fuera un extraño.

—Necesito aire —dijo de golpe, levantándose tan rápido que la silla chilló.

—¿Val? ¿Estás bien?

Salió casi corriendo.

Mis padres me miraron confundidos.

—Ve —dijo mi madre—. Seguro está abrumada por la universidad.

Salí tras ella. El aire frío de noviembre me golpeó.

Valerie estaba en el porche, de espaldas a mí, abrazándose a sí misma. Se veía pequeña y frágil bajo la luz de la luna, pero al mismo tiempo, extrañamente inalcanzable.

—¿Val? —pregunté, cerrando la puerta—. ¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? ¿Fue la comida? Tengo pizza arriba, por si el pavo...

Ella se giró. Y cuando sus ojos azules se encontraron con los míos, supe que la pizza se iba a enfriar.

—No puedo hacer esto —dijo. Su voz no temblaba. Era firme. Una sentencia.

Me detuve. Mi sonrisa se congeló.

—¿Hacer qué? ¿La cena? Podemos irnos si quieres, podemos ir a ver una película... tengo El Imperio Contraataca, tu favorita...

—No, Nate. —Me cortó. Su mirada era triste, pero decidida—. No puedo hacer esto. Nosotros.

El mundo se detuvo.

—Pensé que me habías perdonado —dije, y mi voz se rompió. Era la verdad. Había apostado todo a ese perdón.

—Sí te perdoné, Nate. Te lo juro. No es una cuestión de rencor o algo que tú puedas arreglar. Solo…

Buscó las palabras. Pero no hizo falta, había visto demasiadas veces esta escena en la pantalla.

—No eres tú. Soy yo —dije, completando la frase por ella —. Es eso, ¿no? El cliché que vimos miles de veces cuando escogías tus películas románticas.

—Ya no quepo aquí, Nate —me interrumpió, suavemente.

—No, no eres la misma —acusé. Fue un reflejo defensivo. Quería que se sintiera mal por cambiar—. Has cambiado.

Lo dije como si fuera un crimen.

Ella me miró. Y en sus ojos no vi culpa. Vi compasión.

—No. No lo soy. Y tú te mereces a alguien a quien no le aprieten los zapatos.

Se acercó y me abrazó.

Me tensé. Esperaba el abrazo de siempre: ella buscando refugio en mi pecho, yo protegiéndola del mundo. Pero este abrazo fue diferente.

No se estaba *apoyando* en mí. Se estaba *despidiendo.*

Me abrazó con fuerza, con cariño, con gratitud por los doce años que compartimos. Pero no había necesidad. No había dependencia.

Era el abrazo de una mujer que ya no necesita que la salven.

—Espero en un futuro poder encontrar un lugar en tu nueva vida —dije, secándome una lágrima que no sentí escapar con el dorso de la mano. No quería llorar, pero la pérdida era física.

Asintió contra mi hombro.

—Solo necesito la oportunidad de crearla.

Me separé de ella. La miré. Realmente la miré.

Llevaba la blusa de seda, los pantalones elegantes, el corte de pelo a medio crecer. Ya no era la chica con la que compartía auriculares en el autobús escolar. Esa chica se había quedado en el pasado, atrapada en los *posters* de mi habitación y en las películas que tenía preparadas arriba.

Yo me había quedado esperándola en el andén de la infancia. Y ella se había subido al tren.

Sonreí. Una sonrisa triste, pero real. Porque si la quería de verdad —y Dios sabe que la quería—, tenía que dejarla ir.

—Cuídate, Val.

—Adiós, Nate.

Se dio la vuelta y bajó los escalones.

Escuché sus pasos alejándose por la acera. Vi cómo su figura se hacía pequeña en la oscuridad, caminando sola, sin mirar atrás.

Entré a la casa. Subí a mi habitación.

La pizza estaba sobre el escritorio. El proyector parpadeaba con el menú de inicio de *Star Wars*. Los controles de la consola estaban alineados perfectamente.

Todo estaba listo para una noche perfecta con mi mejor amiga.

El problema era que esa chica ya no existía.

Me senté en la cama, rodeado de mis reliquias de la adolescencia, y apagué el proyector. La habitación quedó a

oscuras.

El silencio que siguió fue el más honesto de mi vida.

En ese momento, la vi de verdad. Vi el esfuerzo que estaba haciendo por no odiarme. Vi que mientras yo me había dedicado meses a planear cómo «recuperarla», ella se había dedicado meses a «construirse».

Yo estaba en el mismo punto de partida: el cobarde que le mintió en su cumpleaños para no perder su comodidad. Ella, en cambio, estaba a kilómetros de distancia. Me di cuenta, con una claridad amarga, de que le había estado haciendo *gaslighting* a su propia evolución.

Me había pasado años protegiéndola de monstruos imaginarios mientras yo era el que le impedía crecer. Si alguna vez quería volver a entrar en su vida, no podía ser como su salvador o su dueño. Tendría que aprender a ser un hombre que respeta el espacio que ella acababa de reclamar.

Cogí un trozo de pizza fría y le di un mordisco. Sabía a cartón.

—Adiós, Val —susurré a la oscuridad.

No se lo dije a ella, se lo dije a la niña que yo quería retener. Era hora de dejarla ser libre.

CAPÍTULO 39

Valerie

El sábado amaneció con ese cielo gris plomizo típico de finales de noviembre, amenazando con una nieve que nunca terminaba de caer.

Mi casa seguía vacía y silenciosa. Demasiado silenciosa. Después de la euforia de ayer con Sophie, el bajón de adrenalina me había dejado inquieta. Había intentado leer en la sala, pero el recuerdo de la cena con Nate seguía flotando en el ambiente como polvo en suspensión.

Necesitaba salir. Pero no a un lugar ruidoso. Necesitaba un lugar que oliera a tiempo detenido.

Me puse mi abrigo largo, una bufanda que casi me cubría la nariz y caminé hacia el centro del pueblo. Mis pies me llevaron automáticamente a *The Dusty Page*, la librería de segunda mano que había sido mi santuario durante la adolescencia.

Al empujar la puerta, el tintineo de la campanilla anunció mi llegada. El olor me golpeó de inmediato: papel viejo, vainilla y pegamento de encuadernar. Respiré hondo, sintiendo que mis pulmones se expandían por primera vez en el día.

El lugar estaba casi vacío, salvo por un par de señores mayores en la sección de Historia. Me dirigí directamente al fondo, a la sección de Clásicos y Filosofía, donde las estanterías eran tan altas que te hacían sentir en un laberinto.

Pasé los dedos por los lomos de los libros, disfrutando de la textura rugosa. Saqué una edición antigua de Cumbres Borrascosas, solo por el placer de ver la portada desgastada.

—Si vas a comprarlo, ten cuidado con la página cuarenta. Está a punto de soltarse.

La voz vino desde el otro lado de la estantería. O, mejor dicho, a través de ella, por un hueco donde faltaban varios libros.

Me congelé. Conocía esa voz. Era una voz que tenía grabada en el cerebro, usualmente diciendo cosas sarcásticas.

Me asomé por el hueco entre los libros.

Al otro lado, en el pasillo de Ciencia Ficción, estaba Damián.

Llevaba un delantal verde oscuro con el logo de la librería sobre su camiseta negra. Estaba subido a una pequeña escalera de mano, organizando una pila de libros con una destreza metódica.

Mi corazón dio un vuelco estúpido y violento.

—¿Damián? —pregunté, mi voz saliendo más aguda de lo que pretendía.

Él se detuvo. Bajó la mano que sostenía un libro de Isaac Asimov y me miró a través del espacio vacío en la estantería. Sus ojos oscuros no mostraron sorpresa, solo una resignación cansada.

—Dalton —saludó, bajándose de la escalera con un movimiento fluido.

Rodeé la estantería rápidamente para encontrarme con él cara a cara. Ahí estaba. A pesar de nuestros esfuerzos por permanecer fuera del camino del otro. El universo tenía un sentido del humor retorcido.

—No sabía que trabajabas aquí —dije, sintiéndome estúpida por decir lo obvio.

—Trabajo donde paguen —respondió él, secamente. Se limpió las manos en el delantal—. ¿Vienes a buscar lecturas ligeras o solo te escondes del frío?

Su tono era defensivo, pero no tenía el filo cortante de siempre. Se le notaba agotado. Las ojeras que le vi en el autobús seguían ahí, marcadas como moretones bajo sus ojos.

—Me escondo de mi casa —admití, sorprendiéndome por mi honestidad—. Está vacía. Mis padres están en Europa y... bueno, necesitaba ruido de libros.

Damián me observó un momento, evaluándome. Esperé el comentario sarcástico sobre mis «problemas de niña rica abandonada».

Pero no llegó.

—El ruido de libros es bueno —concedió. Se giró y siguió acomodando ejemplares en el estante inferior—. Es mejor que el silencio.

Me quedé parada allí, sin saber si irme o quedarme. La prudencia me decía que huyera. Pero la curiosidad (y esa extraña atracción gravitacional que sentía hacia él) me mantuvo anclada al suelo.

—Te vi en el autobús —solté, una forma desesperada de continuar la conversación.

Damián se tensó, pero no dejó de trabajar.

—Lo sé. Chocaste conmigo y rompiste mi pantalla. Bueno, terminaste de romperla.

—Lo siento por eso.

—Ya pasó.

Hubo un silencio. Pero no era incómodo como el de la clase de Neuronatomía. Era un silencio compartido, como si ambos estuviéramos demasiado cansados para levantar los escudos habituales.

—Finalmente me alejé de Nate —dije.

No sé por qué se lo dije. Damián se detuvo en seco. Se quedó inmóvil, con el lomo de un libro en la mano. Se giró para mirarme. Esta vez, su expresión era indescifrable.

—¿Cuándo? —preguntó.

—La noche de Acción de Gracias. En medio de la cena.

Él soltó una exhalación corta, casi una risa incrédula.

—Vaya momento escénico. Muy tú.

—No fue escénico. Fue... triste. Y necesario. —Me abracé a mí misma, sintiendo el frío del local—. Tenías razón, Damián. Sobre los clichés. Sobre intentar encajar en un molde que ya no sirve.

Damián me miró fijamente. Sus ojos recorrieron mi cara, buscando rastro de mentira o de drama. Pero yo estaba ahí parada, sin maquillaje, con el pelo revuelto por la bufanda y con la verdad en la boca.

—Yo no quería tener razón, Valeria —dijo suavemente. Fue la primera vez que usó mi nombre de esa forma sin que sonara a insulto.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura.

—Lo sé. Pero la tenías.

Él negó con la cabeza y volvió a su tarea, pero sus movimientos eran más lentos ahora.

—¿Y ahora qué? —preguntó sin mirarme—. ¿Vas a buscarte otro accesorio para llenar el hueco?

La pregunta dolió, pero entendí de dónde venía. Era su perro guardián ladrando por costumbre.

—No —respondí con firmeza—. Ahora voy a aprender a estar sola.

Damián se detuvo otra vez. Me miró por encima del hombro. Había un brillo nuevo en sus ojos, ese que aparecía cuando iba a rematarme con un comentario fatal.

—¿Fuiste a terapia acaso? —murmuró. Yo reí para mis adentros, haciendo una sonrisa con los labios y dejando que la risa escapara como aire por la nariz. Él me miró, igualmente divertido.

Metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó una llave pequeña.

—El baño de empleados está al fondo a la derecha —dijo, cambiándome el tema bruscamente—. Si te vas a quedar aquí escondida todo el día, vas a necesitar saber dónde está. Y no dejes que el dueño te vea sin comprar nada, es un gruñón.

Me lanzó la llave. La atrapé en el aire, sorprendida.

—Gracias —murmuré.

—No me des las gracias —dijo, volviendo a sus libros—. Solo asegúrate de cerrar bien la puerta. Y Dalton...

—¿Sí?

Se giró una última vez. Su mirada fue intensa, y llegó directa al centro de mi pecho.

—Cumbres Borrascosas es una elección terrible si quieres paz mental. Llévate a Hermann Hesse. Está en el pasillo tres.

Y con eso, tomó su escalera y se fue al otro extremo de la librería, dejándome sola con una llave en la mano y la extraña sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, alguien me había dado permiso para quedarme.

CAPÍTULO 40

Damián

La estación de autobuses era un caos de ruido y gente, pero por primera vez en semanas, el bullicio no me puso los nervios de punta. Al contrario, sonaba a promesa.

Aferré mi boleto con fuerza, sintiendo una especie de ansiedad eléctrica en el estómago. No era la ansiedad del pánico, esa que me cerraba la garganta en medio de una clase. Era la ansiedad de un niño que cuenta los minutos para el recreo.

Solo cuatro horas, me repetí como un mantra. Cuatro horas y se acabó el modo supervivencia.

Necesitaba ir a casa. Necesitaba a mi mamá. Necesitaba ver a Leo.

Me había convencido a mí mismo de que la Universidad, con sus edificios de ladrillo frío y sus estudiantes privilegiados, era la causa de mis pesadillas. La lógica era simple y seductora: si salía de ese ambiente hostil y volvía a mi refugio, los síntomas desaparecerían.

Mi casa era zona neutral. Mi casa era el lugar donde las sombras no entraban.

El choque con Valerie en la fila fue un contratiempo menor. Verla ahí, con sus ojos azules llenos de culpa por romper mi pantalla, me pareció casi irrelevante.

—Toma… Lo siento —balbuceó ella.

—Gracias —dije, cortante. No por crueldad, sino por impaciencia. Yo sólo tenía una misión: subir a ese autobús y dejar atrás al Damián roto.

Cuando el motor rugió y el vehículo se puso en marcha, cerré los ojos y sonreí. Sentí cómo mis músculos, tensos desde hacía meses, empezaban a aflojarse.

Ya voy, ma.

Me pasé el viaje imaginando la llegada. Visualicé la cocina llena de vapor. Visualicé a Marianne saltando sobre mí para mostrarme algún dibujo o un videojuego nuevo. Imaginé, con una nitidez dolorosa, lo que sería dormir en mi cama vieja, con las sábanas que olían a detergente de lavanda, y dormir ocho horas seguidas sin soñar con barro.

Llegar a casa sería la cura. Tenía que serlo.

Cuando el taxi me dejó frente a la pequeña casa adosada, sentí que podía respirar por primera vez desde agosto.

Abrí la puerta y el olor me golpeó. Cilantro, comino y calor de hogar.

—¡Damián!

Mi mamá salió de la cocina secándose las manos y su cara se iluminó como si hubiera visto un milagro.

—¡Llegaste! —Corrió hacia mí y me abrazó.

Me dejé caer en ese abrazo. Enterré la cara en su pelo, que olía a cocina y a mamá, y sentí que una compuerta se abría en mi pecho. Estoy a salvo. Aquí no pasa nada malo. Aquí soy solo Damián.

—Estás muy flaco, mijo —me regañó ella, pero me besó las mejillas con sonoridad—. Pero no importa, ya llegaste. Te hice arepas.

—¡Damián!

Marianne bajó las escaleras como un terremoto.

—¡Enana! —La atrapé en el aire y le revolví el pelo.

Se reía a carcajadas, esa risa limpia y sin preocupaciones que yo atesoraba como oro. La miré, esperando sentir esa paz absoluta que había imaginado en el autobús.

Pero entonces, Marianne se apartó para mirarme y algo en mi cerebro hizo clic.

Había crecido. Ya no era una niña pequeña. Sus hombros se estaban ensanchando. Su cara estaba perdiendo la redondez de la infancia.

Tenía diez años.

La sonrisa se me congeló un milímetro.

Diez años. La misma edad que yo tenía cuando papá nos dijo que teníamos que irnos. La misma edad que yo tenía cuando aprendí a diferenciar el sonido de un animal del sonido de un hombre armado en la selva. Mi mamá supo que estaba embarazada de Marianne apenas un mes después de haber llegado a Estados Unidos.

Miré sus manos. Estaban limpias. Sostenía un control de consola, no una botella de agua racionada.

—¿Estás bien? —preguntó Marianne, ladeando la cabeza.

Sacudí la cabeza, espantando la sombra.

—Sí. Solo... estoy cansado del viaje. —Forcé una sonrisa —. Muéstrame ese juego nuevo.

Todo está bien, me dije mentirosamente. Estás en casa. No pienses en eso.

Pero la magia se había roto. La «cura» no estaba funcionando.

Durante la cena, la sensación de seguridad que tanto anhelaba se transformó en una trampa claustrofóbica.

Leo había llegado de su turno en el trabajo y ya estaba en la mesa con nosotros. Mi mamá servía comida como si quisiera llenar no solo nuestros estómagos, sino todos los vacíos de nuestra vida. Hablaba rápido, contando chismes del vecindario, tratando de llenar el silencio.

Pero el silencio tenía nombre y apellido. Y tenía una silla vacía en la cabecera de la mesa.

Yo intentaba comer. Intentaba ser el hijo agradecido y feliz que había vuelto de la gran universidad. Pero cada vez que miraba a mi mamá, veía las arrugas nuevas alrededor de sus ojos. Veía lo duro que trabajaba para sacarnos adelante.

Y cada vez que miraba a Marianne, veía al niño que yo nunca pude ser. Y me odiaba por sentir envidia de mi propia hermana.

—Tu papá habría estado tan orgulloso —dijo mi mamá, con la voz suave, mirando mi plato vacío—. Siempre supo que llegarías lejos.

El aire salió de la habitación.

La imagen me asaltó sin permiso. No el recuerdo heroico que mi mamá guardaba, sino el recuerdo real. Estaba a la orilla de un río crecido. Vi la mano de mi padre soltándose de la mía. Pero esta vez, el recuerdo trajo algo nuevo, un fragmento que mi mente de diez años había bloqueado para no morir de pena. Mi papá pálido, sudando fiebre, empujándome hacia adelante.

Recordé su voz. No gritaba por ayuda. Me estaba diciendo: *No mires atrás, Damián. Sigue a Leo. No mires atrás.*

La comida se convirtió en ceniza en mi boca.

Mi corazón empezó a martillear***. Bum, bum, bum.*** Como pasos en el lodo.

—¿Hijo? —Mi mamá me tocó la mano.

El contacto me hizo saltar. Retiré la mano bruscamente, tirando el vaso de agua. El líquido se derramó sobre el mantel, oscuro y rápido.

Como el río.

—¡Lo siento! —Grité, poniéndome de pie. La silla rasgó el piso.

Leo me miró con los ojos muy abiertos, asustado. Marianne me miraba en silencio sin entender qué estaba pasando. Mi mamá se llevó las manos a la boca.

—Damián, tranquilo, es solo agua… —dijo Leo.

—No, no es solo agua —jadeé, sintiendo que las paredes se cerraban sobre mí—. No puedo... tengo que salir.

—Hijo por favor, déjame… —mamá intentó decir algo, pero la sensación era insoportable.

—¡Necesito aire!

Salí corriendo. Hui de la comida caliente, del amor de mi madre y de la inocencia de mi hermana. Hui del lugar que se

suponía que iba a curarme.

Terminé en la calle, temblando de frío, con las lágrimas congelándoseme en la cara.

El santuario se desmoronó. Me di cuenta, con un terror frío, de que no podía escapar. Había cruzado medio estado pensando que dejaba los fantasmas en la biblioteca de la universidad, pero resulta que los fantasmas vivían aquí, en las paredes, en la silla vacía, en la cara de mis hermanos.

Me sentí más roto que nunca. Porque si ni siquiera mi casa podía arreglarme, entonces estaba verdaderamente jodido.

Saqué un cigarrillo con manos que temblaban de forma incontrolable. Me recosté contra la pared, odiando la debilidad, odiando que estar en el lugar «seguro» hubiera abierto la compuerta que tanto me esforcé por cerrar.

Miré hacia la ventana de la cocina. Los vi a los tres a través del cristal. Se veían pequeños, frágiles. Y yo, por primera vez, no estaba seguro de si estaba vivo o si una parte de mí se había quedado enterrada bajo las hojas de esa selva, esperando que alguien volviera a buscarla.

Saqué el teléfono con manos torpes. Necesitaba un lugar donde no hubiera recuerdos. Un lugar muerto. Un lugar lleno de historias de otras personas para no tener que pensar en la mía.

Marqué el número de la librería.

—Sr. Abernathy... soy Damián, Damián Vargas. Voy a trabajar mañana. Sí. Todo el fin de semana.

Llegué a la librería el sábado no por dinero, sino por supervivencia. Necesitaba que el olor a papel viejo asfixiara el olor a cilantro de la cocina de mi madre.

Cuando vi a Valerie aparecer entre las estanterías, no vi a la «niña rica» que solía odiar; vi a otra persona intentando esconderse de sus propios fantasmas. Por eso le di la llave. No por amabilidad, sino por reconocimiento. Ella huía de su casa vacía; yo huía de la mía que estaba demasiado llena de ecos.

Le recomendé a Hesse porque su libro 'Demian' dice que uno no nace, sino que se hace a través del dolor, y en ese momento, rodeado de libros y con el frío de la calle aún en los huesos, ella y yo éramos lo único real en un pueblo que seguía fingiendo que Acción de Gracias era una fiesta feliz.

CAPÍTULO 41

Damián

El campus me recibió de vuelta con una bofetada de viento helado y esa humedad gris que se te mete en los huesos y te hace doler cicatrices que ni sabías que tenías. Ya no había modo de reposo. Solo había ruido.

Para evitar quedarme mirando el techo y pensando en cosas que no podía cambiar, me refugiaba en la biblioteca. Era el único lugar donde el silencio tenía sentido. Me senté en mi mesa habitual, escondido detrás de la sección de Referencia. Tenía tres libros abiertos formando una barricada.

Intenté concentrarme en los pares craneales, pero mi mente divagó hacia el fin de semana en la librería.

Me froté la cara con frustración.

Haberle dado esa llave fue un error táctico.

No paraba de pensar en lo que me dijo: *Voy a aprender a estar sola.*

En el momento, su confesión me pareció valiente, pero ahora, bajo la luz fría de la universidad, me sentía expuesto. Había reconocido su vacío porque se parecía demasiado al mío, y eso era peligroso.

Suspiré y subrayé una línea con demasiada fuerza, rasgando el papel.

Concéntrate, Vargas. La beca no se mantiene sola.

Levanté la vista y la vi.

Estaba tres mesas más allá, en diagonal a mí. Llevaba un suéter gigante de lana gris que parecía tragársela y el pelo recogido en un moño desordenado atravesado por un lápiz.

No había visto al *Golden Retriever*, Nate, en toda la semana, lo cual confirmaba que su separación iba en serio. Estaba sola.

Tenía un libro pequeño entre las manos. Por la portada ocre, supe que era Demian.

La observé leer. Vi cómo fruncía el ceño, cómo mordía la tapa de su bolígrafo, cómo pasaba las páginas con una urgencia casi hambrienta.

Ella levantó la vista de golpe, como si sintiera el peso de mi mirada.

Nuestros ojos se encontraron.

Mi instinto fue mirar a otro lado. Levantar el muro. Pero estaba cansado. Dios, estaba tan cansado. Así que solo sostuve la mirada unos segundos, sin sonreír, pero sin atacar. Ella hizo lo mismo. Fue un saludo silencioso. Un «Te veo. Estás jodido. Yo también. Sigamos estudiando».

Volví a mis apuntes.

El silencio de la biblioteca se volvió denso, como una manta pesada. El zumbido de la calefacción, el olor a papel viejo... mis párpados empezaron a pesar toneladas.

Solo cinco minutos, pensé, apoyando la frente sobre mis brazos cruzados encima del libro. *Solo descanso los ojos un momento y sigo.*

La oscuridad me tragó antes de que pudiera protestar.

Desperté de golpe.

Un libro cayó en alguna parte de la biblioteca y mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Me enderecé en la silla con el corazón martilleando contra las costillas, repitiendo el protocolo de seguridad de mi cerebro una vez más: busca la amenaza, busca la salida de emergencia, busca a tu hermano...

Suspiré, esperando que el episodio terminara. Concentrándome en las estanterías y los estudiantes zombis.

Respiré hondo, tratando de bajar las revoluciones de mi pulso. Me pasé la mano por el pelo, sintiéndome estúpido y vulnerable. Odiaba quedarme dormido en público. Era peligroso. Cualquiera podía...

Entonces lo olí.

Café. Recién hecho.

Bajé la vista. Justo al lado de mi codo, donde antes solo había apuntes desordenados, había un vaso de cartón humeante.

Lo miré con desconfianza, como si fuera una trampa. Lo acerqué a mi nariz. Café negro. Intenso. Sin azúcar ni jarabes ridículos de vainilla.

Levanté la vista rápidamente, escaneando la sala.

Valerie seguía en su mesa.

No me estaba mirando. Estaba escribiendo algo en su cuaderno con concentración absoluta. Pero junto a su mano, había un vaso de café idéntico al mío.

Sentí que algo se aflojaba en mi pecho. Un nudo que llevaba apretado todo el semestre.

No era caridad. No me había dejado una nota cursi ni se había quedado esperando a que despertara para recibir las gracias. Me había dejado gasolina para seguir peleando y me había dado espacio.

Tomé el vaso. El calor se filtró por mis dedos fríos. Le di un sorbo. Estaba perfecto. Fuerte, amargo, caliente.

Una sonrisa involuntaria, pequeña y oxidada, tiró de la comisura de mi boca.

Me levanté. Mis piernas estaban entumecidas, pero necesitaba estirarme. Agarré mis apuntes y caminé hacia su mesa.

Me detuve frente a ella.

Valerie levantó la vista. Tenía los ojos rojos de leer y ojeras que le hacían competencia a las mías, pero se veía... tranquila.

—Te vas a quemar las pestañas, Dalton —dije, mi voz ronca por el sueño.

Ella señaló mi pila de libros con el bolígrafo.

—Tú te desmayaste sobre el sistema nervioso central hace media hora. Pensé que estabas aprendiendo por ósmosis.

Solté una risa suave. Fue un sonido extraño en la biblioteca silenciosa.

Levanté mi vaso de café ligeramente.

—Gracias. —No añadí nada más. No hacía falta.

—No sé de qué hablas—dijo ella, dándole un sorbo a su café. Nuestras miradas cargadas de una complicidad que sabía que escondían mucho más que el gesto que intentaba negar.

Señalé el libro que tenía abierto sobre la mesa. Demian.

—¿Qué tal va? ¿Muy denso para alguien acostumbrada a Jane Austen?

Era una pequeña provocación, pero sin veneno.

Valerie cerró el libro, dejando el dedo dentro para marcar la página. Me miró con una intensidad que me recordó por qué solía ponerme nervioso.

—«El pájaro rompe el cascarón» —citó de memoria, su voz suave—. «El cascarón es el mundo. Quien quiera nacer, tiene que destruir un mundo».

Se quedó callada un segundo, evaluando mi reacción.

—Tú sabías que me gustaría esa parte —acusó, pero con una media sonrisa.

—Supuse que te sentirías identificada con la destrucción —admití, apoyándome en el borde de su mesa—. Considerando que acabas de dinamitar tu vida en Acción de Gracias.

—Fue más una demolición controlada —corrigió ella. Me miró como evaluando si continuar—. Es extraño —dijo finalmente—. Da miedo pensar que para ser libre tienes que romper todo lo que te protegía.

—Da miedo —concordé, mirando el vapor salir de mi vaso —. Pero la alternativa es asfixiarse ahí dentro.

Nos quedamos en silencio unos segundos. No era el silencio tenso de dos enemigos midiéndose. Era el silencio cómodo de dos estudiantes cansados en la semana de finales.

Vacilé un momento.

—¿Te importa si...? —Señalé la silla vacía frente a ella.

Valerie negó con la cabeza y movió su mochila del asiento.

—Si prometes no roncar, puedes quedarte.

—Yo no ronco —mentí, sentándome.

—Claro que sí. Sonabas como un oso con asma.

Me senté frente a ella, abrí mis apuntes y le di otro sorbo al café.

No hablamos mucho más esa noche. Ella siguió leyendo a Hesse y yo seguí memorizando nervios. Pero cada vez que levantaba la vista y la veía ahí, concentrada, con el ceño fruncido y el café en la mano, la biblioteca se sentía un poco menos fría. Y el sensor de alerta que estaba encendido en mi cabeza, decidió que no había ningún peligro.

Por primera vez en semanas, se apagó, y hubo silencio.

CAPÍTULO 42

Valerie

La semana de finales se convirtió en una borrachera de cafeína, resaltadores fluorescentes y pánico colectivo. Pero en medio del caos, la mesa del fondo de la biblioteca se transformó en el ojo del huracán.

Se convirtió en un ritual tácito.

Yo llegaba a las siete. Damián llegaba a las siete y diez. Él ponía su muralla de libros. Yo ponía mi caos de apuntes. A las diez, yo iba por café (negro para él, con leche de avena para mí). A la una de la mañana, él sacaba una barra de proteína extra de su mochila y la deslizaba hacia mi lado de la mesa sin decir una palabra, justo cuando mi estómago empezaba a rugir.

No hablábamos mucho. No hacía falta.

Era una extraña coreografía de supervivencia. Si yo empezaba a hiperventilar con las estadísticas, él daba un golpecito en la mesa con su bolígrafo hasta que yo levantaba la vista, me miraba con esa calma estoica suya y volvía a leer, recordándome que el mundo no se acababa. Si él empezaba a frotarse la rodilla (lo habíamos visto en clase la semana pasada: conductas de desplazamiento ante la ansiedad), yo hacía algún ruido tonto, como dejar caer un lápiz o estirar las piernas y patearlo «accidentalmente» por debajo de la mesa para traerlo de vuelta al presente.

La paz en nuestra mesa de la biblioteca era frágil, pero existía.

Damián leía sobre Neuroanatomía. Yo repasaba Teorías de la Personalidad. A veces, nuestras rodillas chocaban accidentalmente bajo la mesa y, en lugar de apartarse como si quemara, él simplemente reajustaba su postura sin dejar de leer.

Me confié. Ese fue mi error.

El jueves por la noche, el aire estaba viciado por el estrés y la calefacción excesiva. Damián llevaba una hora frotándose la rodilla derecha. Era un movimiento rítmico, obsesivo. Sus ojos estaban clavados en el libro, pero su mandíbula estaba tan tensa que podía ver el músculo saltar bajo la piel.

Bajé mi libro y lo miré con suavidad.

—¿Te duele? —pregunté en un susurro.

—¿Qué?

—La rodilla —señalé con la barbilla—. He notado que cuando te estresas, tiendes a focalizarte en la rodilla. ¿Es dolor somático o...?

El sonido de Damián cerrando su libro fue seco, como un hueso rompiéndose.

—Deja de hacer eso —dijo, con una voz baja y peligrosa. La calma estoica de la semana había desaparecido. En su lugar, había una frialdad defensiva que me hizo retroceder en mi silla.

—Solo pregunto. Estás ansioso y...

—No me analices —me cortó. Su voz era hielo puro—. No soy tu caso de estudio, Dalton. Y definitivamente no te he dado permiso para diagnosticarme.

—Solo intentaba ser amable, Damián. Somos compañeros de...

—De estudio —interrumpió él, inclinándose sobre la mesa —. Solo compartimos una mesa porque es conveniente. No somos amigos. No somos confidentes. Y no necesito que proyectes tu complejo de salvadora en mí.

Me quedé helada. La bofetada verbal me ardió más que si me hubiera pegado. Mi intento de empatía se estrelló contra su

muro de hormigón.

—Quédate en tu lado de la línea, Dalton. Es más seguro para los dos —dijo él, volviendo a abrir su libro sin mirarme.

Sentí que la ira me subía por el cuello.

—Vete al diablo —escupí, recogiendo mis cosas con movimientos bruscos—. Ojalá te duela tanto que no puedas caminar.

Salí de la biblioteca pisando fuerte, jurando que nunca más volvería a bajar la guardia con él.

El viernes por la tarde, salí de mi último examen sintiendo que mi cerebro se había convertido en papilla. El campus estaba cubierto de una capa fina de nieve sucia y el aire olía a libertad.

Una voz conocida llegó hacia mis oídos.

—¡La prisionera ha sido liberada! —gritó Sophie, corriendo para abrazarme.

Me reí, dejándome apretujar.

—Dime que aprobaste Psicología Social o Les tendrá que conducir de vuelta en silencio por el luto —bromeó ella, separándose para mirarme.

—Aprobé. O al menos convencí al profesor de que mi crisis nerviosa era parte de un experimento sociológico. Por cierto, ¿dónde está Les?

—Nos espera en el auto

—Son unas santas por venir a buscarme hasta aquí.

—Por favor, cualquier excusa es buena para un *road trip* con buena música y comida chatarra. —Sophie me miró con esa ceja arqueada que conocía bien—. Por cierto... he notado que tus reportes nocturnos han incluido un nombre particular repetidas veces.

Sentí que la sangre coloreaba mis orejas, y agradecí que el viento helado me diera una excusa para el color en mis mejillas.

—Créeme, no hay nada allí. Simplemente… coincidimos.

—Ajá. «Coinciden». —Sophie viró los ojos.

—Es solo un compañero de estudio —insistí—. Agradezco que la pesadilla haya terminado.

—Lo que tú digas. —dijo Soph— Vamos, busquemos tus maletas.

Me giré para ir a mi dormitorio con Sophie que ya iba unos cuantos pasos adelante.

—Dalton.

La voz me detuvo en seco.

Damián estaba recostado contra un árbol desnudo, a unos metros de distancia, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta negra y una mochila al hombro. Parecía que llevaba ahí un rato, mimetizándose con las sombras de la tarde invernal, observando la escena desde lejos.

Caminé hacia él.

—Vargas —dije, con desprecio, pero apenada de que hubiera escuchado las insinuaciones de Sophie— Pensé que ya estarías huyendo de la civilización.

—Mi bus a la estación sale en una hora —dijo, separándose del árbol—. Solo... quería devolverte esto.

Me tendió un libro. Era mi copia de Demian.

—Por mí puedes quedártelo —dije—. No me interesa recibir nada de tus manos.

Rodó sus ojos, sosteniendo el libro en sus manos.

—Tan dramática como siempre.

—Tan patán como siempre.

Nos miramos. Había una tensión extraña, habíamos pasado toda una semana en una calma agradable, pero ahora era como si ambos tuviéramos la necesidad de odiarnos a como dé lugar.

—¡Damián! —dijo Sophie acercándose hacia nosotros. Quería que me tragara la tierra, podía apostar todo mi fideicomiso a que había estado observando todo desde lejos.

Damián frunció el ceño, extrañado de oír la voz de Sophie llamar su nombre.

—Hola Sophie —respondió él cuando se acercó— lamento haber retenido a Valerie, solo estaba entregándole… —Damián

se rascó la cabeza.

—No me interesa, Damián… —dijo Sophie. Ambos la mirábamos con curiosidad— puedo disculparte si ayudas a Valerie con sus maletas… es más… Hagamos un trato. La ayudas con sus maletas y yo te doy un aventón a la ciudad. Vamos al mismo sitio todos ¿no? Nos dividimos la gasolina y ganamos todos —dijo entusiasta.

Damián y yo nos miramos. Vi la duda en sus ojos, la resistencia. No había ninguna razón lógica para que rechazara, excepto el hecho de que pasaría unas cuantas horas conmigo en un espacio reducido.

—¡Vamos! —alentó Sophie— se hace tarde.

Ni siquiera Damián podía resistirse a las órdenes de Sophie, así que, sorprendido por el poder de ese metro setenta con melena rubia, fuimos al dormitorio por mis maletas.

Sería un viaje… interesante.

CAPÍTULO 43

Valerie

El sedán de Les nos esperaba en el estacionamiento cercano al dormitorio.

—Bien... —dijo Sophie, con una sonrisa nerviosa al terminar de cargar las maletas—. Damián atrás, Val atrás. Les y yo al frente. Nadie se mata antes de llegar a la autopista, ¿trato?

Yo salté al asiento trasero derecho. Damián iba en el izquierdo. Entre nosotros, en el asiento central, había un espacio vacío de treinta centímetros que se sentía como un campo de fuerza magnética entre dos polos, que al estar tan cerca, se repelen.

—Muy bien, reglas del viaje —anunció Sophie, bajando el volumen de Taylor Swift—. El conductor elige la temperatura, el copiloto elige la música, y los de atrás... bueno, los de atrás se callan y disfrutan del paisaje.

Leslie me miró por el espejo retrovisor y me guiñó un ojo. Tenía una energía tranquila, como de agua mansa, que contrastaba perfectamente con el torbellino que era Sophie.

—Hola, Damián —dijo Les, con voz suave—. Soy Les. He oído mucho sobre ti. Bueno, sobre tu habilidad para intimidar profesores de psicología.

Damián, que había estado mirando por la ventana con los brazos cruzados como si estuviera calculando la velocidad de

escape para saltar del auto, se giró levemente. Me miró con curiosidad, yo quería que me tragara la tierra. Sophie me ofrecía una mirada de «lo siento» desde su asiento delantero.

—Espero que todo haya sido malo —respondió él, seco pero educado.

Les soltó una risa ligera.

—Digamos que «intenso». Gracias por ayudar con las maletas. Sophie tiene la teoría de que lleva piedras en lugar de ropa.

—Son libros —me defendí automáticamente.

—Son piedras —murmuró Damián por lo bajo.

Lo miré, indignada, pero vi la sombra de una sonrisa en la comisura de sus labios. Idiota.

—Y dime Damián, ¿cuántos años tienes? —preguntó Les. Mientras comenzaba a adentrarse en la carretera.

—Veinte —respondió él.

—¿Veinte? —preguntó Les extrañada— ¿repetiste un año?

Pude ver como Damián se tensaba ligeramente.

—No… es que… empecé un poco tarde —respondió él. Les notó la tensión en su voz, por lo que cambió de tema.

—¿Y tú Val? ¿Cómo te sientes después de haber terminado tus primeros *finals*?

Y así, entre conversaciones casuales y Sophie cantando a todo pulmón, el viaje comenzó.

Fue una tortura de cuatro horas.

Damián se mantuvo en su esquina, mirando el paisaje nevado pasar. Su presencia a mi lado era abrumadora. Sentía el calor de su brazo cerca del mío cada vez que el auto tomaba una curva. Olía a crema de afeitar y a ese aroma a café que se le había impregnado en la ropa después de una semana en la biblioteca, lo que me llenaba de una intensa rabia con cada respiración. No podía sacármelo de la cabeza.

Miré de reojo.

Damián había dejado de mirar por la ventana. Tenía la cabeza apoyada contra el cristal, vibrando con el movimiento del auto. Sus ojos estaban cerrados. Sus pestañas, largas y

oscuras, descansaban sobre sus pómulos marcados y sus pecas reposando cada una en su lugar de siempre. Las manos, que usualmente tenía en puños o aferrando algo, estaban relajadas sobre sus muslos.

Se había dormido.

Su cabeza rebotaba contra el vidrio de la ventana con cada bache*. Toc. Toc.*

Lo miré con resentimiento. Cada milímetro de su ridícula estructura ósea. Se veía agotado. Parte de mí, la parte estúpida y blanda, sintió el impulso de despertarlo o ponerle algo para que no se golpeara.

Recordé su voz en la biblioteca: *Métete en tus malditos asuntos*.

Me crucé de brazos y miré hacia el frente. *Que se rompa la cabeza,* pensé con amargura. No es mi problema.

Cuando empezamos a ver los letreros de nuestra ciudad, Damián se removió. Parpadeó, desorientado, y se enderezó de golpe, recuperando su postura rígida en un segundo. Me miró, luego miró por la ventana, dándose cuenta de dónde estábamos.

—Me dormí —dijo, con voz ronca. Parecía molesto consigo mismo.

—Ni lo noté —dije indiferente.

Él me miró. *No te creo.* Decían sus ojos. Y los devolvió a la ventana.

—Justo en la casa con el pesebre afuera —Le avisó a Les. Un contraste interesante con el resto de las casas que tenían muñecos inflables San Nicolás o un trineo con renos en el tejado.

El auto se detuvo. El aire frío de diciembre entró de golpe cuando Damián abrió la puerta.

Se bajó y sacó su mochila del maletero.

—Gracias por el aventón —le dijo a Les.

Luego se giró hacia mi ventanilla. Yo no la bajé. Lo miré a través del vidrio sucio, sosteniéndole la mirada con desafío.

Él vaciló un segundo. Sacó el libro de Demian de su chaqueta —mi libro— y me hizo una seña para que bajara el vidrio.

Lo hice, solo lo suficiente para que el libro pasara.

—Tuyo —dijo.

—Quédatelo. No lo quiero.

—Léelo, Dalton. —Me empujó el libro por la ranura hasta que tuve que agarrarlo—. A ver si aprendes algo sobre la gente real.

Y se fue.

Cerré la ventana mientras el auto arrancaba. Abrí el libro con furia, dispuesta a arrancarle las páginas, pero ni en mis peores arranques le haría eso a ningún libro. Lo cerré secamente.

—Imbécil —susurré.

La cena de Nochebuena fue un simulacro de felicidad. Mis padres comieron rápido, criticaron mi elección de carrera (*La psicología es para gente que no tiene el estómago para la medicina real*, dijo mi padre) y se fueron a dormir a las diez.

Me quedé sola en mi habitación, con el orgullo herido y el libro de Demian en las manos.

Lo había leído con furia. Buscando fallas. Buscando dónde Damián se equivocaba.

Llegué a la página 118. Había una frase subrayada con tinta negra, tan fuerte que casi rompía el papel.

«Cuando odiamos a un hombre, odiamos en su imagen algo que llevamos en nosotros mismos. Lo que no está en nosotros mismos, no nos inquieta.»

Sentí que la sangre me hervía.

¿Él creía que yo lo odiaba porque me veía en él? ¿Creía que yo tenía su oscuridad, su resentimiento? ¡Qué arrogante!

Agarré mi teléfono. Marqué su nombre con rabia.

Yo: *Lo que no está en nosotros mismos, no nos inquieta. Qué conveniente. Es tu forma cobarde de decir que mi desprecio por ti es en realidad admiración secreta.*

Yo: *Te tengo noticias, Freud de descuento: Te detesto porque eres un patán que cree que el trauma le da derecho a tratar a la gente como basura. No hay nada de ti en mí. Nada.*

Envié los mensajes y tiré el teléfono, esperando el silencio.

Vibró a los treinta segundos.

Damián: *si no hubiera nada de mí en ti, habrías tirado el libro y borrado el número. Pero aquí estás. Escribiéndome en Nochebuena.*

Grité de frustración y agarré el teléfono de nuevo.

Yo: *Estoy escribiéndote para decirte que te equivocas. Y para que sepas que tu análisis psicológico barato vale menos que el papel en el que lo subrayaste.*

Damián: *Sigue diciéndote eso, Sinclair. Quizás si lo escribes en mayúsculas se vuelva verdad.*

Me detuve. Me había llamado Sinclair. El protagonista del libro. El que busca la verdad desesperadamente.

Yo: *No soy Sinclair. Y tú definitivamente no eres Demian.*

Damián: *No. Demian tenía las respuestas. Yo solo tengo preguntas y un primo de cinco años que acaba de vomitarme el zapato. Parece que se está volviendo costumbre.*

Parpadeé. Recordé la fiesta, su cercanía, mi vómito, nuestra pelea.

Yo: *Intenta no ser un patán, quizás con un niño puedes empezar a practicar.*

Damian: *Quizás puedo seguir destrozando tu debate psicológico como forma de canalizarlo ¿o no tienes la empatía suficiente para preocuparte por un niño de cinco años?*

Me recosté en la cama, con el corazón latiendo rápido. No era una charla de amigos. Era un duelo de esgrima. Y por primera vez en toda la noche, no me sentía sola ni aburrida. Me sentía desafiada.

Yo: *Límpiate el zapato, Vargas. Voy a destruir tus argumentos uno por uno.*

Y así pasamos la Nochebuena. Discutiendo. Peleando. Sin ceder ni un milímetro, pero sin dejar de escribir.

Bloqueé el teléfono por quinta vez en diez minutos, solo para verlo iluminarse de nuevo antes de que pudiera dejarlo en la mesa de noche. Damián no me estaba pidiendo perdón, ni yo a él; nos estábamos desollando vivos con citas de Hesse y sarcasmo barato, y, sin embargo, era la conversación más honesta que había tenido en años.

Sophie tenía a Les, mis padres tenían sus viajes, y yo... yo tenía a un chico patán con un zapato sucio y una mente brillante que se negaba a dejarme ganar. Miré el libro de 'Demian' sobre mis sábanas y entendí que Damián tenía razón en algo: lo que no está en nosotros mismos no nos inquieta. Y él me inquietaba tanto que me hacía temblar las manos.

Me dormí con el libro de Hesse bajo la almohada, sabiendo que mañana tendría que despertar y seguir fingiendo que el cascarón seguía intacto, cuando en realidad, los mensajes de un 'patán' lo habían dejado lleno de grietas.

CAPÍTULO 44

Valerie

La víspera de Año Nuevo llegó envuelta en seda rosa y expectativas asfixiantes.

Mi madre entró en mi habitación a las seis de la tarde, seguida por un estilista que no hablaba y dos asistentes que cargaban el vestido como si fuera una reliquia sagrada.

—Elie Saab, colección de primavera —anunció ella, tocando la tela con reverencia—. Tu padre movió cielo y tierra para conseguirlo. Por favor, intenta no parecer tan... tú.

—¿Tan yo? —pregunté, mirándola a través del espejo.

—Tan intensa. Tan trágica. —Ella suspiró, ajustándome un mechón de pelo—. Esta noche estarán los Vanderbilt y los Roth. Necesitamos que sonrías, Valerie. Que brilles. Tu padre está cerrando una fusión importante y la imagen lo es todo.

Me dejé vestir como una muñeca. El vestido era hermoso, no podía negarlo. El rosa viejo hacía que mi piel se viera de porcelana y mis ojos resaltaran, pero el corsé interior me apretaba las costillas, recordándome que la belleza siempre tiene un precio en oxígeno.

Bajé las escaleras. Mi padre me miró, asintió una vez —su máxima expresión de aprobación— y miró su reloj.

—El coche espera. No lleguemos tarde.

La recepción era un monumento al exceso. Candelabros de cristal del tamaño de coches pequeños, cascadas de champán y

una orquesta tocando valses que nadie escuchaba porque el ruido de las joyas y las risas falsas era ensordecedor.

Me pasé las dos primeras horas en piloto automático. Sonrisa. «Sí, la universidad es maravillosa». Sorbo de agua. «No, todavía no he decidido mi especialidad» (Mentira, pero decir 'Psicología' provocaba muecas de desdén). Sonrisa. «Claro, me encantaría bailar».

Me sentía como una impostora. Mientras giraba en la pista con el hijo de los Vanderbilt —un chico que sudaba en las manos y hablaba solo de criptomonedas—, mi mente estaba en la conversación de texto de anoche.

No soy Sinclair. Y tú definitivamente no eres Demian.

Damián Vargas, con su cinismo y sus zapatos vomitados, era más real que todas las personas en este salón juntas.

Necesitaba aire. O alcohol. O huir.

Me excusé con el Vanderbilt Jr. y me dirigí hacia la barra del fondo, buscando un vaso de agua con hielo para calmar la ansiedad que empezaba a trepar por mi garganta.

Había un grupo de hombres mayores cerca de la barra, riendo ruidosamente, con las caras rojas por el *whisky* caro. Uno de ellos, un socio de mi padre, gesticuló exageradamente y su codo golpeó la bandeja de un mesero que pasaba por detrás.

El estruendo de copas rotas cortó la música de la zona.

El líquido ámbar y los cristales se esparcieron por el suelo y mancharon los zapatos del hombre.

—¡Imbécil! —bramó el hombre, girándose hacia el mesero—. ¿No puedes hacer bien tu maldito trabajo?

El mesero se agachó inmediatamente.

—Lo siento, señor. Fue un accidente, permítame...

Se puso de rodillas para recoger los fragmentos grandes con las manos desnudas. Mi corazón se detuvo.

Conocía esa voz.

Conocía esa espalda tensa. Conocía la forma en que sus hombros se cerraban sobre sí mismos, como si esperara un golpe.

El hombre, prepotente, pateó levemente la mano del mesero.

—Malditos inmigrantes, ni para sostener una bandeja con decencia sirven —dijo con desprecio al grupo de señores que lo rodeaban. Todos rieron, como si el muchacho no existiera, como si no pudiera oírlos.

El mesero levantó la cara. Tenía la mandíbula apretada tan fuerte que parecía que se le iban a romper los dientes. Sus ojos eran oscuros, furiosos y humillados.

—Damián —el nombre se me escapó en un susurro horrorizado.

Nuestras miradas se cruzaron.

El tiempo se congeló.

Yo estaba allí, de pie, envuelta en miles de dólares de seda rosa, brillando bajo la luz de los candelabros. Él estaba de rodillas, con un uniforme barato de chaleco negro, recogiendo basura del suelo.

Vi cómo el color desaparecía de su cara. Vi la vergüenza quemarlo vivo. Y luego, vi el odio. Un odio puro, visceral, dirigido directamente hacia mí por ser testigo de esto.

El Maître llegó corriendo.

—¡Vargas! ¡A la cocina, ahora! ¡Desaparece de mi vista!

Damián se puso de pie de un salto. Tenía un corte en la mano por los cristales, un hilo de sangre roja bajando por su dedo. Me miró una última vez —una mirada que decía «Te odio por ver esto»— y se dio la vuelta, empujando las puertas de servicio con violencia.

No lo pensé. La lógica desapareció.

Me levanté la falda del vestido y corrí tras él.

—¡Valerie! —escuché la voz de mi madre en un susurro escandalizado, pero no me detuve.

Entré en el pasillo de servicio. El cambio fue brutal: del perfume y la música suave al olor a grasa, detergente y el ruido de platos chocando.

—¡Damián!

Lo vi al final del pasillo, cerca de la salida de emergencia. Se estaba arrancando el chaleco del uniforme como si tuviera fuego.

—Vete —dijo sin girarse. Su voz retumbó en las paredes de azulejos blancos.

—Damián, espera... estás sangrando.

Lo alcancé y traté de agarrarle el brazo.

Él se giró como un animal acorralado y se alejó de mí.

—No me toques —dijo, su voz oscura, tensa. Sus ojos estaban inyectados en sangre—. Vuelve a tu fiesta, Dalton. Vuelve a tu maldito baile de disfraces y déjame en paz —parecía que se iba a romper la mano por la manera en la que la apretaba para detener el flujo de sangre.

—Ese tipo fue el que te golpeó —dije, ignorando su hostilidad, temblando por la adrenalina—. No fue tu culpa. Puedo hablar con el gerente, mi padre conoce al dueño del hotel, él puede arreglarlo...

Damián soltó una risa seca, carente de humor.

—¿Arreglarlo? —Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio. Olía a sudor frío, a alcohol derramado y a una furia contenida—. Siempre intentando arreglar cosas, ¿verdad? Ves algo roto y tu instinto es meter las manos.

—¡Solo intento ayudar! —Grité, frustrada—. ¡Intento evitar que te despidan por algo injusto!

—¡No necesito tu ayuda! —Su grito resonó en el pasillo, por primera vez su máscara de indiferencia cayó sobre mis pies—. ¡No necesito que me salves, Valerie! Llevo cuidándome solo desde que tengo diez años. Sé manejar a un imbécil borracho y sé manejar a un jefe estúpido. Lo que no soporto es tenerte a ti ahí parada, mirándome.

—¿Mirándote? —pregunté, confundida por la intensidad de su rechazo.

—¡Sí! ¡Analizándome! —Se pasó la mano sana por el pelo, desesperado—. Como en la biblioteca. «¿Te duele la rodilla?», «¿Estás ansioso?». Siempre buscando el síntoma, siempre buscando la debilidad. Y ahora esto. Me ves de rodillas recogiendo cristales y te brillan los ojos porque pobrecito Damián, déjame rescatarlo.

—¡Eso no es justo! —repliqué, sintiendo las lágrimas de impotencia picarme en los ojos—. ¡No te estoy analizando! ¡Me preocupo por ti! ¡Es lo que hacen los amigos!

—¡No somos amigos! —cortó él, tajante—. Los amigos se cuentan cosas. Los amigos están al mismo nivel. Tú no quieres un amigo, quieres un paciente. Quieres sentirte bien contigo misma arreglando al chico trauma.

—Eres un idiota —susurré, con la voz quebrada. La acusación dolía porque tocaba mi inseguridad, pero sabía que no era verdad —. No quiero arreglarte. Te respeto. Te respeto más que a nadie en ese salón de baile. Por eso vine. Porque me importa una mierda la fiesta si tú estás aquí sangrando.

—Pues no debería importarte —dijo él, bajando la voz a un susurro ronco, peligroso—. No tienes idea de dónde te estás metiendo. Crees que puedes manejar mis problemas porque has leído un par de libros y tienes buenas notas, pero mi realidad no es una teoría, Dalton. Es sucia, es pesada y te va a arrastrar si te acercas demasiado.

—Deja de decidir por mí lo que puedo o no puedo manejar — di un paso hacia él, acortando la distancia, desafiándolo—. Deja de empujarme lejos solo porque tienes miedo de que alguien te vea de verdad.

Damián se quedó inmóvil. Su pecho subía y bajaba violentamente.

—No tengo miedo —mintió, pero sus ojos lo traicionaron. Había pánico en ellos. El pánico de estar expuesto.

—Sí lo tienes —insistí, suavemente—. Tienes terror a que alguien vea que no eres de piedra. Tienes terror a necesitar a alguien.

—Cállate —advirtió, pero no retrocedió.

—No me voy a callar. Y no me voy a ir. No eres un proyecto para mí, Damián. Eres...

Me quedé sin palabras. *Eres lo único real que tengo*.

Damián me miró. La furia en su rostro empezó a fracturarse. Ya no era el mesero humillado, ni el estudiante brillante. Era solo

un chico agotado de sostener el mundo solo, mirando a la única chica lo suficientemente terca para no dejarlo caer.

Su mirada bajó a mis labios. Su respiración se aceleró.

—No deberías estar aquí —dijo, con voz estrangulada, pero no se movió ni un centímetro. Estábamos tan cerca que nuestras respiraciones se mezclaban—. He sido un patán. Deberías correr lejos de mí.

—No quiero correr.

Algo se rompió en él. La contención, el muro de autosuficiencia, la lógica... todo colapsó ante la evidencia de que yo no me iba a mover.

Damián cerró la distancia que quedaba y estrelló su boca contra la mía.

El beso no fue dulce. No fue una declaración de amor. Fue una rendición.

Sus manos manchadas agarraron mi cara, sin importarle el maquillaje ni el precio del vestido. Me besó con desesperación, con rabia, como si quisiera callarme y consumirme al mismo tiempo, como si fuera la única forma de evitar que siguiera viendo dentro de él. Sus labios eran duros, exigentes. Sabía a sal y a guerra.

Me quedé quieta un segundo, aturdida por la violencia del contacto, pero luego mi propio instinto tomó el control. Mis manos subieron a su cuello, enredándose en su pelo, y le devolví el beso con la misma intensidad.

Era mi primer beso. Y no se sentía como mariposas. Se sentía como un incendio forestal. Se sentía como la respuesta a todas las preguntas que no nos habíamos hecho.

Nos besamos hasta que nos faltó el aire, alimentándonos de la frustración de todo el semestre, de cada barrera que él había levantado y que yo acababa de derribar.

Cuando se separó de mí, solo milímetros, ambos jadeábamos. Damián tenía los ojos negros, dilatados, vulnerables por primera vez. Apoyó su frente contra la mía, cerrando los ojos con fuerza.

—Mierda —susurró contra mi piel, como si acabara de cometer el peor error de su vida.

El sonido de la puerta de la cocina abriéndose nos hizo saltar.

—¡Vargas! ¿Dónde demonios estás?

Damián se separó de mí como si yo quemara. Me miró una última vez —una mezcla de terror y deseo que nunca había visto— y salió corriendo por la salida de emergencia, dejándome sola en el pasillo, con los labios hinchados y una mancha de sangre ajena en la seda rosa de mi vestido perfecto.

CAPÍTULO 45

Valerie

El estruendo de los fuegos artificiales todavía zumbaba en mis oídos, pero la cocina se había quedado en un silencio sepulcral. Mis labios ardían, marcados a fuego por la presión desesperada de los suyos.

Miré la puerta de emergencia por donde Damián había escapado. Mi primer impulso fue correr tras él. El segundo, mucho más amargo, fue llevarme el dorso de la mano a la boca y notar la mancha de sangre que había dejado en mi piel.

No me apartaré, le había dicho.

Me dejé caer en el suelo de la cocina, ignorando las miradas de los meseros que recogían los restos de la fiesta. Había prometido no huir, pero no contaba con que él fuera el primero en hacerlo.

Salí de la gala por la puerta de servicio, temblando no por el frío, sino por el shock térmico de mi propio cuerpo. Me envolví en mi abrigo hasta la nariz, cubriendo el vestido arruinado, y pedí un Uber con manos torpes. Mientras el coche avanzaba por las calles iluminadas, le envié un mensaje a mi madre: «Me sentí mal. Me fui a casa.»

Subí a mi habitación en silencio y me quité el vestido. Lo dejé caer al suelo, una pila de miles de dólares convertida en evidencia de un crimen emocional. Me toqué los labios frente al espejo. Estaban rojos, hinchados, sensibles al tacto.

Mierda, había susurrado él.

Mierda, pensé yo.

¿Cómo podía aprender a estar sola si mi mente estaba ahora encadenada a la imagen de un chico que me besaba como si fuera a morir y luego me abandonaba en una cocina?

Durante los tres días que quedaron de vacaciones, mi vida se redujo a mirar compulsivamente el teléfono. No hubo mensajes. No hubo un «lo siento». Solo el vacío.

Lo peor de todo era que, en el fondo, lo entendía. Sería estúpido pensar que un solo beso lo cambiaría todo.

Es verdad que mucho del cinismo con el que veía las cosas se había quedado en aquella enfermería, junto con la armadura que creía que me protegía. Pero había sobrevivido lo suficiente como para dejar de ser tan ingenua.

Damián necesitaba mucho más que un beso para sanar. Aunque no sabía exactamente qué demonios lo atormentaban, sabía que eran lo suficientemente grandes como para entender que yo no podía hacer otra cosa que acompañarlo en el proceso. Sin embargo, había quedado claro que él no quería mi compañía. Y por mucho que eso doliera, debía aceptarlo.

Nadie mejor que yo comprendía que hay infiernos que tenemos que atravesar por nuestra cuenta, rezando para salir vivos del otro lado.

Cerré los ojos y sentí de nuevo la presión desesperada de sus labios contra los míos. Pronto tendría que volver a verlo. Pronto tendría que fingir que sus manos no me habían sostenido la cara como si fuera lo único sagrado en su mundo.

El domingo por la mañana, mientras me resignaba al regreso inminente al campus y empezaba a cerrar mi maleta, mi corazón dio un vuelco violento.

Mi teléfono vibró en mi mano.

Damián: *Librería, pasillo 3. Te veo en 20 minutos*.

CAPÍTULO 46

Damián

Mis manos todavía temblaban. No era por el frío del pueblo, ni por la cafeína que había estado consumiendo como agua.

Era por la memoria muscular.

Cada vez que cerraba los ojos, sentía la seda de su vestido bajo mis dedos sucios. Sentía su boca, suave y exigente, respondiendo a mi rabia con una valentía que yo no merecía.

La besaste. La manchaste con tu sangre. Y luego corriste.

El aire frío me cortaba los pulmones, y lo agradecí. Necesitaba que algo me doliera más que el recuerdo de su boca.

Había cometido el error más básico: bajar la guardia. No porque no la quisiera, sino porque el deseo se sentía demasiado parecido a la debilidad.

Soy un cretino.

Sabía que dejarla allí, sola y confundida tras el beso, había sido cobarde de mi parte. Pero mi cuerpo reaccionaba de forma autónoma, como si hubiera detectado una emboscada en el lugar donde otros habrían encontrado un refugio. Nunca aprendí a ver la cercanía como un refugio. Para alguien como yo, dejar que otra persona viera a través de mis grietas era

como ponerle un arma cargada en la mano y rezar para que no tuviera curiosidad por apretar el gatillo.

Día tras día, daba vueltas en mi habitación, luchando contra mis propios pensamientos.

Una parte de mí quería simplemente olvidar que eso había pasado. Otra parte sabía que era imposible. Pero si de algo estaba seguro, era que Valerie se había plantado frente a mí, había dejado a un lado su chaleco antibalas, tomó mis manos sin importar que sostuvieran un revólver y lo apretó contra su propio pecho.

Podía decir que eso era lo más estúpido que había visto en mi vida, pero realmente, lo más estúpido fue lo que hice después. Nadie saca un arma si no va a usarla. Y yo no la usé.

Pude haberla destruido. Pude haber dicho cualquier porquería de las que solía decirle para alejarla y borrar cualquier rastro de empatía que pudiera sentir por mí. Pero el brillo en sus ojos, la profundidad que emanaban, la seriedad con la que me miraba jurando que no se movería… Le creí.

Aunque fuera solo por unos minutos, creí que podíamos manejar este desastre entre los dos. Pero la voz de mi jefe llamando mi nombre, mientras ella estaba allí vestida como una auténtica princesa, me devolvió a la realidad.

Yo no tenía lugar en su vida y no la arrastraría a ella a la mía.

Finalmente, el domingo por la mañana, después de escribir y borrar mil veces, le envié un mensaje:

Yo: *Librería, pasillo 3. Te veo en 20 minutos.*

Esperé cinco minutos. No hubo respuesta. Aun así, tomé mi abrigo, mis guantes y el poco valor que había reunido, y me dispuse a esperar en el pasillo.

Caminé entre los estantes una y otra vez, buscando nada, leyendo títulos sin entenderlos. Habían pasado exactamente veinte minutos cuando escuché la campanita de la tienda, casi vacía, sonar.

Como si hubieran presionado un interruptor para detener el tiempo, todo a mi alrededor se pausó. Mi respiración, mi

corazón, mis pasos. Cualquier rastro de actividad simplemente se congeló.

Escuché sus pasos acercándose a la estantería. No tenía que verla para saber que era ella. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca, mi olfato comprobó la verdad que mi intuición ya conocía.

—Damián —escuché su voz detrás de mí.

Sentí como todos los vellos de mi nuca se levantaban, como si fueran una antena tratando de captar una señal lejana.

Me giré hacia ella.

—Valeria —respondí.

La miré detenidamente. Cada cabello, cada curva de su rostro, de su cuello. Cada matiz de sus ojos azules. La punta de su nariz respingada. La forma de sus labios. Era como si me faltara el aire y solo ella pudiera entregármelo.

Su mirada no era evasiva, pero tampoco inquisitiva. Estaba allí, expectante, pero calmada, como si supiera lo que estaba a punto de pasar.

Vi cómo su pecho bajaba y subía en respiraciones profundas, lentas y controladas. Como si estuviera practicando ejercicios de respiración en ese mismo momento para no romperse.

No estaba a punto de hacer una declaración romántica y esperaba que ella lo entendiera. Solo necesitaba ser lo suficientemente valiente para asumir mis actos y lo suficientemente inteligente como para no permitir que siguiera pasando.

—Sobre Año Nuevo… —dije por fin, tratando de buscar las palabras correctas en medio del caos de mi mente—. Yo… no debí haber huido.

Terminé la frase soltando el aire que retenía.

Valerie no parpadeó. No hubo alivio en su rostro, ni esa sonrisa fácil que solía caracterizarla antes de convertirse en lo que era ahora.

—Debí haberme quedado, debí… —respiré profundo y negué con la cabeza. La verdad luchaba por salir a flote mientras la lógica buscaba editarla—. Mejor dicho, no debí…

—Vargas, no tienes nada que explicar —interrumpió ella, avergonzándome por mi neblina mental—. Fuiste un cobarde al huir. Pero el beso fue algo que no debió pasar.

Esas palabras convirtieron a mi corazón en un fénix en plena muerte, incendiado por completo para luego convertirse en cenizas frías.

Respiré hondo.

—Exacto, Dalton —respondí, poniéndome la máscara de nuevo—. Me alegra que lo entiendas.

—Lo que te dije en el pasillo… —comenzó ella, mirándome a los ojos—. No es mentira, Damián. Pero entiendo que no estés preparado para verlo. No es algo que se pueda forzar.

La miré fijamente. No me esperaba esas palabras. Esperaba un reclamo, un berrinche, un insulto, pero no me esperaba esta aceptación madura y dolorosa.

—¿Entonces…? —pregunté, sintiendo un vacío extraño en el estómago—. ¿Amigos?

Ella negó con la cabeza. Fue un movimiento suave, pero definitivo.

—Tú y yo jamás podríamos ser amigos.

La frase quedó flotando entre nosotros, una verdad absoluta.

—Cuídate, Damián.

Se giró para irse. Noté cómo se detenía, a punto de volverse a girar para decir algo más. Dudó un momento, su mano se cerró sobre la correa de su bolso, pero finalmente lo soltó:

—Theo es un poco irritante, pero es un buen profesional.

Y se fue.

Me quedé solo en el pasillo 3. Theo. El consejero universitario.

Solté una risa baja, amarga. Valerie. Pensar que el consejero universitario podría ayudarme solo mostraba lo lejos que estaba de realmente comprenderme. O quizás, mostraba lo desesperada que estaba por que alguien más me arreglara, ya que ella no podía.

La distancia era lo mejor. Siempre lo había sido.

En la tarde, mientras empacaba mi única mochila para volver a la universidad, encontré un pequeño hilo rosa de su vestido enganchado en el reloj de mi muñeca. Un resto de ella en mi realidad de acero.

Dudé. El teléfono pesaba en mi bolsillo. Quería escribirle. Quería decirle que no corriera, que el que estaba corriendo era yo. Quería decirle que no era cobardía, que era pánico. Quería decirle que su beso había sido lo único que me había hecho sentir vivo en años.

Pero en lugar de eso, arranqué el hilo y lo dejé caer en el cesto de la basura.

Durante el viaje de regreso, cerré los ojos para intentar dormir. El autobús olía a gasolina y humedad, pero en mi mente, el olor a su perfume floral se mezcló con el aroma fantasma de la tierra mojada.

Mañana volvería a ser el estudiante becado con el corazón de piedra.

Pero hoy... hoy sabía que la guerra ya la había perdido.

Valerie me había dejado claro que no podíamos ser amigos, y tenía razón; los amigos no se queman la piel con un beso en un pasillo sucio ni se buscan en los ojos del otro para encontrar sus propias heridas. Me hundí en el asiento, cerrando la mano sobre el reloj donde antes estaba su hilo, y entendí que mañana no solo empezaba un nuevo semestre, sino una nueva forma de silencio: uno donde ya no nos ignoraríamos por odio, sino por la absoluta imposibilidad de ser lo que el otro necesitaba.

CAPÍTULO 47

Valerie

El regreso al campus fue gris, a juego con el cielo de enero.

Louise parloteaba sobre sus vacaciones mientras deshacíamos las maletas en el dormitorio, pero su voz me sonaba lejana, como si estuviera escuchándola bajo el agua.

—¿Val? —Louise chasqueó los dedos frente a mi cara—. Te perdí. Estás mirando ese libro como si te debiera dinero.

Miré el ejemplar de Demian sobre mi escritorio. Lo había sacado de la maleta casi inconscientemente.

—No es nada —mentí, guardándolo en el cajón más profundo, donde no tuviera que ver su lomo ocre—. Solo cansancio post-vacaciones. Y *jet lag* emocional.

Louise me miró con sospecha, pero decidió no presionar.

Esa misma noche, mis pies me llevaron automáticamente a la biblioteca. Eran las siete de la tarde. Mi cuerpo conocía la rutina mejor que mi cerebro.

Caminé hacia el fondo, hacia nuestra mesa. Mi corazón latía con esa mezcla tóxica de esperanza y pánico que me revolvía el estómago.

La mesa estaba vacía.

No había muro de libros de neurociencia. No había olor a café negro. No había nadie frotándose la rodilla con ansiedad rítmica.

Entonces lo comprendí. El beso no existía aquí. Nuestras noches de estudio no existían aquí.

Por más que le hubiera prometido que no me apartaría, él había dejado claro que no me quería a su lado, y yo iba a

respetar esa decisión. Era el momento de cumplir mi promesa, pero la que me hice a mí misma. No más autodestrucción, no más desesperación. Prometí que no me apartaría, es verdad. Pero no prometí que me arrastraría.

Así que ideé un plan a prueba de balas. No por miedo; por pura autoconservación.

Memoricé los horarios de Damián Vargas con la precisión de un acosador, no para verlo, sino para evitarlo. Si él tenía clase en el Edificio A, yo estudiaba en el Edificio C. Si él comía a la una, yo comía a las dos.

Me volví experta en ser invisible.

Sin embargo, el campus era un pañuelo y coincidir era una fatalidad estadística. Hubo momentos —en la fila de la cafetería, en el cruce principal del patio, en las clases compartidas— donde nuestras órbitas colisionaban. En esos segundos, mi cuerpo se tensaba por instinto, una memoria muscular que quería buscar sus ojos, pero mi voluntad tomaba el mando.

Aprendí a mirar a través de él como si fuera de cristal. Aprendí a pasar por su lado sintiendo el calor de su brazo a centímetros del mío sin alterar el ritmo de mis pasos. No era indiferencia real, era una actuación digna de un Óscar; una coreografía silenciosa donde ambos fingíamos que el aire entre nosotros no estaba cargado de electricidad estática y palabras no dichas.

Me repetía a mí misma que estaba cumpliendo mi propósito de Año Nuevo: aprender a estar sola. Y estar sola implicaba no perseguir a hombres que huyen por salidas de emergencia dejándote con una mancha de sangre en un vestido de alta costura.

No quiero correr, le había dicho yo. Y él había corrido por los dos.

Para mi sorpresa, los días siguientes no fueron grises. Fueron de un color ocre suave, tranquilo, como la luz de media tarde.

Descubrí que haberle dicho adiós a Nate y la «Guerra Fría» que mantenía con Damián tenían un efecto secundario inesperado: me devolvieron mi tiempo. Ese espacio mental, que antes ocupaban los hombres de mi vida, quedó vacante.

Y decidí ocuparlo yo.

El primer miércoles de clases, en lugar de ir a la biblioteca a fingir que estudiaba mientras vigilaba la puerta, caminé hacia la tienda de arte del campus.

El olor a trementina, papel prensado y grafito me golpeó nada más entrar. Me recordó a cuando tenía doce años. Solía dibujar. Solía mancharme las manos de carboncillo y sentirme orgullosa de la suciedad.

Compré un cuaderno de bocetos de tapa dura y una caja de lápices de grafito de distintas durezas. No sabía qué iba a dibujar, pero el simple hecho de pagar por algo que no tenía ningún propósito académico ni social se sintió como un acto de rebeldía.

Me fui a una cafetería en el centro, una donde el café era malo pero la música era buena.

Me senté junto a la ventana. Abrí el cuaderno. La página en blanco no me asustó.

Empecé a trazar líneas. No dibujé a Damián. Me prohibí terminantemente dibujar sus ojos o su mandíbula. En su lugar, dibujé a la chica de la mesa de enfrente que leía con el ceño fruncido. Dibujé la forma en que la luz pegaba en las tazas de cerámica. Dibujé la arquitectura de la ventana.

Perdí la noción del tiempo.

Durante dos horas, no fui la ex amiga de Nate, ni la chica rechazada por el mesero, ni la estudiante de psicología estresada. Fui solo una mano conectada a un ojo.

Cuando cerré el cuaderno, tenía los dedos manchados de gris. Me miré la mano y sonreí. Esta mancha no dolía. Esta mancha era mía.

Ese fin de semana, la universidad quedó sepultada bajo una tormenta de nieve que canceló todos los planes sociales.

—Estamos atrapadas —anunció Louise, entrando a la habitación con una caja de pizza grasienta y una botella de vino barato que habíamos conseguido de contrabando—. La carretera está cortada y el wifi va lento. Es el apocalipsis.

—Es perfecto —dije, cerrando mi libro de texto—. Pon esa pizza aquí.

Convertimos el suelo de nuestro dormitorio en un campamento. Edredones, almohadas, la pizza en el centro como una fogata sagrada.

Louise se puso una mascarilla facial de carbón activado que la hacía parecer un mapache asesino. Yo me pinté las uñas de un color rojo oscuro que mi padre habría desaprobado por ser «demasiado agresivo».

—Entonces... —dijo Louise con la boca llena de queso—. Llevas dos semanas… tranquilas. ¿No hay nada que quieras contarme?

Sonreí.

—No hay nada que mencionar —dije, y por primera vez, sentí que era verdad—. He estado bien.

Louise me miró fijamente, con esa agudeza que escondía bajo su fachada de chica fiestera.

—¿Sabes qué? Te creo.

—¿Me crees?

—Sí. —Se limpió las manos en una servilleta—. Antes, cuando decías que estabas bien, sonabas como si estuvieras tratando de convencerte a ti misma. Tenías esa mirada de ciervo en la carretera. Pero ahora... ahora te ves sólida.

—¿Sólida?

—Sí. Como si te hubieras dado cuenta de que no hay que tenerle miedo a llevar el volante. —Louise levantó su vaso de plástico con vino—. Por Valerie Dalton. La versión 2.0. La que confía en su capacidad de manejar.

Chocamos los vasos.

—Por la versión… 3.0 —bromeé.

Nos reímos hasta que nos dolió el estómago. Vimos una película de terror malísima donde los protagonistas tomaban

las peores decisiones posibles y nos dedicamos a psicoanalizarlos a gritos a la pantalla.

—¡Es un trauma de apego evitativo! —gritó Louise cuando el asesino no mató a la protagonista porque le recordaba a su madre.

—¡No, es una proyección de su sombra junguiana! —repliqué yo, lanzándole una almohada.

En ese momento, tirada en el suelo, con la cara limpia y el estómago lleno, me di cuenta de algo importante.

No me sentía sola.

Durante años, le tuve terror a la soledad. Pensé que era un cuarto oscuro y frío. Pero resultó que la soledad, cuando la eliges, se parece mucho a esto: a dibujar en una cafetería sin prisa, a comer pizza con una amiga sin preocuparte por nada más, a dormir en diagonal en tu cama sabiendo que nadie te va a despertar.

La lluvia había parado y la casa que sentía que era de cartón se estaba empezando a sentir, por fin, hecha de ladrillo.

El lunes llegué a la oficina de Theo feliz, ansiosa por contarle mis avances, una sensación que antes no había experimentado. Era como si la resistencia a dejar las máscaras y los disfraces se estuviera diluyendo.

Me había dejado de asfixiar a mí misma y me estaba permitiendo conocer las nuevas partes de mi identidad: las que habían sobrevivido al alcohol, a la terapia, al adiós de Nate y a Damián.

—Estoy haciendo las paces conmigo misma —solté, luego de explicarle cómo había cortado los lazos con lo que me seguía atando al pasado—, tratando de encontrar ese punto medio entre el psicoanálisis y la terapia cognitivo-conductual.

Theo sonrió al recordar la metáfora con la que le había explicado mi crisis de identidad.

—Te veo… y sé que me estoy arriesgando aquí, Valerie, pero me atrevería a decir que… te veo feliz.

Dudé por un momento, pero asentí.

—Me preocupa.

Miré a Theo como si el que necesitara terapia psicológica fuera él.

—Me preocupa porque la felicidad es de las emociones menos problemáticas. No estoy diciendo que no lo sea, pero por lo general la gente suele llevarse mejor con la felicidad que con las demás emociones. Es deseada, buscada, perseguida. Y pareciera que tú la estuvieras alcanzando —se acercó hacia mí —. Eso es una gran victoria, Valerie, pero el problema nunca ha sido la felicidad… El problema es que no has sabido sentarte con las demás emociones.

Tragué grueso. Pero él siguió, implacable.

—Hasta ahora has vivido todas las emociones positivas que se asocian a los cierres de ciclo, al estar encontrándote a ti misma nuevamente… Pero esto no es un proceso lineal, ni unidimensional. Y por como dudaste cuando dije que te veía feliz, sé que hay algo que no me estás contando.

Puse los ojos en blanco. ¿Estaba haciendo un progreso y él quería que estuviera sufriendo?

—No me malentiendas, Valerie. No quiero que dejes de vivir tus victorias y celebrarlas. Solo quiero que mantengas los pies sobre la tierra y que estés preparada para cuando las emociones que no has sabido manejar lleguen. Porque van a llegar. Y cuando lo hagan quiero que te preguntes: ¿cómo reaccionaba la «vieja Valerie» ante esta emoción? ¿Cómo quería reaccionar la «nueva Valerie»? Y, por último, pero lo más importante: ¿cómo quiero reaccionar yo, hoy?

Lo miré fijamente. Odiaba que tuviera razón. Odiaba cuando me confrontaba, pero era por eso por lo que la terapia era tan efectiva.

—Has avanzado mucho, Valerie. Ya no eres la chica de diecisiete años que creía que estaba a salvo del dolor o la pérdida, ni la chica de dieciocho que fue traicionada y quería anestesiarse para no sentir dolor llamándolo crecimiento. Estás construyendo algo mucho más sólido, algo que no es reactivo, que no depende de lo que alguien más haga, sino de lo que tú quieres realmente.

Salí de la oficina de Theo con sus palabras rebotando en mi cabeza.

¿Cómo quiero reaccionar yo, hoy?

Era una buena pregunta. Una pregunta de adulto.

Caminé por el campus sintiendo el frío del aire en mis pulmones, un aire que ya no sabía a nicotina ni a mentiras ensayadas. Theo me había retado a sentarme con mis sombras, pero hoy, bajo este sol de invierno que no calentaba, pero sí iluminaba, prefería disfrutar del peso de mis pies sobre el pavimento.

Damián seguía siendo una variable sin despejar y Nate una nota al pie de página, pero mientras cruzaba el umbral hacia mi dormitorio, entendí que no estaba buscando una línea recta, sino el valor de seguir trazando el garabato sin miedo a romper el papel.

CAPÍTULO 48

Damián

El lunes en la facultad fue un ejercicio de contención. Caminé por los pasillos con la mandíbula tan apretada que me dolían los dientes, escaneando cada cabellera castaña o chaqueta de cuero con el pulso disparado. Pero Valerie no apareció. No en la cafetería, no en los pasillos comunes.

Era como si el beso hubiera sido un evento de una línea temporal distinta que se cerró al cruzar la puerta de emergencia del hotel.

Aun así, evitarla por completo en un campus de este tamaño era imposible. A veces la veía a lo lejos, saliendo de un edificio con Louise, riéndose de algo que yo no podía escuchar. Otras veces, el destino se burlaba de mí haciéndome caminar justo detrás de ella en las escaleras, obligándome a respirar la estela de su perfume.

En esos instantes, cruzarnos se convertía en un ejercicio de disciplina militar: mirada al frente, respiración contenida, puños dentro de los bolsillos. Ella nunca volteaba. Ni una sola vez.

Y aunque esa frialdad era exactamente lo que yo le había pedido, cada vez que sus ojos azules pasaban de largo sin reconocerme, sentía un corte limpio y profundo en el ego, confirmándome que Valerie Dalton vivía todo con intensidad, incluso cuando se trataba de olvidar.

Para el miércoles, mi ritmo cardíaco había vuelto a la normalidad.

La ausencia de Valerie tuvo un efecto narcótico. Sin la tensión de tenerla cerca, sin el miedo constante a que ella viera mis grietas, mi cuerpo empezó a destensarse. La rodilla me dolía menos. Dormía cinco horas seguidas en lugar de tres

Me dije a mí mismo que había tomado la decisión correcta. Mi vida era una ecuación de equilibrio precario, y Valerie era una variable demasiado volátil. Eliminarla de la fórmula había devuelto la estabilidad al sistema.

Las pesadillas y los *flashbacks* también se habían empezado a regular y comenzaba a sentir una especie de tregua.

Con esa nueva tranquilidad decidí hacer lo que mejor se me daba: estudiar. Pero esta vez, no estudié neuroanatomía ni metodología de la investigación.

Me fui a la biblioteca de Ciencias de la Salud. Me senté en un cubículo aislado, lejos de la mesa que solíamos compartir, y apilé tres manuales de psiquiatría clínica frente a mí.

Empecé a leer.

Busqué mis síntomas como quien busca un diagnóstico para un paciente extraño. Hipervigilancia constante. Check. Respuesta de sobresalto exagerada. Check. Evitación de estímulos asociados al trauma. Check. Alteraciones negativas en la cognición y el estado de ánimo. Check.

Pero había algo más. No era solo el Darién. Era la sensación de que mi personalidad entera se había deformado alrededor de la supervivencia. La desconfianza crónica. La sensación de ser «diferente» o «dañado» permanentemente.

Pasé la página y encontré un término que no habíamos cubierto en clase todavía: Trastorno de Estrés Postraumático Complejo (TEPT-C).

«A diferencia del TEPT simple, que suele derivar de un único evento traumático, el TEPT-C resulta de la exposición prolongada y repetida a traumas de los que la víctima no puede escapar, a menudo durante etapas de desarrollo...»

Leí la lista de síntomas asociados: Dificultad para regular emociones. Percepción negativa de uno mismo. Dificultades interpersonales.

Cerré el libro con suavidad.

Sentí un alivio extraño, casi frío. No estaba loco. No era un «monstruo» ni un «patán» por naturaleza. Era el resultado lógico de una serie de eventos biológicos y ambientales. Mi cerebro se había recableado para sobrevivir en una guerra que ya había terminado.

—Adaptación desadaptativa —murmuré, anotando el término en mi libreta.

El problema era que, según todos los manuales, la «fuerza de voluntad» no curaba el recableado neuronal. Había sugerencias de ejercicio físico para quemar el exceso de cortisol, técnicas de *grounding* y, en cada maldito párrafo, la misma recomendación: Terapia.

Terapia cognitivo-conductual. EMDR. Terapia de exposición.

Bufé. La terapia costaba dinero. La terapia requería tiempo. Y lo peor: la terapia requería hablar.

Decidí empezar por lo que era gratis: el ejercicio.

Empecé a correr. No para huir, sino para cansarme. Corría por el campus al amanecer, cuando la niebla todavía cubría los edificios de ladrillo. Corría hasta que los pulmones me ardían y las piernas me temblaban. Descubrí que, cuando estaba físicamente agotado, mi mente no tenía energía para rumiar sobre el pasado. Era una paz barata, pero funcionaba.

Dos semanas después, me sentía... funcional. Controlado.

Era un martes por la tarde. Había salido a correr y, sin planearlo realmente, mis pasos me llevaron hacia el edificio administrativo. Específicamente, hacia el ala donde estaba la oficina del consejero universitario.

Theo.

Valerie había dicho que era un buen profesional.

Me detuve cerca de una columna de piedra, recuperando el aliento. El sudor se me enfriaba en la nuca.

Solo iba a preguntar. Podía entrar, pedir un folleto, preguntar si el seguro de la beca cubría sesiones. No tenía que comprometerme a nada. Era solo... investigación de campo.

Di un paso hacia la entrada de cristal.

Entonces la vi.

Valerie venía caminando por el sendero opuesto.

Instintivamente, retrocedí y me oculté detrás de la columna. El movimiento fue tan rápido y fluido que me avergonzó. *Tanto leer sobre no evitar estímulos y aquí estás, escondiéndote como un niño.*

Me asomé con cuidado.

Valerie se veía diferente. Llevaba el pelo suelto, moviéndose con el viento. No caminaba con la cabeza gacha ni con esa prisa ansiosa que solía tener antes de Navidad. Caminaba tranquila, con un cuaderno de dibujo bajo el brazo.

Se detuvo frente a la puerta del edificio. Miró hacia arriba, respiró hondo y, sin dudarlo, empujó la puerta y entró.

Iba a ver a Theo.

Me quedé allí, apoyado contra la piedra fría, viendo la puerta cerrarse tras ella.

Ella estaba haciendo el trabajo. Mientras yo leía libros y corría para quemar mis demonios en silencio, ella estaba entrando en la boca del lobo para enfrentarlos.

Sentí una punzada de envidia tan aguda que me dolió el estómago. Y luego, una punzada de admiración que intenté sofocar de inmediato.

Ella estaba sanando.

Me alejé del edificio, trotando suavemente hacia mi dormitorio. No entré a ver a Theo. Todavía no. Mi orgullo seguía siendo más fuerte que mi necesidad. Pero mientras corría, la imagen de Valerie entrando por esa puerta se quedó grabada en mi mente.

Ella estaba avanzando. Y yo, por primera vez, empecé a sospechar que quedarme quieto en mi «estabilidad» no era una victoria. Era solo otra forma de estar atrapado.

Ese mismo martes, cuando entré a la clase de la Dra. Arispe, traté de hundirme en mi asiento, buscando ese anonimato que suele protegerme. Pero entonces, ella soltó la bomba: La Alianza Terapéutica Simulada.

—Vargas —llamó la doctora. Levanté la vista, sintiendo un presentimiento helado en la nuca—. Con Dalton.

El aire se escapó de mis pulmones. Miré hacia adelante. Solo veía la parte superior de su cabeza, pero juraría que pude sentir la onda de choque que recorrió su cuerpo al escuchar mi nombre.

Maldita sea. De todas las personas en esta universidad de privilegiados, el azar —o el sádico sentido del humor de Arispe — me encadenaba a la única persona de la que necesitaba huir para no desmoronarme. Intenté protestar, puse la excusa del trabajo, cualquier cosa para evitar sentarme frente a ella durante tres sesiones de cuarenta y cinco minutos donde el objetivo era, precisamente, derribar muros.

—Adáptese —sentenció Arispe.

Al salir, la vi. Me apoyé en la pared del pasillo, tratando de que mis manos no buscaran el bolsillo donde guardaba el teléfono, ese que no había usado en tres días para escribirle.

—Dalton —dije cuando pasó por mi lado. Mi voz sonó más dura de lo que pretendía, una respuesta automática al pánico de tenerla cerca.

Ella se detuvo. No me miró con la calidez de la cocina, ni con la vulnerabilidad de la enfermería. Me miró con una distancia gélida que me hizo querer golpearme la cabeza contra el muro. Había recuperado su máscara.

—Vargas.

Hablamos de negocios. Hablamos de reglas. Lugares neutros, nada personal, nada de dormitorios. Escuché cada palabra como si fuera una sentencia. Ella quería borrar lo que pasó. Quería que el beso fuera un error administrativo que no se menciona en el reporte final.

El jueves a las cinco de la tarde tendría que sentarme frente a ella en la Sala 4B. Tendría que ser su «terapeuta».

Tendría que escuchar sus mentiras y fingir que no conocía la verdad que latía bajo su piel. Iban a ser los 45 minutos más largos de mi vida.

CAPÍTULO 49

Valerie

Era martes por la tarde. Clase de Introducción a la Técnica Psicoterapéutica. Era la materia filtro del semestre, la que separaba a los que servían para escuchar problemas ajenos de los que solo querían psicoanalizarse a sí mismos.

La Dra. Arispe, una mujer pequeña con gafas enormes y una reputación de terror, caminaba frente a la pizarra.

—La teoría es inútil sin la práctica —dijo, golpeando su escritorio con un marcador—. Pueden leer a Freud, a Lacan y a Rogers hasta que se les sequen los ojos. Pero hasta que no se sientan frente a otro ser humano y sostienen su mirada mientras se desmorona, no son psicólogos. Son bibliotecas con patas.

Hubo risas nerviosas en el aula. Yo garabateé la frase en mi cuaderno, evitando mirar tres filas hacia donde la nuca de Damián estaba tensa.

—Este semestre, el 40% de su calificación dependerá de un proyecto práctico: La Alianza Terapéutica Simulada.

Un murmullo recorrió la sala.

—Trabajarán en parejas —continuó la Dra., ignorando el ruido—. Uno será el terapeuta, el otro el paciente. Grabarán tres sesiones de cuarenta y cinco minutos. Luego intercambiarán roles. Quiero diagnósticos, quiero

contratransferencia, quiero ver cómo manejan la resistencia del paciente.

Levanté la mano, sintiendo un mal presentimiento en el estómago.

—¿Podemos elegir a nuestros compañeros?

La Dra. Arispe sonrió. Fue una sonrisa depredadora.

—Señorita Dalton, en la vida real uno no elige a sus pacientes. Ellos entran por la puerta y usted tiene que trabajar con lo que llega. Así que no. Las parejas ya están asignadas según sus perfiles académicos. He buscado emparejar estilos opuestos para maximizar el reto.

El mal presentimiento en mi estómago se convirtió en náuseas. La última vez que una profesora quiso asegurar la diversidad de los perfiles, yo había terminado en un parque, analizando a un completo extraño junto a la persona a la que, justamente ahora, yo trataba de convertir en uno.

Empezó a leer la lista. «Gómez con Miller.» «Sánchez con Chen.»

Apreté el bolígrafo hasta que mis nudillos se pusieron blancos. Por favor, que no sea él. Por favor, cualquiera menos él.

—Vargas —llamó la Dra. Arispe.

Vi cómo Damián levantaba la vista.

—Con Dalton.

El silencio que siguió a mi nombre fue, en mi cabeza, ensordecedor. Sentí que el aire salía de la habitación.

—Dra. Arispe —la voz de Damián sonó ronca, pero firme —. ¿Hay posibilidad de algún cambio? Mi horario es complicado debido al trabajo y...

—El mundo real es complicado, Sr. Vargas —lo cortó ella, sin mirarlo, pasando a la siguiente pareja—. Adáptese. Es una habilidad esencial para la carrera.

Damián no dijo nada más.

La clase terminó diez minutos después. Recogí mis cosas con lentitud deliberada, esperando que él se fuera para no tener que hablar. Pero cuando salí al pasillo, él estaba allí.

Estaba recostado, con los brazos cruzados sobre el pecho, creando una barrera física entre él y el mundo. Cuando me vio salir, se separó de la pared.

Me detuve frente a él, abrazando mis libros contra el pecho.

—Dalton —dijo. Su tono era de negocios. Frío, transaccional.

—Vargas.

Nos miramos. No había rastro del beso de Año Nuevo. No había rastro de la complicidad de Nochebuena. Solo había dos desconocidos obligados a interactuar.

—Mira, no tengo interés en mantener una guerra fría contigo —dijo él, yendo directo al grano—. Sé que me has estado evitando y está bien. Pero necesito esta nota para mantener mi beca. No puedo permitirme reprobar por...

—No seas dramático Damián —repliqué—. No te equivocas en pensar que eres la última persona con la que me gustaría trabajar. Pero Arispe no va a cambiarlo y a mí también me interesa mantener mis calificaciones. Aunque no lo creas, algunas personas disfrutamos de estudiar, aunque nuestra vida no dependa de ello.

—Bien. —respondió, evitando mis ojos—. Hagámoslo rápido. Tres sesiones como terapeuta, tres como paciente. Nos reunimos, grabamos, escribimos el reporte y no volvemos a hablarnos.

—Me parece un plan excelente.

—Reglas —dijo él, levantando un dedo—. Uno: Nada de temas personales reales. Nos inventamos los casos. No quiero que uses esto para hurgar en mi vida.

Sentí una punzada de molestia. Todavía creía que mi interés era morbo clínico.

—Trato hecho —dije con frialdad—. Créeme, tu vida es lo último que me interesa ahora mismo. Regla dos: Nos reunimos en lugares neutros. Nada de dormitorios, nada de casas. Biblioteca o aulas vacías.

—Aceptado.

—Regla tres —añadí, dando un paso hacia él, bajando la voz—. Lo que pasó en Navidad y Año Nuevo... no existe. No se menciona. No afecta el trabajo.

Damián me miró. Por un segundo, su máscara se agrietó. Sus ojos bajaron a mis labios y volvieron a subir, oscuros y tormentosos. Cargados de una memoria que él se negaba a procesar.

—¿Qué pasó en Año Nuevo? —preguntó con una voz suave, letal—. Yo no recuerdo nada.

El golpe fue certero. Negación total. Borrado de memoria.

Tragué el dolor en seco, usándolo para fortalecer mi muro, y le ofrecí mi mejor sonrisa falsa, esa que había perfeccionado en las vacaciones para sobrevivir a mi familia.

—Exacto. No pasó nada.

Damián asintió, tensando la mandíbula.

—Jueves. Cinco de la tarde. Sala de estudio 4B. Tú eres el paciente primero. Invéntate una fobia creíble y no seas dramática.

—Llega tarde y te repruebo yo misma en el reporte de pares —contraataqué.

—Sabes muy bien que la impuntualidad no es un problema, Dalton.

Se dio la media vuelta y se alejó por el pasillo, dejándome temblando de rabia y adrenalina.

Iba a ser el proyecto más largo de mi vida. De miércoles a jueves intenté aferrarme a la pregunta de Theo.

¿Cómo quiero reaccionar yo, hoy?

CAPÍTULO 50

Valerie

Sesión 1. Jueves, 5:00 PM. Sala de Estudio 4B. A las cinco en punto, la puerta se abrió. Damián entró con su mochila al hombro y una libreta desgastada en la mano. El sonido del pestillo al cerrarse pareció aspirar todo el oxígeno de la habitación. Era un cubículo pequeño, con paredes de cristal esmerilado que nos aislaban del pasillo, pero que nos encerraban en un silencio que pesaba toneladas. El aire olía a limpiador de limón barato y a esa tensión estática que siempre nos rodeaba, esa que te eriza los vellos de la nuca.

Se sentó frente a mí sin saludar. Mantuvo la distancia quirúrgica que habíamos pactado, esa que decía: somos extraños con un objetivo común. No me miró a los ojos; se concentró en abrir su cuaderno y revisar la punta de su bolígrafo como si fuera el instrumento más fascinante del mundo.

Llevaba una camisa gris de botones, arremangada hasta los codos. No pude evitar notar las venas marcadas en sus antebrazos, una imagen que mi memoria traicionera conectó de inmediato con el tacto de sus manos en mi cintura durante Año Nuevo. Se había afeitado. Se veía limpio, profesional y, por lo mismo, peligrosamente lejano.

—¿Lista, Dalton? —su voz era una línea plana. No había ni una sola grieta por donde pudiera asomarse el chico que me

había besado. Era como si hubiera decidido que ese Damián ya no existía.

Finalmente levantó la vista. Sus ojos recorrieron mi cara con una frialdad evaluativa, buscando grietas en mi fachada. Yo también llevaba mi máscara puesta: maquillaje impecable, pelo recogido en una media cola, y esa expresión de aburrimiento académico que solía usar para protegerme de mis padres.

—Lista, Vargas.

Encendí la grabadora. El LED rojo empezó a parpadear entre nosotros como un pequeño corazón mecánico. Era la señal: a partir de este momento, todo lo que dijéramos sería «teoría». Un juego de roles para salvar el semestre.

—Sesión uno —dijo él, fijando la vista en la luz roja—. Terapeuta: Damián Vargas. Paciente: Valerie Dalton. Adelante.

Respiré hondo, alisando una arruga inexistente en mi pantalón. Decidí que, si íbamos a jugar, jugaría a ganar.

—Mi nombre es Elena —dije, entrando en personaje—. Y... tengo problemas para poner límites. Siento que la gente se aprovecha de mi disposición.

Damián soltó una risa seca, casi imperceptible. No fue empática. Fue cínica.

—Qué conveniente —murmuró, anotando algo con rapidez—. La niña rica que no sabe decir «no». ¿Te refieres a que te cansa que te inviten a demasiadas galas, Elena? ¿O es que el personal de servicio no sigue tus órdenes con suficiente rapidez?

El ataque me pilló desprevenida. Él estaba usando la técnica para seguir la guerra del pasillo.

—No se trata de eso —repliqué, manteniendo la voz de Elena, aunque mis dedos se apretaran contra la mesa—. Se trata de que, si digo que no, siento que voy a ser una decepción. O una carga.

Damián dejó el bolígrafo sobre la mesa. Se reclinó en la silla, cruzando los brazos. Su postura no era receptiva; era la de un examinador que acaba de detectar un fraude.

—«Carga» —repitió la palabra como si fuera un diagnóstico erróneo—. Generalmente, las personas que temen ser una carga aprendieron muy temprano que sus necesidades molestaban a alguien. Y tú, Elena... —se inclinó hacia adelante, invadiendo mi espacio personal—, no pareces el tipo de persona a la que le hayan permitido molestar. Pareces el tipo de persona que ha sido diseñada para decorar.

Sentí un pinchazo en el pecho. Me quedé quieta, olvidando por un segundo que debía responder. El zumbido de la calefacción pareció aumentar de volumen.

—Nadie me dijo que molestaba —dije, y esta vez mi voz sonó más a Valerie que a Elena—. Mis padres me dieron todo.

—No hablo de cosas materiales, y lo sabes —Damián ladeó la cabeza. Su mirada se volvió afilada, quirúrgica. Ya no era sarcasmo; era una observación pura, despojada de piedad —. Hablo de permiso. De permiso para tener un mal día. Si Elena llegaba llorando del *high school*... ¿había alguien para escucharla? ¿O tenías que secarte las lágrimas antes de entrar para no arruinar la estética de la cena?

El silencio que siguió fue denso. Recordé las cenas perfectas. Recordé a mi madre diciendo: *Valerie, no llores, que se te hinchan los ojos y tenemos fotos mañana.*

—Yo... aprendí a arreglármelas sola —admití, bajando la guardia sin querer—. A ser la niña fácil. La que saca buenas notas y sonríe.

—La niña útil —sentenció él.

No lo sugirió. Lo afirmó. La palabra aterrizó entre nosotros con el peso de una verdad que él no quería encontrar, pero que estaba ahí.

—Sí —admití en un susurro—. La niña útil.

Damián asintió. Hubo un silencio largo, pero no fue de esos que incomodan. Fue un silencio reflexivo, de esos que se usan en las sesiones de verdad para dejar que la herida respire.

—El problema de ser la niña útil, Elena —dijo, y su voz bajó un tono, volviéndose casi confidencial—, es que terminas

creyendo que el amor es un salario. Algo que solo te pagan si trabajas por ello. Y si dejas de ser útil... tienes pánico de que te despidan.

Vi cómo la mandíbula de Damián se tensaba. Me sentí expuesta. Desollada. Damián me miraba y vi algo cruzar sus ojos. Por un segundo, el papel de terapeuta se le resbaló. Ya no me miraba como a una rival a la que humillar, sino con un reconocimiento que le resultaba incómodo. Como si acabara de entender que mi burbuja de cristal no estaba hecha de privilegios, sino de una soledad muy bien vestida.

El instinto de supervivencia se activó. Demasiado cerca. Demasiado real. Me enderecé en la silla, recuperando mi máscara de frialdad y regalándole una de esas sonrisas cínicas que tanto le molestaban.

—Creo que estás proyectando demasiado, «terapeuta» —dije, usando el título como un insulto—. A veces uno simplemente es amable porque tiene educación, no por un trauma infantil de manual.

Damián parpadeó, y el hechizo se rompió. La conexión se cortó en seco. Volvió a ser el Damián de siempre, el chico con la guardia alta y el orgullo de acero. Miró el reloj.

—Quizás —concedió, pero sus ojos decían que no me creía ni una palabra—. Faltan cinco minutos. ¿Quieres explorar por qué te pusiste a la defensiva cuando mencioné el «salario emocional»?

—No —cerré mi libreta con un golpe seco—. Creo que por hoy Elena ha tenido suficiente introspección simulada.

Damián sostuvo mi mirada un segundo más. Hubo una tensión eléctrica, una mezcla de lo que acabábamos de descubrir y de lo que seguíamos ocultando tras las reglas de Arispe.

—Bien —dijo.

Estiró la mano y apagó la grabadora. El clic sonó como el cierre de una celda.

—Buen trabajo, Dalton —dijo, y sonó sinceramente profesional.

—Tú también, Vargas.

Recogimos nuestras cosas en un silencio denso. Al salir de la sala 4B, tuve que apoyarme en la pared del pasillo para recuperar el aliento. No habíamos peleado, pero sentía que acababa de escapar de un incendio sin quemarme la ropa.

Damián Vargas era peligroso. No porque fuera cruel, sino porque, bajo el disfraz de la técnica, veía demasiado.

CAPÍTULO 51

Damián

Salí del edificio de Ciencias Sociales con la mandíbula apretada. El aire de enero me cortó la cara, pero la verdadera molestia estaba por dentro, rascándome las costillas.

La niña útil.

Caminé hacia mi dormitorio con las manos hundidas en los bolsillos. Durante años, mirar a Valerie Dalton había sido fácil. Era el brillo, el vestido de seda, la seguridad de quien nunca ha tenido que contar monedas para el autobús.

La había juzgado con la precisión de quien necesita que el otro sea superficial para justificar su propio odio, con la superioridad moral que te da el haber sufrido más que el otro. La despreciaba, incluso mientras la deseaba (hace tiempo que había dejado de intentar creer que no la deseaba).

Pero hoy, la pecera de la sala 4B me había devuelto un reflejo distinto.

Pensé en mi madre. En las noches en nuestro apartamento cuando se iba la luz y ella encendía velas con una sonrisa, diciéndome que era una aventura. No teníamos generador ni seguridad privada. A veces la cena era una arepa sola y té. Pero recuerdo el peso de su mano en mi frente cuando tenía fiebre. Recuerdo su voz: *Descansa, mijo, yo me encargo*.

Yo crecí con hambre en el estómago, pero nunca tuve que preguntarme si era importante para alguien. Mi existencia era suficiente para ser amado.

Valerie, en cambio...

Me la imaginé a los siete años, impecable y rígida en una mesa enorme, aprendiendo que, si no sonreía, si no era perfecta, si no servía para que sus padres se vieran bien en las fotos, se volvía invisible.

Un sentimiento extraño se asentó en mi pecho, desplazando la rabia defensiva que había cargado estas semanas. No era lástima; Valerie me odiaría si sintiera lástima. Era algo más pesado.

Ella no era una turista en el sufrimiento. Tenía su propia guerra, una silenciosa y estéril, librada en habitaciones vacías de mansiones perfectas.

Suspiré, viendo mi aliento condensarse en el aire.

Escaneé mis propios pensamientos y sentí hastío. Me di cuenta de que yo mismo me estaba cansando de mi propia narrativa. Siempre comparando, siempre señalando, buscando justificar mi falta de empatía con pruebas de que yo lo tenía peor que todos.

Me estaba cansando de usar mis cicatrices como medallas de superioridad moral.

Al final, quizás no éramos tan diferentes. Yo sobreviví endureciéndome contra el mundo. Ella sobrevivió haciéndose indispensable para él. Ambos éramos niños asustados fingiendo ser adultos funcionales.

Dolor es dolor.

Y saber eso... Saber que ella también estaba rota no hacía que la sala 4B fuera un lugar seguro; la hacía un lugar peligroso, porque ya no podía esconderme detrás de mi desprecio. Odiar a Valerie era mi zona de confort. Sin ese desprecio, me sentía desnudo frente a ella

Sesión 2. Jueves, 5:00 PM.

La semana pasó con una lentitud irritante. Cuando llegó el jueves, no entré a la sala 4B buscando paz. Entré como quien

entra a un ring, alerta a cualquier movimiento. Valerie ya estaba allí, organizando sus notas con una precisión que ahora me parecía un síntoma.

Cuando entré, levantó la vista. No hubo la chispa hostil de la semana pasada, pero el ambiente estaba cargado de un silencio pesado, profesional.

—Vargas —saludó ella, sin levantar la vista de sus notas.

—Dalton.

Me senté, tratando de mantener una calma que se me escapaba por los poros. Hoy ella tenía el control. Ella era la autoridad.

—¿Lista para destrozarme? —solté con un tono seco, intentando recuperar mi terreno.

—Solo si te lo mereces —respondió ella. No me miraba como una compañera, sino como un cirujano que acaba de encontrar el bisturí que le robaron. Ella quería sangre. Quería devolverme el golpe de la sesión pasada.

Encendió la grabadora. Me sentí expuesto de inmediato, como si el LED rojo de la grabadora fuera la mira telescópica de un francotirador.

—Sesión dos. Terapeuta: Valerie Dalton. Paciente: Damián Vargas. Adelante, Damián. ¿A quién has traído hoy para esconderte?

La pregunta me descolocó, pero no dejé que se notara.

—Soy... Carlos —dije, recostándome con una despreocupación que me costó mantener—. Estudiante de ingeniería. Problemas de insomnio por los finales. Lo típico. Café, estrés, poco sueño. Nada que un psicólogo de primer año no pueda manejar, ¿no?

Valerie no anotó nada. Se quedó inmóvil, mirándome con una intensidad que me hizo querer apartar la vista. Dejó que el silencio se estirara hasta que el zumbido del aire acondicionado se volvió ensordecedor.

—Carlos es un insulto a mi inteligencia, Vargas —soltó, cerrando su bolígrafo con un clic violento—. Y una pérdida de mi tiempo.

Arqueé una ceja, sintiendo cómo la irritación me subía por el cuello.

—Es mi sesión. Yo decido qué traer a la mesa.

—No —ella se inclinó hacia delante, invadiendo mi espacio, sus ojos clavados en los míos—. Traes a un estudiante de ingeniería aburrido porque te aterra que yo haga lo que tú hiciste el jueves pasado. Te aterra que yo mire debajo de la alfombra y encuentre eso que tanto te esfuerzas en esconder.

—No sé de qué hablas —mascullé, tensando la mandíbula.

—Carlos suena aburrido —dijo—. Y tú eres un pésimo mentiroso, Vargas.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es mi fallo, doctora?

—Incongruencia física absoluta —señaló mi pierna con el bolígrafo—. Carlos debería estar letárgico, con los hombros caídos por el cansancio. Tú estás sentado en el borde de la silla, como si estuvieras esperando una señal para salir corriendo por esa ventana. Tus pupilas están dilatadas. Eso no es estrés académico, Damián. Eso es hipervigilancia.

Sentí un escalofrío. Ella estaba presionando justo donde la piel estaba más fina.

—Estás sobre analizando, Dalton. Deja de jugar a ser Freud —traté de recuperar el control, pero mi voz sonó ronca.

—¿Te duele que te vea? —ella sonrió, pero fue una sonrisa depredadora, sin una pizca de amabilidad.

Me quedé rígido. Maldita sea. Sabía que era buena, pero no esperaba que me desnudara tan rápido.

—No voy a tratar un insomnio de mentira. Dame algo real o quédate mirando la pared los cuarenta minutos restantes. Pero no me hagas perder el tiempo con tu «ingeniería».

La rabia me subió por el cuello. Ella no quería la versión fácil. Quería la verdad. Me molestaba que me leyera, pero, extrañamente, su agudeza me hizo sentir una pizca de respeto. Si era lo suficientemente lista para ver a través de la máscara de «Carlos», quizás era lo suficientemente fuerte para escuchar lo que había debajo.

Decidí probarla. Solo un poco.

—Bien —dije—. Olvida a Carlos. Soy... Luis. Y estoy cansado.

Valerie no celebró su victoria. Solo asintió, volviendo a abrir su bolígrafo, invitándome a seguir. Su silencio no era un vacío; era un espacio acolchado.

—¿Cansado físicamente? —preguntó.

—Cansado de estar alerta —confesé, y aunque intenté que fuera parte de la «actuación», mi voz raspó de verdad—. Siento que tengo que sostener el techo con las manos todo el tiempo.

Valerie mantuvo la calma.

—Dime, ¿qué pasa si bajas los brazos? ¿Quién eres si dejas de estar en guardia?

—Todo se cae —solté, y la confesión me supo a sangre—. Mi vida, mi beca, la seguridad de los que dependen de mí. Siento que camino por una cuerda floja y, a diferencia de otros, yo no tengo red. Si yo caigo, me estrello. No hay herencia ni apellido que me recoja del suelo.

Era mi verdad. La verdad de la selva y la verdad del campus. Esperé que ella dijera algo genérico sobre el estrés o la resiliencia. Pero Valerie hizo algo mucho más invasivo: me dio la razón.

—Debe ser agotador —dijo suavemente—. Vivir convencido de que un solo error es fatal.

Levanté la vista. Sus ojos estaban fijos en los míos, y no había juicio. Había una comprensión profunda. Ella sabía lo que era el miedo al error, aunque el suyo viniera de la exigencia y el mío de la supervivencia.

Esa conexión silenciosa actuó como un narcótico. Sentí que los músculos de mi espalda, que llevaban años contraídos, se soltaban un poco.

—Lo es —admití, bajando la guardia. Olvidé la cámara. Olvidé que esto era una tarea—. A veces solo quiero... cerrar los ojos. Dejar de ser el fuerte. Pero me da pánico pensar que no sé hacer otra cosa que resistir.

—Si dejas de sobrevivir, Damián... —se le escapó mi nombre real, pero ninguno de los dos lo corrigió— quizás podrías empezar a vivir.

La frase quedó flotando en el aire estático de la sala. No era un consejo; era un desafío que ella también se estaba lanzando a sí misma.

Hubo un momento de silencio absoluto. Un silencio compartido.

Por primera vez, no sentí la necesidad de huir. Me sentí extrañamente acompañado en mi trinchera. Ella estaba al otro lado de la mesa, con su ropa oscura y su vida complicada, pero en ese momento, en la frecuencia del miedo y el cansancio, estábamos sintonizados en la misma estación.

—No sé cómo se hace eso —susurré, siendo honesto por primera vez en años con alguien que no fuera yo mismo.

Valerie me sostuvo la mirada. Había una suavidad en su expresión que me hizo recordar el beso, pero sin el pánico.

—Yo tampoco —dijo ella—. Pero supongo que para eso estamos aquí. Para averiguarlo.

Me quedé mirándola. La luz roja de la grabadora parpadeaba, marcando los segundos, pero el tiempo parecía haberse detenido.

No hubo grandes revelaciones dramáticas. No lloré. No me curé. Pero por primera vez, la carga que llevaba en la espalda se sintió unos gramos más ligera, simplemente porque alguien más había reconocido cuánto pesaba.

Valerie miró el reloj y, con un suspiro casi imperceptible de pesar, estiró la mano y apagó la grabación.

—Buen trabajo —dijo.

—Buena sesión —respondí.

Y lo decía en serio.

Recogimos nuestras cosas. Al salir, cuando llegamos a la puerta, hubo un momento incómodo donde casi chocamos.

—Pasa tú —dije, haciéndome a un lado.

—Gracias.

La vi alejarse por el pasillo. No sentí alivio. Sentí el pánico de quien sabe que la próxima sesión no podrá esconderse detrás de ninguna máscara.

Caminé sintiendo que el aire estaba más frío, o quizás era yo quien se sentía más expuesto.

Valerie no me había dado una solución, me había dado algo mucho más peligroso: un testigo. Ella ahora sabía que mi fuerza era una construcción de ingeniería barata para no morir aplastado por mi propio techo.

Apoyé la mano en la pared, recordando cómo su mirada no se desvió cuando Carlos dejó paso a Luis, y Luis a Damián, y entendí que el verdadero riesgo de esta 'alianza' no era reprobar la materia de Arispe, sino que Valerie Dalton terminara por convertirse en la única red de seguridad que yo me permitiera tener.

CAPÍTULO 52

Damián

Esa noche dormí seis horas seguidas. Cuando desperté, el silencio de mi habitación se sintió como una emboscada. Me quedé mirando el techo, esperando la habitual opresión en el pecho, ese motor de urgencia que me obligaba a estar alerta antes de abrir los ojos. Pero el motor estaba apagado. Y en lugar de alivio, sentí pánico. Sin mi ansiedad, me sentía desnudo. Sin mi armadura de «modo guerra», era solo un chico de veinte años en una cama desconocida, y eso era un territorio mucho más peligroso.

Me pasé las manos por la cara, tratando de borrar el eco de su voz.

Si dejas de sobrevivir, quizás podrías empezar a vivir.

Maldita sea, Dalton. Durante meses me convencí de que Valerie era una pieza de porcelana que se haría añicos si respiraba cerca de ella. Pero la chica de ayer, la que me diseccionó con la mirada y me obligó a soltar el lastre del «ingeniero Carlos», no era de porcelana. Era de un material flexible y resistente que yo no sabía cómo manejar. Su fuerza me aterraba porque me quitaba la excusa de tener que «protegerla» de mi realidad.

Si ella podía sostener mi peso sin romperse... entonces el problema era yo. Yo era la bomba de tiempo, y el tic-tac se estaba volviendo ensordecedor.

Me vestí con movimientos rígidos. No fui a desayunar; el nudo en mi garganta no dejaba pasar ni el aire. Si ella pudo manejar esa verdad siendo una estudiante... ¿qué podría hacer alguien que realmente supiera cómo desactivar esta bomba que tengo en la cabeza?

Caminé hacia el edificio administrativo con la sensación de quien camina hacia su propia ejecución. Entrar en la oficina de orientación no era un «nuevo comienzo», era admitir que la piedra se había agrietado.

Toqué la puerta de Theo.

—Adelante.

Entré. Theo estaba hundido entre papeles y una laptop que parecía tan cansada como él. Se ajustó las gafas y me escaneó. No me sonrió con condescendencia, y lo agradecí.

—¿Damián Vargas? —preguntó—. Toma asiento.

Me quedé de pie un segundo más, apretando las correas de mi mochila. Me sentía pequeño, un «caso de estudio» más en su lista.

—No vengo por temas académicos —dije. Mi voz salió más firme de lo que esperaba—. Y sé que probablemente esto no es tu área, pero... necesito instrucciones.

Theo dejó de teclear. Cerró la laptop y me señaló la silla frente a él.

—Siéntate.

Escaneé el sitio, dudando por un segundo, pero me senté. Durante los siguientes veinte minutos, no le conté la historia de mi vida. No le hablé de la selva, ni de los muertos, ni del hambre específica de los doce años. Fui clínico. Le enumeré mis síntomas como si estuviera leyendo el manual que encontré en la biblioteca.

—Tengo hipervigilancia constante. Escaneo las salidas de emergencia. El ruido de un cubierto cayendo me dispara el pulso como si fuera una granada. No duermo porque mi cerebro cree que dormir es bajar la guardia. —Hice una pausa, mirándome los nudillos blancos—. Sospecho que es Trastorno de Estrés Postraumático Complejo. Y sospecho que, si no

encuentro cómo cerrar la herida, voy a terminar destruyendo todo lo que he intentado construir aquí. Incluida la gente que se me acerca.

Theo me escuchó sin interrumpir. No tomó notas. Me miró a los ojos con una atención absoluta, validando cada palabra con un asentimiento casi imperceptible.

Cuando terminé, hubo un silencio.

Theo suspiró y se reclinó en su silla.

—Tu diagnóstico es acertado, Damián. Intelectualizas muy bien tu dolor; es una excelente técnica de defensa, pero no sirve para sanar. —Se quitó las gafas—. Y tienes razón en otra cosa: yo no soy la persona indicada para tratarte.

Lo sabía.

—Soy un psicólogo profesional —continuó Theo, viendo mi reacción—. Pero lo que tú traes... eso requiere cirugía mayor, Damián. Y en términos médicos… yo sería médico general. Si intento abrirte, podría hacerte más daño al no saber cómo cerrar la herida correctamente.

Sentí el habitual sabor amargo del rechazo. Me levanté, sintiendo que había perdido el tiempo.

—Entiendo. Olvídalo.

—Siéntate —ordenó Theo, con una autoridad suave pero innegable.

Theo abrió un cajón de su escritorio y sacó una tarjeta de presentación color crema. Escribió algo en el reverso con un bolígrafo de tinta azul.

Tomé la tarjeta. Dra. Nidia Thorne. Especialista en Trauma y Resiliencia.

—Nidia fue mi supervisora en la residencia —explicó Theo —. Es dura. No te va a mimar. Te va a hacer trabajar. Es exactamente lo que necesitas.

Miré la tarjeta y luego lo miré a él. La realidad, siempre práctica y cruel, me golpeó.

—No puedo pagarla, Theo —dije, devolviéndole la tarjeta sobre el escritorio—. Tengo una beca completa que cubre

matrícula y residencia, y un trabajo parcial dentro de la universidad como parte del trato. No me sobra ni un dólar.

—Lo sé —dijo Theo, volviendo a empujar la tarjeta hacia mí—. Por eso te mando con Nidia. Ella dirige una fundación en el centro. Renacer. Atienden a gente que ha visto cosas que los demás no quieren ni imaginar

—No quiero caridad —espeté, mi orgullo erizándose como un gato acorralado—. No quiero ser el «caso de beneficencia».

Theo sonrió. Fue una sonrisa astuta.

—Nidia tampoco cree en la caridad. Dice que la terapia no funciona si el paciente no siente que le está costando algo. —Theo se inclinó hacia adelante—. La fundación funciona en un edificio viejo que siempre necesita mantenimiento. Archivos que organizar, paredes que pintar, cajas que mover. Ella tiene un sistema de trueque para pacientes sin liquidez.

Arqueé una ceja.

—¿Trueque?

—Tú le das cuatro horas de tu sábado para pintar paredes o arreglar el depósito, y ella te da una hora de terapia los martes. —Theo me miró desafiante—. Es trabajo físico. Es sucio. Y vas a terminar cansado. Pero te vas a ganar tu sesión.

Lo pensé. Mi horario ya estaba al límite. Sumarle cuatro horas de trabajo manual los fines de semana significaba menos tiempo para estudiar, menos tiempo para dormir.

Pero significaba una oportunidad.

No era un regalo. Era un intercambio. Mi sudor por mi cordura. Eso podía aceptarlo. Eso era digno.

Tomé la tarjeta de nuevo. Esta vez, me la guardé en el bolsillo de la camisa, cerca del corazón.

—¿Los sábados? —pregunté.

—O los domingos. Llámala. Dile que vas de mi parte.

Me puse de pie. Sentí que los hombros me pesaban un poco menos.

—Gracias, Theo.

—Damián —me llamó antes de que saliera. Me giré—. Cuando algo está por colapsar siempre muestra grietas, no

esperes a que la estructura se caiga para pedir ayuda. Sostenerlo todo solo no es de héroes, es de mártires. Y a los mártires siempre los terminan enterrando.

Asentí, tragando el nudo en la garganta.

Salí del edificio administrativo sintiendo que el aire frío quemaba menos. Tenía un mapa. Tenía un trato. Pero, sobre todo, tenía una realización que me golpeaba con más fuerza que el viento de enero: Valerie Dalton me había derrotado.

No me había derrotado con su dinero, ni con su apellido, ni con su arrogancia de «niña perfecta». Me había ganado al desmantelarme con la mirada. Me molestaba que hubiera visto mi hipervigilancia, pero lo que realmente me quemaba por dentro era recordar que ella ya me había visto antes, cuando no había libros de psicología de por medio.

Cerré los ojos un segundo y, de golpe, el aire helado del campus se convirtió en el aire pesado y con olor a detergente de la cocina del Pierre. Volví a sentir el roce de la seda de su vestido rosa bajo mis dedos manchados de sangre y la presión desesperada de su boca contra la mía. Ese beso no había sido un error; había sido un incendio. Y ahora me daba cuenta de que mi hostilidad no era más que un intento patético de apagar las brasas.

Me toqué la tarjeta de Nidia en el bolsillo. Valerie no me había «ayudado» por caridad; me había forzado a salvarme al no aceptar mis mentiras de ingeniería. Me había retado a ser real, y esa era una provocación que no podía ignorar.

Si ella había sido capaz de desollar mi alma en una sesión de cuarenta minutos con la misma intensidad con la que yo había intentado consumirla en aquel pasillo, entonces la guerra no tenía sentido. Estaba cansado de disparar balas de sarcasmo contra alguien que ya conocía el sabor de mi rabia y de mi necesidad.

El jueves ya no se sentía como una obligación académica. Se sentía como una cita con la única persona que me hacía sentir peligrosamente vivo. Ya no quería entrar a la sala 4B para ganar la guerra; quería entrar para ver qué quedaba de

mí cuando el humo finalmente se disipara. Quería ver si, al soltar la primera piedra de mi muro, ella seguía allí para ver los escombros conmigo.

Ahora, el jueves parecía demasiado lejano para esperarlo.

CAPÍTULO 53

Valerie

Intentar mantener la paz mental es mucho más agotador que estar en crisis. La crisis te da adrenalina; la paz, en cambio, requiere un mantenimiento constante y silencioso que nadie te agradece.

Llevaba tres días intentando forzar esa sensación de «conexión» que sentí cuando compré el cuaderno. Pero el grafito ya no se deslizaba igual. Ahora, cada vez que apoyaba el lápiz sobre el papel, sentía que estaba realizando un examen. ¿Estoy dibujando para mí o para poder decirle a Theo que estoy progresando? ¿Es un acto de libertad o es otra tarea en mi lista de «cómo ser una persona funcional»?

Me senté en el rincón más alejado de la cafetería, con el café frío a un lado. Miré la página en blanco y sentí una irritación sorda. Damián estaba allí, aunque no estuviera presente. Estaba en la forma en que yo recordaba su mirada de la sesión anterior, en ese silencio que habíamos compartido y que yo no sabía dónde guardar.

Me molestaba que él hubiera encontrado una grieta en mi estructura. Pero me molestaba aún más recordar la grieta que yo había visto en él. Una parte de mí, esa parte que siempre sabía qué decir para calmar a Nate o para suavizar las tensiones en las cenas de mis padres, moría por estar allí para él. Quería decirle que yo también sabía lo que era el miedo al

error fatal. Pero entonces recordaba el pasillo de servicio del hotel, el sabor de su beso desesperado y la forma gélida en que me había borrado de su mapa al día siguiente.

¿Qué pasó en Año Nuevo? Yo no recuerdo nada.

Sus palabras todavía escocían. No podía permitirme ser su refugio si él seguía tratándome como a un fantasma.

Me manché el dedo meñique de gris y me limpié la mancha compulsivamente con una servilleta hasta que la piel me ardió. No quería ser la chica que dibuja para evadirse. Quería ser la chica que no necesita evadirse de nada. Guardé el cuaderno en el fondo del bolso, debajo de los libros de psicopatología.

Luché contra las ganas de encender un cigarrillo.

—Solo es una clase, Valerie —me dije en voz baja, ajustándome la coraza—. Entras, haces tu papel, sales. No dejes que se note que el silencio te está matando.

Sesión 3. Jueves, 5:00 PM. Sala 4B.

Llegué a la sala armada con mi café y mis notas, lista para el portazo que estaba segura de que Damián me daría. Después de haberlo desnudado psicológicamente la semana pasada, su patrón dictaba que hoy debería estar dos pasos más allá en la hostilidad.

Me equivoqué. Y eso fue mucho peor.

Damián estaba sentado sobre una de las mesas, leyendo un libro con una postura relajada. Tenía las mangas de la camisa remangadas y, por primera vez, su energía no se sentía como un cable pelado echando chispas. Se sentía como una corriente estable, controlada. Peligrosa.

—Dalton —saludó. Su voz no tenía la gravilla defensiva de siempre.

—Vargas —respondí, dejando mis cosas con una cautela que él pareció notar—. Llegas temprano.

—No tenía nada más que hacer. —Se bajó de la mesa y se sentó en la silla del terapeuta—. ¿Lista para la tercera ronda?

Me senté, sintiendo que el aire de la sala 4B era demasiado escaso. Esta calma sospechosa me obligaba a

recalibrar mis defensas. La hostilidad es un territorio que conozco; la tregua, en cambio, es un campo minado sin mapa.

—Supongo. ¿Volvemos a «Elena»?

—Sí, volvamos a Elena. —Encendió la grabadora—. Sesión tres. Terapeuta: Damián Vargas. Paciente: Valerie Dalton.

Se reclinó en la silla y me miró. Por primera vez, no sentí que estuviera buscando fallas en mi armadura, sino simplemente... mirándome a mí.

—Bien, Elena —empezó—. La semana pasada hablamos de tu necesidad de ser útil. ¿Cómo te ha ido con eso esta semana?

Crucé las piernas, manteniendo la espalda recta.

—Normal. Hice lo que tenía que hacer.

—¿Lo que tenías que hacer o lo que querías hacer? —preguntó. Fue rápido, curioso. Sin el filo del sarcasmo.

—¿Hay diferencia? —contraataqué.

Damián sonrió. Fue una sonrisa pequeña, ladeada, que me revolvió el estómago.

—Elena, si no sabes la diferencia, tenemos más trabajo del que pensaba. —Se inclinó hacia adelante, invadiendo mi espacio—. Vamos a intentar algo diferente hoy. No quiero que me cuentes lo que hiciste. Quiero que me cuentes un momento de esta semana en el que no te sentiste «útil», sino simplemente... tú.

Me quedé en blanco. Mi mente viajó a la cafetería, al olor del grafito y a la mancha gris en mi dedo.

—No sé a qué te refieres —mentí.

Damián me sostuvo la mirada. Sus ojos oscuros brillaron con una diversión que se sentía casi íntima.

—Mientes fatal, Dalton —susurró, rompiendo el personaje, un segundo, antes de volver—. Elena, el silencio en terapia también es una respuesta. Te estás protegiendo. ¿De qué?

—De que me juzgues —solté, antes de poder filtrarlo.

Damián se quedó quieto. La sonrisa desapareció, reemplazada por una seriedad tranquila que me resultó mucho más desarmante que su rabia.

—Yo no estoy aquí para juzgarte —dijo suavemente—. Estoy aquí para entender por qué crees que tu valor depende de tu rendimiento.

—Porque así funciona el mundo —repliqué, sintiendo que la irritación me ayudaba a no desmoronarme—. Tú das, tú recibes. Es economía básica.

—Eso es comercio, no relaciones humanas. —Damián se pasó una mano por el cabello, despeinándose un poco—. Escucha, Elena. Imagina que mañana te despiertas y no puedes hacer nada por nadie. Solo existes. ¿Crees que la gente se iría?

—Probablemente. —La palabra salió cargada de un miedo muy antiguo.

Damián no me contradijo de inmediato. Me miró con una intensidad que me obligó a sostenerle el pulso.

—Pues yo creo que te equivocas —dijo. Su voz bajó de volumen, volviéndose ronca, íntima—. Creo que, si dejaras de correr de un lado a otro intentando complacer a todo el mundo, la gente por fin podría ver a la persona que está debajo del «servicio». Y creo... creo que les gustaría lo que verían.

El aire de la habitación se espesó. Mi corazón se aceleró. Sentí que estaba hablando de mí, de Valerie. No me gustaba esto, no me gustaba lo ambiguo. Lo ambiguo una vez me había destruido.

Damián carraspeó y miró el reloj, dándose cuenta de que había ido demasiado profundo.

—Como terapeuta, te sugiero que esta semana intentes decepcionar a alguien —dijo, recuperando un tono ligero—. Di que no a algo pequeño. Mira qué pasa. Te apuesto mi título a que el mundo no se acaba.

—Es una apuesta arriesgada para alguien que aún no tiene el título.

—Me gustan los riesgos calculados. —Apagó la grabadora. *Clic*.

El silencio que siguió fue eléctrico. Me levanté sintiéndome mareada.

—Tú... has estado diferente hoy —admití, recogiendo mi bolso.

Damián se detuvo al guardar su cuaderno. Me miró de reojo.

—¿Diferente mal?

—Diferente... menos imbécil.

Soltó una risa corta, genuina. El sonido se me alojó en el pecho de una forma que no pude controlar.

—Estoy probando tácticas nuevas —dijo, echándose la mochila al hondo—. Digamos que he descubierto que estar siempre a la defensiva cansa demasiado.

Caminamos hacia la puerta. Al llegar al marco, él se detuvo para dejarme pasar. Quedamos frente a frente, a escasos centímetros. Podía oler su jabón cítrico y ver las motas doradas en sus ojos café. Su mirada bajó a mis labios y subió de nuevo a mis ojos con una lentitud deliberada.

—Nos vemos en clase, Valerie —dijo.

No «Dalton». Valerie. El uso de mi nombre se sintió como una invasión consentida.

—Nos vemos, Damián.

Salió al pasillo con ese paso nuevo, más ligero. Me quedé en la puerta de la sala 4B, tocándome el pecho donde mi corazón latía desbocado, preguntándome en qué momento la terapia simulada se había convertido en lo más real de mi vida.

Me quedé apoyada en el cristal esmerilado, sintiendo el frío en mi espalda y un incendio en el pecho. Él me había pedido que decepcionara a alguien, pero lo que no entendía es que la primera persona a la que acababa de decepcionar era a mi propia armadura.

Valerie.

Había pronunciado mi nombre como si fuera un secreto que acababa de descubrir entre las páginas de un libro prohibido, y yo se lo había permitido. Damián ya no era el chico que recogía cristales en el Pierre, ni el terapeuta de una

materia de segundo semestre; era la persona que acababa de apostar su futuro a que mi existencia valía más que mi utilidad, y por primera vez, yo quería que él ganara esa apuesta.

CAPÍTULO 54

Valerie

El lunes llegó con un cielo gris plomo que parecía pesar sobre mis hombros. Habían pasado un par de semanas desde mi primera sesión con Theo y la «epifanía del dibujo», pero la euforia inicial se había evaporado. Esa descarga de dopamina que te hace creer que has descifrado el código de tu propia psique y que de ahora en adelante todo será luz, resultó ser solo un espejismo de corto alcance.

Me senté en la cafetería con el cuaderno abierto, pero no ocurrió nada. El dibujo me parecía una tarea tediosa. Y lo peor no era el papel en blanco; era el silencio de mi teléfono.

Damián me había desarmado el jueves. Había bajado la guardia un milímetro y yo me había quedado allí, suspendida en ese espacio estrecho entre el marco de la puerta y su jabón cítrico. Desde entonces, mi instinto de «niña útil» estaba en alerta roja. Quería escribirle, quería buscarlo, quería inventar una excusa académica para asegurarme de que no se había arrepentido de su propia suavidad. Quería «reparar» la incomodidad que nos rodeaba.

Pero me obligué a quedarme quieta. Y esa quietud se sentía... plana. Aburrida. Para alguien que ha vivido años con el sistema nervioso en alerta máxima, el aburrimiento se siente peligrosamente parecido a la depresión.

—No tengo nada que contarte hoy —le dije a Theo el martes, hundiéndome en el sillón—. Siento que he retrocedido. Me siento vacía.

Theo arqueó una ceja, manteniendo esa calma suya que a veces me daban ganas de sacudir.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no tengo ganas de hacer nada. Siento que se me acabó la gasolina. No quiero dibujar, no quiero adelantar materias... y me cuesta horrores no meterme en la vida de los demás para sentir que estoy haciendo algo valioso.

—Qué interesante —comentó él—. Estás experimentando el síntoma más difícil de la recuperación: la normalidad.

Lo miré con incredulidad.

—¿La normalidad es este fastidio constante? ¿Esta sensación de que no sirvo para nada?

—Valerie, has pasado tanto tiempo siendo el búnker de Nate, la hija perfecta, siempre cumpliendo un guion de expectativas ajenas, que cuando el ruido para, no sabes qué hacer con el silencio.

Theo se incluyó hacia adelante, clavando la mirada en la raíz del problema.

—Tu identidad está construida sobre el hacer para los demás. Si eres útil, vales. Si no tienes a quién sostener o a quién complacer, sientes que desapareces. Por eso te aburres. El aburrimiento es el espacio donde no puedes usar tu utilidad como moneda de cambio para comprar afecto o seguridad. Estás en abstinencia de ser necesaria.

Me quedé callada. Sus palabras se sintieron como una mano apretando un punto de presión exacto. Recordé a Damián retándome a decepcionar a alguien.

—Me sugirieron que intentara decepcionar a alguien esta semana —solté.

—Es un buen ejercicio. Pero el reto para ti no es decepcionar a un tercero, Valerie. Es permitirte decepcionar a esa Valerie interna que te exige ser excepcional las veinticuatro

horas del día. Decirle: *te doy permiso para ser mediocre hoy. Para simplemente existir sin una función específica.*

—¿Y qué se supone que haga con el impulso de... de estar para otros? —pregunté, pensando inevitablemente en Damián.

—Nada. Absolutamente nada. Quédate en ese aburrimiento. Míralo de frente. No intentes llenarlo con dibujos forzados ni rescatando a personas que no te han pedido que las salves. Descubre quién queda ahí cuando le quitas el uniforme de «niña útil».

Salí de la sesión sintiendo que me habían quitado las muletas. El resto de la tarde no dibujé. No busqué a Damián en los pasillos de la facultad. Me senté en un banco del parque y simplemente vi a la gente pasar, sintiéndome pequeña, invisible y terriblemente incómoda, luchando con las ganas de encender un cigarrillo o asistir a alguna fiesta.

Estaba aprendiendo que la paz no era un estado de gracia, sino la capacidad de soportar mi propia compañía cuando no tenía nada que ofrecer a cambio. Era un silencio pesado, pero por primera vez, era un silencio que no estaba intentando llenar con el ruido de los problemas de alguien más, ni con mis propias evasiones.

CAPÍTULO 55

Damián

El sábado a las ocho de la mañana, estaba parado frente a un edificio de ladrillo rojo en el centro de la ciudad, con un rodillo de pintura en la mano y una camiseta vieja manchada de yeso.

La Fundación Renacer no era un consultorio aséptico. Olía a aguarrás, a café quemado y a esfuerzo.

—No te pago para que mires la pared, Vargas —dijo una voz rasposa a mis espaldas—. Te pago para que la pintes.

Me giré. La Dra. Nidia Thorne era una mujer baja, de unos cincuenta años, con el cabello gris cortado al ras y una mirada que podría cortar vidrio. No llevaba bata blanca. Llevaba jeans y botas de trabajo.

—Estoy en ello —respondí, mojando el rodillo en la bandeja. Pasé las siguientes cuatro horas pintando el pasillo de la entrada.

Mis hombros ardían. El sudor me bajaba por la espalda. No había pensado en mis traumas, ni en la selva, ni en Valerie. Solo pensaba en cubrir el color crema viejo con el blanco nuevo. Mi mente descansaba en la repetición mecánica del movimiento.

Al terminar, Nidia revisó el trabajo. Pasó un dedo por el marco de la puerta.

—Decente —sentenció—. Lávate. Te veo el martes a las cuatro.

Me limpié las manos con aguarrás, sintiendo el ardor químico en la piel. Observé cómo el líquido disolvía la mancha, pensando que ojalá fuera así de fácil desprenderse de lo que uno lleva por dentro.

Me sentía cansado, pero era un cansancio limpio. No le debía nada a nadie. Me había ganado mi lugar.

El martes, llegué a la consulta preparado.

Había repasado mis síntomas, mis detonantes y mi cronología. Entré a la oficina de Nidia —un espacio pequeño, lleno de libros y con dos sillones de cuero gastado— dispuesto a ser el paciente perfecto. El paciente que facilita el trabajo.

Me senté y empecé a hablar antes de que ella preguntara.

—Tengo hipervigilancia nivel ocho —dije, cruzando las piernas—. Pesadillas recurrentes tres veces por semana. Evitación de multitudes. Sé que es TEPT Complejo. He leído sobre técnicas de *grounding*, pero...

—Cállate, Vargas —dijo Nidia. Me detuve en seco.

Ella ni siquiera había abierto su libreta. Me miraba desde su sillón con una expresión de aburrimiento absoluto.

—¿Disculpa?

—No necesito que me recites el DSM-5. Sé leer. —Se inclinó hacia adelante—. Y no necesito que me hagas el diagnóstico. Eso es trabajo mío. Tú estás aquí para sentir, no para dar una conferencia.

Sentí una punzada de irritación.

—Estoy tratando de darte contexto para ser eficientes.

—Estás tratando de controlar la sesión para no tener que tocar la herida —corrigió ella, implacable—. Eres muy bueno intelectualizando, Damián. Seguramente te ha servido para sacar buenas notas y sobrevivir en la facultad. Pero aquí, tu cerebro no me sirve. Quiero tus tripas.

Se hizo un silencio tenso. Nidia sostuvo mi mirada hasta que tuve que desviarla hacia la ventana.

—Bien —dije, tensando la mandíbula—. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué pintas paredes?

La pregunta me descolocó.

—Porque no tengo dinero para pagarte.

—No —dijo ella—. Esa es la razón económica. ¿Por qué te sientes cómodo pagando con dolor físico? Podrías haber pedido un plan de pagos diferidos. Podrías haber pedido ayuda. Pero elegiste el trabajo manual, el sudor, el desgaste. ¿Por qué?

—Porque no quiero deberle nada a nadie.

—¿O porque crees que el sufrimiento es la única moneda válida para obtener algo bueno?

La frase me golpeó como un puñetazo en el plexo solar. Abrí la boca para replicar, pero no salió nada.

—Hablemos de la selva —dijo ella, bajando el tono, pero aumentando la intensidad—. No de los kilómetros que caminaste, ni de lo que comiste. Hablemos de los que se quedaron.

Mi corazón se disparó. Las manos me empezaron a sudar frío, un sudor pegajoso que conocía demasiado bien. Mi instinto fue levantarme e irme. Escaneé la puerta. Tres pasos. Podía estar fuera en dos segundos.

—No —dije, y mi voz salió dura, cortante—. Eso no está en discusión. Vine a arreglar mis síntomas, Nidia. Pesadillas. Insomnio. No vine a profanar tumbas.

—No son tumbas si los llevas cargados en la espalda todos los días, Vargas —replicó ella, sin inmutarse por mi tono agresivo—. Son fantasmas. Y pesan.

—Usted no estuvo ahí —escupí las palabras con rabia. Sentí el calor subiendo por mi cuello—. Usted no sabe lo que es ver a alguien hundirse en el río y tener que decidir entre darle la mano o seguir caminando para no morir tú también. Así que no se atreva a psicoanalizar eso desde su sillón de cuero.

Nidia no retrocedió. Ni siquiera parpadeó.

—Tienes razón. No estuve ahí. —Se inclinó hacia adelante, invadiendo mi espacio visual—. Pero tú tampoco estás ahí ya, Damián. Estás aquí, en una oficina, pintando paredes gratis un sábado porque crees que tu vida es un robo.

—¡Es dignidad! —grité, golpeando el brazo del sillón—. ¡Me gano lo que tengo!

—¡Es penitencia! —gritó ella de vuelta, rompiendo su calma clínica. Su voz resonó en la pequeña habitación—. Tienes la «Culpa del Sobreviviente» tatuada en la frente. Crees que cada día que respiras aire limpio, se lo estás robando a alguien que se ahogó en ese río. Crees que, si sufres lo suficiente, si te cansas lo suficiente, quizás balanceas el universo.

Me quedé paralizado, respirando agitadamente. La rabia se me atascó en la garganta. Quería decirle que estaba loca. Quería gritarle que se callara.

Pero no pude.

—Yo salí... —susurré, y la rabia se disolvió de golpe, dejando paso a una verdad helada—. Porque mi padre me empujó. Si yo hubiera podido atravesar… si él no me hubiera tenido que ayudar… él estaría vivo.

—Y por eso te prohíbes ser feliz —dijo ella. Su voz bajó, volviéndose implacable pero ya no agresiva—. Porque si eres feliz, si duermes tranquilo, sientes que lo estás traicionando. Sientes que tienes que pagar una multa diaria por estar vivo. Y esa multa es tu miseria.

—Si dejo de pagar... —La voz me tembló. Era la primera vez que formulaba este pensamiento en voz alta—. Si dejo de sufrir... ¿no significa que su muerte no importa? Si yo estoy bien, ¿no es como olvidarlo?

Nidia me sostuvo la mirada. Había una compasión feroz en sus ojos.

—Esa es la mentira que te cuenta el trauma, Damián. Te dice que tu dolor es un monumento a los caídos. Pero no lo es. Tu dolor es solo dolor. —Hizo una pausa—. Le debes tu vida, sí. Pero no para destruirla. Si vas a vivir por él, vive bien. Vive una

vida que valga la pena el sacrificio de haber llegado hasta aquí. Castigarte no lo va a traer de vuelta. Solo está matando al que sobrevivió.

Me cubrí la cara con las manos. No hubo un llanto liberador de película. Hubo una sacudida violenta en mis hombros. Hubo un sonido ahogado, feo, que se escapó de mi garganta contra mi voluntad. Luché contra él. Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula, negándome a romperme del todo, pero las lágrimas se filtraron entre mis dedos, calientes y humillantes.

Nidia no me ofreció un pañuelo. No me tocó. Me dejó pelear esa batalla en silencio, respetando mi resistencia, dejándome entender que no podía ganar luchando contra mí mismo por siempre.

Cuando salí de allí, cincuenta minutos después, no me sentía curado. Me sentía como si me hubieran dado una paliza. Me dolía la cabeza y tenía los ojos hinchados. Estaba agotado, pero no del tipo de cansancio que se cura durmiendo.

Nidia me había desollado la piel con la precisión de un cirujano, dejándome sin la única armadura que sabía usar: mi propia miseria. *Vive una vida que valga la pena*, me había dicho, y por primera vez, la idea de ser feliz no se sintió como un robo, sino como una deuda pendiente con el hombre que se quedó en el río.

Caminé hacia la parada del autobús con el aire frío golpeándome la cara.

La culpa seguía ahí. Pesada. Densa. No había desaparecido por arte de magia.

Pero mientras veía los coches pasar, una pregunta nueva, incómoda y peligrosa, empezó a girar en mi cabeza:

¿Y si Nidia tenía razón?

¿Y si mi sufrimiento no era un homenaje, sino un desperdicio?

No tenía la respuesta. Aún sentía que, si soltaba el dolor, me quedaría vacío.

Pero por primera vez en años, la certeza absoluta de que merecía estar mal se había agrietado. Y por esa grieta, entraba una corriente de aire que me aterraba y me atraía a partes iguales.

Pensé en Valerie. En su corte de pelo que estaba perdiendo filo y en la forma en que me desafiaba a salir de mi trinchera. Ella también estaba en guerra, pero al menos no intentaba castigar al mundo por estar viva.

Cerré los ojos, sintiendo ese viento nuevo, y me di cuenta de que, si daba un paso fuera de mi dolor, ella sería la primera persona que vería al otro lado del muro.

CAPÍTULO 56

Valerie

Había pasado la última semana aprendiendo a no hacer nada, y resultó ser la tarea más difícil de mi vida.

Seguí el consejo de Theo al pie de la letra. Dejé el cuaderno en el cajón. No me ofrecí como voluntaria para nada. Me quedé suspendida en esa inercia gris que él llamaba «normalidad», pero que a mí me recordaba a una habitación sin muebles. Me sentía ligera, sí, pero también peligrosamente fácil de arrastrar por cualquier corriente.

Me repetí el mantra de Theo mientras subía las escaleras de la facultad: Tu valor no depende de tu rendimiento. No tienes que ser útil para existir. No busqué a Damián. No le escribí. Me prohibí ser su salvadora.

Sesión 4. Jueves, 5:00 PM. Sala 4B.

Llegué a la sala 4B sin un plan. Por primera vez, iba a dejar que la sesión simplemente fuera, sin intentar controlarla. Pero en cuanto abrí la puerta, toda mi resolución de «no ser útil» se estrelló contra la realidad.

Damián no estaba leyendo. Tenía las manos entrelazadas sobre la mesa y la mirada fija en un punto inexistente del suelo. Tenía ojeras marcadas y una palidez que me cortó la respiración. Parecía haber sido pasado por una prensa hidráulica.

—¿Vargas? —pregunté, dejando mis cosas en silencio—. ¿Estás bien?

Él levantó la vista. Le tomó un segundo enfocarme, como si estuviera regresando de un lugar muy lejano.

—Sí —dijo, y su voz sonaba como si hubiera estado tragando arena—. Solo... dormí poco. Empecemos.

Encendí la grabadora. El LED rojo empezó a parpadear. La atmósfera no era eléctrica; era densa, cargada de un cansancio que se podía tocar. Damián no ofreció resistencia. Estaba allí, simplemente presente, pero con los muros tan bajos que se sentían frágiles.

—La semana pasada hablamos de la dificultad de dejar de sobrevivir para empezar a vivir —empecé, observando cómo sus dedos se apretaban entre sí—. ¿Has pensado en eso?

Damián soltó una risa seca, sin rastro de humor.

—Lo he pensado. Resulta que vivir es bastante más doloroso que limitarse a no morir.

—¿A qué te refieres?

Él guardó silencio. Miró la luz roja de la grabadora y, por primera vez, pareció consciente de que cada palabra estaba siendo registrada.

—A que a veces es mejor no mover los escombros —respondió en voz baja—. Si los mueves, te das cuenta de lo que quedó aplastado debajo.

Hablaba con una honestidad que me erizó la piel. Noté que, a pesar del cansancio, no tenía esa tensión de resorte a punto de saltar. Estaba... triste. Una tristeza profunda y antigua que me dolió en el pecho.

Cuando el cronómetro marcó el final, apagué la grabadora con un suspiro de alivio. El silencio que quedó era demasiado real para el cubículo.

—Fui a ver a Theo —soltó.

Me quedé paralizada con el bolso a medio colgar.

—Me derivó con alguien. Empecé el martes —continuó. Levantó la vista y, por un instante, la máscara cayó por completo. Vi al chico que me había besado en Año Nuevo, pero

sin la rabia—. Me está destrozando, Valerie. Nidia no se anda con rodeos. Me hizo decir cosas que me prometí nunca decir en voz alta. Por eso estoy así. Siento que me han quitado la piel.

Se levantó con lentitud. Yo hice lo mismo. Quería decirle que sabía lo que era estar sin piel, pero recordé a Theo. No seas su muleta. No lo rescates. Me obligué a quedarme en mi orilla, a no ser la «niña útil» que le ofrece un refugio instantáneo.

Él acortó la distancia. Fue un movimiento dubitativo, sin su seguridad habitual. Pero no se detuvo. Siguió avanzando hasta que estuve acorralada entre su cuerpo y la mesa de la sala 4B. Mi sistema de alarma se disparó, pero no por miedo, sino por la intensidad de su mirada. Ya no había rabia, ni orgullo, ni barreras. Solo había una rendición absoluta.

—Solo quería darte las gracias —susurró—. Por no callarte lo de Theo. Por obligarme a mirar el barro.

—No tienes que agradecerlo —respondí. Mi voz temblaba.

En ese espacio estrecho, la tregua se rompió.

Damián inclinó la cabeza. Sus ojos bajaron a mis labios con una lentitud que me detuvo el pulso.

Me besó y el mundo se quedó en silencio.

No fue un ataque como en el Pierre. No hubo fuego esta vez. No fue la desesperación violenta del pasillo de servicio, ni esa rabia que buscaba borrarnos el uno al otro.

Fue un ruego. Sus labios tocaron los míos con una suavidad que me dolió más que cualquier insulto. Eran cálidos, ligeramente secos por el cansancio, y temblaban con una fragilidad que me obligó a soltar el aire de golpe.

Cerré los ojos y el mundo desapareció. Solo existía el roce de su boca, que sabía a café frío y a una verdad que no podíamos seguir callando. No fue un asalto; fue un derrumbe. Sentí el peso de su cuerpo inclinándose hacia mí, no para dominarme, sino para buscar un punto de apoyo, como si yo fuera la única superficie firme en un mundo que acababa de deshacerse para él.

Le correspondí con una urgencia que me subió desde el estómago, olvidando a Theo, olvidando mis dibujos y mis muros. Me aferré a sus brazos, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la camisa gris. Mi mano, que debería haberlo mantenido a distancia, subió por instinto hasta su cuello, buscando el calor de su piel, enredando mis dedos en su cabello mientras lo atraía más hacia mí. Mi corazón golpeaba contra mis costillas con un ritmo salvaje, errático, reconociendo el suyo a través de las capas de ropa. En ese beso, nos estábamos reconociendo en el naufragio, bebiendo de una sed que no se apagaba con teorías académicas.

Damián se separó apenas unos centímetros. Su respiración rozó mi cara. Se quedó mirándome fijamente, con una expresión de asombro y pánico.

No dijo nada. Recogió su mochila del suelo con movimientos mecánicos y caminó hacia la puerta.

—Nos vemos el próximo jueves —murmuró sin girarse.

El sonido del pestillo al cerrarse fue como un disparo en el silencio de la sala.

Me quedé sola en la sala 4B, con el corazón martilleando contra mis costillas y el sabor de su rendición todavía en mis labios.

En cuanto cerré la puerta de mi habitación, la calidez del encuentro empezó a enfriarse bajo la luz blanca de mi escritorio. El silencio me obligó a escuchar mis propios pensamientos.

¿Qué acabas de hacer?

Me senté en la cama, sintiendo aún persistir el rastro de su cercanía en mis labios. El sobre pensamiento comenzó a girar como un remolino. Theo me había advertido: no seas el refugio de nadie. Y yo acababa de abrir las puertas de par en par.

Me senté en la cama, mirando hacia la nada. *¿Me había quedado ahí porque realmente quería estar con él, o porque mi instinto de «salvadora» no había soportado ver a alguien sufrir? ¿Fue un beso de conexión real o simplemente una*

recaída en mi viejo patrón de ser la red de seguridad de los demás?

Me aterraba la idea de que ese beso fuera el comienzo de mi propia desintegración. Si dejaba que él se convirtiera en mi excepción, ¿cuánto tardaría en volver a ser la Valerie que se borra a sí misma para que el otro ocupe todo el espacio?

Damián se había ido sin decir nada, dejándome otra vez con el peso de la duda. ¿*Me había besado porque me quería allí, o porque era el único lugar donde podía dejar de fingir?*

Me toqué los labios en la oscuridad de mi cuarto, tratando de decidir si el sabor que quedaba era el de la esperanza o el de la vieja adicción de ser necesaria. Damián se había marchado como un hombre que acaba de entregar sus armas, y yo me había quedado como quien recibe un tesoro que no sabe si tiene permiso de guardar.

CAPÍTULO 57

Damián

El silencio de mi habitación se sentía como una emboscada. Habían pasado dos días desde que salí de la oficina de Nidia, y todavía sentía que me habían pasado por encima con un camión de carga. Me dolía el cuerpo de una forma que no tenía sentido, como si los recuerdos de la selva no solo hubieran vuelto a mi mente, sino que se hubieran instalado de nuevo en mis articulaciones.

No quería volver.

Me repetía a mí mismo que ya era suficiente. Había hablado, me había roto y había pagado el precio en humillación y mocos frente a una extraña. ¿No era eso lo que querían? ¿No era eso «hacer el trabajo»? Pues ya estaba. Podía volver a mi cueva, a mi desprecio por el mundo y a mi café negro. La idea de sentarme otra vez en ese sillón de cuero y dejar que Nidia escarbara en el barro de mi pasado me producía una náusea física.

Es solo un mecanismo de defensa, Vargas. Deja de ser tan predecible.

La voz de Valerie en mi cabeza me asaltó, con esa entonación de quien ha leído demasiados libros y ha vivido demasiado poco, pero que tiene la maldita puntería de dar siempre en el blanco. Maldita sea. Ella tenía razón, incluso cuando no estaba delante para restregármelo.

El jueves, la «Alianza Terapéutica» había sido el último clavo en el ataúd de mi paciencia. Llegué a la sala 4B sin energía para máscaras, sin piel para resistir. Y cuando la

grabadora se apagó, mi cuerpo traicionó mi propia guardia. La besé.

Cuando mis labios tocaron los suyos, el mundo se detuvo de una forma violenta. Valerie sabía a algo dulce y limpio que contrastaba con el amargor del café que yo traía pegado a la lengua y el olor a aguarrás que sentía impregnado en mis poros. Sus labios eran suaves, jodidamente suaves, pero tenían una firmeza que me obligó a soltar un gemido ahogado.

Cuando sus dedos se enredaron en mi pelo y me atrajo hacia ella, sentí una descarga que me recorrió la columna, una corriente eléctrica que me hizo olvidar que me dolían los hombros por la pintura. No era solo deseo, aunque el deseo estaba ahí, quemando. Era la sensación de su piel cálida contra mi cuello, de su respiración agitada mezclándose con la mía. Por un segundo, el peso que siempre llevo en la espalda se volvió ligero.

Me gustó tanto que me dio asco de mí mismo. Me gustó con un hambre que me asustó. No era el placer superficial de un ligue de viernes noche; era la satisfacción de una sed que llevaba años secándome la garganta. Sentir su boca correspondiéndome, sin piedad, pero con una entrega absoluta, fue la cosa más adictiva que he probado en mi vida.

Quería quedarme allí, viviendo en el espacio entre sus labios, porque fuera de ese beso yo seguía siendo el tipo roto que no sabe cómo ser feliz.

Sus labios me estaban diciendo que yo tenía derecho a estar allí, que mis manos manchadas tenían un sitio donde descansar. Y eso fue lo que más me dolió. Me gustó sentir que ella me quería allí, en mi peor momento, «sin piel».

Me separé porque si seguía un segundo más, me habría puesto a llorar contra su cuello, y mi orgullo todavía no está tan muerto como para permitir eso. Pero mientras caminaba hacia la salida, el frío del pasillo se sintió como un insulto. Quería volver. Quería volver a besarla hasta que el mundo dejara de tener sentido, hasta que el «sobreviviente» muriera

de una vez y solo quedara el hombre que ella acababa de despertar.

Y por eso mismo, salí de allí con los oídos pitando. Mi mente gritaba: *¿Ves? La dejaste entrar. Ahora ella tiene el mapa de todas tus grietas. Eres vulnerable, Damián, y eso es mucho más peligroso que estar solo*.

Pasé el viernes en un estado de apatía absoluta. Ignoré los mensajes de mi madre porque no tenía palabras que no fueran cenizas. La voz de Nidia Thorne resonaba en mi cabeza: *Crees que, si sufres lo suficiente, quizás balanceas el universo*.

El sábado a las siete de la mañana, odié el sonido de la alarma.

—No voy a ir —murmuré contra la almohada—. No necesito esa tortura. No necesito que alguien me diga que soy un cobarde por querer cerrar la puerta otra vez.

Me di la vuelta, intentando volver a la oscuridad cómoda de mi indiferencia. Pero entonces, el olor fantasma del barro me rozó la nariz. La imagen de mi padre soltándome la mano en el río me asaltó con una claridad que me hizo saltar de la cama.

Él me había empujado para que viviera, no para que ocupara espacio. Y el beso de Valerie, ese ruego silencioso que compartimos en la sala 4B, me estaba recordando que el precio de estar vivo es, precisamente, el riesgo de ser tocado.

Con un gruñido de frustración, me puse la camiseta manchada de yeso. Me calcé las botas. Caminé hacia la estación bajo un cielo gris que amenazaba nieve, enojado, muerto de sueño, harto de sentir que ya no soy el dueño de mis propios muros.

Pero veinte minutos después, estaba allí. El olor a aguarrás me recibió antes de que tocara la puerta. Nidia ya estaba allí, con su termo de café y esa mirada que siempre parecía estar esperando que me rindiera.

—Llegas tarde, Damián —dijo, señalando las cajas sin mirarme—. Mueve eso al depósito. Luego, el techo de la oficina tres necesita otra mano de pintura.

No me dio los buenos días. No me preguntó cómo estaba. Y, por alguna razón retorcida, eso fue exactamente lo que me dio la fuerza para entrar. Nidia no buscaba consolarme; buscaba hacerme trabajar por mi propia cordura.

Tomé el primer par de cajas. Mis hombros ya empezaban a quejarse, pero el esfuerzo físico era un alivio comparado con el ruido de mi cabeza. Cada movimiento era un pago. Un intercambio. Sudor por cordura.

Sanar dolía más que romperse, pero mientras subía la escalera con el rodillo en la mano, supe que no iba a dejar de caminar. Aunque solo fuera por la estúpida curiosidad de saber quién sería yo el día que dejara de ser, simplemente, el que sobrevivió.

CAPÍTULO 58

Valerie

Era sábado. El eco de la puerta de la sala 4B cerrándose todavía resonaba en mis oídos como un veredicto. Me quedé un rato más sentada en mi cama, observando cómo la luz de la tarde se filtraba por las cortinas, dibujando líneas doradas sobre las cajas que aún no terminaba de desempacar.

Había pasado todo el día repasando el momento en que Damián se derrumbó frente a mí. Podía sentir todavía ese calor residual en mis labios, un contacto que mi cuerpo había aceptado con una naturalidad que me aterraba. Mi mente, en cambio, procesaba el beso con una alarma ensordecedora.

Sentí un nudo de ansiedad en el pecho. Por primera vez en meses, había bajado la guardia por completo. No me había alejado; me había quedado allí, permitiendo que su vulnerabilidad me tocara, dejando que mis manos buscaran su cuello mientras él se rendía. Me había convertido en su apoyo en ese segundo de silencio, pero, como todo en mi vida, esa cercanía venía con una factura pendiente: un vacío punzante que me hacía preguntarme si acababa de traicionar mi propio progreso.

¿Haber estado allí para él me hacía volver a ser la Valerie dócil de siempre?

Esa pregunta se convirtió en la brújula de mis dudas, apuntando siempre hacia el mismo norte: el miedo a

desaparecer. Me aterraba la idea de que, al intentar ser humana con Damián, terminara cayendo de nuevo en mi propio patrón de «arreglar a los demás». *¿Cuál era el equilibrio entre ser empática y no transformarme, otra vez, en el búnker de alguien más?*

Recordé la voz de Theo advirtiéndome sobre mis recaídas. Al no poner ese muro el jueves, al dejar que él me besara y me usara como ancla, sentí que me había fallado. Había borrado mis límites en un solo segundo.

Necesitaba hablar con alguien que me conociera antes de que intentara «rebrandearme» como una persona funcional. Marqué a Sophie. Su rostro apareció bajo la luz blanca de su escritorio; tenía un lápiz tras la oreja y manchas de pintura en los nudillos.

—¡Val! Justo estaba pensando en que, si no me llamabas hoy, iba a aparecer en tu campus con un megáfono —exclamó Sophie—. Ay, no... Esa es la cara de «estoy sobre analizando hasta el color de las moléculas». ¿Qué pasó?

Me reí, pero la ligereza no duró nada.

—Crucé un límite Sophie… Con Damián —confesé, dejando caer la cabeza contra la almohada—. Se mostró vulnerable, y… bueno… yo estuve ahí para él—. No podía contarle lo del beso aún. Ni siquiera sabía que ya había pasado antes—. Theo dice que debo protegerme, que no debo ser el refugio de nadie. Pero me siento asustada. Siento que volví a caer. ¿Y si ayudar a los demás es solo mi forma de perderme a mí misma?

Sophie escuchaba en silencio. Dejó el marcador a un lado y se acercó a la cámara.

—Val, escúchame bien. El problema nunca ha sido estar ahí para otros. El problema es cuando eso hace que te borres tú. Ser buena, ser empática, es parte de tu ADN. No puedes sólo borrar esa parte solo porque Nate fuera un idiota que se aprovechó de eso.

Se acomodó el cabello y continuó con esa lucidez que siempre envidiaba:

—Estar ahí para Damián en un momento de crisis no te hace débil, siempre y cuando no dejes de ser tú para convertirte en su salvadora. No tienes que ser su oxígeno, Val. Puedes caminar a su lado sin cargar con su mochila. El equilibrio no es ser una piedra fría; es saber que puedes dar la mano sin amputarte el brazo.

Me quedé en silencio. El «equilibrio» no era una línea recta de rechazos; era aprender a estar presente sin desdibujarse en el otro.

—Por cierto —continuó Sophie, cambiando el tono—, necesitas salir de ese campus. Mi facultad organiza una exposición de arte el próximo viernes y hay una fiesta en un almacén. Tienes que venir, Val. Necesitas ver caras que no sepan qué es una «alianza terapéutica».

—No sé, Soph, tengo mucho que leer y...

En ese momento, la puerta de mi habitación se abrió de golpe. Louise entró como un huracán, cargando una bolsa de papas fritas.

—¡Escuché «fiesta» y «universidad de Sophie»! —gritó Louise, lanzándose sobre mi cama—. ¡Hola, Sophie! Me encargaré de llevar a Valerie a rastras el viernes porque, si se queda un minuto más analizando sus sentimientos, va a empezar a hablar con las paredes.

Sophie soltó una carcajada.

—Trato hecho. No acepto un no, Valerie.

Louise me dio un golpe amistoso en la pierna.

—Ya lo oíste, Val. Prepárate, porque vamos a quemar esa «soledad controlada» tuya con un poco de vida real.

Miré a Louise y luego a la pantalla. Quizás Sophie tenía razón. Salir, tener planes propios, era la forma de demostrarme que podía ser la aliada de Damián sin dejar de ser mi propia prioridad.

Theo decía que la paz era soportar mi propia compañía, pero mientras el corazón me seguía gritando el nombre de Damián, entendí que el verdadero reto no era dejar de ser «la niña útil» para los demás, sino aprender a ser la mujer que

puede amar a alguien sin intentar, desesperadamente, evitar que se rompa.

Mientras Louise buscaba qué usar para el viernes, entendí que el equilibrio no era una estatua de hielo, sino la capacidad de bailar en medio del desorden sin olvidar dónde terminaba mi piel y dónde empezaba el abismo del otro.

El viernes me pondría algo que no fuera seda rosa ni cuero de combate, usaría algo que simplemente fuera mío.

CAPÍTULO 59

Damián

El reloj de la pared de Nidia tiene un tic-tac que parece el goteo de una llave mal cerrada. Es rítmico, constante, irritante. Me obliga a contar los segundos para no tener que mirar los cuadros abstractos que tiene colgados; esas manchas de colores que intentan decir algo, pero que terminan siendo solo eso: manchas.

—Bien —comenzó Nidia, sentándose frente a mí—. Cuéntame de tu semana.

—Bueno… el insomnio no ha mejorado, si algo… empeoró. Pero no he tenido pesadillas tan…

—Damián —interrumpió Nidia—, cuéntame de tu semana, no de tus síntomas.

La miré confundido.

—¿Qué quiere que le diga? —respondí irritado—. Estudié, trabajé y nada más.

—Mhmm —hizo ese ruido que me desesperaba—. Dices que estudias psicología, ¿no? ¿Alguna materia interesante que estés cursando ahora mismo?

Mi mente se fue directo a la sala 4B. A la luz blanca de los fluorescentes y al sabor de su boca contra la mía. Todavía podía sentir la presión de sus dedos en mi nuca, una sensación que me perseguía por los pasillos como un fantasma cálido.

—Todas —mentí. No quería hablar de la «Alianza Terapéutica»; era estar demasiado cerca del epicentro del sismo.

—¿Todas?

—¿Podemos hablar de algo más importante? —espeté, sintiendo cómo el aire de la oficina empezaba a escasear.

—Por la forma en la que te resistes a hablar de algo trivial, sospecho que lo importante se esconde allí. El trauma no es solo el pasado, Damián. Es cómo te relacionas con el presente. Y ahora mismo estás levantando un muro más alto que los que cruzaste en el Darién.

Sentí mi mandíbula tensarse hasta el dolor. Odiaba que Nidia tuviera esa puntería quirúrgica para detectar mis mecanismos de defensa.

—Olvida la materia —propuso ella—. Sé que hay algo de lo que no quieres hablar. Lo noté desde que llegaste: caminas como si estuvieras esperando que el suelo se abra bajo tus pies.

Suspiré, derrotado. La resistencia me estaba agotando más que el trabajo manual.

—Es un proyecto —respondí al fin—. Una simulación que me está costando más de lo que esperaba. Mi compañera, Valerie… ella lo hace difícil.

—¿No entiende el objetivo?

—No es eso… ella es brillante —la honestidad de mis palabras me tomó desprevenido—. Es solo que es distinta. Yo pensaba que era una niña rica y hueca, una de esas personas que parecen no caminar, sino flotar sobre el mundo. Creía que vivía en una burbuja donde nada sucio podía tocarla.

—¿Y ya no lo crees?

—No —tragué grueso—. El mundo es un lugar hostil, incluso para los que viven en casas con techos altos. Me di cuenta de que la juzgué mal. El problema es que ahora… creo que ya no sé cómo estar cerca de ella sin sentir que la estoy ensuciando.

Nidia se inclinó hacia adelante, presionando con la mirada.

—¿Por qué? ¿Qué pasó con Valerie, Damián?

Cerré los ojos y, por un segundo, pude sentir de nuevo la presión ligera de su cuerpo contra el mío en ese cubículo estrecho. El ruego silencioso de nuestro beso.

—Me dejó entrar —susurré, y la confesión me supo a traición a mi propia soledad—. Me mostré roto, Nidia. Me apoyé en ella esperando que me rechazara, esperando que me confirmara que soy un desastre que nadie quiere sostener. Pero no se alejó. Se quedó ahí.

—¿Y eso es lo que hace que el proyecto sea difícil? —preguntó Nidia con una suavidad que me dio ganas de gritar.

—¡Sí! Porque es como encontrar un oasis después de caminar años por el desierto. Te mueres por beber, pero te aterra que en el momento en que acerques los labios, el agua se convierta en arena. Que sea solo un espejismo. Preferiría mil veces morir de sed antes de descubrir que la primera cosa buena que me pasa en años es solo una mentira de mi propia cabeza para hacerme la caída más dura.

Nidia no se movió, pero sentí que su silencio me estaba desollando.

—Valerie es aire limpio —continué, bajando la voz hasta que apenas fue un susurro—, y yo... yo sigo teniendo los pulmones llenos de humo y barro. El jueves me di cuenta de que ella no es el muro. El muro soy yo, tratando de convencerme de que ella no es real para no tener que admitir que puedo ser salvado. Es más fácil creer que es un espejismo que aceptar que alguien como ella podría mirar a alguien como yo y no salir corriendo.

Nidia guardó silencio un largo rato. El tic-tac del reloj parecía ahora marcar el ritmo de mi pulso.

—Ella no es de cristal, Damián —dijo Nidia finalmente—. Si se quedó, es porque puede sostener tu peso. El problema no es que la vayas a romper; el problema es que te aterra que ella

sea real y ya no tengas la excusa de tu miseria para no intentar vivir.

Me quedé mudo, sin aire. La sesión terminó poco después, pero mientras salía de la oficina, sus palabras me seguían como una sombra.

Nidia tenía razón. Me había pasado la vida siendo «el sobreviviente» porque el dolor era lo único que no podía ser una mentira. Pero Valerie… Ella me estaba ofreciendo una realidad que no sabía cómo procesar. Y lo que más me aterraba de la sesión del próximo jueves no era que ella se esfumara, sino descubrir que, si volvía a besarla, ella seguiría estando allí para recibirme.

CAPÍTULO 60

Valerie

En el aula 302 se escuchaba un sonido constante de teclados y murmullos que solía servirme de ruido blanco para desaparecer. Pero esa mañana, el silencio de Damián se escuchaba por encima de todo lo demás.

Estaba sentado tres filas más abajo. No se movía. Había pasado todo el fin de semana esperando el golpe: un mensaje de «esto fue un error» o, lo que sería más propio de él, que hoy actuara como si mis labios nunca hubieran tocado los suyos. Pensé que volvería a encerrarse, que levantaría un muro de tres metros de concreto para compensar la grieta que dejó abierta el jueves. Pero allí estaba, con la nuca rígida pero presente, sin intentar huir.

Una chispa de esperanza, pequeña y peligrosa, empezó a arder debajo de mi ansiedad. ¿Y si esta vez no se iba?

Miré su espalda. Él siempre había sido una pared. Una pared de orgullo y de esa rabia contenida que yo, en *high school*, atribuía a su arrogancia. Ahora, después de sentir su peso sobre mí, me parecía una armadura demasiado pesada, una que le estaba llagando la piel. Sabía que su padre había muerto, pero para la Valerie de diecisiete años, eso era solo una nota al pie en la biografía del chico que intentaba hacerme sentir pequeña.

Qué estúpida fui.

Aún no sabía a ciencia cierta qué sucedía en el mundo interno de Damián, pero sabía lo suficiente para saber que era importante.

La Dra. Arispe caminaba de un lado a otro, hablando sobre la Neutralidad Terapéutica.

—La técnica nos dicta que el terapeuta debe ser una pantalla en blanco —decía Arispe—. Si el paciente proyecta amor o rabia, nosotros no debemos reaccionar. La distancia es nuestra mayor protección. ¿Qué opinan? ¿Es posible ser una pared y, al mismo tiempo, un refugio?

Miré la nuca de Damián. Sabía que odiaba esa pregunta. Para alguien que siempre había sido juzgado desde la distancia, la idea de una «pared» debía sonar a otra forma de abandono. Sin pensarlo mucho, levanté la mano. Mi voz salió más firme de lo que esperaba.

—No creo que la neutralidad deba ser frialdad —dije, y vi cómo los hombros de Damián se tensaban—. Durante años nos enseñan que para ser profesionales debemos ser impasibles, pero creo que eso es solo una máscara para el miedo. Si un paciente te entrega su dolor y tú le devuelves una superficie de mármol, solo le estás confirmando que está solo. La distancia no debería ser una ausencia de humanidad, sino un espacio donde el otro pueda existir sin sentirse un fenómeno de estudio.

Me callé, esperando el contraataque. Esperaba que Damián se girara y me recordara que el rigor clínico no entiende de sentimientos. Me preparé para el impacto.

Damián se giró. Pero no había burla en sus ojos. Estaban «limpios», despojados de ese fuego defensivo.

—Dalton tiene razón —soltó, y el aula pareció contener la respiración. Que Damián Vargas le diera la razón a Valerie Dalton era un evento astronómico—. La neutralidad absoluta es una mentira de los que no tienen el valor de involucrarse.

Se giró más, clavando sus ojos en los míos. Sentí un vuelco en el pecho; me estaba hablando a mí, agradeciéndome por no haber sido «mármol» el jueves pasado.

—Si alguien está acostumbrado a que lo miren como a un problema o como a un número —continuó, y su voz bajó de tono—, lo último que necesita es a un terapeuta jugando a ser un fantasma. La distancia profesional a veces es solo una excusa elegante para no sostener la mirada del otro. A veces, lo más técnico que puedes hacer es demostrar que eres capaz de quedarte ahí, incluso cuando el otro intenta empujarte.

La Dra. Arispe asintió, pero yo apenas podía escuchar. Era la primera vez en años que no éramos dos fuerzas chocando, sino dos personas intentando construir el mismo puente sobre el vacío. La duda de si iba a desaparecer se disolvió en ese instante: Damián se estaba quedando.

Al terminar la clase, me quedé guardando mis cosas con manos torpes. Damián pasó por mi lado. Se detuvo un microsegundo. No sonrió, pero su mirada ya no era una flecha. Era una invitación.

—Buena intervención, Dalton —murmuró.

Fue apenas un susurro, pero para mí sonó como el tratado de paz que ponía fin a una guerra de años. Mientras salía del aula 302, el ruido de los teclados ya no me parecía un escondite, sino el eco de un mundo que seguía girando, pero que ahora, por fin, me permitía caminar a mi propio ritmo, con el sabor de una tregua que sabía mucho mejor que cualquier victoria.

CAPÍTULO 61

Damián

Sesión 5. Jueves, 5:00 PM. Sala de Estudio 4B. La sala 4B ya no se sentía como una trinchera. El aire, que antes parecía cargado de estática y resentimiento, ahora tenía una densidad distinta, más parecida a la calma que precede a una tormenta que ya no temes, pero que respetas.

Me senté frente a Valerie y, por primera vez, no sentí la necesidad de cruzar los brazos. Ella traía el cabello un poco más desordenado y una luz en los ojos que no recordaba haber visto. Se parecía a la mirada de la «niña de cristal» a la que solía odiar, pero no era la misma. Había algo sólido en su postura, algo que me obligaba a recalibrar todo lo que creía saber sobre ella.

Valerie notó mi escrutinio.

—¿Te debo algo, Vargas? —preguntó. Ese sarcasmo en su voz me volvía loco. Antes era un ataque; ahora era el combustible de un incendio que ya no me molestaba admitir.

—Sí —respondí, sosteniéndole el pulso—. Tiempo. No tengo todo el día, Dalton.

—No lo parece. Por lo mucho que te has tardado analizando mi cara, diría que te sobra el tiempo libre.

Mi corazón se aceleró. Este juego, esta fricción inevitable, me encendía. Ella se sentó y yo encendí la grabadora. El LED rojo parpadeó entre nosotros como un latido.

—Sesión cinco —dije, y mi voz sonó más anclada de lo que esperaba—. Terapeuta: Damián Vargas. Paciente: Valerie Dalton.

Durante cuarenta minutos, traté de ser el terapeuta que ella merecía. Sabía que «Elena» era su escudo, pero Elena estaba empezando a desdibujarse.

—La última vez, Elena, dijiste que, si dejabas de ser útil, la gente se iría. Cuéntame, ¿qué pasa con esa «economía» cuando decides, por una vez, no invertir en los demás?

Valerie entrelazó sus dedos sobre la mesa.

—He estado intentando entender que mi espacio no es una zona de servicio. Es... aterrador. Se siente como caminar por una cuerda floja sin red.

—¿Y quién te sostiene en esa cuerda, Elena? ¿O te has dado cuenta de que puedes equilibrarte sola?

—Creo que estoy aprendiendo que, si me caigo, el suelo no es tan duro como pensaba. Dijiste que, si dejaba de correr, la gente podría ver a la persona que está debajo. Lo intenté. Y por primera vez, no sentí que me estuvieran evaluando. Sentí que me estaban... reconociendo.

El silencio que siguió tuvo presencia. Ya no analizaba a una paciente; admiraba a una mujer que finalmente se atrevía a existir. Cuando terminó el tiempo, el clic de la grabadora sonó como una sentencia de libertad.

—Buena sesión, Dalton. «Elena» está haciendo progresos peligrosos.

Ella sonrió. Fue una sonrisa ligera, sin el peso de la complacencia. Supe que era el momento. Tenía que intentar acercarme fuera de estas cuatro paredes.

—Mañana —solté, y sentí un vuelco en el pecho—, pensaba ir a esa cafetería cerca de la biblioteca. La de los sillones viejos. Me preguntaba si... te gustaría ir conmigo. No para hablar de Arispe. Solo... para estar.

Vi el destello en sus ojos. Un «sí» que vibró antes de que sus labios se movieran.

—Damián... Me encantaría. De verdad me encantaría. Pero no puedo. Louise y yo nos vamos con Sophie este fin de semana. Necesito salir de aquí.

El «no» me dolió, pero recordé sus propias palabras: no borrarse por nadie.

—Está bien, Dalton. De hecho, es perfecto. Me habría preocupado que dijeras que sí solo por ser «buena». Disfruta a tus amigas. Te hace falta aire que no huela a hospital o a biblioteca.

El silencio que siguió fue absoluto. Fue como si hubiera succionado todo el oxígeno de la sala 4B. Valerie se quedó petrificada. El poco color de sus mejillas se desvaneció, dejándola tan pálida como aquella mañana de sábado hace meses.

—¿Hospital? —susurró. Su voz era un hilo de acero—. ¿Por qué has dicho eso? ¿Cómo sabes...?

Me quedé helado. Mi boca había ido más rápido que mi prudencia.

—Lo supe, Valerie —solté—. El mismo día que ocurrió.

—Nadie lo sabía —dijo ella, y vi cómo sus manos empezaban a temblar—. Nadie.

—Te vi en el Centro Médico —continué, con la voz ronca —. Había rumores Val, no decían nada sobre ti, pero Sophie me encontró y me dijo algo que me hizo sospechar que podrías ser tú... Me dijo que te estabas destruyendo. Entré en esa habitación, Valerie. Te vi conectada a ese suero, pálida, rota.

Esperé una exhalación de alivio, una confesión de «gracias por saberlo». Pero lo que vi en sus ojos fue furia pura. Valerie se puso de pie de golpe, golpeando la mesa con las palmas de las manos.

—¿Me viste? —su voz ya no era un hilo; era un látigo—. ¿Me viste allí tirada, en el momento más humillante y miserable de mi vida, y no dijiste nada?

—Valerie, yo no quería...

—¡No me vengas con eso! —me cortó, y sus ojos brillaban con lágrimas de rabia—. Me observaste. Me estudiaste como si

fuera un espécimen bajo un microscopio. Me viste rota y decidiste que tenías el derecho de guardar ese secreto como si fuera una moneda de cambio. Me dejaste creer que nadie sabía, que estaba a salvo en mi anonimato, mientras tú me mirabas en clase sabiendo exactamente cómo se veía mi naufragio.

—¡Lo hice para protegerte! —grité yo también, levantándome—. ¡No tenía el derecho de invadir tu espacio!

—¡Pero lo hiciste! —se acercó a mí, invadiendo mi espacio con una agresividad que me obligó a retroceder—. Entraste en mi habitación sin mi permiso. Y luego volviste a clase y actuaste como si no existiera. Me ignoraste, me despreciaste, ¡cuando ya sabías todo!

—¡Me tuve miedo, Valerie! —confesé, y la voz me salió más ronca de lo que pretendía—. Me sentía culpable por haberte dejado sola después de nuestra discusión esa noche. No sabía cómo acercarme sin romper lo poco que te quedaba. Yo soy un campo minado Valerie, y tú apenas estabas aprendiendo a caminar de nuevo después de tu propia explosión.

—¿Miedo? —ella soltó una risa seca, cargada de veneno —. No me hables de miedo. El jueves pasado me besaste, Damián. Me besaste como si te estuvieras ahogando, me desarmaste por completo, dejaste que te sostuviera cuando estabas «sin piel» ... ¿y qué hiciste después? Te fuiste. Cerraste esa puerta y me dejaste de nuevo en el vacío, tratándome como a una extraña. ¡OTRA VEZ!

Me quedé mudo. No tenía defensa para eso.

—Eres un cobarde, Vargas —sentenció, recogiendo su mochila con movimientos violentos—. Te gusta ver a los demás desde tu orilla, analizando sus grietas, pero en cuanto alguien te toca de verdad, sales corriendo. No me estabas «protegiendo» a mí en el hospital. Te estabas protegiendo tú de la responsabilidad de que me importaras.

Caminó hacia la puerta. Se detuvo en el marco y se giró, con la mandíbula apretada y la mirada ardiendo.

—Me voy a ese festival —dijo—. Y espero que el aire me limpie del rastro de tus secretos. Deja de intentar salvarme de ti mismo, Damián. Si no tienes el valor de quedarte después del beso, no vuelvas a estirar la mano.

Acababa de ser condenado por el mismo pecado que juré evitar: mirar el fuego desde lejos por miedo a quemarme las manos al intentar apagarlo.

Salió al pasillo y el sonido de sus pasos se perdió rápidamente.

Me quedé solo en la sala 4B, rodeado del olor a su perfume y el eco de su rabia.

Supe en ese momento que, cuando volviera de ese festival, ya no habría personajes de Arispe que nos salvaran. O la dejaba entrar hasta el fondo de mis ruinas, o la perdía para siempre. Y por primera vez, el pánico de perderla era mucho mayor que el miedo a ser destruido.

CAPÍTULO 62

Valerie

Louise me lanzó un puñado de polvos de colores directamente a la cara y no cerré los ojos a tiempo. El azul y el rosa se mezclaron con mis pestañas, y la risa que me subió por la garganta fue tan auténtica que me dolió el pecho.

No había nada que analizar aquí. No había micro expresiones que detectar en la multitud, ni traumas que validar, ni una «economía de servicio» que mantener. Era simplemente Valerie, con los pulmones llenos de aire frío y las mejillas sucias, saltando en medio de un estacionamiento convertido en pista de baile. Louise gritaba algo ininteligible sobre una banda de sintetizadores mientras me hacía girar hasta que el mundo se volvió un borrón de luces de neón.

—¡Mírate! —chilló Louise, apartándome un mechón de pelo de la frente—. ¡Pareces una persona real y no un anuncio de antidepresivos!

Me reí tanto que tuve que doblarme sobre mis rodillas. Era una inutilidad maravillosa. No estaba siendo la «hija perfecta», ni el refugio de Nate, ni la contraparte de Damián. Era una mancha más en la multitud, una absoluta desconocida, y esa invisibilidad era el regalo más grande que me habían hecho nunca.

Más tarde, cuando el ruido de la banda se volvió un eco lejano, Sophie y yo nos alejamos hacia la zona de los talleres

de escultura. Nos sentamos en un banco de piedra, compartiendo una bolsa de *pretzels* y dejando que el silencio nos envolviera.

—Gracias por traerme, Soph —murmuré, mirando mis manos manchadas de pigmento—. Realmente necesitaba recordar cómo se siente no tener que «arreglar» nada.

Sophie me miró de reojo, con esa sonrisa de quien sabe que ha ganado una batalla importante.

—Te hacía falta salir de la universidad, Val. Te estabas mimetizando con las paredes de esa facultad.

Me quedé callada un momento, jugando con un pretzel. El peso de lo que había pasado el jueves en la sala 4B seguía ahí, pero ahora que estaba lejos del campus, la rabia por la confesión del hospital se sentía distinta.

—Soph… pasó algo. Algo que no te dije. Ni siquiera cuando me preguntaste por qué estaba tan obsesionada con él al principio del semestre. Hubo un beso. En Año Nuevo.

Sophie soltó el aire de golpe, abriendo los ojos de par en par.

—¡¿Qué?! ¡Valerie Dalton! ¿Me estás diciendo que diste tu primer beso y me lo ocultaste?

Le conté todo. La escena en la barra del Pierre, Damián de rodillas recogiendo cristales rotos mientras los hombres se reían de él. Le hablé del pasillo de servicio, del olor a detergente, de la rabia pura en sus ojos.

—Me besó como si quisiera borrarme —confesé, y sentí que los labios me volvían a arder—. No hubo mariposas, Soph. Hubo fuego. Me manchó el vestido con la sangre de su mano cortada y luego... huyó.

Se llevó la mano a la boca, procesando la imagen.

—Y eso no es todo… —añadí en un susurro—. En la sesión de Alianza Terapéutica de la semana pasada… volvimos a besarnos.

Sophie escuchaba sin pestañear, procesando la colisión entre la «princesa» y el «mesero» en la oscuridad de una cocina y luego en la rendición silenciosa de la sala 4B.

Entonces, le conté la explosión del jueves: la palabra «hospital», el Centro Médico y cómo él me había visto en mi naufragio absoluto.

—Dijo que es un «campo minado» —susurré—. Que me ignoró al volver a clase porque yo apenas estaba aprendiendo a caminar de nuevo tras mi propia explosión. Dice que no quería arrastrarme a su oscuridad.

Me quedé en silencio unos segundos y confesé:

—Me dolió que me observara así, Sophie. Que se quedara en la orilla viendo cómo me hundía sin decir nada. Y me dolió que, después de besarme el otro día en la sala, volviera a huir. Siento que me está usando como su tregua, pero no tiene el valor de quedarse.

Sophie guardó silencio durante un largo rato, mirando hacia las luces del festival.

—Es irónico, ¿no? —dijo finalmente—. Nate te quería cuando eras su muleta. Te necesitaba dócil y predecible porque él no sabía sostenerse solo. Pero Damián… Damián te tuvo miedo porque te reconoció como alguien lo suficientemente real como para no querer dañarte.

Tomó mi mano, apretándola con fuerza.

—Val, hay una diferencia abismal entre quien se aprovecha de tu grieta y quien decide custodiarla desde la puerta. Nate nunca te tuvo miedo porque nunca creyó que fueras alguien independiente. Damián te respeta tanto que prefirió ser el «villano» antes que ser el peso que te hundiera. Su silencio en clase no fue desprecio, fue una cuarentena emocional.

Me apoyé en su hombro, sintiendo que el nudo en mi garganta finalmente se soltaba. Miré mi teléfono en el bolsillo de mi chaqueta. No había mensajes. Ni una sola notificación. En el pasado, con Nate, ese silencio me habría provocado taquicardia. Habría pensado que me estaba castigando. Pero con Damián, ese silencio era una tregua. Estaba respetando mi espacio.

—El domingo voy a volver —dije, más para mí misma que para Sophie—. Pero ya no voy a intentar «arreglarlo» para sentirme útil. No voy a ser su oxígeno.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Sophie con una sonrisa.

—Voy a dejar que sea real. Aunque sea sucio, aunque sea pesado. Voy a decirle que o entra o cierra la puerta, porque yo ya no estoy a la mitad.

Esa noche, mientras Louise y Les regresaban con una corona de flores de plástico, confirmé que el equilibrio no era una regla académica. Podía querer a Damián, podía sentir ese incendio que me quemaba por dentro, y, aun así, podía estar aquí, bailando con mis amigas, sin borrarme a mí misma.

Miré mis uñas, donde todavía quedaban restos de pigmento azul a pesar de haberme frotado con fuerza, y por primera vez no me molestó la imperfección. Eran el rastro de una noche donde no fui la solución de nadie.

Sophie tenía razón: Damián me había custodiado desde la puerta porque me respetaba, pero yo ya no quería un guardia, quería un compañero que no tuviera miedo de ensuciarse conmigo. El domingo se convertiría en nuestro juicio final. Si Damián no era capaz de cruzar el umbral, yo misma le ayudaría a cerrar la puerta. Porque ahora sabía que, incluso en la oscuridad, yo brillaba por mi cuenta.

CAPÍTULO 63

Damián

Nidia dice que si no lo escribo, se va a quedar dando vueltas en mi sistema como un veneno que no termina de metabolizarse. Dice que el journaling no es para poetas, sino para personas que necesitan un ancla porque el presente les queda demasiado grande.

Así que aquí estoy. Sábado, 11:45 PM. Una libreta nueva, una lámpara de escritorio que zumba y un silencio que me aprieta el pecho.

No sé cómo empezar. Mi instinto es hacer una lista de síntomas, un reporte clínico donde pueda esconderme detrás de palabras como «hipervigilancia» o «evitación». Pero Nidia fue clara: *Vargas, si escribes un diagnóstico, te rompo la libreta en la cara. Quiero que hables de ella.*

Maldita sea.

Pienso en Valerie. No en la versión de ahora, sino en todas las capas que he ido arrancando este semestre y que, de alguna manera, me han ido arrancando la piel a mí también.

Recuerdo a la Valerie del *high school*. La princesita sin espinas. Tenía el pelo largo, siempre brillante, y esa sonrisa que parecía repartir como si fuera moneda de curso legal. Era la mejor amiga de Nate, la que horneaba galletas y parecía no tener un solo hueso de malicia en el cuerpo.

La odiaba con una consciencia absoluta. La odiaba porque su amabilidad me parecía un insulto a mi realidad; mientras yo arrastraba los pies en el barro ella se deslizaba por la vida sin que el suelo pareciera tocarle los pies. En aquel entonces, yo necesitaba que fuera hueca para no sentirme tan solo en mi amargura. Necesitaba que fuera un espejismo para no tener que admitir que yo también quería que alguien me mirara como ella miraba a todo el mundo.

Luego vino Mia Wallace, ya no era la chica del pelo largo. Se había cortado la melena, transformándose en esa figura rígida, casi de película, que usaba para protegerse en la facultad. Pero yo sabía lo que había debajo de esa chaqueta de cuero negra, o eso creía, hasta que mis prejuicios se estrellaron contra el olor a antiséptico del centro médico.

Esa es la que más me duele. La vi conectada a ese suero, pálida, con la mirada perdida en un techo blanco que no le devolvía ninguna respuesta. Me quedé en la puerta, escondido, observando su naufragio como un cobarde. La custodié desde la orilla, pero me negué a lanzarme al agua. Me convencí de que, si la ignoraba al volver a clase, le estaba devolviendo su dignidad.

Qué mentira tan conveniente. Solo estaba protegiendo mi propia paz, evitando la responsabilidad de saber que ella ya no era un concepto, sino una persona que sangraba igual que yo.

Luego está la Valerie de año nuevo. Todavía puedo sentir el olor a detergente industrial de la cocina y el sabor metálico de la sangre de mi mano cuando la besé. Mi rabia chocando con su desesperación. Recuerdo el rosa de su vestido de seda manchado de rojo, y la forma en que me miró: como si yo fuera el primer incendio que no intentaba apagar. Hui porque me aterraba haberla manchado.

Nidia dice que me prohíbo ser feliz porque siento que es una traición a los que no llegaron. Dice que pago una multa diaria por estar vivo. Y tiene razón. Cada vez que Valerie se acercaba, yo subía la apuesta del desprecio.

Pero el jueves pasado... el jueves algo se rompió definitivamente. Cuando me besó en la Sala 4B, no hubo rabia. Hubo una rendición que me dejó sin piel. Sentir sus manos en mi cuello, buscando mi pulso, fue la primera vez que no me sentí como un «caso de estudio» o un «sobreviviente». Me sentí hombre. Un hombre que tiene derecho a ser sostenido.

Me asustó tanto que volví a huir. Cerré la puerta y la dejé allí, cargando con mi silencio otra vez.

He pasado años convencido de que ella era el oasis de arena que se desvanecería si intentaba beber. Pero ahora me doy cuenta de que el único que está hecho de humo soy yo. Ella es real. Ella es el aire limpio que mis pulmones no saben cómo procesar.

Valerie es aire limpio, pero yo sigo oliendo a aguarrás y a culpa.

Sigo sintiendo que, si me acerco demasiado, la voy a terminar de romper, o peor aún, que ella me va a terminar de arreglar y entonces ya no sabré quién soy.

No sé quién soy si dejo de ser el tipo que siempre tiene un pie en la salida. No sé quién soy si dejo de pagar la multa de mi propia miseria. Pero mientras escribo esta página, me doy cuenta de que estoy cansado. Estoy jodidamente agotado de estar solo en esta trinchera.

Mañana es domingo. Ella vuelve del festival.

Sé que está cansada de mis orillas separadas. Sé que me lanzó un ultimátum sin palabras cuando salió de la sala. Y aquí estoy, llenando esta hoja, debatiéndome entre la seguridad de mi amargura y el terror de caminar hacia ella.

Nidia dice que vivir es un riesgo. Yo solo sé que el silencio de esta habitación se está volviendo insoportable. No sé si tengo el valor de ser el hombre que ella merece, o si simplemente soy el sobreviviente que no sabe cómo dejar de correr.

¿Qué pasa si estiro la mano y esta vez es ella la que se ha ido?

CAPÍTULO 64

Valerie

El campus un domingo por la tarde tiene el peso de una despedida silenciosa. El aire de febrero soplaba con una calma gélida que cortaba la cara, y los edificios de piedra parecían exhalar el último rastro de descanso antes de la embestida del lunes.

Caminé hacia mi edificio con el bolso al hombro y los pulmones llenos de una ligereza que me resultaba casi sospechosa. Tenía todavía un rastro de pigmento azul bajo la uña del dedo índice; una pequeña mancha de rebeldía que me recordaba que podía estar sucia, despeinada y, por primera vez, completamente entera.

Lo vi antes de llegar a la escalinata.

Damián no estaba camuflado entre las sombras ni fingiendo que pasaba por allí. Estaba anclado contra el muro de ladrillo rojo, con una chaqueta oscura y dos vasos de papel que soltaban un vapor constante en el aire frío. Su mirada no buscaba el suelo ni el teléfono; estaba fija en el sendero, esperándome con una determinación que me hizo detener el paso. Cuando nuestros ojos se encontraron, no hubo el habitual juego de máscaras. Hubo una claridad eléctrica, una colisión frontal a plena luz del día.

—Llegas tarde, Dalton —dijo. Su voz ya no tenía la gravilla del desprecio, sino una profundidad nueva, una invitación

silenciosa.

—Me tomé el tiempo necesario, Vargas.

Me detuve frente a él. El olor de su café se mezcló con el aroma cítrico de su jabón y la frialdad del invierno. Me ofreció uno de los vasos y, al tomarlo, la yema de sus dedos rozó mi mano. La descarga no fue un chispazo de pánico; fue una corriente que me ancló al suelo. Esta vez, ninguno de los dos retiró el contacto.

—Damián… —empecé, pero él negó con la cabeza, acortando la distancia.

—Fui un cobarde, Valerie.

La confesión cayó entre nosotros con la fuerza de un impacto. Era la primera vez que lo decía sin el escudo de una sesión simulada, sin grabadoras, sin el disfraz de «Luis».

—Tenías razón —continuó, y vi cómo sus ojos se oscurecían al mirarme—. Me escondí en tu historia del hospital para no tener que escribir la nuestra. Me convencí de que mantenerte en la orilla era una forma de protegerte, cuando en realidad solo era mi forma de no admitir que ya estabas dentro. Me protegía de la posibilidad de que esto fuera real.

Bebí un sorbo de café. Estaba amargo, caliente y jodidamente real.

—Escúchame bien —dije, dando un paso que eliminó cualquier rastro de aire entre nosotros. Invadí ese espacio que antes nos servía de escudo—. Ya no soy la niña que necesita ser rescatada de su propio naufragio. Y no voy a ser el búnker donde tú te escondas para no sentir.

Le puse la mano en el pecho, justo sobre el latido salvaje y errático de su corazón que se parecía demasiado a mis propios latidos.

—O me dejas entrar o cierras la puerta por completo, pero ya no estaré a la mitad. No quiero treguas los jueves para fingir que somos extraños los lunes. Deja de intentar salvarme de ti mismo, Damián. Yo decido qué cargas puedo sostener. Y hoy decido que tu peso no me va a romper.

Damián soltó una respiración temblorosa que se condensó entre nosotros. Dejó los cafés en el suelo con una lentitud deliberada, sin apartar los ojos de los míos. Me tomó de la cintura con una urgencia que no tenía nada que ver con la rabia del primer beso, ni con la desesperación de la sala 4B. Fue un movimiento limpio.

Una elección.

—Nidia dice que mi dolor no es un monumento a los muertos —susurró contra mis labios, y su aliento supo a café y a rendición—. Y que mi vida no es un robo.

—Nidia es muy lista —respondí, rodeando su cuello con mis brazos.

Cuando me besó, el mundo se quedó en silencio. No hubo escombros, ni incendios, ni el clic de una grabadora marcando el tiempo.

Fue un beso que sabía a domingo por la tarde y a nuevas oportunidades.

A la libertad de no tener que ser útil para nadie más.

Sus labios eran firmes y los míos le respondieron con una paridad que nos había tomado todo un semestre alcanzar. En ese contacto, el «sobreviviente» y la «niña perfecta» finalmente se disolvieron para dejar paso a algo mucho más peligroso y hermoso: nosotros.

Damián se separó apenas unos centímetros, pero se quedó allí, con su frente apoyada contra la mía, sosteniéndome como si temiera que el mundo fuera a empezar de nuevo demasiado pronto.

—¿Nos vemos el jueves, Valeria? —preguntó, usando mi nombre como solía hacerlo para sacarme de quicio. Ahora no me irritaba, ahora sonaba a una broma antigua, nuestra. Sonreí. Sonaba perfecto.

—Nos vemos el jueves, Damián. Pero esta vez, la sesión es de verdad.

Damián y yo no habíamos arreglado el mundo, ni habíamos borrado nuestras cicatrices; solo aprenderíamos a no usarlas como armas.

Él no se giró para huir. Por primera vez en todo el semestre, no hubo una retirada táctica. Me sostuvo la mano mientras subíamos los escalones del edificio, entrelazando sus dedos manchados de yeso con los míos, manchados de pigmento azul. Y mientras la puerta se cerraba detrás de nosotros, supe que, aunque nuestros fantasmas siguieran allí, finalmente habíamos aprendido que no hace falta estar limpio para merecer el aire.

EPÍLOGO

Marzo — Valerie

La biblioteca de la facultad estaba casi vacía a las once de la noche. El silencio ya no era ese muro de hormigón de principios de semestre; ahora se sentía como una sábana limpia.

Damián estaba sentado frente a mí, con la cabeza apoyada sobre sus brazos cruzados encima de un libro de Neuroanatomía. Se había quedado dormido hacía diez minutos. Me permití observarlo sin el filtro de la grabadora de la Sala 4B. En sueños, su mandíbula no estaba tensa. Sus manos, las mismas que habían cruzado fronteras y cargado cajas de suministros, estaban relajadas sobre la madera.

Me puse los auriculares y volví a la lista de reproducción que había estado armando durante semanas. «Canciones venezolanas», rezaba el título de la búsqueda en mi pantalla.

Había pasado noches enteras rastreando ritmos, dialectos y melodías perdidas. Quería encontrarla. Quería encontrar esa canción que él siempre olvidaba al despertar, la que separaba su felicidad de niño de las sombras que lo perseguían. No buscaba «curarlo» —ya no necesitaba ser indispensable para sentirme valiosa—, simplemente quería conocer al chico que existía antes de que el mundo lo obligara a sobrevivir. Quería devolverle un recuerdo que fuera solo suyo.

Una melodía de cuatro y arpa distantes empezó a sonar. Era una grabación vieja, con estática, pero algo en el ritmo me

hizo detener el pulso. Era una cadencia circular, casi hipnótica.

Miré a Damián.

Sus párpados temblaron. Sus labios se movieron imperceptiblemente, como si estuviera intentando seguir la letra de una lengua que su cerebro había decidido enterrar para protegerse. No era una pesadilla. No estaba sudando. Estaba escuchando.

Me incliné para quitarle un mechón de pelo de la frente, pero el brillo de mi teléfono sobre la mesa me distrajo.

Una notificación. Un nombre que no había aparecido en mi pantalla desde aquella noche descalza en noviembre.

Nate: *Hola, Val. Estoy en el pueblo por el fin de semana. He estado pensando mucho en lo que dijiste sobre los zapatos que aprietan. He empezado a caminar con unos nuevos. Son distintos, pero creo que te gustarían. Si tienes un hueco para un café el lunes, me gustaría contarte sobre ellos*

Miré el mensaje. Miré a Damián, que seguía murmurando esa canción fantasma en sueños.

En ese momento, el equilibrio que habíamos empezado a construir se tambaleó. El pasado acababa de llamar a la puerta con una voz que ya no sonaba a exigencia, sino a una madurez que no sabía si estaba lista para confrontar. Y mi presente, dormido frente a mí, era un hombre que aún no sabía que yo estaba a punto de encontrar la llave de su secreto más guardado.

Cerré el computador lentamente. El LED rojo de mi teléfono siguió parpadeando en la oscuridad, como una pequeña mina esperando a ser pisada.

La guerra había terminado, sí. Pero la reconstrucción acababa de volverse peligrosamente complicada.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha sido un viaje de regreso a casa, y no lo habría logrado sin las personas que sostuvieron mi mano en el proceso.

Primeramente, gracias a Dios por ese soplo de vida que nos lanzó a esta bola flotante y por el recordatorio constante de que debemos amarnos los unos a los otros como a nosotros mismos.

A mis padres, por darme todo lo que estuvo a su alcance y mucho más; su esfuerzo es la base de todo lo que soy. A mi hermana, gracias por recordarme siempre que los dones son para usarlos, y a mi hermano, porque sus abrazos me salvaron en más ocasiones de las que él imagina.

A mi esposo, gracias por ser mi apoyo incondicional y, sobre todo, por obligarme a soltar el teclado y jugar cuando me perdía demasiado tiempo entre palabras y sombras.

A mis amigas, esas lectoras constantes que creyeron en mis historias incluso cuando se quedaban a mitad de camino; su fe me impulsó a llegar al final de esta.

Gracias a quien sea que sea la persona que alguna vez me dijo que valía la pena soñar; nunca dejé de hacerlo, pero no imaginé que se sentiría tan bien vivirlo.

Y finalmente:

Gracias a mí misma, por no rendirme cuando el vacío parecía la opción más fácil y por permitirme, al fin, ser fiel a mi propia voz.

ACERCA DEL AUTOR

Daniela Gil

Daniela Gil es una escritora venezolana que cree firmemente en el poder del amor, en la intensidad de sentirlo todo y en apreciar los matices de la vida.
Escribe historias para quienes valoran la complejidad de la psique humana y se preguntan el porqué de lo que hacemos.
Su estilo navega el género New Adult con un enfoque psicológico profundo; le apasiona esa etapa vital en la que empezamos a descubrirnos y a explorar el complejo campo de las relaciones, tanto con los otros como con nosotros mismos.
Para Daniela, las heridas no son un defecto, son una historia esperando ser reconocida y el mapa que nos guía hacia una versión más auténtica de quiénes somos.
Cuando no está escribiendo sobre personajes que buscan su lugar en el mundo, probablemente la encuentres mirando el cielo, escuchando alguna canción en bucle o explorando su propia psique para habitar el mundo de forma más genuina.
Descalzos: Seda y Barro es su primera novela.